

**ANTOLOGÍA PERSONAL DEL
CUENTO VENEZOLANO**

MILAGROS MATA GIL

2014

Cuentos tomados del sitio www.ficcionbreve.org



Según pasan los años, de Israel Centeno

18/07/2013 | Categorías: Cuentos, Destacado



No se habla de amor sin arriesgar una tontería, decía Jorge. A comienzos de los setenta me la pasaba enamorado: Aída, Josefina y Luisa, las tres desgracias. No tenía sentido continuar en el barrio. Se dividió el partido, la insurrección se posponía o todo se iba para el carajo. Abel montó su negocio y movía la cocaína en la plaza de Los Elefantes. ¿Quién iba a pensarlo? me dijo Alberto. Abel, el íntegro, ejemplo de toda la militancia de Catia. Un hombre de mística, repetía, movía la cabeza de un lado a otro y se miraba las uñas. El Indio Becerra se inscribió en la escuela de aviación. Seguía la línea del partido o buscaba tener futuro. Le hicimos una fiesta de despedida. Nos reunimos todos los de la calle e invitamos a las diablas del Liceo Andrés Bello.

Compramos anís y ron y cerveza.

El hermano del Indio granuló más de una botella con mandrax.

Las paredes sudaron esa tarde.

Enrique prestó su casa y se la sudamos.

Cuando sonaba un bolero de Roberto Roena, me le acerqué a Jorge y le dije que estaba enamorado de Josefina. Entonces me soltó aquello del riesgo y de la tontería.

Josefina bailaba con uno de los hermanos Macario, el tipo la apretaba contra su cadera, le mordía el pabellón de la oreja, le lamía el cuello, se frotaba

como un perro. Podía escuchar los gemidos del mono Macario a pesar de los timbales y la risa de la gente de Lomas de Urdaneta. Yo bebía anís y me abría camino en la sala, daba manotazos y miraba con cara de pocos amigos. Josefina se iba para el rincón y él apriétala y Josefina se reía. Yo quería decirle reputa y no le decía nada. Alberto presintió que se iba a prender una coñaza.

Siempre he sido hombre de poca paciencia. Pasé a un lado del mono Macario y le toqué el culo.

Él revira, me lanza un golpe con el puño cerrado. Lo esquivo. Me lanza otro golpe, esta vez me soba la oreja. Escucho grillos y estanques repletos de agua, batidos por bogarremeros. Me le encimo, lo abrazo, le suelto dos golpes sobre los riñones y lo levanto con una patada en medio de las piernas. El cae. Viene el otro Macario, su hermano, me hace sonar la espalda como un tambor, pierdo aire, Jorge se le acerca, el mismo Indio Becerra deja a la novia en mitad de la sala, todos saben que la fiesta llega a su final, que yo, Rubén Cabilla, me lanzo de cabeza sobre los Macario, los embisto y me los llevo medio salón hasta la puerta.

La casa de Enrique está construida sobre una terraza de cemento y desde allí los arrojo y por encima de mí comienzan a pasar uno y otro. Jorge, Enrique y el Indio Becerra dan puños, patadas y bofetadas, como dice la canción.

Así terminó la fiesta. Josefina se fue a su casa. Traté de decirle algo decente, pero lo que me salió fue puta, reputa, recontramilputas.

Esas son mis tonterías, Jorge. Mis amigos me tomaron de los brazos y me arrastraron a la escalera que da a San Benito. Me sentía mal.

Había arruinado la fiesta del Indio Becerra. Él se iba a hacer carrera entre militares. ¿Y qué? No es el fin del mundo: una buena fiesta se termina a coñazos, me dijo Jorge a manera de consuelo y nos quedamos tomando sol y sombra toda la noche. Al día siguiente bañamos al Indio, lo vestimos con su uniforme azul de cadete de la aviación y nos montamos en un autobús hacia Maracay. Lo dejamos en la base de Palo Negro, tenía la lengua blanca y el aliento pesado. Lloramos juntos. No quedaba nada de nada: Abel movía la bolsa en la plaza de Los Elefantes y ahora dejamos al Indio en una base aérea para que lo formara el enemigo. ¿Podría el Indio, borracho y enratonado, infiltrar al enemigo?

Años después se alzó en un golpe militar, voló su F16 sobre Caracas y luego se fue al Perú.

Toda esa tarde la pasé en la casa de Josefina, en las escaleras.

Ella asomaba medio cuerpo desde la platabanda, miraba hacia las otras calles, perdía su mirada en el barrio. ¿Qué buscaba? La figura deforme del mono Macario.

De nada sirvió que le pidiera perdón.

Me sentía tonto. Rubén Cabilla, un hombre duro. Un tipo de confianza en el partido. ¿Qué era ahora, si no un cabrón? Me lancé de cabeza escaleras abajo. Tú estás loco, me grita Jorge. Lo veo entre nieblas como a un santo, es la voz, me toma por los brazos y me lleva a rastras, atravesamos la calle San Pastor, mis suspiros rompían la tarde, rompían la noche, también suspiraba por Aída y por Luisa, carajo —las tres desgracias—. Vamos a tomar cerveza en la calle Bolívar para que te saques los despechos, me dijo, a escuchar rocola. De amor no se habla sino para hacer tonterías, repite. Pedimos dos y dos más.

Sube y echa un polvo, invita. Me levanto de la mesa, camino por el pasillo angosto que conduce a la escalera del burdel, me paro en el umbral, soy el vaquero Rubén Cabilla, apoyo una de mis manos en el descuadrado marco de la puerta, me imagino sombra cubierta de carne, porque tres mujeres me ven, me quiebro en los brazos de sus exhalaciones, soy humo, qué coño. Pasean sus miradas por la sombra, siguen las estelas de humo de sus cigarrillos, invitan con pequeños movimientos a la sombra, se incorporan, parecen los perritos de Pavlov, pasean sobre tacones altos, sus carnes tiemblan, se derraman.

Tomo a una pequeña, ella me toma a mí, abre la puerta de su cuarto, me desnuda, me lava, aprieta desde el tallo hasta el glande, se percata, no sale pus ni otra excrecencia y puede entonces llevárselo a la boca y ponérselo en el culo o entre las piernas, es un estudiante sano, debe pensar, y yo, Rubén Cabilla, pujo para irme, se me apagan las luces, no acabo.

Despierto en un hospital con las venas pinchadas.

No se habla de amor sin arriesgar una tontería. Eso dije al coronel Becerra mientras tomaba mi segunda cerveza. Me lo repetía Jorge, le dije, cuando andaba emperrado con Josefina y aún me sacaban llagas los recuerdos de Aída y Luisa. Becerra apenas sonrió. Había engordado, le había clareado el pelo y mantenía el ceño fruncido de los hombres ocupados.

Jorge sigue diciendo esas palabras que parecen verdades, en estos días me soltó que nadie pasa impune por la vida. ¿Y qué me quiso decir con ello? Desde que regresé de España me he convertido en un hombre apocado, me inquietan. Nada queda de aquel Rubén Cabilla, Alberto se ríe de mí. Sostiene que es una enfermedad de clase media. La clase media es marginal, otra sentencia de Jorge,

alocada, no lo sé, yo me mantenía al margen de las cosas que pasaban. Nunca me reintegré.

Me mantuve ajeno de las conspiraciones. Fui contundente, o no, pero le dije a Alberto: No voy a participar en el traslado de esas armas. Él me lanzaba insultos, se condolía por mi estado de ánimo, me dijo que daba asco, vas por la vida autocondolido y doloroso como una virgen, qué carajo, no voy a participar en la toma de la emisora, lacrimoso como una vela, un día de éstos te pego un tiro, es un acto de piedad. Alberto no me mató porque a un revolucionario no lo mueve la piedad.

Luego de haber abandonado a Victoria en Algeciras y de haber arriesgado mi última tontería, decidí no insistir con la vida y sus esperanzas, siempre vanas. Me faltó coraje para darme un tiro entonces. Un guardia civil me desarmó sin trabajo, a mí, Rubén Cabilla. Me embalaron hacia Venezuela y desde entonces he pululado por los bares chinos, allí me solazo frente a los incensarios, entre el olor a orine y a soya.

Mi vida tuvo otro capítulo. Un capítulo que se ha extendido de manera engorrosa y que busca diluir el final.

Los amigos me han ido dejando, soy tratado por asco o por lástima.

No hay diferencia. Eres deplorable, me repite Alberto, casi tanto como Abel.

Abel ha prosperado en el negocio.

Ya controla todo el oeste de la ciudad y su gente ha comenzado a ser vista en bares del sur y del este. El hermano de Abel, Franpipí, se mantuvo cerca de Alberto y de Jorge y cuando los militares se alzaron, él se alzó con ellos. Luego de la derrota tuvieron que mover las armas, mantener contacto con la guerrilla en la frontera y procurar la fuga de los prisioneros. En todo andaba Franpipí. Era lo que en su momento fue Abel. Un militante valioso. Mientras, el hermano se fue convirtiendo en un colaborador de la policía, filtraba información y se peleaba la zona con los compañeros del partido.

Alberto decidió sacar a Abel del juego. Lo denunció en las juntas comunales, en la fiscalía y movilizó a la gente del barrio contra sus vendedores. Incluso trató de emboscarlos. Al principio no hubo consecuencias. Sólo escaramuzas.

Los jíbaros que movían la bolsa en la plaza de Los Elefantes comenzaron a ser desplazados. El negocio iba mal. Abel decidió delatar. Sabía dónde Franpipí

guardaba las armas y dónde escondía a un oficial que se mantenía prófugo. Una madrugada allanaron la casa de Jorge y se llevaron a Alberto. Ambos estuvieron incomunicados cinco días, les metieron la cabeza en pocetas repletas de excrementos, les quemaron los pendejos con electricidad, les dieron golpes hasta en las axilas, los sofocaron con bolsas de plástico. Ambos creyeron que los iban a matar. Niegan haber soltado la lengua. Haberse ido de boca.

Días después medio barrio cayó.

No fue la policía quien se hizo cargo de las armas escondidas, ni del oficial del Ejército. Franpipí había decidido moverse pero el hermano tenía un mapa claro de sus movimientos. Colaba café en la pequeña cocina de la casa que le servía de concha. Entonces un jíbaro de la banda de Abel brinca de su moto por un terraplén, rueda y cae parado con una escopeta de dos cañones entre sus manos. Con el hombro derriba la puerta de zinc y deja que su arma escupa. Riega de plomo la pequeña sala, la única habitación, tira el carro y carga el arma una y otra vez, va a la cocina y la hace tronar, a Franpipí le queda el pecho abierto, mana sangre negra, trata de hablar y de su boca salen gorgoteos:

yo soy Caín y la historia se cuenta al revés, de ese pensamiento no está seguro nadie, pienso.

Llegaron otros sicarios y buscaron entre los muertos, buscaron bajo las camas, derribaron las paredes de adobe, encontraron las armas, encontraron dos pasaportes, encontraron unas revistas de mujeres desnudas y un tomo de El Capital. Metieron todo en bolsas negras y se lo llevaron. Más tarde llegó la policía. Reseñaron las muertes como un ajuste de cuentas entre bandas.

Hay vainas que no se perdonan, me decía Becerra. Abel ha podido eludir su destino. Antes era más fácil, Rubén Cabilla, cuando no éramos Gobierno, se armaba una operación militar y se le pegaba un tiro. Abel está condenado a muerte. Lo sabía. Era lo justo. Lo que no cuadraba era por qué yo debía ser el ángel de la muerte.

Ellos tenían hombres y aparato.

¿Por qué un solitario? Matar a un malandro es cosa fácil y sobre todo si eres el jefe de la policía.

Todos mis amigos pasaron de ser combatientes revolucionarios a ser policías de la revolución.

Actuaban organizando brigadas populares, aprendieron los oficios del espionaje y asumieron sin contradicciones esa nueva faceta de sus vidas

comprometidas. El Indio Becerra, hirsuto y ceñudo, era quien coordinaba todas sus actividades. Las vueltas que da la vida. La mía no daba vueltas sino ridículas volteretas. Me hizo vulnerable hablar de amor. Hablar de las tetas de Josefina, de las piernas de Aída, de los ojos de Luisa.

Siempre te la pasaste en esa paja, perdiste el temple, Rubén Cabilla, me dijo Becerra, ahora qué te queda. Deberíamos pegarte un tiro por piedad, repitió la frase de Alberto. ¿Por qué carajo no me lo pegan? Porque tú debes dar un tiro de justicia. ¿Por qué yo? La vida se te fue cerrando, chiquito, me dijo el Indio, igual andas muerto desde hace tiempo y antes de morirte como se debe, tus amigos te pedimos un acto de justicia. Me exigió: reivindicáte, carajo, se te fueron 20 años frente a los incensarios en los bares chinos y entre los brazos de cualquier puta mientras nosotros hacíamos una revolución: coño, se me fueron los años. ¿Y para dónde se van los años?

Abel estaba en el hipódromo, se iba a correr la sexta carrera del viernes. Gordo y rosado, vestía un saco azul con un ancla bordada en el bolsillo y una gorra de capitán de barcos cubría sus canas. Andaba confiado, fumaba un grueso cigarro, sus hombres lo cuidaban de cerca, eran cuatro, nadie arriesgaría una matanza en la sexta carrera del viernes. Yo, Rubén Cabilla, luego de tomarme dos tragos largos de ron, me abrí camino entre la multitud en el momento en que los caballos pasaban la marca de la última curva, Abel se acercó a la baranda, hacía sonar sus dedos, sus hombres aplaudían o intercambiaban palmadas. Dejé que mi brazo se extendiera y apunté, era Apolo. A medida que señalaba, hería de lejos entre el griterío. Primero Abel, dos agujeros, uno en el pecho y otro en la garganta. Luego dos de sus guardaespaldas y un vendedor de tostones. Dejé de señalar y me perdí, me tragó la confusión. Creo haber leído que es difícil matar a un hombre. Depende, me repetía, a Rubén Cabilla siempre le ha sido fácil la faena.

Salí del hipódromo, boté los casquillos del arma y detuve un taxi.

Comenzaba a llover, pedí al conductor que me dejara frente al restaurante de los chinos en Boleíta.

Necesitaba calmar mi sed, me había ganado el tiro de justicia, estaba seguro. Quién sabe.

No se habla de amor sin arriesgar una tontería. Cuando se acaba todo, se acaba y punto, me dijo Jorge. Decidí entonces que no acabara porque nunca había empezado.

Huí hacia delante desde la nada. El Indio Becerra estaba infiltrando a la Aviación. Josefina entregada a la parrilla de la moto de uno de los Macario, Abel prosperaba en su negocio, los demás revisaban sus vidas y pensaban qué hacer con un partido dividido.

Me fui.

Llegué a Londres una mañana de primavera. Victoria Station me recibió entre vapores, iluminada y roja. Llevaba poco equipaje, estaba flaco, asombrado y dispuesto a no volver a Venezuela.

Me haría director de cine o poeta.

Llegué a la casa de un amigo de Alberto. No era una casa, o sí, era una casa invadida, un squoter.

Era común ir a Londres y llegar a un squoter por aquella época.

Toqué las puertas de una vieja mansión cerca de Camdem Town, me abrió Gabrielle la monja, su cara roja, su nariz larga y fina, de aguja, aguja de iglesia que me olfateaba, aguja de pino rojo y hermoso. Pasé a la cocina y me presenté al resto de una comuna que pretendía adaptarse.

Venían de los sesenta: marroquíes, argelinos, irlandeses, españoles, escoceses, suizos, italianos:

el mundo, todo en seis casas. La aldea global del maldito McLuhan.

Bebían café, tomaban vino, organizaban fiestas en el lote de tierra al fondo, fumaban hachís, aquella primavera del 79, de vuelta, se quejaba Tom, ¿hacia dónde?

El retorno tiene un reacomodo indeseable. Viví entre ellos por un tiempo. Gabrielle, la monja, fue mi amante. Así de fácil, le gustaba meterse a la cama conmigo hasta altas horas del día, nos frotábamos como leños y salíamos a comer lo que hubiese, tomábamos café y fumábamos marihuana jamaicana. Íbamos a los pubs del sur, nos gustaba estar entre mucha gente, bailábamos o salíamos a comer castañas. Vino el cielo de verano y los carnavales de Portobelo, las mascaradas en casa de los amigos de Trinidad. A Gabrielle, la monja, le bajó la gracia, su vida cambió sin melodramas, conoció a Laura y se hizo miembro activo del movimiento gay, no hubo ruptura ni despedida, no me sentí triste ni me lancé por las escaleras de Embarquement.

Seguí adelante y me hice más amigo de Muhamed y de Tom, ellos no creían en lo que estaba pasando, decían que la gente se volvía cínica cuando

retornaba, que todos se habían vuelto cínicos y había que hacer algo antes de que nos alcanzara la gangrena. No quería hacer nada.

Quería ser poeta, leer y descubrir a mis autores en las bibliotecas de los barrios negros. Quería hacer cine o no hacer, pensar la poesía, leerla, imaginar secuencias o dejarme poner viejo. Ellos insistían en que debíamos ir a Belfast a matar ingleses o al Líbano a entrenarnos. Hablaron de la lucha armada y me invitaron a conocer los secretos de los explosivos plásticos. En un principio me entusiasmé con sus ideas.

Pero estaba cansado. Ya no era más un hombre duro. No era más Rubén Cabilla. La revolución no era asunto mío. Por suerte, conocí a unos españoles que escapaban de la mili y vivían en Brixton Hill, en un squoter, por supuesto.

En otoño me alejé del círculo de Candem. En otoño conocí la abundante cabellera y el rojo amor de Victoria.

Roja era y pecosa su piel. Como el centeno y la avena era. Sus ojos grandes de almendras, dulces y brillantes, higos del otoño, verdes y grises, ojos que buscan mi cara.

No soy más ni lo seré de nuevo.

Presumo en Victoria mi derrota.

Ella había ido a Londres a practicarse un aborto, estaba frágil, debí suponerlo, siempre estuvo frágil como las hojas de otoño. Incluso, cuando me amó con exceso y su pasión era una pasión real, corrosiva, debí entenderlo. Desde la primera noche nos agarramos de manos. Conversamos un poco sobre la transición en España.

Ella estaba agobiada, nunca supe por qué. No lamentaba haberse hecho un aborto, ni extrañaba a nadie, pero estaba agobiada. Paseábamos por Marbel Arch, siempre nos tomamos de la mano. Nunca he sentido la ternura como entonces.

Nos comimos la boca por primera vez cerca de Hyde Park, caían como paladas las hojas sobre nosotros, moría y era enterrado, rojo en ella. No puedo decir que fue placentera mi relación con Victoria. Una pasión intensa no se dice ni se explica. No me enteraba de nada. Entraba y punto. Me dejaba ir hacia atrás con los brazos en cruz, iba hacia el fondo, había doblado la esquina o un pliegue de la vida. Un doblez, dos, tres y cuatro. Un pañuelo o una mortaja. Me reduje a ella y no cuestioné nada.

Nos hicimos frecuentes en los bares punk de Richmond. Victoria me compró en un jumbel sale una gruesa gabardina de soldado alemán.

Yo no le daba importancia a que Victoria se pinchara. Yo bebía y ella se pinchaba, atenuaba su agobio y avivaba el mío. No se es feliz nunca, pensé, ya no tenía a nadie a quien decir, ni alguien que me dijera. Supe de Mohamed y de Tom. Apoyaban una huelga de hambre de los presos del Ejército Republicano Irlandés. Me trataban con cautela. A Gabrielle, la monja, la vi en Oxford Street la noche de navidad, nos dimos besos y abrazos, intercambiamos buenos deseos. Ella insistió en preguntarme si estaba bien, si me faltaba algo. Mierda, que no me faltaba nada, lo tenía todo, absolutamente.

Miraba la nieve caer y los coros cantar y me sentía en el cielo. Era navidad. Estaba en Londres y amaba a Victoria. Y Victoria ¿era capaz de amar a alguien? No me hice la pregunta, sentía la pregunta, la comencé a sentir cuando sus ojos se hicieron más grises que verdes y sus manos quedaban muertas en mis espaldas, su boca languidecía y sin embargo, estaba consumido por ella. No se es feliz nunca, me repetía al verle las venas tatuadas por las ampollas negras de los pinchazos. No se es feliz nunca, me dije, cuando dejó de obsequiarme sus orgasmos. No me dejes, me dijo la primera vez que se quedó muerta en mis brazos.

No me dejes, me dijo cuando lloré con la cabeza apretada sobre su vientre. No me dejes, me dijo y yo le dije que no la dejaría nunca, que dejarla era traición y que la traición se paga con muerte dolorosa.

No me dejes, me dijo. El invierno fue duro, me rapé la cabeza, me atrincheré en el ático donde vivíamos, compré carboncillos y comencé a dibujar con trazos horribles un mural de mi ciudad, allá lejos, flanqueada por un cerro, en el cuenco de un valle.

Nunca pasaron los días y fuimos quedando sin fuerzas, estaba impávido y se me ocurrió que un viaje al finalizar el invierno nos devolvería el rojo de los primeros tiempos, buena comida y vino grueso, le dije. Vamos a España.

¿Qué me hizo ir hasta el final?

La luz. Pensé en Marruecos. En los días perennes. En el sol calcáreo.

Lindo lugar para morir. Victoria estuvo de acuerdo, se entusiasmó con la idea. Puedo decir que me la eché al hombro como un talego. Nos despidieron en Victoria Station Gabrielle, la monja, y Laura. Londres quedó atrás y no sentí dolor ni pena. Sólo sentía a Victoria. Cruzamos el Canal de la Mancha por Dover y así de nuevo al continente. Entramos a España por Port Bou. Victoria tuvo la primera crisis de abstinencia antes de llegar a París. La dejé envuelta en un sleepingbag en la Gare Oest y fui a un barrio argelino a controlar heroína. Vagué

casi todo el día, entre señas y desconfianza conseguí algo y en una farmacia pedí dos frascos de jarabe para la tos. Regresé y besé los brazos, el pecho, la nuca de Victoria. Busqué beso a beso una vena y la inyecté.

La mantuve con codeína hasta Barcelona y allí todo comenzó a fluir, como es natural, hacia Marruecos. Ella se perdió en la Barceloneta, se perdió entre marineros.

Cerré los ojos y no quise pensar sino en el sol, en el maldito sol óseo del norte de África, ella estaba allá y no entre putas en Las Ramblas, ella estaba allá y no entre las escorias del puerto, ella estaba allá y me la mamaba a mí y no a un marinero hijo de puta de Costa de Marfil. Se me perdió y la encontré, era un reino, una heredad, en el quicio de una escalera cerca de la catedral. Suciariojaestropajo.

Me hice de dinero con un golpe de fuerza. Compré ropa, alquilé un hostal, la bañé. La froté con agua de azahares y ungué su cabello con aceites, continuaba hermosa, apenas dibujaba esa sonrisa de los muertos. La había pinchado con heroína buena, me arriesgué y lancé los dados. Al día siguiente nos largamos a Valencia, a Málaga, a Algeciras. Ya no tenía dinero, ni chocolate, ni maricas perras para calmar mi sed con unas cervezas. Victoria convulsionó.

Rubén Cabilla, el duro, fue de nuevo a las calles, navaja en mano y a carajazos le quitó el dinero a un tipo que salía de un banco y corrió por los callejones de Algeciras e hizo a un lado a la gente, ya tenía el dinero para comprar una dosis y cruzar el Mediterráneo.

Estaba feliz en el momento en que sentí que un puño me cegaba. No me dejes, me dijo. Fui deportado a mi país y no supe de Victoria, no pude darle el sol de los huesos ni el aroma del Sahara, la dejé y me dejé, no tuve fuerzas para hacerme matar por la guardia civil.

Marruecos quedó intangible mientras me venía en vómitos.

No se habla de amor sin arriesgar una tontería. Matar a un hombre no es nada agradable, mucho menos matar a sus guardaespaldas y a un vendedor ambulante.

La vida me nació estopa. Y tengo que continuar. Abel está muerto, el Indio Becerra ya no me citará a tomar unos whiskyes en el Tamanaco.

Jorge y Alberto, uno en la alcaldía, el otro en Fuerte Tiuna, como un mar de maricas, justo en el carrusel de la historia, me dicen adiós. La noche está cálida. Tiemblo, me quema la fiebre. Mis armas no tienen proyectiles.

Tengo dinero y pasaporte. Alquilo un cuarto en un hotel. Me desvisto, bebo un vodka puro y frío, me quedo desnudo, sentado frente al televisor. El país está revuelto, no me interesa el país. Confirmo mi reservación, me iré a Marruecos.

Tiemblo. Voy a la ducha. Me doy un baño largo, gasto una pastilla de jabón. Recuerdo las piernas de Aída, las generosas tetas de Josefina, los ojos de Luisa. Victoria no se recuerda. Victoria es derrota y traición. Me seco y me envuelvo en toallas. En dos días estaré en Casablanca. Nadie sabe. Será un remake. Aparecerá Victoria bajo las aspas de un ventilador en un bar. Viva, roja y voluptuosa como aquella primera vez en el squoter de Brixton Hill. Alguien tocará Según pasan los años. Suena el timbre. Me dirijo a la puerta, es mi vodka. No sé por qué sonrío al verle la cara al botones, escucho dos consejos, dos disparos, play it again, Sam. El sol es calcáreo en Marruecos. Lo juro.

Del libro: **Cuentos que hicieron historia (El Nacional, 2005)**

Carta de una viuda de la guerra civil, Milagros Mata Gil

18/ 07/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Amiga:

Jamás hubiera creído que iba a escribir una carta como ésta. De hecho, he dejado pasar el tiempo porque me resistía a asumir esta parte de la historia que me ha tocado vivir. Porque me era imposible entender que en pleno siglo veintiuno iba a sentirme como una mujer del siglo diecinueve. O, peor aún, porque me resistía a aceptar que, habiendo nacido en medio de códigos occidentales de cultura, y educada con tantas pretensiones de libertad, fuera a convertirme en una mujer de algún sitio del mundo donde el velo y la obliteración, la prisión y el silencio obligado, son la verdad cotidiana. No quería ser esa imagen fotográfica de un alarido abrazada a un cuerpo muerto. No quería ser ese icono de mujer sumergida en el dolor más certero. Y también rechazaba sentirme, o provocar que otros me sintieran, patética. El pudor, hermana, el pudor ése que nos inculcaron nuestros padres. Sin embargo, lo soy, quiéralo o no: visto siempre el negro cerrado de mi luto, mi sonrisa se ha ido desvaneciendo y continúo con mi vida, sin mencionar a nadie esto, sin narrar a nadie esto, sin dejar traslucir ningún dolor, sin derramar, ni siquiera en privado, una gota de llanto, tratando de sobrevivir y no llenarme de amargura.

Pero hoy las horas están tristes. Tres días de lluvia fuerte, un cambio de clima abrupto que lanza a gente del trópico a una atmósfera más fría, desagradable en la piel, han causado que de súbito mi ánimo decaiga y ese mar de dolor que se había alejado largamente de la costa, como suele pasar en los cataclismos marinos, se devuelva de súbito con un oleaje fuerte, devastador, que golpea y golpea la roca viviente en que me había transformado. Sé que esto era inevitable y estoy dejando que pase. Soy como una roca en la playa. Soy una roca. Y las olas chocan espumeantes contra la roca que soy. Las olas rompen y chorrean entre los resquicios de mí. Olas amargas.

Ayer, fue la cólera, la enorme carga de mi odio contra todo, contra las circunstancias, contra el hombre que tomó su decisión y al tomarla me dejó desamparada, me dejó tan ligera de armamento, tan frágil, con esta palabra que apenas si resuena, o quizá no, y es, como dicen, espada de doble filo. Pero, en todo caso, dejándome viva y sin posibilidades de recoger su fusil, como hacían las soldaderas en otros tiempos. Me apartó del combate sin tomar en cuenta mi posibilidad, sin consultar mi decisión, asegurándose de ponerme a salvo para él

seguir solo y escotero, porque pensó, y tal vez fue así por un momento, que yo ya no daba más y era necesario entonces guarecerme y dejar que yo construyera el que sería su alivio, su hogar, después de lo que fuera. Después de un final que todos pensamos sería más digno. Más digno el contrario, ya vencido, negándose a seguir derramando una sangre que la tierra no está en capacidad de absorber ya.

Después, fue el dolor. Un desgarramiento en el corazón. Un tajo que hacía tiempo tendía a hacerse evidente y abrirse. Un dolor tan intenso que me dobló las rodillas a orilla de una cama, justo cuando me llamaban para atender un parto, lo más semejante a una esperanza. La lluvia, los días terribles y la mujer parturienta. Fui, y estaba sudorosa en la pequeña habitación. Vi la sangre, las caderas llenas de estrías de la muchacha, medio incorporada y con las piernas abiertas, la muchacha pariendo que quería también mantener su dignidad. No había suficiente luz, las mujeres más jóvenes me rodeaban, desconcertadas y abrumadas por el prodigio vida/muerte. Y el dolor me corroía vigorosamente, me corría en ríos de sudor y llanto, todo salobre como agua de mar, y yo me sentía sola, a pesar de que todas aquellas mujeres a mi alrededor torpemente ayudaban, comentaban, cooperaban. Y, aun así, no hay llanto suficiente. Los sollozos se me salían del pecho, incontrolables, confundiendo con los gemidos de la muchacha que paría. El dolor me envolvía como una mortaja. Quise estar muerta. Cerré los ojos e imploré a Dios por la muerte. Pero tú sabes cómo es Dios, cómo se relaciona con nosotros y nos mete en el fuego para hacernos de oro puro, según dicen. Este Dios, a veces abstracto, de tan ausente; a veces terriblemente justo; a veces lleno de misericordia, no me envió el rayo que le pedí con pasión, el impacto que me destruyera. Y entendí que no lo haría. La criatura nació. Salió rápida, libre, húmeda. Otra mujer. Lloró fuerte, rebelándose contra la agresión del aire y de la luz, contra esa otra manera de estar viva. Y la madre, recostada al fin, pálida y agotada, la recibió limpia y acomodada de mis propias manos. Luego, me bañé largamente antes de acostarme e ingresar al sueño intermitente, a la vigilia del miedo.

Hoy, es esta sensación de no poder levantarme del lecho. Esta parálisis. Es como si hubiera muerto de otra manera. No quiero salir de la habitación y tener que interactuar con los otros miembros de la casa. No quiero ver a la recién nacida. No quiero ir a la calle. No quiero tener que almorzar en la mesa familiar. No quiero saber las noticias. Ni siquiera escuchar música me consuela. Y pensé que quizá si te escribía, pudiera limpiarme de esta llaga. Escribir es a veces como una especie de betadine del espíritu: un desinfectante que luego se vuelve un bálsamo cualquiera, furacín tal vez, que va propiciando una cicatrización que no será milagrosamente instantánea. Que durará, no sé, seis semanas, ocho, o

cuarenta semanas. Pero que algún día terminará. La llaga terminará. El pus terminará. La fiebre terminará. El dolor terminará. Pero la huella, no. Imborrable, esa marca permanecerá hasta que, dentro del ataúd, los líquidos del cuerpo estallen y deshagan esta máscara de carnes, huesos y nervios, que es finalmente sólo agua de vida condensada por un tiempo para que camine por el mundo y, no sé, se reproduzca y muera.

Cuando esto comenzó, él quiso acompañarme cierto día a una misa. El oficio en sí era sólo pretexto: éramos tan ilusos entonces: creímos que vistiéndonos de negro y acudiendo a una iglesia estábamos librando un enorme combate. Y éramos tan pocos, tú lo recuerdas: apenas un grupo que se despojaba de sus miedos, que se sacudía de la bruma de los abusos para intentar transformar el futuro. Tal vez debí haber visto más ese día, cuando él me dejó en el banco eclesial y se reunió con otros hombres, todos tan erguidos y tan serios. Pero no lo conocí nunca lo suficiente como para saber, sin mirar nada, sólo adivinando, sus movimientos, sus pensamientos, sus angustias, sus luchas. Meses después, una tarde, creo, me preguntó extrañamente si yo le diría algo si estuviera conspirando. Y, no sé ¿estábamos conspirando? Todavía el destino no nos había envuelto en la vorágine, ni los asesinos habían abandonado sus guaridas. Pensé largamente la respuesta: ¿escribir en un periódico de cuando en cuando, reunirnos para pensar en el futuro era considerado conspirar? Ciertamente, una leve atmósfera de amenazas se cernía sobre nosotros. Estábamos marcados en un tablero como ciudadanos bajo sospecha. Nos citaban en salas como las de El Proceso, tú sabes. Sitios burocráticos donde todo el mundo comenta el caso del otro y le da su interpretación. Pero no era en verdad sino un acto histriónico, de parte y parte, y no era posible hablar de conspiraciones, o quizá sí, porque deseábamos salirnos de un juego que era legal porque nosotros mismos lo permitimos así. Quizá por indiferencia. O por resignación. O por esperanza. Y ahora, aquel juego se había vuelto siniestro, como la OUIJA de El Exorcista ¿recuerdas? Lo cierto es que pensé antes de responder y decirle que sí, que se lo diría, porque no era ético poner en riesgo su vida y su libertad por seguir mis tendencias, dije, y recordé cómo Gómez, el tirano liberal que mencionan los historiadores, llevó al calabozo al marido de Lucila Palacios y le puso grillos de cuarenta kilos que le destrozaban los tobillos, aunque la que andaba en la cosa política era ella. Él sonrió con cierta tristeza y no me dijo más.

Siempre me pidió que confiara en él. Y confié, hasta cierto punto, porque así son las cosas. Por más que quiero, mi fe no llega a ser absoluta. Seguí con las reuniones, los textos. Él sonreía, a veces, y me acariciaba con ternura llamándome conspiradora light. Luego, las posiciones se radicalizaron y

aquellos Idus de Abril, tú lo sabes, fueron ya el hito donde había que irse o quedarse, retirarse o pelear. Aquellos días fue cuando medí la calidad y la densidad del compromiso que él tenía. Sabía que aquellos hombres altos, erguidos y serenos eran otros soldados, en una batalla mucho más compleja que la nuestra. Nosotros, marchadores vestidos de negro, planificadores de sueños. Los muertos de los Idus de Abril y todos los sucesos, me permitieron ver por vez primera los hilos de una red que era distinta de lo que podía haber imaginado siquiera: una red que me asustaba. De repente, él pareció haberse transformado. Esos días fue conmigo más paciente, más amoroso, más cuidadoso. Me explicó con colores claros y hermosos el futuro que tendríamos. La vida de los dos en el ocaso de la vida. Un jardín, quizá un gato. Pero antes, era preciso pasar por farallones de sacrificios. Yo solamente decía sí. Hubo momentos en que dije no, también. Me negaba a aceptar que vendrían tiempos de violencia inubicable. Me negaba a aceptar palabras que sonaban como soluciones quirúrgicas. Me parecía terrible y me refugiaba en argumentos, en ciudadanía, en civilidad, en términos y conceptos con los que habíamos crecido y de los que era imposible deslastrarse.

Mientras tanto, las batallas más duras se gestaban. Cierta desesperación nos arrastraba a veces. Los colores del mundo se habían vuelto grises. La jacaranda que estaba a la puerta de nuestra casa no dio flores en su momento y comenzó a secarse. Era un mal augurio. Llovía y era como un ácido. El borde de las hojas de los arbustos aparecía quemado, a veces. Me sentí a borde del horror, o la locura. Hubo días en que tanto era mi miedo que ni siquiera puedo expresarlo con palabras. Pero había decidido verificar en las filas de lo que considerábamos el enemigo cómo eran sus posiciones, sus estrategias, sus organizaciones, sus formas de financiamiento, la distribución de su logística. Era fácil, en principio. Una actuación, una cámara fotográfica, un grabador, un cuaderno de notas, capacidad para observar, establecer relaciones y anotarlas. Era fácil, al principio, o lo parecía. Pero ¿en qué momento podía darse un paso en falso? ¿cuándo me traicionaría, a mí, personalmente, la asfixia que me producía el sólo oír hablar al asesino, o verlo en la pantalla del televisor? ¿cuándo perdería la prudencia necesaria, o la capacidad teatral? Y eso que todavía lo creíamos drama. Que aún pensábamos que era periplo y no exilio eso en lo que andábamos. Eso que aún no era del todo una tragedia.

Él me observaba. Un domingo, cuando daban un programa donde el gobernante se refocilaba en su retórica, comencé a sudar, a pesar del aire acondicionado. Me estaba ahogando. Era la nítida sensación de que la garganta se me cerraba y no ingresaba el aire a mis pulmones. Él cambió el canal, me habló con serenidad, pidiéndome que me tranquilizara. Yo estaba molesta

conmigo misma. Y con él. Discutimos brevemente. Palabras duras. Salí a la calle. Caminé algunas cuadras, hasta toparme con un templete. Dos tarimas cerraban una de las calles principales de la ciudad. Enormes cornetas dejaban salir la música emblemática del régimen que ellos llamaban revolución. Una mujer blanca, rubia, con los ojos muy azules e identificada con un carnet de la alcaldía, que ella lucía muy orgullosamente, se trepó a uno de los templetos y comenzó a bailar. Había algo extravagante en aquella tropelía de gente: funcionarios grises, dominguereando con sus cervezas en la mano, los chinos de un restaurante cercano, asomados jubilosamente a la puerta, exhibiendo un banderín con la imagen de Mao, una imagen del pasado, incognita para muchos. Y la mujer bailaba con cierta desfachatada obscenidad y de pronto dijo les matamos unos cuantos y salieron corriendo. Sentí el mareo. La náusea. Los demás repitieron como estribillo lo que la mujer gritaba y gritaba con desenfreno ¿a quién no le gusta la locura? Cantaba la mujer rubia, y nunca sabré su nombre, pero la reconocería en cualquier momento. Ellos bailaban sobre los cadáveres, sobre la sangre. Esos muertos que ellos mataron habían nacido bajo la misma bandera, y ahora, ya no, ya no eran hermanos, sino que la guerra se había declarado y no podíamos vernos más sino como enemigos. Regresé a la casa. Él me esperaba. No le dije nada. Hablamos de otras cosas, vimos televisión. A la mañana siguiente, comenzaron a sangrarme las encías tan profusamente que temí que tuviera leucemia o algo así. Comencé a sentir una fiebre delirante. Alucinaciones auditivas y visuales me perturbaban. Me llevó a una clínica. Mantuvo una calma tan total que me sirvió de antídoto contra ese enemigo que me vivía dentro. En medio de todo, me sorprendía su súbita tranquilidad. Como si finalmente estuviera totalmente seguro de estar haciendo lo correcto. Días después de haber salido de la clínica, me anunció un viaje. Se fue un lunes. Durante tres días no me llamó, no supe absolutamente nada de él. Luego, una llamada telefónica, el anuncio de la prolongación del viaje, la recomendación de que me fuera a casa de mi familia. Luego, silencio. A veces, un e-mail. Y luego, cada vez más y más, el silencio.

Es de noche, ahora, y él está muerto. Hace meses que está muerto y aunque dicen que su asesino, el hombre que lo mató, también lo está, yo siento que no se ha hecho justicia, porque él y su asesino son víctimas del otro, del demente, del tirano. Yo misma soy su víctima, aunque lo combato. Busco en mi lecho a mi compañero y no está. Llego al punto de llamarlo al celular solamente para escuchar su voz en el buzón de mensajes. No sé cuánto tiempo más las batallas continuarán. Esto es como una partida de ajedrez donde hace tiempo se ha puesto en jaque al Rey, pero éste continúa corriendo por todo el tablero. Hasta que al jugador se le acaben las piezas. Hasta que se haya llevado otras piezas más

del que lo jaquea. Todos vivimos en estado amarillo: dormimos con las armas a mano, para repeler los ataques sorpresivos de las hordas. Soltamos a los perros guardianes, colocamos trampas o activamos alarmas. Aquí, en donde estoy, hemos cavado mis sobrinas y yo una fosa en torno a la casa y la sembramos de cabillas que afilamos una por una. Hicimos todo el trabajo en las altas noches, para que nadie supiera. Somos una casa de mujeres. De guerreras, a nuestro modo. Luego, cubrimos la fosa con una malla dúctil. En el día, tenemos que recordar exactamente por dónde caminar, o podríamos caer en nuestra propia trampa.

A los que me preguntan por él, les digo que se fue a otro país en busca de fortuna y no regresó. No es bueno ser considerada la viuda de un contrarrevolucionario y menos cuando esa gente está desesperada ahora, porque saben la cercanía de su final y sus jefes se han dispersado. Ya es bastante riesgoso que sepan que escribo para algunas revistas, cuando puedo hacerlo porque la línea telefónica funciona, o no hay tantos tiroteos en la calle. Sé que me observan. Pero hace tiempo aprendí a mimetizarme, a volverme invisible, a ser una de ellos inclusive. De hecho, he aprendido a actuar como si fuera otra persona, lo que finalmente no es difícil, porque en verdad soy otra persona: una que hace tiempo no puede reírse con la franqueza que hace que se iluminen los ojos. Él se fue. Su último mensaje me decía que me refugiara en la armadura de Dios, el texto de Pablo a los Efesios. Jamás ha de volver y su muerte, tan sencilla, tan ignorada, tan necesariamente oculta, es inenarrable. Me quitó el anillo que me dio en nuestras bodas: una hermosa pieza de orfebrería antigua, con dos brillantes y una amatista. Uno de aquellos hombres erguidos y serios me trajo un día el aro de oro con mi nombre grabado en el interior que él llevaba consigo. Me trajo un disco donde había grabado las canciones que había escrito para mí. Me trajo la Biblia que yo le entregué el día que se fue. Cierto. Nada nos relaciona. Eso es todo. Ni una fosa. Ni un velorio. Ni un funeral. Ni una fecha. Ni un cadáver. Guardo algunas ropas suyas, libros, algunos papeles. Nada.

Y ahora, por primera vez en meses, dejé que me alcanzara el dolor inmensísimo y por eso te escribo, amiga. Afuera, el perro ladra. Es un excelente perro guardián. De voz sonora y aspecto terrible. Tememos que las hordas puedan envenenarlo. Quizá por eso nos esforzamos por criar dos perros más, aún jóvenes. Dios sabe que no es fácil, en tiempos de hambre. La madrugada transcurre hacia el momento en que cantan los gallos. Escucho la emisora alternativa que transmite loas al Comandante. Sé que se acerca el día en que todo eso se silencie y comencemos a recuperarnos. No sé si podré ayudar en esa tarea, pero creo que sí, digo, si me es dado sobrevivir. Quiero llorar ahora y ni una sola

gota sale de mis ojos. Es extraño. Hasta los manantiales del llanto se cierran en las guerras.

Una vieja foto, de Alberto Hernández

20/ 07/ 2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

Una vieja y amarilla gráfica la descubre con un sombrero tirado hacia atrás. Pero lo más curioso es el ceño. A su edad, Margarita, tan concentrada ella. A nadie se le ocurriría pensar que acababa de pasar por una situación tan grave, tan dolorosa, porque perder a la madre a una edad tan temprana crea todo un vacío que atemprana la muerte o las ganas de vender la casa con todo adentro.

Yo soy una mujer que ha pasado por muchos dolores, pero esta vejez tan lenta nadie la profana, porque para mí la muerte es un paseo que espero ansiosa.

La anciana repasa una y otra vez la imagen de la fotografía.

Una muchacha le trae té de tilo y le quita el cartoncito de la mano. “Mamá, debes tomarte tu infusión, deja los recuerdos un rato en el cajón que ya va a anoecer; tú sabes que la memoria hace daño a esta hora, y más a ti, que no puedes despegarte del pasado”.

Margarita retira la taza y coloca la foto sobre la cómoda. Mira en silencio a la anciana y la ayuda a levantarse para que se acerque a la ventana. “La última luz del día es buena para el alma. Tú no sabías, Margarita, que cuando uno va a morir es bueno que le enseñen el sol. Uno se lleva en los ojos ese brillo, y cuando se encuentra con Dios no lo sorprende la luz que lo rodea”.

—No digas esas cosas, mamá. A ti te quedan muchos soles todavía.

Cuando sacaron el cuerpo de la niña, nadie se imaginó que en la casa la vida cambiaría. Sólo que la foto sería una justificación para cavilar y seguir anclada en aquellas horas. El tiempo le había quitado a la niña el sonido de la voz, el brillo de los ojos. “Esa sonrisa tan de ella que la muerte la ha ido borrando del papel”.

—Mi niña Margarita. Mi niña Margarita, llora la anciana.

La muchacha la ayudó a llegar a la habitación. La sentó en el borde de la cama y le entregó el rosario. “Vamos a rezar, mamá. Mañana habrá otro sol”.

—Margarita, ya la luz se acabó. Con tu muerte me queda sólo seguir molestándote, ver la foto de cuando estabas chiquita. Y pensar que sufriste tanto cuando supiste que yo había muerto. Esa noticia fue la que aligeró tu despedida.

—Mamá, cuántas veces tengo que decirte que yo nunca me he muerto, que es sólo una mala noticia, que tú vives en el pasado viendo una fotografía en la que estoy triste y nada más.

—Margarita, tú no habrás muerto, como dices, pero yo sí, y por eso crees que vivo en el pasado. Los muertos no tenemos presente, por eso me ves borrosa, anciana. Nada de esto es verdad, sólo nosotros, en esta fotografía.

Del libro: **Cortoletraje (Blacamán Editores, 1999)**

El pequeño Nazareno, de Julio Garmendia

29/ 03/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

El miércoles santo, el pequeño Nazareno de túnica morada y grueso cordón blanco, a nudos, bien ceñido alrededor de la cintura, sube –o debería subir– entre papá y mamá, por la calle que conduce a la iglesia del Nazareno. Pero no está dando pruebas, en absoluto, de aquella nazarena paciencia y resignación correspondientes al personaje y a la indumentaria que le han sido asignados. Todo lo contrario, demuestra un verdadero humor de perros –un humor como pocas veces se habrá visto en un Nazareno en Miércoles Santo–; rezonga y lloriquea, y en vez de seguir a papá y mamá dócilmente, se hace halar, y otras veces empujar, por uno de ellos dos. Intentan ambos convencerlo, le ruegan, lo halagan, le prometen recompensas para luego, para un poco más tarde, cuando ya la visita al templo haya sido hecha, la devoción cumplida, y la promesa, pagada, de acuerdo con los términos del devoto convenio celebrado entre ellos y el Nazareno de los milagros.

El pequeño Nazareno, no cabe duda, es duro y terco; ningún ofrecimiento hace mella en su actitud –que es de franco sabotaje–; nada ni nadie lo obliga a ir más ligero ni a dejar una cara menos agria. Cuando un helado de guanábana le es gentilmente ofrecido (esto último en patente contradicción con todas las tradiciones respecto al trato a acordarse a nazarenos, las cuales no incluyen en absoluto helados de guanábana, sino hiel en hisopos en perspectiva únicamente), cuando el helado, pues, le fue ofrecido, el pequeño Nazareno lo arrojó al suelo, sin ceremonia ni compasión. Peor aún, sin apetito. Es entonces, en ese instante crucial, cuando papá le da la bofetada en la mejilla –volviendo, ahora, de repente, a la observancia de las viejas prácticas que repiten la manera de proceder con nazarenos y redentores. En atención a lo sucedido, a la corrección, hubiera podido creerse que el pequeño Nazareno se hubiera finalmente resignado a representar bien su papel y a convertirse en viva imagen del gran Nazareno a cuya iglesia era llevado por papá y mamá. ¡Pero nada de eso! Se puso furioso –aún más que antes–; se desencadenó, materialmente, chillando y pataleando, y haciéndose llevar a rastras de ahí en adelante.

Perdiendo el último resto de su santa calma, y alzándose la túnica en plena calle concurrida, mamá le da unos cuantos cordonazos, “a posteriori”, si puede decirse así, con el mismísimo cordón de color blanco y de gruesos nudos que le estrecha la cintura, la delgada cintura, al pequeño diablo indócil.

El pequeño Nazareno, pues, para este instante –para esa “estación”, diremos mística, de su ruta–, ha sido ya debidamente halado, empujado, golpeado, abofeteado y azotado. Está, además, bañado en lágrimas, y su larga túnica violeta de vistosos pliegues aparecía toda ella, también maculada por salpicaduras, no de sangre, pero sí de guanábana –provenientes del helado que fue lanzado por él mismo contra el cemento de la acera, contribuyendo así a su propio castigo y sufrimiento. Sin nadie proponérselo, se daba entero cumplimiento a todo, o a casi todo, el ritual correspondiente a nazarenos, grandes o pequeños, forzosos o espontáneos, antiguos o modernos. El pequeño Nazareno seguía gritando. Una nutrida concurrencia presenciaba el espectáculo. Si no fuera por la decadencia de la fe en los días que corren –de la fe en Dios y de la fe en el Diablo–, es casi seguro que lo hubieran acusado, allí mismo, de endemoniamiento agudo. Lo hubieran exorcizado, o hasta lo hubiesen quemado, ¡quien sabe! Todos los otros nazarenos que había por la calle lo contemplaban con ojos de asombro.

Del libro: **La hoja que no había caído en su otoño (Las voces de Orfeo, 1979)**

Hombre que viene de lejos, de Orlando Chirinos

09/04/2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

Por allí se presentó Arquímedes anoche, Leo, como una mala cosa. Sudado y azufroso, con las huellas invisibles de las hendiduras y grietas resacas de la calle mal iluminada. Debe haberse venido liviano y suave como una hoja, a un palmo del suelo. Pasaría frente a “El Murallón” sin hacer caso del vidrio contra el cemento, ni de la conga reventando los surcos del disco, digo yo. Sin ver a Gissela gamuzeando los círculos aplanados de metal erosionado y micótico. Gissela vacilando en los tacones altos y de rayas culebreadas, sonando a gluglú la cerveza en los vasos. Sin ver a Gissela sacando el busto, pronunciando más el trasero, sacando pasitos y figuras cerca de la voz de El Benny.

Debe haber pasado indiferente, sin ver el aglutino de sillas y mesas, las manos golpeando las planchas metálicas. La prisa le comía los pies, las manos tías, frío y verde como una estatua abandonada, sin oír el amasijo de ruidos del sitio. Seguramente saltó sobre la casa misma de Arturo, para evitarse el cruce de la calle, tropezó las hojas sobre la cerca y desde allí gritó ¡Arturo!, y siguió para acá.

Nadie lo esperaba y ni siquiera lo habíamos mencionado en estos días. Por eso nos agarró de sorpresa, cuando se colocó en el marco de la puerta, apenas baboseado por la miga de luz que le llegaba de la sala. No sentimos cuando abrió la reja, ni cuando sacudió los zapatos contra el quicio. Desde aquí los vimos, en el hueco sin luz, medio inclinado hacia las hojas pulposas esas que están allí. Llegó en una hora hueca, en uno de esos momentos calmos, en uno de esos retazos de tiempo vaciados de todo y todo... Nosotros fuera del ruido, la ciudad como una gran larva viva, a lo lejos. Nosotros atrapados dentro de una nostalgia dulzona y consistente.

Estaba delgadísimo el Arquímedes, Leo. La cara medio barbada, las mejillas y los ojos escurriéndose del rostro. Desmejorado y lejano. Ya no era aquel de cuando nos vinimos, alegre y parlanchín. Había cambiado mucho. Claro, esto no nos preocupó mayor cosa, porque todos hemos cambiado, unos más que otros, pero hemos cambiado.

Bueno, lo cierto es que se puso allí, calladito y triste, sin hacer caso de la seña para que entrara. Pero, de verdad, se veía mal, te digo. Nos pondríamos a hablar de allá, con toda seguridad, para que el sol nos crujiera en la piel y se nos brillantara en el agua viva sobre la carne, llenos de brozas húmedas y pegajosas.

Acostados sobre las yemas y los tallitos tiernos, el oído sobre el vientre terroso, o de cara al cielo, los ojos entrecerrados, las nubes columpiándose de cerro a cerro o haciéndose tiras entre los montes más altos.

De eso hubiéramos hablado o de Justina... La casa escondida entre los naranjos, deslizándose en el lomo yerboso y ondulante. Justina oliendo a caña verde, desnudándose, tendiéndose en el catre, abriendo los muslos fofos y viejos. Hubiéramos hablado de muchas cosas si él traspone el umbral, pero ya no somos los mismos que vinimos, ni siquiera los de un tanto atrás, cruzándose ahora por la calle, inflados de una falsa prisa, postizos, con una afectación innecesaria, maquillados para los actos vitales, o para comer salchichas chorreantes de mostaza, cualquier domingo en cualquier esquina. Son otros, realmente, los de los tragos del día de pago, con otras caras y otros amigos, gente de otros lugares, con otras voces y otros gestos. Entalcados, enlavandados, Dios sabe cuán lejos de nosotros mismos, Leo.

A nosotros nos habían contado que él, Arquímedes, se había mudado ahora poco, que estaba tocando, que se había plantado, con casa y mujer. Creo que ya tenían un hijo. Todo eso nos habían contado de él. Imagínate cuánto tiempo haría que no lo veíamos, hasta anoche, cuando llegó y se fue, en segundos:

— A lo mejor lo soñamos —dijimos— o fue alguna sombra parecida a él.

Por eso teníamos que alegrarnos de su visita. Vicente no lo veía desde donde estaba, en el piso, y se quedó pasándose las manos sobre la panza abultada y peluda. Pero Mauricio y yo sí podíamos verlo:

—Mira quién está ahí —me dijo Mauricio, dándome con el codo.

—Creíamos que te habías muerto hace tiempo— le dije, sin moverme de la silla, haciéndole señas para que entrara, sin fijarnos seriamente en sus huesos alargados, en sus manos amplias y nudosas sosteniendo la puerta. Sin tomar en serio su aspecto de cosa mustia, marchita, su vellosidad de enfermo, sus ropas estropeadas.

Nadie lo vio apearse de bus, ni integrarse a las sombras, ni llegar donde Arturo y llamarlo, sin detenerse. En esas condiciones le debe haber resultado fácil, de habérselo propuesto, atravesar el alambre, filtrarse como un aire por la malla y retirarse hasta abajo. Pero nadie lo vio cruzar la corona de luz de “El Murallón”. Nadie. Se adueñó de la entrada cuando él quiso, suspiró con todo el cuerpo, estremecido lentamente sobre toda la piel maltratada. Suspiró y bajó un poco la cabeza, sin importarle el grueso olor a sudor viejo, alquitranado, aquel

olor a natas fermentadas que parte de los zapatos en reposo y de las telas íntimas colgadas en ciertos salientes.

¿Recuerdas la otra vez cuando vino? Andaba medio ebrio, hablando sin parar, con los ojos brillantes y agrandados, con el tema del conjunto que estaba formando. Agarró la guitarra y cantó hasta la madrugada. De aquí se fue con Vicente y Robertico. Desde esa fecha no lo veía.

Arturo fue quien llegó esta mañana, temprano:

—Anoche mataron a Arquímedes, por allá donde vivía: Un tipo le rompió el pecho.

Arturo llorando contra la pared.

La cabeza recogida, como un glande flácido. Serio entre el terciopelo negro. Muerto. Arquímedes muerto, Leo.

Del libro: **Ultima luna en la piel (Fundarte, 1979)**

Secuestro, de Luis Barrera Linares

02/ 08/ 2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

Ya intuía Ramón Salomón Garzón que aquello era un secuestro singular. Lamentaba horrores carecer del tren delantero de su boca para poder decir que iría armado hasta los dientes al encuentro de los captores del hijo de su socio. Los últimos resquicios de su blanquísima hilera masticatoria habían acabado de desplomarse el día que entre botellas, sillas y rumores de humo había tenido que enfrentar a los enemigos de un cliente. Soy Garzón de apellido y Ramón Salomón de nombre, habría dicho, represento a mi cliente y vengo a cobrar las injurias que ustedes cometieron contra él, su persona y su personalidad. No había terminado la última palabra cuando sintió que un puño de hierro colado se le ubicaba en medio del labio superior y que la cadena de huesecillos blancos que habitaban sus encías se desmoronaba ante el impacto. El tipo que lo había golpeado, se sobó el puño y entonces fue cuando le preguntó: ¿A quién nos decía que representa, detectivito de mala racha? Salomón calló y dejó también que sus preciosos dientes cayeran al unísono como cascada de leche fresca. Pero prometió para sus adentros que la venganza sería dulce en cuanto pudiera descubrir el ardiloso ardid de aquella turba de vándalos sin recato ni pudor ante la presencia de los extraños. Ahora, se disponía a salir al encuentro de una nueva y audaz aventura. Entonces sospechó que por primera vez necesitaría un buen par de muelas para meterle el diente a los tipejos que habían secuestrado al hijo de su mejor amigo.

Bruca Maniguá, su socio, le había telefonado muy temprano para informarle que era preciso poner en movimiento todo el personal de la “oficina de servicios detectivescos especiales”, ya que unos señores de malas costumbres le habían participado la noche anterior que tenían secuestrado a su hijo, a la secretaria de la oficina y al mensajero motorizado que diariamente se quebraba las espaldas recorriendo la ciudad de polo norte a polo sur, a objeto de mantenerse en forma obligada cumpliendo con sus deberes. A decir verdad, a Ramón le sonaba muy extraño lo de la secretaría puesto que, siendo socio de la empresa, nunca se enteró de que tuvieran una. Le daba un cierto dolor de riñones tener que pagar ahora una recompensa por lo que estaba seguro que no era más que un chance de esos que Bruca Maniguá encontraba cada vez que juraba amor eterno a su esposa y le agregaba que con esa vaina del sida él no sería capaz de fornicar extraconyugalmente ni siquiera con una mosca. De todas maneras, el viejo lobo Garzón sabía que la joven zorra esposa de Bruca no le creía ni un

centímetro de sus palabras desmedidas y que si esta vez no había gato por liebre, al menos estaban tratando de venderle una pepita que no era precisamente de oro. Pasó de nuevo la mano derecha por su boca fofa, hizo un gesto típico de detective privado de película italiana, tomó el paraguas que nunca usaba para parar el agua sino para lucir europeo, y se dispuso a salir a luchar por la justicia, cual supermán tropical subdesarrollado.

Bruca Maniguá le había dicho que si no encontraba a su hijo, a su amante y a su motorizado, en menos de lo que cantaba un gallo, entonces tomaría las medidas necesarias para que fuera al otro día a despedirse de la “oficina”, recogiera sus pertenencias y se fuera al mismísimo a fungir de detective en otras tierras, lo que no había podido fingir en éstas. Bruca, también conosureño, de San Miguel, —Tucumán, para mayores señas—, sabía que la debilidad de los porteños era precisamente que como vivían en un chantaje permanente, sentían pavor cuando se les amenazaba con sacar al aire sus trapos sucios (y también los limpios, si los tuvieran). Y Salomón era obviamente eso, porteño, pero de verdad del puerto: presuntamente, era esta una de las pocas verdades que hubiera dicho alguna vez en su vida, aunque jamás se atrevió a agregar que realmente su original destreza provenía de un puerto del Uruguay, donde de niño había aprendido el arte de la demagogia y la fanfarronería. Su apellido, incluso, lo había adoptado gracias a la afición de uno de sus abuelos por los vinos y las putas francesas. Más tarde, ya adolescente, decidió que sabía demasiado para seguir en una ciudadela como Montevideo y optó por respirar los buenos aires de un puerto mayor, hasta adquirir la nacionalidad de Evita Perón. “Quiero ser Evito, el masculino de Evita, y evitaré que alguna vez se sepa que desde el llano adentro vengo”. Fue lo que pensó y grabó en su memoria una vez que tomó la decisión de llegar a ser capaz de engañar a quienes se creían la tapa del frasco del continente latinoamericano. Pero lo acogotó la pudibundez de una ciudad como aquella y entonces descubrió que todos los caminos conducían a Caracas. De ésta se rumoreaban mil leyendas: fundada por idiotas, habitada por idiotas, y gobernada por idiotas, parecía el pasto propicio para sus ansias de vaca sagrada. Estaba seguro de que muchas cosas cambiarían allí con la presencia de un auténtico conosureño como él. Su genio y su labia resonarían y harían crecer aquella poblada de eunucos que, como buenos herederos de tribus atrasadas, no habían sido capaces de desarrollarse en el campo de la investigación privada. Suponía que nadie allí sabría que se necesitaba haber ejercido mil profesiones antes de convertirse en detective. Cuando a la salida de la aduana le preguntaron por su profesión, se llenó la boca con aire de orgullo para decir: “Soy lo que aquí necesiten, desde un vulgar plomero hasta un mofletudo magistrado de la corte, escriba usted la profesión que más le agrada, aunque debe bastarle con mi palabra puesto que, como se sabe en todas partes, las dictaduras acabaron con

todos los diplomas y certificados de nuestra raza. Sepa que me gradué con honores pagando buenos honorarios a mis honorables maestros. ¿Viste?”.

Y el hombrecito escribió en la planilla de inmigración lo que se le decía. No podía creer que hubiera falsedad alguna en aquella cadena segura y certera de palabras bien pronunciadas y puestas todas en su santo lugar. Más adelante, las puertas electrónicas se abrieron a toda velocidad para dar paso a la gloria inmarcesible que nos llegaba desde las alturas de la Suiza de América. “Buenos días, buenos aires, señor, soy de allá pero no voseo. Soy una maravilla en lo que usted desee, señor. Tengo un amplio currículum y una inmensa canícula para cualquier oficio, ocupación o profesión. Haré lo que usted mande, señor. Quiero decirle también, señor Bruca, que lo que mejor practico es la investigación privada, que he sido por más de treinta años investigador de la vida privada de mucha gente, soy sabueso y sabroso (Experto en archivo, balística y criminología). Aquí vengo a rendirme a sus pies, señor, Bruca, sí, me ha dicho su merced que se llama Bruca Maniguá, pero supongo que eso debe ser un nombre artístico o algo parecido, ¿no, señor? (Abundoso en criptografía e implacable en dactiloscopia). Si no lo es, disculpe usted, jefe, claro, ya puedo llamarlo jefe, a partir de este momento es usted mi jefe y asumo mi conducta de subordinado (Ducho en derecho penal y maestro grafotécnico). Porteño, si, supongo que es porteño y debe saber que la gente que más admiro en mi país es la porteña. Son seguros, decididos, arriesgados (Nadie me supera en medicina legal y peritaje) No se parecen a los tucumaneses que por el contrario son temerosos, embusteros y aduladores, (implacable en defensa personal). No, no, no se preocupe, estoy bien aquí, de pie, ya sabe usted que como bien dijera Don Jacinto Benavente los árboles son poemas que mueren de pie quebrado, parados. (¿No fue él), es decir, señor, quiero demostrarle que soy desde este momento su más ferviente servidor y que precisamente he venido a este país a trabajar con hombres como usted, (¡ni qué decir de mis profundos conocimientos en psicología criminal!). Si me necesita, señor, llámeme, no le importe la hora, llámeme y úseme (no encontrará a nadie mejor en retratos hablados), utilice mis servicios, pues, le aseguro que no se arrepentirá...

Y Bruca, conocedor absoluto de la verborrea de su propia raza, no se detuvo a pedir aclaratorias sobre lo de los habitantes de Tucumán; había decidido nombrar a Ramón Salomón ayudante de órdenes, que era un cargo creado en su empresa para que no fuera igual que las demás. Ayudante de órdenes quería decir entonces cumplidor de mandatos o ejecutor de exhortaciones. Ramón Salomón sintió que lo estaban nombrando y que eso era lo más importante. De lo demás se encargaría él con su astucia y con sus dotes de buen saltarín. Lo primero que haría sería tratar de desplazar al otro entrometido que hacía de socio de la oficina.

Luego vendría el paso final: adueñarse de lo que aún no era suyo pero que podía llegar a serlo. Tres meses transcurrieron y un socio de la compañía era echado por malversación de fondos malhabidos. Garzón se sentó entonces en el sillón de su antecesor e intuyó que era la oportunidad para fumar su primer habano. “Lo demás viene por añadidura”, se dijo, antes de acercar el cenicero y colocar sus zapatos de charol sobre el escritorio.

Dos años después, era el segundo accionista de la oficina y decidía a su antojo. Se había aprovechado de las debilidades “culométricas” (su palabra iba adelante) de Bruca Maniguá y de las imbecilidades de uno de los motorizados, a quien había ordenado hacerse llamar “motorista” y no motorizado, so pena de ser despedido a la mayor brevedad posible. Nunca había sabido nada de la investigación privada en realidad aún no lo sabía, pero al menos ahora era imperturbable al aparentar que sí conocía de eso, y mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar. No obstante, su momento parecía haber llegado esa madrugada cuando levantó el auricular y supo por la voz electrónica de su contestadora que el hijo de Bruca había sido sometido al más vil y vilipendiado de los secuestros. Llamó inmediatamente, pero nadie respondió, hasta que más tarde recibió la noticia definitiva por labios del propio padre que ya lucía desesperadamente abrumado. Desde el primer día, jamás había tenido un caso real en sus manos. Siempre le había tocado trabajar con esposas neuróticas de esas que mandan a perseguir a sus maridos cuando sospechan que andan en oscuras andanzas. Siempre supo Ramon salir airoso al confesarle a las señoras que si era verdad lo de las sospechas y que ya podían ir preparando los papeles del divorcio a objeto de convertir en realidad las amenazas. Nunca supuso Salomón que su prueba de fuego sería precisamente la recuperación del hijo de su más cercano competidor en la oficina. Pensó entonces diseñar una estrategia por si acaso no podía resolver el caso de la casa y salió disparado hacia la oficina a interrogar a su socio. Llegó con las cejas fruncidas como buen detective, se sentó, pidió al mensajero, segundo motorista de a bordo, un café sin azúcar, y sacó su pipa barilochense, antes de sentarse a consolar a Bruca Maniguá que no temía tanto por el secuestro del niño, sino porque se llegara a descubrir que la secretaria secuestrada ni era secretaria ni estaba secuestrada. Era justamente ella quien había planeado todo, lo había amenazado con llevarse al niño y no devolverlo hasta que Bruca no resolviera facilitarle su vida con un apartamento en el este de la ciudad. Fue entonces la noche anterior cuando decidió poner en práctica su amenaza. Salieron de paseo y a Bruca se le ocurrió que si llevaba al niño, tendría la excusa perfecta con su inocente esposa legal. Los dos años del pequeño eran la mejor prueba de que aún no tenía la suficiente malicia como para darse cuenta de que su papá andaba en malas intenciones con aquella morena king size.

“Si los encuentras, si recuperas al chico, todo será tuyo, lo prometo”. Vio Salomón llegada su hora decisiva para dar el golpe final y llamó al motorista para iniciar el plan de rescate: “hay que elaborar la minuta de la hora de las diminutas”. Ordenó preparar su pistola de rayos católicos y otra vez llamó la atención de Bruca para abatirlo con su metralleta interrogativa: ¿Cuándo fue la última vez que la vio, señor?, ¿no le notó movimientos o gestos raros?, ¿sabe dónde vive?, ¿qué hace?, ¿puede describirla?, ¿algo más que agregar, señor? ¡Hable ahora o calle para siempre, señor!...

Cuando el segundo motorista le entregaba la pistola cargada de oraciones, Salomón le dijo que esta vez debería ser su asistente de investigación y que era preciso que buscaran al occiso, puesto que ya sospechaba que la secretaria parlamentaria había decidido degollar al pequeño cómplice de las aventuras pasionales de su jefe. De todos modos, salieron a enfrentarse con el lugar donde la noche anterior la muchacha había llevado al niño hasta el baño, para desaparecer con él inexplicablemente. Adormilado y neurasténico, el dueño del local informó por una ventanilla que no solía atender vendedores ni cobradores tan temprano. Entonces Ramón le aplastó la placa sobre la nariz para demostrarle que se trataba de investigar un secuestro y que si no colaboraba se podía creer que era cómplice del mismo. El hombre se rasgó las lagañas que sobrevivían en sus párpados y comenzó a desactivar cada una de las alarmas y a abrir candados hasta que dejó las puertas explayadas. Entraron y Salomón se acercó a una mesa, bajó una de las sillas que descansaban volteadas sobre la misma y aplastó su trasero en ella al tiempo que hacía señas a su ayudante para que le vigilara la retaguardia. Miró otra vez al dueño y engoló la voz para recordarle que podía permanecer en silencio, que cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra, que tenía derecho a una llamada telefónica y a solicitar los servicios de un abogado. Inmediatamente se dio cuenta de que eso pertenecía a otro capítulo del libro televisivo en el que había aprendido la profesión. Inmediatamente, torció el rumbo de su voz pausada para mostrarle una fotografía al hombre, que continuaba cayéndose del sueño. ¿La conoce? ¿Bonita, verdad? Pues no es ella, no es la que ando buscando, es mi exmujer, se quedó en Buenos Aires, prefirió quedarse explorando la mina. Si tiene algo que agregar, si no está de acuerdo con este procedimiento, manifiéstelo por escrito ante el juzgado quinto de la circuncisión penal.

Salieron con la certeza de que en el lugar había felino enjaulado (la expresión “gato encerrado” le parecía demasiado tropical). Mientras estuvieron allí, se había escuchado un extraño rumor infantil que los hacía pensar que el niño se encontraba en alguna parte del local. Además el concierto de bostezos de una mujer que despertaba sin conocer la presencia de ellos, los puso sobre aviso.

Ramón garabateó unas cuantas notas: en su agenda mientras afincaba el lápiz en la espalda de su ayudante y lo conminaba a que aprendiera, puesto que no le iba a durar todo la vida. Hay que permanecer callado, motorista cayetano mientras planificas el paso siguiente no habrán de entrar moscas por las hendidias de tu bamba, si así lo hicieres, que dios y la patria os lo demanden. Deberemos entrar ahora pero sorpresivamente, busquemos el mejor punto y aparte, la parte trasera, eso es, la parte trasera y ¡tras!, iremos adentro, nos deslizaremos como serpientes en saco de clavos, cubriremos cada rincón del local hasta focalizar (oye bien, fo—ca—li—zar) el lugar exacto donde se encuentra el querubín de tu ex—jefe, ¡Muy bien!, ahora ve tú adelante que yo te cubro, motorista, esta será tu lección magistral, yo alistaré la pistola de rayos católicos y al menor ruido, ¡cataplum!, padre nuestro que estás en los cielos, ave maría por encima, con dios me acuesto con dios me levanto, si la virgen fuera andina y san josé de los llanos, tra—tra—tra, traca—ta. plum, sam—bom—bas dispara, dispara tus rezos hasta que el tipo o la tipa caigan perforados por las palabras implacables del misal, perdón del misil, vamos motorista, no te alimanes, quiero decir, no te amilanes, no tiembles que yo casi defeco, pero valor, valor que valor con balas se paga, busca en esa habitación, asómate en aquella rendija, no hagas caso a los ladridos que en tiempos de tanto ladre, nadie atribuye eso a los perros, ¡agáchate, que alguien viene!, sssssss, estornuda para adentro, ¡idiota!, desvía hacia atrás la dirección de tus vientos esfínteres, sssssss, detén la musiquita fastidiosa de tu motor de sangre, sssssss, okey, ya passssó, era el tipejo que nos atendió, va en dirección hacia el patio, allá, atrás, ahí debe estar la vagabunda de la secre con el metiche del zagaletón de tu ex, sigámoslo, él mismo nos va a llevar hasta la boca del lobo estepario, camina con sigilo, motorista, ahorra miedo para más tarde, lo vamos a necesitar, un paso adelante, dos, aquí vamos, tres, el hombre ha salido, una voz se escucha lejana, cuatro, es de mujer, otra más, es de hombre, pero de otro distinto al que vamos siguiendo, cinco, a menos que sea ventrílocuo y proyecte sus palabras contra la cáscara del árbol que tiene en frente, seis, llegó al lugar y no me lo creas, motorista, no me lo creas pero desde aquí, colocado felinamente detrás de esta pared veo lo que no creo, siete, una rama, el balurdo palurdo ha levantado una rama con su mano derecha y en medio del árbol una puertecilla se abre para dejarlo deslizarse, ocho, como si fuera la boca de monedas de una rocola, va cantando y apenas si le escucho, percibo la melodía pero no la letra, nueve, sospecho que entona un merengue dominicano, eso me hace pensar que se trata de una mafia internacional de traficantes de niños y secretarias, ¡vamos, amigo! desempolva tus fétidas posesiones intestinales y déjalas aquí para que no te vayas a desahogar cuando menos lo pienses, diez. Sígueme, follow me, esta es la rama, este es el árbol, estamos en sobretiempos, no sé cómo ocurrió, pero por aquí fumea, si yo levanto la rama así, esto debería abrirse, pero no, debe ser que

desconozco la combinación, ¡coño! lo suponía, esa fue la lección en que me reprobaron, apertura de cerraduras secretas, inténtalo tú, amigo, búscale la vuelta al moño, escucho voces, alguien viene, una sirena, dos sirenas, ¿qué vaina es, motorista? ¡No me agarres por ahí!, ¡por el pecho no, que me da cosquilla!, otra sirena y otra, golpes, porrazos y cachiporrazos, tipos que salen y se cubren con la puerta de las patrullas, luces rojas incandescentes, un faro que ilumina la noche que comenzó a aproximarse mientras los dos sabuesos se las arreglaban y esperaban dentro. Motorista se siente desconcertado. Ramón no capta absolutamente nada de lo que ocurre. Cree que de pronto ha caído en una película de Kojak sin proponérselo. Las luces lo encandilan aunque trata de protegerse con el árbol, al tiempo que una voz le llega desde las afueras del local, ¡salgan, ríndase que están rodeados, tienen cinco minutos y llevo tres, tres y medio, tres y tres cuartos, con las manos en la cabeza, sin armas en el pecho, salga usted primero señor Salomón, ya lo tenemos identificado, no le haga daño al niño o lo atraparé una condena afectada por una estimable inflación del año dosmil, deje a la chica en paz y dígame a su compinche que deje de moverse tanto, que cese de manejar esa motocicleta imaginaria, que él sabe a qué hemos venido... ! Salomón se levantó encandilado, puso las manos sobre su testa. Juró no entender nada pero prefirió obedecer. Su táctica de intrépido caza secuestradores le había fallado y estaba casi seguro de que se trataba de un malentendido, de modo que ordenó al motorista copiar sus movimientos como si estuvieran en una gala gimnástica.

Pasito a pasito comenzaron a caminar hacia la puerta de donde venía la voz: un, un, un, un dos tres, saldrían para que la voz que los llamaba se diera cuenta de que habían cometido una equivocación, les diría que con esas cosas así no se jugaba, que él formaba parte de una poderosa compañía de investigaciones y que andaba en busca del niño dorado de su ex—socio, a quien una mujer de malas costumbres había secuestrado irresponsablemente, sin asumir, señor agente, la obligación que concierne a toda secretaria fiel a sus principios e infiel a su marido. Cuando Salomón Garzón abrió la puertecilla de patio por donde se le indicaba que saliera, vio con extrañeza que al lado de la voz del parlante estaba la figura risueña de Bruca Maniguá. Sonrió también con cierta duda. La mirada que Bruca le echó al motorista, le indicó que le habían preparado una traición y él había mordido el anzuelo cual idiota e inexperto pez gordo. Sintió un ruido de “salid sin duelo lágrimas corriendo”, volteó y observó que detrás de ellos venía una mujer sollozante acompañada del primer motorista de a bordo. Era la que había hecho el papel de secretaria, y lo señalaba con un dedo de desprecio para indicar que él había sido su secuestrador. Mientras, el niño de Bruca dormía a pierna tendida en su casa, sin saber que había protagonizado la última aventura del socio de su padre. Garzón meditó por unos segundos y continuaba

preguntándose cómo habrían logrado el efecto maravilloso del árbol que se abría accionando una rama. Cuando le colocaban las esposas para ingresarlo en la patrulla, masculló el último mandamiento de los que fracasaban en su oficio: “El pendejo al cielo no va, lo joden aquí y lo joden allá”... Sí, sí, cómo no señor carcelero, soy del Puerto de Palos, colega del descubridor, conozco bastante de lenguas extranjeras y puedo ayudar enseñando griego clásico a los demás compañeros, también hablo sánscrito y latín eclesiástico, conozco teoría, estudié solfeo y acabo de terminar mi curso de...

Del libro: **Cuentos de amor, de locura y de suerte (Fundarte, 1993)**

La bicicleta de Bruno, de Juan Carlos Méndez Guédez

14/ 08/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Tuve fiebre, Gianna, mucha fiebre. Tengo otra fiebre como esta hace muchos años, Gianna, así que no puedo callarme, nunca te lo he dicho pero tienes que saberlo ahora, tengo fiebre, Gianna ¿no comprendes? Es como la picadura de un insecto. Guardas algo, algo pequeño, tan pequeño que parece no importar pero que te va jodiendo un poco, que se inflama, que te duele, Gianna, que te duele porque no eres tan tan limpio como te piensan, y en esta jodida fiebre todo vuelve, amor, todo regresa.

Fuí yo, Gianna.

No, no me voy a callar. Claro que me duele la cabeza, me duelen los huesos y los ojos. Hoy al salir de la oficina olvidé el paraguas en el escritorio. Y llovía, claro, llovía mucho. Y fue eso, claro, pero ahora quiero contarte Gianna, quiero hablarte porque la fiebre me ahoga y siento una araña caminando en mi garganta. Debo hablarte, debo hablar porque el aire se está haciendo muy húmedo, apenas puedo tragarlo, apenas puedo Gianna, pero fuí yo. Fuí yo, allá en la vereda 12 número 3, en la casa azul, en la casa junto a la tuya.

Soy yo que salta en el jardín y encuentro un sapo y me quedo paralizado al ver sus ojos, hinchados, como una bolsa a punto de estallar. Soy yo. Entonces alargó mi mano y me repugna la sensación de su piel y es como si algo frío me quemase los dedos. ¿Nunca te ha pasado, Gianna? Entro a casa corriendo y me quedo callado, pero ya en la noche estoy prendido en fiebre. Y grito porque el sapo se escucha en el jardín, croando, saltando entre las matas y los arbustos. Y algo como vidrio, como escarcha, se va regando en mis brazos, en mis hombros. Entonces mi madre me cambia la camisa empapada de sudor y me pide que duerma. Mi padre me coloca sus manos heladas en la frente y me dice que duerma, tú me abrazas y me pides que duerma, pero no, Gianna, no insistas, no voy a callarme, tengo que hablar, no quieran ustedes que me calle, porque si lo hago allí estará el sapo en la puerta del apartamento, y allí estará la araña colgando entre mis dientes, saltando entre mis muelas, esperando que deje de hablar para saltar sobre mi garganta y ahogarme.

Fuí yo, ya se los dije. Fuí yo, papá, yo que estoy ahora con la espalda y las piernas adoloridas. Y así me encuentras, Gianna, los oídos llenos de burbujas, los párpados inflados, densos. Ya después me llevas al cuarto y cuando me arropas dices que estoy enfermo.

¿Pero cómo puedes estar así, junto a mí, con esos ojos, y esa cabellera larga, y ese cuerpo tan blanco y tan desnudo? Llegaste hace pocos meses. Te vi desde el jardín, o quizás apenas te distinguí pues eras un pequeño bulto entre los brazos de tu madre. Todos te vimos y alguien dijo que la vereda se iba a llenar de emigrantes porque cuando llegaba uno llegaban todos.

Por eso no puedo callarme, Gianna.

Escucho desde el patio las voces agudas, ese sonido que tienen ustedes cuando hablan, como de viento soplando entre botellas. Pero no. Tú tienes un año de nacida, son ellos, tus padres, tus hermanos, quienes conversan, ríen, gritan, y yo los imito burlándome porque me parece que nadie puede entenderse hablando con esas palabras tan extrañas.

Entonces cuando pasan las semanas tu hermano Giuseppe comienza a salir a la calle y nos mira de lejos, como queriendo unirse a nosotros. Pero es tan opaco, tan pálido, tan mal vestido, Gianna, y además no habla español, y cuando un día se nos acerca lo rodeamos entre todos y comenzamos a empujarlo y a gritarle que se vaya a comer espaguetis, a comer espaguetis, y a él se le ponen los ojos rojos pero no llora, y cuando se da la vuelta para irse yo veo que lleva unos pantalones muy grandes, unos pantalones que no pueden ser suyos, y comienzo a decirle: culo ancho, culo ancho, culo ancho, y ya luego le doy una patada. Entonces él comienza a correr y todos lo perseguimos hasta que logra esconderse en su casa, Gianna, allí donde tú duermes, donde lloriqueas.

Fuí yo, Gianna, siempre fuí yo.

Soy yo quien más grita, quien más corre montado en la bicicleta cada vez que tu hermano sale a comprar y todos lo seguimos para lanzarle piedras.

Pero Giuseppe es rápido y cada vez conoce mejor la urbanización. Logra esconderse, escabullirse, Gianna, y alguna vez hasta se ríe de nosotros cuando corre a nuestro lado llevando la compra en la mano y no se deja pegar ni una sola pedrada.

Tú apenas existes, Gianna, te oigo a veces desde mi cuarto: un quejido, un murmullo, pero sólo comienzas a salir a la calle cuando ya caminas y Giuseppe te lleva tomada por una de tus pequeñas manos. Y así llega el día, Gianna, en que los vemos andando juntos y yo me lanzo con los bolsillos llenos de piedras a perseguirlos pero veo que ninguno de mis amigos me sigue, entonces los llamo, los animo, pero nadie me acompaña, “coño, va con la güarita”, y furioso me coloco frente a ustedes dos y lanzo un peñonazo que salta en tus pies y levanta polvo. Entonces tu hermano te carga en brazos y comienza a correr entre los

árboles, escurriéndose entre los carros, brincando las zanjas. Giuseppe es ágil pero ahora su velocidad es menor porque tiene que cuidar que no te caigas, entonces yo aprovecho para apuntar mis peñonazos. Acierto una, dos, tres veces, y un sonido como el de tambor sacude la tarde.

Pero me duele la cabeza, Gianna. Y a tu padre no lo vemos casi nunca. Ya tú me dices, claro, trabajaba doce horas en una fábrica de ropa, toda la noche, claro, y en el día dormía un poco para repartir números de lotería en la tarde, y hacer arreglos de electricidad. Y un día frente a la casa de ustedes aparece el carro: Un volkswagen, un rojo, brillante y muy nuevo volkswagen.

Mucha gente lo comentó con extrañeza, con rabia. El volkswagen en medio de la vereda era como un insulto, como una provocación para todos esos carros viejos, olorosos a aceite quemado, a humo, a frituras, a sudor, que salían cada mañana de las otras casas. Y fuí yo, Gianna, fuí yo el que pinchaba los cauchos cada viernes, con un clavo pequeñito, muy delgado, casi un alambre, y sentía el silbido, un soplo ligero, una agonía muy suave.

Por eso me asomaba a ver a tu papá cada sábado. Silencioso, hosco, mirando a todas partes como para adivinar al autor de la fechoría. Y sus brazos peludos, y sus manos gruesas, daban un golpe aquí, otro allá, colocaban un parche, hasta que el volkswagen estaba otra vez erguido, alzado en cuatro cauchos negros, relucientes.

Pero encuentro el sapo en el jardín, Gianna, lo encuentro y hasta pensé en arrojarlo al patio de ustedes para escuchar los gritos de tus hermanas, oír las a ellas, a las dos, tan pálidas y maravillosas, con esas bocas gruesas, con ese caminar ondulado, con esos culos alzados, orgullosos de sí mismos, con esas caderas asesinas que destrozaban la vereda cada vez que salían a caminar. Entonces callábamos, mi padre callaba, los vecinos callaban, los árboles, las casas, los faros de la calle, el cielo, las nubes, el mundo entero callaba para ver cómo tus hermanas caminaban por la Vereda 12 hasta llegar a El Obelisco. Y era mi futuro que se estaba mostrando, porque así caminarías tú quince años después, izquierda derecha, izquierda derecha, pa ti pa mí pa ti pa mí musiuita bella, estrujando mi corazón con cada paso, con esos pantalones, con esa cabellera castaña y larga.

No, Gianna, no me callo, no me digas que hasta con fiebre quiero abrazarte, que hasta con fiebre. Porque fuí yo, Gianna, fuí yo Gianna, y la nonna y tu papa y tu mamma que me abrazan el día de nuestra boda, sin saber que fui yo Gianna, siempre fui yo.

Porque agarro el sapo con la mano y siento un escalofrío.

Algo así como una conciencia de que algo no va bien, de que debo escapar, de que debo huir. Y en la noche es la fiebre, soy la fiebre, así que mi madre toma agua fría para ponerme paños en la cabeza. Pero yo me agito. Días atrás tu hermano me mira, sin soltarte la mano se acerca y me da un golpe que me lanza contra la pared. Allí me quedo, Gianna, odiándolos, jurando quemar tu casa, romper los vidrios de las ventanas. Y ahora mismo escucho sus gritos, lo escucho jugando fútbol con mis amigos, riendo con ellos, saltando, y nadie me hace caso cuando sugiero que le tiremos piedras, porque Giuseppe acaba de hacer un gol de media volea, y no sólo habla un español perfecto, sino que le escucho expresarse en un guaro cerrado, cerradísimo. Tengo fiebre, Gianna, ahguaropendejo mirápaquemehagáselpase bahsié. Y tengo fiebre, Gianna, nosabésjugar eslavainapues. Tengo fiebre, Gianna, pero le digo a mamá que debo salir a la vereda, porque Giuseppe hace otro gol, Gianna. Ya más nunca mis amigos querrán jugar conmigo. Tengo fiebre pero debo salir, aunque el sapo esté afuera y la araña camine por mis encías y quiera cerrarme la garganta.

Entonces como no mejoraba me pusieron la televisión. Al principio miraba un poco. En medio de los temblores, parecía que me serenaba el olor mentolado del cuarto, el sabor de la pepsi—cola, pero el sapo estaba afuera, y volvía el ardor en los ojos, la inflamación de la garganta. Vuelven. Me duele el cuerpo entero, y eres tan bella, tan desnuda, Gianna, caminas tan bello, caminas como Sofía Loren paralizando el tráfico de Roma, paralizando la respiración de Mastroiani, y yo la veo, toda curvas, toda ojos, boca, toda toda, pero estoy pequeño, no sé quién es Loren ni quién es Marcelo, ni sé qué es Roma porque tengo fiebre y en la televisión están dando un ciclo de cine italiano.

Ya luego me duermo. Algo ocurre en una comisaría, reparten tazas de café, la Loren apenas se afeita, y aunque eso es horrible me sigue gustando cómo camina, y tú me dices que allá se usaba eso, pero que tú siempre te has afeitado, entonces yo te amo, pero me arde la cabeza, me estallan las sienes, yo te amo, Gianna, ti amo, pero mamá me coloca rueditas de papa en la frente mientras tiemblo bajo las cobijas.

Giuseppe ya debe haber hecho noventa goles esta tarde; cien, doscientos goles. Ahora en mitad de lo oscuro, en plena madrugada, la vereda sigue retumbando con los balonazos. Pero es mentira, mañana cuando salga ya no podré perseguirlo. Hace tres días volvimos a pegarnos, lo sacudí un par de veces, Gianna, y él también logró empujarme, pero cuando nos separaron, mis amigos no se rieron, no hablaron, alguno incluso me reclamó que esperase que el Musiú

estuviese de espaldas para tirármele encima, y nadie dijo más nada, pero yo supe que ese silencio, que esos rostros serios.

Así estamos, Gianna, una concha de plátano en la cabeza, un sabor de tierra seca en mis encías, y mi madre coloca agua helada en un tobo para hundirme unos segundos. Vendrá el doctor. Lo sé. No lo llamen. Que me va a inyectar. No lo llamen. Y esas manos amarillas, ese olor de yodo, esa voz carrasposa. No lo llames, Gianna, que el sapo está en la puerta, el sapo quiere entrar. Te lo juro, Gianna, las arañas cuelgan del techo, y caminan, caminan para lanzarse entre mis dientes y asfixiarme.

Así hasta que ponen una nueva película. Y un hombre coloca carteles en las paredes, luego avanza en su bicicleta, y coloca más carteles. Creo que cierro los ojos, creo que me duermo, pero alguien llega y le roba la bicicleta. El hombre corre, corre. El hombre corre desesperado.

No puedo, Gianna, no puedo calmarme. El hombre corre, corre muchísimo hasta que se da cuenta que es imposible alcanzar al ladrón. Y entonces entiendo que el hombre trabaja con su bicicleta, que sin ella pasará hambre, que sin ella él no puede hacer nada, no vale nada, que sin su bicicleta la vida es una mierda, y lloro un poco y mamá no entiende.

Las calles son opacas, la gente es una sombra. Los niños llevan los pantalones muy anchos, como Giuseppe cuando llegó a la vereda. Allí veo al hombre caminando con tu hermano. Allí está el hombre persiguiendo su bicicleta en medio de una ciudad blanco y negro, tristísima, poblada de rostros macilentos, huesudos. Pero la bicicleta no aparece y tu hermano que ahora se llama Bruno camina tomado de la mano con aquel hombre que tiene el miedo en los ojos.

No, Gianna, no es la fiebre, no me coloques la mano entre las cejas, tu hermano ese día se llamaba Bruno y estaba allí en el televisor, está allí caminando con aquellos pantalones inmensos que debe haber heredado de tu padre, y entonces aparezco yo y empiezo a patearlo: culo ancho, culo ancho, culo ancho. Pero me quedo paralizado unos segundos porque veo a ese hombre y a tu hermano caminando tristísimos, preguntando, corriendo por calles llenas de bicicletas ajenas. Entonces los sigo unas cuadras y ya después no vuelvo a gritar culo ancho, culo ancho, porque me parece que Giuseppe no entiende que ahora todos ustedes morirán de hambre.

Al final parece que tu padre descubre al ladrón de la bicicleta, lo captura, pero la gente lo defiende. Intentan linchar a tu papá, Gianna, lo van a matar. Entonces Giuseppe llama un policía, pero el mundo es esos rostros llenos de

fiebre, esos ojos de yeso, esas mandíbulas afiladas, esas pieles de sudor y cebolla. Tu hermano Bruno se lleva a tu padre, Gianna. Sí, no insistas, Bruno, Bruno, Bruno en la vereda 12 huyendo de mis pedradas, y buscando que tu padre recupere su bicicleta.

Porque fui yo, ya te lo dije. Fui yo. Una semana antes esperé que todo el mundo durmiera y caminé hasta el volkswagen, logré forzarlo y con mucho sigilo le vacié medio kilo de azúcar al motor. Entonces en la mañana me desperté con los gritos de mi papá: Hay gente coñoemadre en el mundo, envainar así al pobre italiano, rugía y cuando me asomé los vi a todos ustedes alrededor del volkswagen, como mirando un cuerpo hinchado que se lleva el río. Allí estaba tu padre, sentado en la acera, con el rostro ausente y los ojos vidriosos. “No importa”, decía, “no importa” y golpeaba el asfalto con una llave. ¿Te das cuenta? Bruno y tu papá desolados. Entonces en medio de la desesperación, a tu padre le llega una serenidad muy extraña; la serenidad de la agonía, y dice que la vida no puede ser tan mala, que hay que guardar alguna fe en que encontrarán la bicicleta, y los dos se detienen en un restaurante. Él pide algo de vino y Giuseppe come una mozzarella en carroza. Pero tendrías que ver la cara de tu padre en la televisión: una cara blanco y negro, una especie de locura en blanco y negro, una placidez en blanco y negro, y afuera se ve el volkswagen rojo, inutilizado, lleno de polvo, con el motor destruido, Gianna, porque fui yo, coño, fui yo.

Y desde entonces yo no recuerdo nada más triste, nada más devastador que la cara de tu padre junto a su volkswagen, o a Giuseppe, pasándole un trapo a los vidrios, sin saber muy bien para qué. ¿No lo ves, Gianna? Por eso odio la mozzarella en carroza, por eso no puedo comerla con ustedes, porque allí estaba Giuseppe, como quien se despide de algo, como quien asiste a un final, a un cierre. Coño, Gianna, y entonces eran tu padre y tu hermano Bruno caminando por Roma, derrotados para siempre, pequeños, muy pequeños.

Así que piensas que es la fiebre. Mamá me da una nueva pastilla, papá llama al médico, y tú crees que se trata de la fiebre. Me tomas la temperatura y te veo con los ojos entrecerrados adivinando la línea de mercurio en el termómetro. No lo llamen, no lo llamen, murmuro, y ya luego no sé muy bien qué pasa excepto que estoy llorando, lloro mucho, y ustedes se asustan, pero es que Giuseppe y tu padre caminan destruidos, tomados de la mano. ¿No lo ves? Jamás y nunca podré saborear la mozzarella en carroza que tu hermano come esa tarde. Allí van los dos, parecen unas manchas de humedad flotando sobre el asfalto, con el carro rojo al fondo.

Y entonces cuando volvió la madrugada, mi mamá se quedó dormida y yo me pongo en pie. Me tiemblan las rodillas, me duelen. Mi cuerpo es una bolsa de aire, un ardor.

Abrigado con la cobija salgo a la vereda. Creo que nunca he visto tantas estrellas en el cielo. Un cielo limpio, como recién lavado. Y la brisa tibia se me clava en los huesos, Gianna. Pero sin pensarlo avanzo, avanzo y cuando llego frente a la casa de ustedes me detengo en la reja. Me falta el aire, Gianna. Me cuesta respirar, pero siento que la fiebre y el canto de los grillos me hunden en un sopor agradable. Me voy quedando dormido, luego abro los ojos, y entonces aparece mamá, quiere llevarme a casa y me levanta en brazos. Le grito que no, Gianna, que me deje, que por favor espere a que ustedes enciendan las luces, que Giuseppe salga a la ventana y se dé cuenta que le he dejado mi bicicleta en su jardín, que vea cómo brilla en medio de la noche, que vea la bicicleta, Gianna. Pero mamá me lleva en brazos, y mi padre aparece diciendo algo del médico. Entonces grito, el sapo me mira con sus ojos inmensos, pero nadie me escucha, grito varias veces y pido que dejen la bicicleta en el jardín de Bruno, que la dejes allí, Gianna. Y entonces mi padre, sin entender lo que ocurre, la coloca frente a tu casa. Y allí resplandece bajo la luna. Y llamo a tu hermano, y llamo a tu padre para que le vean y no sigan desolados caminando por Roma, pero nadie me oyó, amor, nadie escuchó, sólo persiste una araña caminando en mi garganta, tratando de ahogarme. Y es que soy la fiebre, amor, sólo soy la fiebre.

Claro que no conocía tu cuerpo de curvas tan peligrosas como las de la Loren, pero la bicicleta está bajo la luna y sé que Giuseppe la verá mañana. Allí estará la bicicleta para que no haya más Roma, ni pesadilla, ni blanco y negro, ni Volkswagen rojo, ni mozzarella. Pero soy la fiebre, amor, sólo soy la fiebre, y la bicicleta está allí, y ustedes nunca entendieron, tú no comprendiste que es una señal, una disculpa, un signo incomprensible y fugaz, como la fiebre, Gianna, como esa fiebre.

Para que desaparezcan los sapos, amor.

Para que de una vez y para siempre se acaben las arañas.

Del libro: **La bicicleta de Bruno y otros cuentos (Ediciones B, 2009)**

Antier se pudrió Felipe Franco, de Régulo Guerra Salcedo

26/ 08/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

El saltaperico le reventó la madre, la envenenó, le escoñetó la cría.

Y ella riéndose.

La cría se le salió suavcita, vomitando azul por culpa de las siete putas, las siete plagas que invadieron la Península, maldición capuchina un día, cualquier día a las doce y entonces vino el llanto, la sal en los sentidos y ella riéndose con la piel huyendo y lo mismo la sangre.

El veneno azul –triste azul– le secó los días, le sacó de cuajo la claridad del el amarillo pálido.

Esta tarde la traen si acaso logran que no bote más sangre de la horrible, si acaso Araya tiene agua para lavar ese pecado tan antiguo, si acaso tiene luz.

El saltaperico le vació los ojos al muchacho que pudo haber recorrido el camino hasta Manicuare, los caminos oscuros del pobre Manicuare.

La enterraron y ella riéndose de las siete putas y del hombre sin voz, inútil. Ella le echó la culpa al viento y que la noche la jodía, que el sueño y ese disco y ese hombre.

Esta tarde la traen si acaso a la Polar le pagan treinta bolos o a Juan. El saltaperico tenía uñas y ella nunca soñó con eso. Ella soñó con cubrecamas tejidos de horizontes, pura risa y espuma. Soñaba con el pez que nadaba en su entraña, con muerte no ¡qué bárbara!

Ahora los murciélagos vinieron de La Guaira, ahora el amor es un sollozo hondo.

Esta tarde la traen si acaso la brisa tiene sueño, si acaso la bahía es un espejo, una sábana azul —tejido de pastillas azules— si acaso las gaviotas no se mueren de angustias o de sed.

Si acaso hay algo de verdad en el perdón de los pecados. Si hay vida perdurable más allá del mar. Si acaso la herida es una garza perdiéndose en aquel lagrimero.

Ya la embarcaron y sigue riéndose la muy bárbara, con la hiel por el suelo de tantos coñazos, dijo Orlando, que me trae las cervezas un poquito calientes.

El saltaperico le dejó frío los ojos verdes y los cabellos amarillos. Los alcatraces andan por Taguapire con el espanto en las plumas. Los zamuros anduvieron planeando, por la escuela, oyendo voces y de repente se fueron al hotel.

Los alcatraces deambulan insomnes.

Dejó una carta metida nadie sabe dónde que dice querido amor las presentes líneas son para decirte que antiernoche me insultó ella. Me escupió la cara y dijo que cuando me matara iba a ir a mi entierro vestida de rojo y bailando la murga. También para decirte que este embarazo me duele mucho y que si acaso me mato me esperes a las seis de la tarde del sábado. Me esperas. No es que te vayas a beber cerveza y no te acuerdes. Yo sé como eres tu cuando te tomas una a que Angito Rodríguez o a que Loña. Después de ahí te vas pa' rata muerta o pa' la jungla. Me esperas. Mira que ya compré los saltapericos. También para decirte que me dijeron que iba a ir para allá un autobús con setenta putas jovencitas a conocer el Castillo.

“Y yo sonando que paría en el hotel unos muchachos grandes y tu apagando el aire. El primer golpe lo sentí en el pecho.

Los alcatraces se están comiendo todos los peces muertos de julio-agosto-septiembre”.

Y que dejó otra carta que dice querida y siempre recordada madre antes de todo quiero que me bendigas y más nada. Perdóname lo que hago. Ata mis huesos, madre con cualquier cinta de mariposa, madre mía y las flores del patio que sembré la tarde de mayo, perdón yo sé, tus años los dejaste, tus años se fueron en el trajín ese de cargar los sacos, tantos años y sol y las puntadas y la llaga grande, yo que no supe agradecer el sacrificio de comer agallas, bailar hasta las cinco con ese frío y desnuda huérfana de ti, mi madre sin cansancio. Puedes ponerle luto a la laguna estoy temblando. Él me deja para siempre reventando cohetes en un pueblo sin luz, esas estrellas que veo tan cerca. Ata mis huesos, madre como dice ese disco...

El saltaperico le puso cinta negra a su retrato, le sepultó la angustia, le reventó el deseo pero ella riéndose y el saltaperico le puso cinta negra a su miseria. Querida madre la única solución era acabar, la vida sabe a pólvora y no llueve. A leña seca y humo sabe, yo me acuerdo que usted corría de patio a patio...

Cuando ya la ceniza del último cigarrillo caiga sobre la última bocanada de aliento del hombre que se despertó una madrugada con el sexo muerto y no pudo decir por ejemplo que la tierra de Araya serviría de estandarte.

—Siéntate. Déjame decirte que los ojos pueden ser muchos, pero con tal que vean. Resulta que cuando esa gente llegó yo estaba en el rezo de la hija de Felipe Franco. Yo venía del rezo y se fue la luz. Entonces sentí el ruido de un mosquero, como que las uñas me estuvieran creciendo entre piedras de arena.

Por eso te lo digo, ella anda con las tetas hinchadas y no es por nada pero la han visto saliendo del hotel. Tú sabes cómo es, esos hombres que vienen quieren tener de todo, se les importa poco morir como aquel otro que lo encontraron más tieso que un cuchillo.

Como te iba diciendo se fue la luz, pero cuando el ruido se fue la luz que digo paso un camión de la empresa. Entonces fue cuando los perros me tumbaron y primero yo quería gritar pero comenzaron a pasarme sus lenguas calientes por las piernas y yo las abrí de pendeja y me entro un frio de dientes en la parte y yo dejé que me mordieran, después me ardía y sin poder gritar. Sentía la sangre y voces y gente que corría en la oscuridad, pero los perros no se iban.

Al día siguiente yo estaba muerta y me caminaban por los cabellos los hijos pegajosos de los perros, un montón de hijos ladrando de hambre, sucios. Era verdad, yo estaba muerta porque el sol era frío como huesos y uñas de hombres ciegos. Y en mi parte abierta, que era un tizón ardiendo, comenzaron a tejer las arañas una tela que el viento sacudía.

Felipe Franco llegó cubierto de ceniza y de sed, sin ojos y sin manos. Se estaba bebiendo la cerveza por la nariz y oí que le decían, usted tiene tres días llegando tarde, así que mañana puede ir a mamarse la leche de la laguna.

Y Felipe se quedó tieso y como no tenía manos se puso a llorar por la boca para que le dieran un chance en vigilancia.

¿A quién puedes vigilar tú, Felipe Franco? Tú no tienes ojos y no hay luz, no tienes manos. ¿Entonces, Felipe?

¿Me entierro yo mismo? No tengo manos y no tengo ojos. ¿Me pueden enterrar ustedes?

¿Para qué Felipe? Quédate... Púdrete, que la ley dejará que te pudras, total no tienes ojos y podemos taparte la nariz para que el olor no te llegue al cerebro.

¿Y mis hijos?

A Juan Patiño le quitaron los labios y el cabello. Llegó pidiendo unos diñas.

Tú no tienes labios Juan Patino y cuídate porque mañana a lo mejor te mueres. La gente que no tiene labios, ni tiene lengua, ni tiene voz se muere Juan, se muere cuando sea.

Pero unos diñas. Nada Juan. Si por lo menos tuvieras, qué sé yo, alguna vaina de esa, una constancia.

Beltrán Pereda dijo que Araya tenía pacto con el viento y que la noche estaba enferma de gallos. Beltrán era más loco que Sebastiana. Sebastiana mataba las hormigas con los dientes, amamantaba perros viejos y decía que el sol la emborrachaba.

“Señora Sebastiana perdone las molestias agame el favor prestame bs 4 es para comprarle comida a los niños es que no tengo nadaquedale de come mañana en loquello balla alabale se lo pago, no tenga desconfainsa es que no tengo nadaquedale, del valle maría”.

Sebastiana iba entonces y le decía un montón de groserías a María del Valle Salmerón. ¿Tú no te acuerdas, Maria Salmerón, cuando tu hermana largó las entrañas en la playa y las entrañas de tu hermana tenían la sal pendeja? ¿Tú no te acuerdas, Chepa, cuando dejaste los talones en la sombra de la culata y aquel sangrero que te ensuciaba por detrás y a nadie le decías nada?

Ojalá te pudras Felipe Franco.

Detrás del Castillo, detrás de las noches con estrellas sin sueño. Ojalá levanten los perros los huesos de las víctimas v los hijos de tus víctimas puedan golpear el viento que seca las pupilas.

Es lo que quiere el pueblo Felipe, lipe, es lo que pretende, que te vuelvas polvo y el viento te lleve y la lluvia. Y la lluvia. ¿Tú no la conociste, verdad? Ahora llueve. Agua sin amarguras, como que uno viniera cayéndose del cielo.

Llueve, Felipe. Ese peregrinaje de las nubes, ese sucesivo quedarse o en donde se le antoja a la penumbra.

Por eso tu pudrición dará lástima, dará dolor, dará cierta vaina que tus manos y tu esperma se vaciaran en el vientre indeciso de la tierra, lipe. Felipe Castillo, lipe lirio sal de la empresa. Por eso en la tumba que te hicieron los que nunca sueñan, sales Felipe y miras que no hay lluvia, que a veces cualquier gota se desmaya y lastima.

Por supuesto que ya tienes unos cuantos días muerto, siempre muerto, sin resurrección posible.

Te saliste del sindicato o te sacaron y saliste diciendo que acatabas unas leyes absurdas, vacías. Lloraste remendando suplicas, así como rezando, como intentando salpicar de lágrimas la red más inmensa, la vida tuya, pura orilla mordida lastimada por colmillos de perros.

Lloraste y ni el polvo, ni el viento pudo condolerse de tu historia. Esa historia que cuenta Sebastiana Pereda cada vez que le cantan los gallos en sus patios distantes. Esa historia que reza Sebastiana Pereda cada día, ese tropel de su memoria absurda. Que antier se pudrió Felipe, lipe-lirio, lirio de no se sabe dónde, lipe-tempestad. Lo dejaron pudrir sin tocarle campanas, sin llorarlo, sin nada y eso que tantas noches y eso que tantos días y eso que tantas horas trabajó por su pueblo, por su fogón, por sus matas enfermas, por tantas cosas...

Lipe nunca tuvo tiempo de pensar en su muerte. A lo mejor creía que era como un escalofrío vertical, como una noche sin las caricias de su pobre mujer de Tacarigua donde nadie quería morir hasta que no lloviera alguna vez, donde hay un cementerio pobre de muertos pobres y de flores y de gotas de agua y de huellas y de hierbas y de putas y de ladrones y de mármol y de vírgenes y de rezos y esperma y luz y santos y humo y raíces y ceniza y de pájaros.

Nadie quiere morir porque ama la espuma y el viento helado presagio de garúas, porque esperan alguna retahíla de pétalos, algo así.

¿Dónde tengo yo los ojos, Sebastiana Pereda?, preguntaba él. Yo tengo los ojos en el pelo, en la raíz del pelo, en la nuca. En el cerebro en las espinas en la voz, Sebastiana porque cuentas las paginas las piedras de la playa y te ríes y tus dientes son blancos y eres bonita. En Guayacán tengo yo los ojos, Sebastiana, en la tierra gris porque eres mala Sebastiana y te ríes de mí porque soy ciego sin saber dónde tengo las pupilas, la niña, las pestañas, las cejas a lo mejor guardadas en el fondo de un cementerio y no veo y no tengo miradas y no hay luz no sé nada no puedo entender por qué soy ciego, por qué te ríes de mí de mis sentidos yo tengo los ojos en el tiempo en la carne en el salitre y por eso te digo te suplico te ruego que no te rías.

Cuenta bien mis años, Sebastiana, las páginas en blanco de mi vida siendo niño jugaba en Guayacán a madurar cerezas muy temprano porque el viento apaga los colores de la tarde y siendo niño todos los pájaros caían con el sol y dormía recostado de los manglares y soñaba con los lirios que llevaban las

monjas en las manos y la sangre y los gritos de una mujer enferma de hambre y yo con el susto me despertaba llorando.

Después me vine por las quebradas secas siempre solo, siempre preguntando por mis ojos mis ojos mis ojos sin nadie hasta que me encontré contigo y con Beltrán Pereda y con Juan Patiño y les pregunté dónde estaba y se rieron de mí no tuvieron piedad de mi inocencia.

Cuenta bien esas páginas, esos jazmines de muerto que de nada me valen vela por mí Sebastianita que yo estoy solo en este pueblo donde nadie me quiere, donde el viento se llevó mis ojos para siempre y dónde están nadie sabe, nadie sabrá jamás dónde están presos dónde lloran dónde miran el mismo miserable trayecto.

Ayúdame tú María del Valle que cantas pero tampoco sabes dónde descansan tus ojos. Tú puedes, yo lo sé, lo pienso porque tenemos la misma edad del viento condenado a pasar eternamente hablando del deseo imposible.

Que no me ayude nadie a encontrar los ojos. Nadie. Cuando yo encuentre mis ojos crearán muchos ríos en Guayacán. Voy a correr por las quebradas húmedas va a correr por mis arterias el agua que madura las cerezas, voy a crecer hasta alcanzar el límite. Cuando yo pueda al fin rescatar la mirada quitaré las telarañas que están en los sentidos. Aquí nadie tiene los ojos en su sitio. Todos aquí son ciegos y por eso se ahogan. Yo digo que nadie tiene derecho a robarnos los ojos, la voluntad.

¿Dónde tengo mis ojos, dónde tenemos nosotros los ojos Sebastiana Península?

Felipe nunca tuvo bolas suficientes, las tuvo como humo en los cardones o no las tuvo o volaron con sus sueños a otros lugares distintos del mar de Araya.

O era otra la historia de los miércoles. Esa de que un día, ella no sabía cuál, Felipe se quedó dormido para siempre contando penas y luceros que no salían de noche, que no podían. Y en su sueño lo cubrieron de infamias y mentiras. Felipe se murió de tristeza, se pudrió de nostalgia, se enfermó de silencio, la sed se le clavó en el alma, lo ahorcaron, le patearon los sentimientos buenos.

Y en el quicio de su primer amor, del primer asomo del amor, del primer polvo, vinieron las hormigas a llevarse las hojas que cayeron en agosto, los lirios, los abrojos que nacieron lejos de la pila del cementerio, del agua que se murió porque se murieron los demás, los que no tenían porqué morirse siendo machos.

Ese amor del quicio lo grito él muchos años después cuando su mundo se redujo a beberse las lágrimas.

Otra era la historia de los jueves y a lo mejor la misma de los viernes. Los sábados amanecía Felipe preguntando por sus dientes de oro, renegando de Dios y de los santos, pasando frente a la puerta del perdón sin persignarse, diciendo que era enemigo de las falsas raíces porque el hambre trepaba por ellas y que la historia de los pueblos debía ser la historia de cuanta angustia se pega de la piel y que la historia de la hierba que crecía en los pueblos era una historia falsa.

Cualquiera de estos días —repetía sin cansarse— amaneceremos muertos de sed y en los sueños comenzaran a tejer las arañas los gemidos de todos los enfermos que se quejan de frío y fiebre y nauseas porque no hay voluntad.

Los domingos, no se le olvidaba la noche en que estaban —por fin— en la cocina y ella gritó me muero y no se murió porque a casi nadie le gusta morir. Cuando salieron a la luz, ella tenía un sangrero en las rodillas. Lipe le dijo entonces que él no tenía la culpa de su sangre y ella le dijo que Dios estaba arriba y castigaba con un dedo larguísimo. Yo conozco la profundidad de esos castigos, dijo él.

Ojalá que la sangre de esta noche la lleves para siempre en la conciencia. Las manos de los hombres andan sembrando cruces por el mundo, le dijo Lipe.

Una tarde le pregunto a la arena: ¿el mar tendrá los años que tiene la esperanza? Y otra tarde se le antojo decir en todas las tumbas: aquí descansan muchos deseos absurdos. Sebastiana Pereda ¿son pocos los que se salvan? Porfiad a entrar por una puerta angosta. Muchos procuraran entrar.

Sebastiana, ¿por qué son semejantes las camas vacías y las flores marchitas? No lo sé, Felipe, reparad los lirios del camposanto, como crecen, no trabajan, ni hilan.

Los lirios de este pueblo tienen muchas lombrices, tosen mucho de noche, lloran.

Dejaste aquel vacío en la arena, Felipe Santiago. Dejaste aquella arena sin tus huellas y sin canto a los gallos y sin vuelo a los pájaros, sin epitafio tus historias, dejaste dicho tantas cosas que no pueden oírse, ni decirlas nadie porque le tienen miedo a las palabras.

Dejaste aquel entonces sin mañana, las mañanas sin entonces, las horas sin grillos, el viento con un toque de queda oloroso a disparos.

Dejaste sin sueño a tus hijos, sin dueño al solar que agoniza entre zamuros, sin perdón a tus jefes, sin eco tus denuncias.

Hoy se pudrió Felipe Franco. Nadie ha dicho una sola palabra. Nadie sabe que su hediondez estuvo pegada de los palos desde la noche en que no pudo más mantener los ojos abiertos a las sombras, la noche en que las sombras lo volvieron fantasma, le arrebataron el espíritu, le pusieron a Dios en el chinchorro para que le contara sus pecados. Padre nuestro, ayúdame a morir, ayúdame a bien morir.

Felipe no podía morir, no quería encontrarse con los falsos profetas. No sabía morir, no entendía cerrar los ojos.

Desde antier los cerró para abrirlos cuando se encuentre con los terrones de Dorotea, santificados sean sus nombres y bendito es el vientre de la laguna.

Los jefes creen que las vértebras están hechas de viento, y uno no sueña. Para verla cuando ella se despierta y habla y canta a pleno pulmón esas canciones viejas y olvidadas, esas que hablan.

Para abrirlos cuando naciera nuevamente y ver entonces las mismas injusticias sobre su tierra ácida, los meses de octubre con sus estrellas altas y el agua sin querer caer nunca en Tacarigua. La inmensa Tacarigua del llanto por tantas y tan antiguas cucarachas. Déjate luto en las escasas mariposas sin vuelo. En la totalidad de las hojas y a las brasas perdidas más allá de todos los silencios y de todas las ruinas.

Aquí se pudrió un hombre hoy y nadie está rezando porque es mentira la muerte.

¡Aquí se pudrió un hombre! y ¿dónde está la bandera? Aquí se está pudriendo un hombre y mil hombres se pudren en este territorio y donde están las banderas, ¿dónde?

Porelalmadefelipefrancoseofrecenlasalmasbuenas.Quedioslosaquedepenas ylodejedeskansar.

Desde antier los cerró para abrirlos cuando Dorotea levante su voz más peregrina que pájaro de Araya y viva sin importarle a nadie, a nadie más que a él, fiel a sus recuerdos de noches mejores, a las despedidas, las mañanas sin sed. Para oírla cuando diga: Están seguros, muchos están seguros de la inmortalidad, pero sucede que los pueblos andan vigilantes, escondiendo el llanto cuando se va la sal. Los terrones se fugan y Dorotea de Franco grita a todas horas, furiosa

porque una vez le prometieron un montón de ganancias, pero se quedó abriendo y cerrando los ojos, diciendo desgraciados, desgraciados, desgra... la muerte, la otra vida que mientan con sarcasmo los poderosos, tigres, tiburones, truhanes, torturadores, engañando pero resulta que Dorotea de Franco vive y dijo que nunca se cansará de escupir sobre el engaño.

El segundo hijo de Felipe Franco trajo la razón del camino. Así decía ese que ahora pudre. El canto de la arena. El sueño. Cuentos. Había una vez un pueblo, era una vez el hombre.

Porque la primera hija de Felipe Franco se la ahogaron los perros, se la ahogó el horizonte, en el mismo vientre de su pobre mujer de Tacarigua.

Yo me llamo también Felipe Franco y estoy aquí, sin comprender que mi padre sea eso, un pueblo que se pudre hoy, que se pudrió ayer de ayunar los años. Yo no voy a morir de frío y mis hijos tampoco van a pudrirse así. ¿Es que los pueblos van a seguir pudriéndose?

Del libro: **Los peces tienen sed (Fondene, 1991)**

Uno, de Adriano González León

25/ 09/ 2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

Anda uno así, como si hubiera despertado de un sueño no tenido, así, todo despabilado y con grandes ojeras porque se ha pasado la noche dando vueltas en la cama, o mejor dicho, en el bar, en los bares, por donde quiera, qué sé yo, imaginando la ciudad sobre ruedas, la ciudad que pasa entre nubes, uno corriendo por avenidas de árboles cortados, árboles que se multiplican, y doblan la carrera de uno, aceras muy altas donde jamás se trepa tu corazón, mamposterías siniestras, altos edificios fríos con terrazas de vidrio, lugares sin amos, rincones secos, toldos amenazados por el viento y esos papeles que brillan a lo lejos, esos desechos de escritura, pedazos de cartas, creo yo, que un día te escribí y no me contestaste y la rompiste, como se rompen todas las cosas que ha uno le duelen, el primer juguete, el payaso de madera que hacía maromas cuando se apretaba así, aquí abajo, donde se juntaban las dos piernas y había un travesaño que le imponía las reglas de su movimiento, las reglas de la maestra en la escuela, para que fuéramos prudentes y buenos hijos de la patria, pero tú eras solo un payaso desmelenado y yo más payaso que tú con mis miedos y mi media lengua y mi aritmética sin hacer, esos malditos problemas de regla de tres, que nunca entendí, porque eran regla de uno, sólo uno tenía que resolver esa barbarie de tres es igual a X, cuando el problema, la trigonometría, la regla de cálculo, las hijueputeces, eran sólo uno, sólo uno, el número del comienzo donde no había posibilidades de regresarse ni posibilidades de avanzar, porque era muy difícil todo ese camino lleno de sustracciones y multiplicaciones y restas y divisiones y uno quería ser uno porque el camino de los sueños prometía muchas ansias.

¿Qué se soñaba allí? Bastantes cosas, si lo supieras. Demasiada geografía. Puro mapa en tela de hule o tela brillante. Las tierras y los sueños eran puro mapa. Y las cosas muy arbitrarias, porque los dinosaurios se mezclaban con la catedral de Nuestra señora de París, o Notre Dame, como decía la maestra, en su elegante francés. Pero yo no entendía que las cosas o los asuntos se montaban unos sobre otros. No entendía, pero me gustaba. La flora y la fauna confundidas con Bolívar y Napoleón. Tierras más arriba, es decir regla o puntero más arriba, porque estábamos en la salita pobre de la escuela y la única manera de avanzar sobre el mundo eran los gráficos, el mapa sobre todo, aunque para los efectos de la clase de ciencias también estaba el cuerpo humano lleno de venas y estirones y sangre, lágrimas que siempre me dieron miedo y parecían un turno de farmacia, pero no era eso de lo que hablaba sino lo que estaba más arriba de Napoleón y

Bolívar, lo que se doblaba y desdoblaba cerca del Polo Norte, en el estrecho de Bering.

Y luego Groenlandia, donde ya era imposible seguir, porque en mitad del hielo había una casita llamada iglú, y eso me daba mucha risa, porque nadie podía vivir entre letras y quejidos de oso, y sobre todo, según dijo la maestra, en casas parecidas a cubetas de frigidaire, como se llamaban las neveras o heladeras que llegaron por primera vez. El mapa se recorría luego en promontorios, estrechos y volcanes. Todos juntos. Era lo más complicada nuestra manera de ver. Uno quería ordenarlos mejor que el autor del mapa. Mejor que lo dicho por la maestra. Uno ponía todo eso en su sitio, porque el orden de la tierra, del mundo, tenía que tener la medida de nuestro corazón. Pero el mapa o lámina no salía ganando.

Nuestro orden ponía el osito de los lugares fríos en el país tropical, porque allí estabas tú, donde querías que en tu cumpleaños te regalaran un peluche para tu regodearte con sus ternuras y sus regalaran un peluche para tu regodearte con sus ternuras y sus bobos y tu qué sé yo y tu no quererme a mí.

¿ Qué es lo uno busca lleno de esperanzas? Bueno, esa lucha cruel, me decía yo.

El que no te asomaras a la ventana cuando yo te silbaba. El que te hiciera la loca cuando salías del colegio Madre Ráfols, colegio de monjas como un panal de abejas visto desde el cerro, cuando los muchachos tontos, que éramos nosotros, nos montábamos en la piedra más alta para mirarlas a ustedes en el recreo y creer que las podríamos ver y que ustedes nos podrían ver, pero yo sabía, y nunca se lo dije a ninguno, que la vista no llegaba tan lejos como el deseo nuestro y por eso era mejor elevar un volantín, llenarlo de colores, fabricar su cola entorchada con telas de distintos recortes y enviarles un mensaje por la cuerda, mientras lo hacíamos caer, con rebotes, sobre el patio del recreo, para gran estruendo de las monjas y las celadoras y las internas que sabían que ése era un mensaje de los cielos, enviado por nosotros, con la intercesión, pensábamos, de María Auxiliadora.

El hilo se enredaba en las piedras y nos arrastrábamos entre las espinas, ramas secas, troncos filosos, vidrios rotos, trozos de tela vieja, arenas coloradas, porque estábamos, o estaba yo, empecinado en esa fe de tocar tu pelo de virgen, tu manto azul y las flores tan ansiadas, las flores que para ese momento cubrían todo el cielo bajo un ramo de luz, bajo un ramo de colores que iba de un cerro, atravesaba toda la ciudad, como un arco iris que se desangra y un olor a lluvia fresca sin llover, un olor a nubes que se han quedado quietas y ese resplandor de

otro mundo, de otro paisaje pintado al atardecer, mientras algún bosque, algunos bosques como arboldorados como árboles de los libros, como los animales pequeños que sufren en las cacerías y se desangran después en el mercado, porque corrían por los pastos para dar su amor y la verdad era de ellos, como yo, habían perdido la ilusión.

¿Sufría uno? Claro que sí. Por las noches había calenturas, toses, insomnio, mal dormir. Sobre todo hacía mucha sed y daba miedo pararse a buscar agua en el tinajero del corredor. Salían muertos. Salían ratas. Salían ruidos extraños. Pero había que ir y darse tropezones en las rodillas con los materos, chocar con las sillas que no existían durante todo el día, pensar que esa lucecita a lo lejos, en el solar del fondo, no era un cocuyo sino el ojo de un muerto, el muerto que corría después en forma de bola encendida por la barba de don Demetrio Juárez, la barba de la casa grande donde pudo haber sido enterrado un baúl con monedas de oro y correas de plata y uniformes de la Guerra Federal. Todo eso era como un castigo. El precio de un castigo. Porque uno no tenía por qué estar corriendo esos riesgos con los fantasmas, estar solito en plena noche, contra el sereno de la huerta, pensando en ti que no pensabas en mí, y todo se hubiera arreglado si hubieras puesto los labios así, en forma de cucurucho, desde lo lejos, desde la baranda del palco, en el Cinelandia, y hubieras movido la mano de la boca hacia los aires y con ello hubieras echado a volar el beso que nunca llegó. Pero el vacío entre el patio y tu sillón de preferencia era muy grande. Yo estaba a la intemperie, porque los cines de ese tiempo no tenían un techo para las localidades baratas, no tenían ni siquiera sillas, sino unos duros bancos de madera, alineados, con dificultades para ver la pantalla, con dolores en la espalda y un olor a meaos y cera de chicles y solamente quedaba tirar los ojos al cielo para simular distracción y encerrarse otra vez en el chorrillo de humo, en la luz que venía desde las máquinas de proyección hasta la tela blanca del fondo, hasta la pantalla de lona donde también el muchacho de la película estaba vacío de amar y de llorar.

No me sentí traicionado, lo digo ahora. Me sentí peor. Me sentí dejado a un lado, como se decía entonces. Me sentí, cosa que no se cuenta, muñeco en el rincón, ruedita de reloj que jamás tendrá sitio, bicho que camina hacia ninguna parte por entre las hojas secas, bicho que no me molesta, hoja en la orilla de la piedra, ramita, pedacito de tronco, flor oculta, rama olvidada, pluma de pájaro reseca, piel de culebra que ha mudado, hormiga en extravío, gotas que nadie escucha, pluma que ha dado vueltas en el cielo sin saber donde irá a caer, campana que nadie oye, qué sé yo.

No te hacía culpable. Tú no eras mala. Pero eras lejana. No entendías cómo mi pecho se alzaba como el pecho de los cantantes en las veladas, como el pecho del que no puede dormir y las tías deben traerle el unguento para las brujas y los pájaros negros lo dejen dormir. Pero quien no dejaba dormir eras tú. Por no mirarme cuando junto a la pila de agua bendita, cuando me subí al altar mayor para apagar las velas, cuando me puse a repicar las campanas como si en cada golpe te diera los pedazos del alma, los trozos del amor como decía una revista que vi yo en la estafeta de correos donde la señorita Herminia, que la ocultaba con mucho pudor, porque en las noches podrían venir los diablos a llevársela en cuerpo, en cuerpo solamente, porque ya el alma la había perdido en prenderle lámparas a los santos y puro rezar.

El asunto, después, consistió en investigar si yo tenía un corazón. El mismo que perdí. ¿ Pero lo perdí cómo, cuándo, en qué condiciones, cuál grado de culpabilidad, qué grado de intención? De hacer memoria, recuerdo que hay una carretera larga, una promesa de ciudad en vez de pueblo, una catedral en lugar de iglesia, unas palomas volando y un carrito de heladero con una campana para que vinieran todos los ángeles del mantecado, la fresa, el chocolate, el durazno y el limón. Más tarde, el parque se volvió lleno de árboles y bancos. Se volvió de parejas. Se puso de color. De gente que se besaba bajo las matas de acacias. Las matas, o la mata, o el tronco seco, donde nos besamos tú y yo.

Pero después, en ese mismo parque, tú andabas vestida de azul, disfrazada de azul, casi parecida a una estrella, casi aquella tarde de la película, casi lo que fuera... y yo te fui a esperar y compré un ramo de astromelias y barquillas que derramaban su helado de tutifrutí y me paré en la grama más limpia, desde el lugar del parque donde todo se podía ver, donde tú no me podías olvidar, cargado de flores y regalos, donde no era posible que tus ojos no vieran mis presentes, lo que llamaban ofrendas en los libros, que no vieras mi ilusión y dieras vueltas en los árboles de colores donde me quedé solo para llorar tu amor.

Al pasar mucho tiempo, Dios te trajo a mi destino. Digo yo que Dios porque a quién sino a Dios se le hubiera ocurrido llegar tarde y no pensar de que manera yo te podría querer. Dios se distrae por allí y olvida los amores pobres que uno tiene, mis amores por ti, mi por ti muero y mino puedo vivir sin ti. Dios es olvidadizo o se burla de nosotros. No es para que nos enojemos. Son cosas de Dios. Pero Dios no tenía por qué ser tan pendejo hasta el punto de no saber cómo yo podría quererte. Entonces me puso a sufrir como aquél. ¿Quién sería aquél?... ¿Quién?... ¿Aquiles herido en ese potrero? ¿El muchacho de la historieta tan burlado por su propia espada? ¿Un tal Romeo sin una cuerda para subir a la

ventana? ¿Quijano el Bueno con su única carta como bandera? ¡Coño! Todo eso me lo aprendí en la escuela o quisieron enseñármelo y así paso.

Por eso sufrí tanto. O sufrió otro llamado aquél . Ese que sufre en vida la tortura de llorar su propia muerte. O un poeta amigo que yo conocí y decía: ¡ Ay si mi muerte muriera!... Otro que hablaba de un muerto enamorado. Y el viejo Antonio que sentía un golpe de ataúd como algo perfectamente serio. Porque en el antiguo cementerio los muertos están ebrios de lluvia antigua y sucia... Y hay que llorar la propia muerte. Como decía alguien: ¡No quiero la muerte de los médicos! ¡Quiero mi propia muerte!. Y se murió lleno de complicidades con el silencio, como su antepasado, ese que se fue con un Cristo de metal clavado en el corazón, hasta que las putrefacciones lo hicieran más digno.

En otras partes, otras gentes, más campesinas, lloran su propia muerte. Yo las he visto entre pastizales, basuras y zamuros asomarse a los cielos. La muerte propia tiene sus muñecos particulares. Algunos sonrían, porque no tienen miedo. Otros bailan porque la muerte es un compás. Otros se ponen con manos de imploración porque se van al cielo, a cualquier parte, en cuerpo y alma. Los dioses de mi lugar son tan generosos, que no les preguntan a los cadáveres a qué cielo pertenecen. A ellos les da lo mismo la eternidad.

Pero como eres buena vas a salvar mi esperanza con tu amor. No queda más nada. Ponte a fabricar muñecos de papel de periódicos, haz cintas, cose, canta una canción. Si te pones a pasear por el supermercado, mirando las vidrieras, como quien ve y no ve, te vuelves una reina de los cuentos, porque todas las reinas son indiferentes, seguras, no miran hacia ningún lado porque saben que todos las están mirando, sobre todo un idiota como yo, que mide cada centímetro de tu blusa, los empujes de tus senos, así, tan como frutas y después bajo hasta tu falda cortita, hasta tus piernas provocativas, tenues, exhaustivas, singulares, piernas lisas, llameantes, para besarlas en sus pequeños vellos medio rosados, para que hicieran ese gracioso arco en el paso de la registradora, donde cuadraban el balance de las compras y ya tú te ibas para siempre dejándome solitario entre las frutas, los dentríficos, las pastillas de menta, unas hojas de afeitar y el pequeño almanaque de regalo.

Quizás a esta distancia uno no ve mucho porque está ciego en su penar. Asunto de verdades. Porque, ¿quién diablos está claro con tantas lágrimas en los ojos, con tanta neblina sin explicación, con tanto rocío que ha bajado de las nubes para que los pájaros le nieguen la vista, para que los muñecos que representan los muertos, muertos de uno y de otro tiempo, nublaran las tardes y entonces uno no te pudiera ver con alegría porque la pesadumbre era lo propio en ese pueblo como la pesadumbre es lo propio de esta avenida, después del

supermercado, con todas las luces encendidas y los autos pasando sin cesar, los autos rojos y amarillos y la luz verde que finalmente los deja pasar para que tú te vayas con tus compras a otro lado de mundo y te pierdas en las pasarelas de los edificios donde ya no se te puede ver porque uno está tan ciego en su penar.

Hay, no nos engañemos, un punto cruel. Habría que ubicarlo en otros límites, allá donde los árboles se vuelven marrones de puro disolverse en hojas, allá donde los edificios no son más edificios sino marchas borrosas que no abrigan a nadie, porque los afiches y las rayas de tizne y los escritos insolentes no les permiten una vida independiente y además casi todos los locos desmesurados del barrio depositan allí sus orines, ponen sus meaos tiernamente en las paredes laterales mientras los bichitos y las hormigas marcan su caminata interminable, su ejecución patriótica en torno a la edificación, su silencio y su llanto nocturno que las asociaciones de vecinos jamás podrán ver ni sentir porque el viento de la noche se les escapa como un pájaro extraviado o un mendigo que recoge pedazos de cartón en la hora más solitaria donde a veces se escucha un grito cruel. ¿Por qué cruel? Porque el odio es el punto muerto de las almas, es la tumba que cavamos desde niños, aquella tarde de la escuela y de la plaza, el desencuentro, el no habernos tropezado en la ciudad radiosa, porque en el pueblo y la ciudad, si tú no apareces, como no apareciste aquella vez, si no apareces como deberías aparecer ahora, todo se convierte en un tumba horrenda del amor, se pierde la ilusión, y se maldice, porque uno se ha quedado sin corazón.

Del libro: **Uno y otros cuentos (Monte Ávila, 2007)**

Una mujer me mira y me incomoda, de Miriam Mireles

10/ 10/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

A Orlando Alcántara Fernández.

Tiene una discreta cámara fotográfica, la mueve con cierto nerviosismo entre sus manos. La mujer la saca a cada rato de su bolso. Hago como si no me diera cuenta de su inquietud. Me mira y me incomoda. Estoy a punto de decirle que no me vea demasiado. Intento distraerme de la ansiedad que eso me provoca pero el tic nervioso del señor sentado a mi derecha, multiplica mi desasosiego. Él lee el periódico y sacude casi imperceptiblemente su cabeza. Curioseo en el resto del vagón donde sólo vamos tres personas. Observo de nuevo a la mujer, ahora lleva oculta la cámara en un pañuelo de colores pasteles.

Sin moverme del asiento, leo el periódico del señor desde su hombro izquierdo, pero es difícil hacerlo con naturalidad. El metro se detiene bruscamente y a pesar de no caerle encima, lo tropiezo.

—Disculpe. Todavía no me acostumbro al nuevo sistema que han implementado para bajarnos.

El señor se aleja un poco de mí y responde:

—¿Sí?

Me arrimo para decirle en voz baja:

—Subir por una escalera hasta llegar al techo del vagón e introducirse en el tubo succionador que te lleva a la calle directamente, es como mucho para nosotras las mujeres. Sobre todo si nos ponemos faldas o vestidos.

Anuncian por los altavoces el retraso para ir a la próxima estación.

—El otro sistema de bajarnos por las ventanas me gustaba más, se hacía un esfuerzo pero era menos azaroso y tenía menos riesgo —digo mientras aguardo en vano que me hable.

Con una risita y sin dejar de leer el diario, el señor responde:

—Me parece fabuloso el nuevo sistema.

La mujer de la cámara ha cambiado de lugar; sin embargo, me sigue mirando con el rabo del ojo y de vez en cuando escribe en una pequeña libreta. ¿Qué será lo que anota? ¿Es una reportera? Estoy a punto de abordarla, de preguntarle ¿por qué me mira tanto? No, no soy capaz de decirle nada. Quisiera acercármele. Sí, me gustaría hablar con ella. ¿Contarle lo ocurrido? No sé. Me parece como si la conociera ¿Será que la conozco? No. Ella no me ha saludado pero, siento que puedo revelárselo. Le contaré todo pero no sé si me crea. Sí, comenzaré por decirle sobre la entrevista de trabajo de hace dos días. Cerca de la estación de Caño Amarillo ¿Me creerá? Bueno no, mejor empezaré por explicarle sobre los gritos al pasar por una casona pintada de colores naranja y dorado. Sí, ahí me detuve para ver de dónde salía esa bulla. Provenía de un gentío que manifestaba más adelante. Me vi envuelta entre ellos cuando comenzaron a correr en dirección a donde yo estaba. Quedé paralizada. No sabía qué hacer. De inmediato empezaron a caer, muy cerca, bombas que irritaban los ojos. No me moví. No reaccioné, sólo alcancé a taparme la cara. Tosí. Tosí mucho. En aquella confusión, sentí a alguien tomar mi mano y arrastrarme. No veía nada, caí al suelo varias veces. Sentí la desesperación de la gente. Golpeaban las puertas y gritaban. A pesar del desbarajuste, la persona no soltó mi mano. Sentí el calor del gentío, de sus cuerpos, de sus brazos, más no pude verlos; forcejeé. Tuve muchas sensaciones extrañas. Los gases ocultaban las formas, aún las más próximas. De repente, la masa de gente se detuvo, empezó a recular y quedé aprisionada contra una puerta de vidrio. Se abrió con la presión e inmediatamente se cerró. Terminé adentro. La persona cuya mano me había arrastrado desapareció. Intenté abrir la puerta pero no pude. Mis ojos se irritaron y me dio un fuerte dolor en el pecho. Caminé por un corredor oscuro y logré conseguir una butaca y, tirarme en ella.

Cuando volví en sí, estaba desorientada. Eché mi cabeza hacia atrás y empezó a sonar una música de propagandas: de refrescos, de cigarrillos. Limpié mis ojos para aclararlos. No sabía qué estaba sucediendo realmente. Me di cuenta que transmitían, en una pantalla gigante, la publicidad de un cine: “Visita Cancún en tus vacaciones navideñas” nos invitaba con voz seductora la chica de una agencia de viajes. Miré hacia atrás, hacia todos lados, no había nadie. Estaba sola, no había ninguna otra persona en aquella gran sala. Todo transcurrió muy rápido. Comenzaron a pasar los tips sociales: cóctel en la inauguración de un centro comercial, celebración de una boda y cuando me secaba el rostro con las mangas de mi maltrecha blusa, apareció la noticia de las exitosas operaciones del cerebro. Para mi desconcierto quien daba las declaraciones era yo y me acompañaba un médico un tanto especial. No lo reconocí. El reportero lo presentó como Doctor Dagoberto Alcántara, fundador junto a otros del Movimiento de Operaciones Cerebrales de la Corriente del 02. El doctor auguraba el éxito de mi intervención, donde había utilizado diversos tejidos,

experimentado con la genética animal. Estaba convencido de las sorprendentes conclusiones clínicas que se obtendrían progresivamente. Le insistió al reportero sobre los acercamientos difusos entre las tendencias de los diferentes gremios médicos del país. Le habló sobre las fronteras de los postulados entre esas sociedades que se habían fragmentado. Esta situación impedía la realización de un evento único de operaciones cerebrales.

Sacudí mi cuerpo.

No entendí nada, y menos aún cuando el Doctor Alcántara explicó al reportero que este movimiento era filosófico-médico-cibernético, surgido en Venezuela a mediados de los ochenta.

Ya no pude escuchar más, pensé que los gases de las bombas me habían trastocado la mente. Decidí irme. Empujé muchas puertas y salí de aquella sala de cine. Afuera no había rastros de aquella gente, ni de la protesta.

Al regresar a casa, llamé a mis familiares en Barquisimeto. Nadie contestó. A todos les dejé el mensaje:

—Lláname ¡Es urgente!

Encendí el televisor y no parecía ocurrir nada anormal. En el noticiero no dedicaron ni dos minutos a reportar la protesta cerca de la estación de Caño Amarillo.

Esperando las llamadas de mi familia, me dormí.

Al día siguiente, al bañarme descubrí unas pequeños nudos en mis omoplatos y al lavar mis pies, me di cuenta que mis uñas se habían endurecido. Estaban más largas de lo habitual. Traté de ver mi espalda en el espejo, pero mi vista no alcanzaba. Sólo vi un leve enrojecimiento en el lado izquierdo de mi nuca.

Decidí buscar a Dora en la universidad. Ella puede ayudarme a revisar mi espalda y tal vez, pueda decirme qué tengo ahí.

En la Facultad, les pregunté a algunos conocidos sobre la protesta en las inmediaciones de Caño Amarillo. No dijeron nada importante y me fui sin despedirme, pues sentía una molestia en las puntas de los pies. Al estar lo suficientemente lejos, los examiné. Las uñas habían crecido un poco.

No encontré a Dora en la universidad, ni en su residencia, ni siquiera respondió el teléfono. Decidí regresar y por el camino traté de serenarme, de ir

lento, poco a poco, pero iba contraria a mis pensamientos. Apuré el paso y noté algo inexplicable mientras entraba a mi habitación. Mis pies dieron como pequeños saltos.

Pasé todo el día encerrada en el cuartico y, a ratos me acercaba al pequeño espejo colgado en el pasillo del baño. Únicamente vi el ligero enrojecimiento de la nuca. No pude observar más nada en mi espalda. La toqué una y otra vez y sólo sentí pequeñísimas protuberancias, como pedúnculos. Comencé a sofocarme y a temblar. Entré en una especie de pánico. Traté de convencerme de que no pasaba nada. Me acosté y di muchísimas vueltas en la cama. Algunas veces me levanté y no pude hacer nada. No dormí bien. Me levanté muy temprano con un malestar de cabeza y me tomé dos Vicodín.

Resolví ir hasta los alrededores de Caño Amarillo. Pasé por el frente del Instituto Armando Reverón y cerca del Viaducto, me dispuse a tomarme un jugo en una de las muchas fuentes de soda que por allí había. Pregunté al dependiente si sabía algo de la protesta. Me comentó despectivamente que esos escándalos eran cotidianos. Le hablé del sitio, una especie de sala de cine con puerta de vidrio en su fachada. Me dijo que nunca la había visto. No le creí. Cuando pagué al cajero le pregunté si conocía al Dr. Alcántara y me respondió que no.

Salí desconcertada de aquella fuente de soda y caminé hacia la estación del metro.

Con cierto disimulo, examino otra vez las uñas de mis pies. Me doy cuenta, mientras me calzo los zapatos, que en el vagón hay otras dos personas. El señor del periódico ya no está a mi derecha. No vi cuando se marchó, me distraje pensando en lo que le diría a la mujer de la cámara fotográfica. De nuevo, ella me mira con el rabo del ojo y anota en su libreta. Ahora, las dos nuevas personas que nos acompañan fingen no observarme.

En un impulso me acerco a la mujer. Se sorprende.

—Me ha ocurrido algo muy raro. Necesito contárselo por favor —le digo muy agitada—. ¿Puede escucharme?

Me mira entre recelosa e incrédula pero acepta.

Cuando el metro se detiene, salgo con la mujer por el succionador del vagón, nos lleva directamente fuera de la estación. Buscamos un lugar para sentarnos y, ella señala mi espalda.

—¿Son naturales?

Asustada, estiro la mano para tocarme y ahora sí, mis dedos palpan unas carnosidades con suaves y escasas plumas. Un frío recorre mi cuerpo. Me tapo la boca para no gritar. Estoy a punto de desmayarme. La mujer me sostiene y nos sentamos en el banco de una plaza muy cercana a la estación. Comienza a preguntarme y totalmente perturbada le cuento lo que ha sucedido.

Ella muestra una cara de fascinación y sin preocuparse demasiado por mí, pregunta:

—¿Puedes volar?

—¿Qué dice? —grito.

—Desde hace largo rato he visto tus alas. —Totalmente emocionada, acota—: Han ido creciendo.

Desconcertada con sus palabras me echo hacia atrás para pegar mi espalda al banco de la plaza y así, esconder las plumas. Ella se da cuenta y me entrega su abrigo.

Lo acepto de mala gana y pregunto:

—¿A qué se dedica?

—Busco una historia para un cuento.

—No te creo —le digo alterada.

Ella me mira cautivada.

—¿Puedo tomarte una foto?

Me siento grotesca.

—No sé. —Hago un esfuerzo y accedo— Está bien.

Sin ningún apuro, la mujer limpia la cámara fotográfica con el pañuelo de colores pasteles. Delicadamente lo guarda en el bolso junto a su libreta.

—Tienes que quitarte el abrigo. —Estira sus brazos y me ordena—: Despliega tus alas así.

La imito y me sale una media sonrisa.

Al enfocarme con la cámara, mis pies comienzan a levantarse del piso.

—Sonríe. —Insiste—: ¡Sonríe! ¡Mueve tus alas!

Le hago caso y siento que subo rápidamente.

Una tenue brisa, color naranja, rodea mi cuerpo.

Vuelo.

Del libro: **Leonardo en Venezuela (V. Garbín. ed, 2006)**

Cuando las ex novias se mueren, de José Luis Palacios

08/ 01/ 2014 | Categorías: Cuentos, Destacado

Un aviso, un *caveat emptor* para aquellos siempre en busca de la quinta pata del gato: el material que sigue es autobiográfico, cero impresiones vicarias enmascaradas en primera persona. Lo resalto desde el principio para evitar en el futuro los análisis posmodernos y deconstruccionistas de Angel, Carlos, Luis, Antonio o el otro Carlos. A ver si me explico: si alguno de ellos, o sus adláteres, escribe una línea más sobre mi trabajo usando jerga, le arranco la cabeza. Por si no quedó suficientemente claro: “jerga” para mí incluye (aunque la lista no sea exhaustiva) a los términos superestructura, fonema, morfema, omnisciente, intertextualidad, resemantización, textículo, noveleta, destinatario, literaturidad, perspectiva diacrónica, adecuación lexical, hilo diegético. La fatwa también se aplicará a estos individuos si se les ocurre citar a Freud, Jung, Chomsky, Lacan, y a todo ese atajo de enfermos y sinvergüenzas, que han proyectado sus peores miedos y perversiones en sus supuestos discípulos y pacientes, para terminar fornicando con ellos la mitad del tiempo. Por otro lado, y para evitar vaguedades, no debería interpretarse lo que sigue más abajo como crónica, del tipo producido por gente más hábil que yo en el tema, como Alberto, Sergio, José Roberto o Milagros. Si acaso se desea exhibir algún parentesco literario, baste con citar, de los de aquí, a Julio, Jorge Luis y el otro Luis, y de los de allá, a Francisco, Benito, Miguel, José Luis y José María.

Una vez aclarado lo anterior, puedo pasar al grano, a cómo se siente uno afectado cuando sus ex novias empiezan a morirse, así sin más, en el medio de lo que se podría denominar la flor de la vida, la época más productiva en la experiencia vital, la juventud de la madurez, o algún otro cliché que se refiere a ese interregno más allá del primer retorno de Saturno, entre los cuarenta y los cincuenta años. En ese intervalo está el abajo firmante, y también están ellas, mis ex novias y mi ex esposa, si bien ésta última no difunta, para todos los efectos sí, enredada con el mayorista de vinos y licores, bastante mejor partido que yo, hay que admitirlo, buen mozo, billete parejo, pent-house en Valle Arriba y sin rollos existenciales. Estoy solo. Como diría un amigo boliviano, «no tengo a nadie que me encrespe las pestañas». ¿Que qué hace un servidor? Emborrono cuartillas. Concretamente escribo pulpa para la televisión, novelas donde cumplo las premisas básicas, mantengo el rating y todo el mundo, anunciantes, gerentes y televidentes, tan contentos. Puntualmente mis protagonistas femeninas salen preñadas del tipo que no debería preñarlas y hay una sirvienta sinuosa de la que se enamora el niño ricachón, o una niña bien que se empata con el marginal

buenmozazo. Lucha de clases, pues, estimados. Ahí no hay pele, y en eso estoy de acuerdo con todos los panas: Alberto, César, Ibsen, Leonardo... Está de anteojito, si me permiten otra informalidad, el tipo de narración que sube cerro. A veces son las hermanas separadas al nacer, una con destino a la mansión, la otra con rumbo al rancho; de adultas se conocen, se intercambian roles, novios y enredos obvios. Luego está el tema de la ciega o el tullido que recuperan la vista o la motilidad; esto hay que dosificarlo y no abusar, porque también la gente se cansa de las intervenciones de la Virgen de Lourdes o de María Lionza, según convenga. Otras veces opto por la línea Conde de Montecristo: él o ella, de origen humilde y expulsados del seno familiar por equis, ye o zeta motivo, salen de la cárcel y regresan ricos para vengarse de los parientes coñoemadres («miserables», para el horario estelar) bajo una identidad falsa. En fin, es un reciclaje continuo de cuatro o cinco ideas amalgamadas con abundante copulación. (En mis diálogos «copular» se traduce como «estar» para ajustarse a la legislación vigente). La gente a las nueve de la noche se traga casi cualquier cosa, no deja de sorprenderme el voluntarismo de los telespectadores, siempre dispuestos a suspender la lógica y la realidad para aceptar mis guiones. Ya hace tiempo dejé la peleadera con los productores por pendejadas, como que en mis novelas todas las mujeres amanecen en la cama portando ostensibles sostenes debajo de sus dormilonas y maquillajes a prueba de balas. No soy inmensamente feliz con mi trabajo, pero me da de comer con relativa facilidad, los cheques salen puntuales quince y último y algunas noches me traigo compañía del canal después de la grabación, compañía que al día siguiente amanece sin sostén, dormilona o maquillaje, en referencia a lo anteriormente discutido, y que se desaparece sin mayores complicaciones a futuro.

Me temo que todo lo anterior son rodeos, circunloquios para evitar tocar los temas esenciales en estas cuartillas. Voy a decirlo sin tapujos: estoy sumido en una profunda depresión, depresión clínica la llaman los expertos, y para combatirla tengo meses tomando diez miligramos de oxalato de escitalopram en las mañanas y un cuarto de miligramo de alprazolam en las noches. Empecé a notar los síntomas a finales del año pasado. Por un lado, no podía dormir bien, ni solo ni acompañado. Por otro lado, se disparó mi agresividad al tope: perreaba a mis actores y actrices, le respondía mal a los ejecutivos de la planta, se me crispaban los nervios en el tránsito. Un día tuve una pequeña dificultad para pagar unos apios en la caja del automercado, la lectora óptica no trabajaba bien, algo de ese estilo, y además de maltratar verbalmente a la cajera, cuando llegué al estacionamiento, con una furia homicida me devolví al automercado, exigí la presencia del gerente y le endilgué una perorata sobre cómo su negocio era peor que una bodega de esquina, porque no podía pesarme unos apios y calcularme su precio. Más tarde, a solas en el apartamento, reflexioné que algo serio me estaba

pasando. Por esa época me alimentaba casi exclusivamente con sánduches de queso y refresco que engullía en la cama mientras veía los canales porno de la tele, y como consecuencia me la pasaba estreñido. Del librito de síntomas me faltaban las tendencias suicidas, quizás porque siempre he sido muy egoísta con el tema de la vida, me ha costado mucho llegar a donde estoy y no quiero renunciar a ello. Ahora estoy más controlado, gracias a un par de químicos salvadores. Mi siquiatra me dice que al menos debo permanecer cuatro meses con este régimen, cuidado si seis, y a mi juicio, si es que me queda, he hecho grandes progresos.

Nunca antes me había atendido un siquiatra, y la verdad, uno carga demasiados prejuicios contra estos profesionales que, mal que bien, a veces te pueden ayudar. Lo peor de todo, lo digo desde ya, es la peregrinación hasta la clínica, las largas horas para atravesar el río y aguantar las colas con el surtido de saltimbanquis en los semáforos (ya los tengo catalogados, hay una pareja especialmente diestra, se paran uno al lado del otro e intercambian pelotas y bastones), mendigos exhibiendo tumores o malformaciones congénitas (mi peor pesadilla: el que exhibe una esfera prominente, como un alienígena, sobresaliendo del abdomen), los puestos de frutas invadiendo la calle, los toldos de comercios ilícitos de telefonía celular, los vendedores de bolígrafos que patrocinan drogadictos rehabilitados, los limpiadores de parabrisas con sus cepillos y botellas de agua jabonosa, los buhoneros con sus placas de anime exhibiendo películas y libros de imposible actualidad, en fin, el zoco urbano de cada día. Luego sigue la ordalía subterránea para encontrar un puesto de estacionamiento en el caos de esa gruta, caliente y mal iluminada, donde ya he trabado cierta familiaridad con un parquero que me suele simplificar el trámite. Intercambiamos algunas frases sobre el clima, su pañuelo en la calva, «es el calor, amigo», «las llaves, no, no voy a lavar el carro», y sigo hacia los ascensores atestados, siempre una pelea por el espacio, uno acaba aplastado entre unas intimidades de cuerpos que jamás lograría en otras circunstancias, sótano dos, planta, el cuatro, por favor, permiso, voy saliendo. A veces se dan pequeños dramas con sillas de ruedas, o pacientes con piezas metálicas atornilladas a la cabeza, o como aquella vez que salvé a un muchachito, dormido en el hombro paterno, de terminar con su brazo colgante atrapado por las implacables puertas de aluminio. Al final del pasillo, el pequeño consultorio guardado por la secretaria fiel, impasible y refractaria a cualquier mal. Casi que uno se siente completamente sano al hablar con ella, entre revistas y espejos. A la salida, le extrae a uno los reales en cheque o en efectivo, no hay problema. Y luego, claro, viene el impacto de la cruda realidad, el encuentro con el doctor, que destapa la olla de mis problemas. Hay algo de tensión en esos encuentros, esas búsquedas minuciosas en mi alma y mis circunstancias, aunque no debo estar tan mal, pues

siempre conversamos frente a frente, escritorio de por medio, a pesar de que puedo atisbar en la habitación de al lado un diván, reservado sin duda para los casos perdidos. Hablamos de todo, de mi vida, mi trabajo en la televisión, mis circunstancias familiares, a veces él también arroja alguna luz sobre sus propios problemas, apuntando paralelismos entre mi situación personal y la suya. Deben ser técnicas, supongo, para hacerme sentir bien. Y así es como en general me siento. La posible excepción fue el encuentro con la sicóloga clínica, una mañana sabatina, como parte integral de mi tratamiento. Me encontré en el consultorio del doctor con una walkiria de nombre impronunciable, pálida, entrada en carnes, que se presentó con voz estentórea y profesional como mi psicóloga. Inmediatamente la visualicé con unas placas metálicas cónicas protegiendo sus pechos, un corsé de cuero y un casco vikingo, con cachos desde luego, berreando arias gemebundas para adornar agonías interminables en algún teatro de segunda. Pasé varias horas con ella en la habitación sin diván, y con otros pacientes en una sala contigua (todos mujeres, a simple vista muy normales), mientras contestaba formularios o trazaba dibujos.

Terminé aquella mañana extenuado, con una necesidad imperiosa de meterme una dosis doble o triple de mi ansiolítico favorito. Hasta se me quitó el apetito, y sólo en la tarde pude abrir una cerveza y una bolsa de tostones mientras veía un partido de la liga española por ESPN.

A los pocos días pasé recogiendo el informe. Fuera vaina, se me pareció a las bolserías que debe inventar un colega para el show del horóscopo de las mañanas, con las que a veces le ayudo: generalidades, lugares comunes, constataciones obvias de lo cotidiano («géminis: encuentro desagradable con un cobrador; aries: conflicto amoroso en puertas»). A continuación transcribo algunos pasajes del informe en cuestión con mis comentarios para que cada quien pueda sacar sus propias conclusiones:

Los resultados obtenidos a través de las evaluaciones realizadas nos hablan de personas que presentan una tendencia definida hacia la hiperactividad y una autoevaluación irreal.

Son personas enérgicas, prefieren la acción al pensamiento. Tienen un amplio rango de intereses y es probable que tengan muchos proyectos al mismo tiempo. Sin embargo no utilizan su energía en forma prudente y con frecuencia no concluyen sus proyectos.

Cómico. Esta gente no sabe lo que es trabajar contra reloj para entregar un manuscrito a tiempo. Y la tercera persona del plural: “personas que presentan una tendencia”. ¿Eso es para que no me sienta aludido?

Pueden ser creativos, emprendedores e ingeniosos, pero tienden a aburrirse e impacientarse muy fácilmente y su tolerancia a la frustración es limitada.

Lo de creativo e ingenioso debe ser por la manera de rellenar la prueba de Wartegg: los dibujitos a medio hacer en una docena de cuadrados o viñetas. En el caso de la viñeta con dos rectángulos perpendiculares, los uní con unas curvas, sombreé todo y lo titulé «codo de tubería» (es que también te piden un título para cada dibujo, no se vale, como en tantas obras de galerías, rotularlos «sin título»); en el caso de la línea curva, como un pájaro, la usé como parte de unos labios entreabiertos, y ése fue precisamente el título de la viñeta; en el caso del punto en la mitad del paralelogramo, escribí la palabra «listo» a la izquierda del punto y titulé la viñeta «punto final». Y así los demás casos, dejé galopar la imaginación.

Experimentan mucha dificultad en la inhibición de sus impulsos y pueden ocurrir episodios periódicos de irritabilidad, hostilidad y agresividad.

En el test de Machover para encontrar desórdenes psicológicos, me pidieron que dibujara un hombre y una mujer en sendas hojas de papel Bond blanco tamaño carta, y qué querían que hiciera, ¿que me inhibiera? ¿Iba a representar dos astronautas asexuados? Dibujé un hembrón en pelotas sobre una cama en una pose clásica, con una pierna doblada ocultando el sexo, así como una odalisca recatada, y con un texto sobre su cabeza que decía, «ven acá, mi amor, vamos a conversar un momentico». El hombre, también en cueros, con los abdominales planos y definidos como una batea donde restregar la ropa, lo dibujé corriendo como un Superman sin capa y sin *shorts*, con la paloma y los testículos penduleando sobre una pierna, y una burbujita encima de su cabeza exhibiendo el parlamento «Ya va! Primero debo salvar el mundo!» O sea, si no me salieron dos esculturas griegas, al menos dos personajes de comiquita sin ropa, dos arquetipos de la cultura occidental: la mujer sumisa y postrada, y el hombre en movimiento, erguido, mas no eréctil, estrictamente hablando. No sé qué opina ustedes que me leen, pero no creo que se pueda deducir de mis dibujos que soy sicótico o esquizofrénico.

Un optimismo irreal y sin fundamento también es característico, parecen pensar que nada es imposible y tienen aspiraciones muy elevadas, además una estimación exagerada de sí mismos, de su propia dignidad y vanidad, les cuesta ver sus propias limitaciones, son egocéntricos y están centrados en sí mismos y en sus propios proyectos, les cuesta atender a los demás y a las necesidades de los otros.

Por supuesto, si le dije en la entrevista que no tengo hijos y que no me gustan ni los niños ni los perros, ¿qué va a opinar sobre mi egoísmo? Y si mi personaje masculino es Superman sin ropa, ¿qué va a opinar de mi autoestima y mi vanidad? La redacción, por otro lado, es terrible: «son egocéntricos y están centrados en sí mismos». O sea, son enanos y cortos de estatura.

Se plantean metas irreales que los alejan de las actividades cotidianas y de los afectos y las atenciones hacia los demás, por lo que sus relaciones con los otros resultan superficiales acarreando dificultades en las relaciones más íntimas y que requieren de mayor atención y cuidado, inclusive abandonando el área sexual de sus vidas, sus proyectos, sus actividades y sus propias necesidades le resultan más importantes que las que podrían tener los demás.

¿Cuáles metas irreales? Vivo decentemente de lo que escribo, en un apartamento clase media totalmente pago, manejo un carro al que sólo le he hecho 40,000 kilómetros, he sido finalista en el Concurso de *El Nacional*, dos veces finalista en el de *SACVEN* y gané el del Ayuntamiento de Cascajones en España. Tengo un par de libros publicados, material para tres más, y seis culebrones de mi autoría se han distribuido por América y Europa. Me siento especialmente orgulloso de *Sin fecha en el calendario*, romance entre una dama perimenopáusica y el novio de su hija, que me abrió las puertas al exterior, y *Gatas de Noche*, un primer intento de humanizar a las prostitutas, que me mandaron a cortar demasiado rápido pero estableció mi reputación como renovador del género. Tampoco es que voy a poner en el curriculum «Nobel: pendiente de aprobación», pero soy un escritor, carajo, vivo de la pluma, y esa siempre fue mi meta fundamental. Pertenezco a la Directiva del Sindicato y he estado un bojote de años en la Junta de Condominio del edificio, por si acaso quieren saber de otras metas. No aspiro a llegar ni a la Presidencia de la República ni a la del Canal, únicamente a no ser una carga para nadie, a poder comerme una buena parrilla y beberme un buen Rioja cuando me salga de los forros. Conocer una mujer decente que me acompañe el resto de mis días, eso sí quizás caiga en el territorio de lo irreal, aunque desde luego seguiré intentando conseguirla. Si a veces he abandonado el área sexual, como dice ese párrafo, es porque las oportunidades no abundan. Y porque uno ya está harto de peluqueras y maquilladoras.

Son sociables y amistosos, les agrada estar rodeados de personas y en general crean una primera impresión favorable, a los demás impresionan como seguros y equilibrados, pero conforme lo conocen mejor se dan cuenta de su falta de confianza en sí mismos, de sus sentimientos de insatisfacción concernientes a lo que obtienen de la vida.

Pueden presentar una excesiva ansiedad, obsesiones y tensión emocional con un elevado índice de preocupación.

Presentan períodos alternos de impulsividad y cuadros de sentimientos de culpa y devaluación.

Son propensos a la preocupación y pueden ocurrir episodios periódicos de depresión.

No se observaron signos indicativos de daño orgánico cerebral.

Lo de la falta de daño orgánico creo que lo sacó de mi desempeño en la prueba Bender-Gestalt. Me puso a copiar en hojas en blanco tamaño carta nueve figuras impresas en unas tarjetitas de 3 por 5 pulgadas. Ahí me da la impresión de que salí bien, porque tengo buena coordinación mano-ojo, y tampoco se necesitaba ser Da Vinci, o sea, para copiar unas rayas onduladas, otras punteadas, qué se yo. Las otras conclusiones quizás tienen que ver con mis resultados en la prueba de Rohrschach, más vieja que la sarna y a la que no le daría mucha credibilidad. Ya saben cómo funciona esa prueba: se exhibe una colección de manchas en varios colores, cada una de las cuales semeja el resultado de rociar tintas en una hoja en blanco, para después doblarla y obtener impresiones simétricas de ambos lados de la hoja, y le preguntan a uno qué ve en esas manchas. Siempre me viene a la memoria una comedia de Walter Matthau donde su personaje estaba pasando por el mismo trance de Rohrschach que un servidor, y a cada mancha que el sicólogo le mostraba respondía lacónicamente «mariposa», a lo que el especialista garrapateaba unas líneas en un cuaderno; a mitad del test el médico debe ausentarse de la habitación y Matthau, picado en su curiosidad, lee lo escrito en el cuaderno, una breve consideración sobre la falta de imaginación del paciente. No contento con este comentario, al regreso del sicólogo, y enfrentado a la siguiente mancha, Matthau se manda con una barroca visión de espermatozoides danzando, o algo de ese tenor. A la manera del personaje de la comedia, en alguna mancha vi una flor, una cayena o una orquídea con sus estambres y pistilos, que simultáneamente era una vagina con todos sus aditamentos; en otra mancha vi una paila puesta al fuego, dentro de la cual unas brujas se retorcían de dolor, y así por el estilo. Con respecto a esta última, algo desperté en la sicóloga, que me soltó un aria del tipo «Has sentido mucho dolor en los últimos tiempos».

Bien, como podrán deducir del título que acompaña estas cuartillas, y tal como lo discutí ampliamente con mi siquiatra y la sicóloga clínica, mi depresión

comenzó a agudizarse con la desaparición de mis ex novias, un proceso que comenzó hace un tiempo y al que no le había prestado la atención debida. Poco a poco he venido organizado el caos de mis recuerdos para entender mejor mi situación, y lo que sigue representa una buena parte de esos esfuerzos por encontrar un orden y un sentido.

La primera en irse fue Marlene, mi novia del pregrado universitario y primera novia «seria». Todo marchó bastante bien mientras estudiábamos en la Central, donde nos conocimos, yo dos años más adelantado que ella. El primer encuentro ocurrió en el cafetín, mientras el grupito de incondicionales nos vacilábamos los ires y venires de las muchachas de la nueva cohorte admitida a la facultad, *las nuevonas*. Al rompe me impresionaron sus curvas agresivas y su habilidad para sostener en una sola mano el cigarrillo y el vaso plástico lleno de café hirviente. Uno de los dos sonrió primero, luego el otro, y el resto es historia. Ese mismo fin de semana fuimos juntos a una fiesta encopetada en el Este, de una amiga de ella, donde ambos nos sentimos mal vestidos y fuera de lugar. Poco me acuerdo de esa fiesta: los tragos de ron puro para coger ánimo y los besos apasionados en una mesa cerca del caldero donde freían los tequeños. De regreso en mi Yamaha 125 cc de cuarta mano, su cuerpo se aferró al mío con un claro lenguaje subliminal. Estacioné la moto frente a su casa y durante el largo beso de despedida me sentí con derecho a deslizar mis manos bajo su vestido para palpar sus abultamientos más prominentes. Para mi sorpresa, mis dedos tropezaron con unos trozos de cinta adhesiva. Aprendí así que para esa época y en ciertos círculos, era de mal gusto que los pezones se marcaran libremente por encima del vestido. Había que someterlos con adhesivos. Como esa, muchas cosas aprendí de Marlene, y viceversa, espero, mi novia también aprendió de mí. Nuestra relación sobrevivió todas las penurias de una pareja joven: la falta de ingresos y de una vivienda propia, las relaciones carnales mal lubricadas, en lugares inadecuados y técnicamente incompletas, los ataques de celos, las frecuentes peleas y reconciliaciones, pero no sobrevivió a mi primer semestre de doctorado en Salamanca. El ambiente universitario postfranquista, de destape y anarquía, me afectó demasiado, supongo, y al regreso en diciembre, en el transcurso de una cena china, en un restaurante hoy en día desaparecido, rompimos oficialmente. Ella dejó de comer, yo seguí tragando lumpias y chop-suey, así que pueden adivinar quién fue el villano. Esas Navidades resultaron un poco incómodas, que si mis padres, los suyos, todos esos años conociéndose, etcétera. Yo me quedé con unas sillas y algo de lencería, ella se llevó la carpa Coleman con capacidad para cuatro personas, la cubertería y los platos. Supuestamente ella quemó mis cartas y las fotos, por lo que no podría exhibir testimonios gráficos, si me los pidieran. Los detalles los fui juntando después del retorno definitivo de Salamanca. En una salida con una encantadora amiga mutua, que yo

secretamente quería horizontalizar desde mucho tiempo atrás, me enteré del matrimonio de mi novia primeriza, las dos hijas y, para usar los eufemismos tradicionales, la larga y penosa enfermedad terminal. Por supuesto, tales informaciones arruinaron la noche y no volví a salir con la amiga mutua. Un tiempo después me encontré con Carlos, el hermano de Marlene, en el centro comercial cerca de la casa. Iba acompañado de una joven catira que deduje debía ser su hija, en caso de que él hubiera seguido con Magaly, la novia que le conocí y con la que junto a Marlene formábamos un cuarteto bastante bien avenido. Me invadió una oleada de nostalgia por los buenos ratos pasados juntos. El viaje a la Gran Sabana en el Jeep destartado de Carlos, durante la prehistoria de caminos sin asfaltar que llevaban hasta Santa Elena, y del que todavía conservaba una piedra rojiza extraída de la Quebrada del Jaspe que, como se lo comenté a Carlos en la entrada a la panadería, servía para mantener abierta la puerta del maletero de mi estacionamiento, una de esas puertas cuyas bisagras misteriosas hacen que se cierre cuando tú no la estás mirando. Carlos me confirmó que la jovencita pálida y pasada de quilos que lo acompañaba era su hija, y me dio el detalle adicional de que su padre también había muerto. «Tú sabes, no se repuso de lo de Marlene», me dijo en voz baja, despertándome, por alguna razón sobre la que no especularé, un intenso sentimiento de culpa.

De mi segunda ex novia muerta me enteré a través de un compañero de andanzas salmantinas. La verdad es que en sentido estricto no podría hablar de novia, pues Betzaida, una caraqueña de largo cabello negro y tez cobriza, con cierta similitud física a Marlene y a mi madre que haría feliz a cualquier psicoanalista, estaba casada con Iñaki, un vasco de familia acaudalada, en cuyo círculo tuve la suerte o la desgracia de caer. Esta pareja que se había conocido en Los Roques practicando windsurf, rápido flechazo y visa rumbo a Europa, tenía carro, un lujo saudita impensable para casi todos nuestros compañeros estudiantes, y un apartamento excesivamente grande. Solíamos vernos bastante en el campus, en las cafeterías llenas de humo y en cualquier fiesta de venezolanos, donde Betzaida y yo bailábamos, sin pausa y con el visto bueno del marido, salsa, merengue, tambores barloventeños, lo que nos pusieran, siempre rodeados de un círculo de mirones. Por esas vueltas del destino, o por alguna desavenencia con la familia que le limitó la mesada y le obligó a reducir los gastos, Iñaki me ofreció la posibilidad de mudarme con ellos a cambio de una razonable mensualidad, con habitación separada y acceso a cocina y baño. Eran tiempos de apertura, de buena nota, de *marcha*. Yo, estúpido de mí, acepté. En principio, tener acceso al Seat, al amplio apartamento cerca de la Plaza de Anaya, y a la convivencia casi exclusiva con Betzaida, parecía una manguangua, el tipo de cosas capaz de generar la envidia negra de mis compatriotas en el mismo

exilio de claustros universitarios y piedras medievales. Sin embargo, no todo el monte es orégano. Empezamos muy bien, que si los hombres dominábamos las artes culinarias, y el bacalao a la bilbaína nos quedó de chuparnos los dedos a Iñaki y un servidor, y Betzaida, chica, te pedimos que no le pongas tanto detergente a los platos, eso termina contaminando los ríos, joder tío, es que esta mujer no tiene conciencia ecológica, no parece venir del mismo país que tú, y patatín y patatán. Los roces empezaron curiosamente por la comida, para luego extenderse a todas las áreas: si quieres usar aceite de oliva te vas a tener que comprar la tuya, te dejamos este hueco en la nevera para tus vainas pero no te pases, y a la hora de las rumbas en la casa con nuestras parejas de amigos, oye, no se ve bien que estés sin pareja. Tampoco contribuía al bienestar hogareño, en oposición a lo sólido de los sillares medievales por todas partes, lo frágil de la mampostería moderna de nuestro apartamento. En las noches los gemidos y golpeteos rítmicos contra la pared donde descansaba mi cama me parecían un abuso insoportable, una agresión a mi intimidad, una provocación. No podía evitar imaginarme a Betzaida en decúbito prono, supino o lateral, con Iñaki encima, y este salvaje vascongado usando el cuerpo de su mujer como ariete para hundir la frágil separación entre nuestros cuartos. ¿No podían orientar su cama en otra dirección? Como uno es humano, no me quedé de brazos cruzados en actitud zen, que hubiera sido lo más sensato dada la situación. Por un lado, una que otra vez traje discretamente alguna moza fermosa hasta mi aposento, tratando de reproducir con éxito limitado la percusión amorosa de mis compañeros de domicilio. Por otro lado, y aquí estuvo el problema, el *faux pas* irreversible, acepté ayudar a Betzaida a elaborar una torta de queso una noche que Iñaki estaba de guardia en el hospital. Para empezar, yo tenía una vainita por mi compañera de residencia, ya dije antes que ella poseía el fenotipo de mi agrado, y en la dirección opuesta también había cierta atracción innegable, al fin y al cabo ambos nacimos en Santiago de León de los indios Caracas, yo medio pela bolas, ella ricachona, la lucha de clases que sustenta cualquier telenovela que se precie, etcétera. Aunado a esto, el queso crema, el azúcar, la leche, los huevos, el batir estos ingredientes con la batidora manual, aguántame aquí el bol, la blancura inmaculada de la torta, todo este tema de la repostería propiciando una carga erótica inmensa, sobre todo cuando al final la única luz presente fue la de la nevera entreabierta y uno estaba pendiente de *probar* aquí, probar allá, fíjate que tienes un sucito ahí encima del labio, ahí, ahí. Ahorraré los detalles, añadiendo tan sólo que a partir de aquel día, muchas fueron las noches de guardia en el hospital universitario que utilicé para – si me permiten el lugar común y textual – llenar un hueco emocional de Betzaida que Iñaki no podía llenar. Todos sabemos que no hay bien que dure cien años, y en este caso, mi convivencia con la pareja duró menos de un semestre. La pasé mal tratando de encontrar nueva vivienda a

mitad del período lectivo, para beneplácito perverso de buena parte de la envidiosa delegación criolla en la ciudad junto al Tormes. Durante un tiempo viví arrimado en la covacha de mala muerte de Germán, un tercio del veintitrés de enero con quien jugaba fútbol los fines de semana. Este mismo Germán, ya en Caracas y convertido en magnate de la telefonía celular, me echó el cuento del divorcio sin hijos de Betzaida y el galeno euskaldún, el regreso con sus padres a la quinta de La Castellana, el diagnóstico fatal y el último viaje a Houston cuando ya estaba desahuciada.

La gota que rebosó el vaso fue la reciente llamada de España mientras veía la tele. Estaban pasando los octavos de final del Abierto de EEUU. El calvo y entrado en años Agassi se enfrentaba a Blake, otro calvo pero joven y negro. Supongo que muchos de nosotros, con ciertos años encima, tomamos el bando del más viejo por pura necesidad generacional, nos negamos a aceptar el paso del tiempo, en el deporte o en cualquier otra área, nos la damos de pavitos chévere y esperamos que el más viejo de la partida se imponga a las nuevas generaciones. Como corresponde, entonces, estaba ligando a Agassi, quien para mi decepción estaba abajo 3-6, 3-6, aunque iba ganando 4-3 en el tercer set. La alegría del tísico, pensaba yo, Blake afloja un poco en este set de consolación para el viejito, y en el próximo lo despedaza a punta de aces. En ese momento recibí la llamada anunciando el fallecimiento de María Jesús, mi novia platónica española. Llamaba Basilio, su hermano, con quien había conseguido un grado de complicidad extraordinario, no sé por qué me va tan bien con los hermanos, usualmente celan bastante a sus parientas más cercanas, ¿no? Basilio estaba hecho un océano de lágrimas, no supo aclararme si la causa fue congénita, viral o bacteriana. Tan sólo que una víscera, hígado, páncreas, bazo, colon, yo qué sé, empezó a descomponerse y todas las demás reaccionaron en cadena. «Macho, no duró ni una semana», me trasmitió entre sollozos, «y lo peor es que deja dos críos. Cyril está destrozado, lo mismo que mis padres». Le agradecí bastante a Basilio la llamada, se había tomado la molestia de registrar entre las pertenencias de su hermana hasta encontrar mis coordenadas del otro lado del mar, porque sabía que entre nosotros se había fraguado algo de lo que quedaba un rescoldo sin apagar. «Aquí todo el mundo pensaba que os ibais a casar», me dijo, y le contesté: «sí, yo alguna vez también pensé lo mismo, pero ya sabes, la vida da vueltas». Este Basilio siempre me cayó bien, pertenecía al mismo círculo de bares y cafeterías llenas de humo que frecuentaban Iñaki y Betzaida, y era uno de los españoles menos calvos que jamás hubiera conocido. Yo no sé si ustedes comparten esta opinión, pero a mí me parece que hay como demasiados españoles calvos. Quizás tiene que ver con el exceso de testosterona, o con algún ingrediente de la dieta ibérica que acelera la caída del cabello, no sé. El caso es que uno se encuentra una abundancia de cráneos pelados en la península que

hacen destacar todavía más a individuos hirsutos como este hombre, que hubiera pasado cualquier casting para interpretar a un rey castellano en una película de moros y cristianos: una melena rubia, crespa y espesa, y una barba de las mismas características adornaban su cabeza, sembrada al extremo de un cuerpo bien proporcionado y con una estatura mayor al promedio. Tenía todas las tías que le daba la gana, como decían por allá. Un día lo vi llegar al bar donde gravitábamos los sospechosos habituales con una tía impactante que tenía cierto vago parecido con él. Recé para mis adentros que fuera familia suya y, en efecto, cuando me la presentaron como Chus, la hermanita de Basilio, supe que inevitablemente me iba a enredar con ella. Lo primero que hice fue abolir aquella abreviatura, Chus, de nuestra conversación. Una hembra así, debía llamarse con el vocativo completo a la corte celestial, María Jesús, enfatizando las sílabas acentuadas, haciendo honor a las largas y enredadas guedejas como las del hermano, éstas de un tono castaño oscuro y casi hasta la cintura, a los ojos azul claro y a la nariz fuerte y bien plantada, como una pista de saltos de esquí en miniatura. De aquella noche recuerdo las tapas que devoré por su recomendación, setas rellenas de camarones y ajos, oreja de cerdo rebozada, y otras exquisiteces exóticas generadoras de sueños desapacibles.

Fue amor a primera vista, intenso y breve. María Jesús preparaba su mudanza para Barcelona, pues su tutor había aceptado un cargo en la Universitat Autònoma, y ella no tenía más remedio que seguirlo. Le quedaba una semana en Salamanca, que llenamos con conversaciones interminables y salidas para visitar ruinas poco atractivas a los turistas, o pequeños tugurios, donde continuar las pesquisas de tapas fuera de lo común y de vinos de la ribera del Duero, para esa época casi desconocidos. Me dejé llevar a los lugares más recónditos y excéntricos, donde ella, salmantina hasta la médula, parecía por un lado, conocer siempre a alguien dispuesto a brindarnos alguna comida o alguna sorpresa, y por otro lado, disfrutar el develar a un forastero como yo el conocimiento de aquellos mínimos arcanos. Descubrimos nuestros gustos comunes, o nuestra proclividad a aceptar cualquier gusto del otro como propio: Borges, los poetas andaluces, el adagio de Albinoni, los condimentos fuertes, el tempranillo y la fotografía. Conservo varias imágenes de ella tomadas con mi vieja Yashica, envuelta en un abrigo negro de su abuela frente a una iglesia derruida, o con una blusa blanca y un chaquetón abierto, desafiando las temperaturas invernales en una planicie de chopos barridos por el viento. Basilio fue nuestro cómplice, prestándonos su carro en varias ocasiones, y otras veces sirviendo de chaperón inoportuno. Me llevaron a casa de sus padres y almorcé con todos ellos, sellando con la comida algún tipo de pacto solemne cuyo significado en aquel momento se me escapaba. Bebí todo el vino y comí todos los chorizos que me pusieron por delante. Pasé la prueba de las *guindillas*, tragando sin chistar un bocado de aquellos ajés

picantes, cargados con capsaicina suficiente para mantener saludable mi próstata por el resto de mi vida. Ebrio de vino y endorfinas, me faltó poco para proponerle matrimonio allá mismo a María Jesús. Todo esto sin haber experimentado con ella grandes contactos físicos, a lo sumo unos besos furtivos en alguna calle helada y desconocida.

El día de la partida la acompañé hasta la estación de ferrocarril. La mañana estaba fría y nuestro diálogo eran dos nubecitas intermitentes frente a las bocas. Ese mismo día me tocaba la defensa de mi tesis doctoral, y me vestí algo mejor de la cuenta. Tenía los nervios de punta, y manejé un poco torpemente la situación, le conté lo de la tesis y le quité el posible encanto de que la corbata y los nervios fueran motivados por la despedida. Como de costumbre, el beso fue casto, epidérmico. En un arranque de espontaneidad moderada, de los que a veces me dan, me quité la corbata y le pedí que se la quedara como recuerdo. Era una de esas corbatas que no se han vuelto a poner de moda, como de lana tejida y no terminada en el clásico corte en V, sino en un tajo horizontal. Cuando el tren arrancó, la corbata iba ondeando al viento, agarrada en la mano de María Jesús. En el frío andén de la estación, mientras el tren se alejaba, no podía pensar en muchos tecnicismos, pero tiempo después, cuando ella me contó en una de sus cartas cómo clavó la corbata en una pared de su residencia en Barcelona junto a otros recuerdos, entendí que detrás de aquel fetiche de tela había una excelente escena, para una película o telenovela, a la espera de ser escrita.

Debería acotar que después de la llamada de Basilio no pude conciliar el sueño pensando en todos estos pormenores de mi pasado. Me fui a la sala y prendí la tele a tiempo para ver al experimentado Agassi haciendo reverencias y tirando besos en todas direcciones. Increíblemente ganó el partido. ¡Vaya que los viejitos ganamos una! Me quedé un rato dándole al control remoto hasta que me invadió un agradable sopor y me volví al cuarto proponiéndome, entre las brumas de mi sueño, registrar el maletero en busca de algún memento de mi más recientemente fallecida ex novia.

La búsqueda produjo una bolsa plástica de una tienda mayamera de nombre imposible, Gay-Mar, cuya dirección y teléfono adjunto por si quieren chequear mis fuentes: 50 S.E. 3rd avenue, Miami, Florida (305) 371-0765. Enterrada en los estratos más olvidados del maletero y seguramente producto de la mudanza de alguna gaveta poco frecuentada, esta bolsa se me reveló como una cápsula temporal de mí mismo décadas atrás. Dentro de ella encontré varias cartas de amigos y de otras novias del pasado que, hasta donde puedo saber, están vivas, o no me importan un carrizo; invitaciones a bodas a las que nunca fui; un comprobante de votación del Consejo Supremo Electoral; una entrada

general de Bs. 30 para escuchar en el Poliedro a Joan Manuel Serrat y Mercedes Sosa; unas cartas de recomendación; el programa de un congreso norteamericano donde presenté un artículo; un juego incompleto de cuerdas de guitarra (Si, Sol, La, Mi) La Bella; varias partituras con los acordes para guitarra de Paul Simon y los Beatles, algunas de ellas escritas en un cuaderno Alpes de tapa azul y precio de un bolívar; un lote de estampillas con el rostro del rey Juan Carlos; un certificado internacional de vacunación contra la fiebre amarilla; y finalmente, dentro de un sobre frágil y amarillento, ribeteado de rayas azules y rojas, un hoja con rayado sencillo tamaño carta, una letra menuda y delicada, con muchos trazos de emes y enes como diminutas sierras, extendiéndose liberalmente por el papel. Gran margen a la izquierda, pequeño a la derecha, sin rayas verticales de guía, todo ello indicativo de una persona equilibrada, sin duda. Lo que sigue, con edición mínima, es el texto íntegro de esa carta. No me den el crédito de inventar escritura femenina:

Recibí tu carta hace unos días, pero es una mala época para contestar cartas porque los apuntes que cubren mi mesa, son como la maleza de la selva y no me dejan ver un huequito para escribirte.

Pero para todo llega el momento y aquí estoy, a altas horas de la mañana, olvidándome del examen del lunes y de un montón de cosas más.

Gracias por tus cuentos, no pierdas esta sana costumbre y sigue mandándomelos, que ¿quién sabe? Quizás algún día consigo tener la colección de cuentos de un Premio Nobel, ¿no?

En cuando a tu viaje me parece magnífico, ¡cómo me gustaría tener dinero para un viajecito de estos! El verano pasado estuve en Paris con un amigo mío, en plan pobre, pero fue realmente encantador. Paris es una ciudad de la que la ilusión y la sorpresa surgen a cada minuto. Un pintor, un violín, el Sena, Paris...

*Pero por ahora tendré que conformarme con Barcelona, Barcelona en junio y julio, porque no se si te dije que había comenzado a hacer una tesina en el Departamento de Genética de la Facultad, y como durante el curso apenas he tenido tiempo de trabajar en ella, me quedo el mes de julio para ver si puedo comenzar a encauzarla. Voy a trabajar con un hongo microscópico, *Phyarmyus*, es un precioso hongo anaranjado con el que «dicen» que se pueden hacer muchas cosas; esperemos que sea así, porque ilusión no me falta.*

Así que para localizarme en julio, la única dirección que puedo darte es la que ya tienes, y en todo caso el teléfono del Departamento, aunque no se que horario voy a hacer. El teléfono es XXX-XXXXXX (mejor a partir de las 8h. de la tarde). En agosto estaré, al menos unos días en Salamanca, ya tienes la dirección de allí, y el teléfono es XXX-XXXXX, por si allí te dicen cómo localizarme.

Espero verte al menos unos días y charlar largo y tendido, ahora te dejo ya porque los exámenes me esperan, espero recibir pronto noticias tuyas. Hasta pronto. Un beso. Chus.

Para ubicar esta carta en un contexto apropiado, debo señalar que desde su partida de Salamanca, iniciamos un intercambio epistolar que, a su manera, continuaba nuestras largas conversaciones repletas de esgrima intelectual. Incidentalmente, mi tesis doctoral fue aprobada y, contrariando el consejo de varios familiares y amigos, regresé a la Central para retribuirle al país algo de lo que había invertido en mí a lo largo de unos cuantos lustros. Las misivas barcelonesas, desafiando la ineficiencia del correo local, siguieron llegando a mi casillero. Recuerdo que en una ocasión ella me mandó una flor, recolectada en una salida de campo de algún curso de Botánica, pegada a la carta. Le respondí, plagiándome a Giovanni Papini, que había un significado obvio en enviarme de regalo los órganos sexuales de un vegetal. Ella retrucó descargándose por proyectar en una pobre plantita toda mi problemática existencial. Lamentablemente no conservo nada de estos intercambios, el testimonio que aquí copio es la última carta que entrecruzamos, y de ese texto se pueden inferir sin mucho esfuerzo varias circunstancias y conclusiones. Se menciona ahí un viaje que estaba planeando, específicamente a Salamanca, para asistir a un congreso de Literatura Latinoamericana, irresistible para mí, a la sazón empeñado en aumentar mi currículum en investigación. Todavía pensaba que la carrera académica era mi destino, con todo y los raquíticos salarios universitarios. Mi propuesta a María Jesús contemplaba reunirnos en su ciudad natal, y después embarcarnos en un viaje en tren por toda Andalucía, para ver los olivares de García Lorca, las cebollas de Hernández y la mar de Alberti. Para mi decepción, no sólo mi propuesta sonaba menos atractiva que un champiñón anaranjado, sino que además se mencionaba a un *amigo* con el cual ella ya había hecho un viaje ¡a París!

El cabo de la historia que falta atar es breve: permanecí en Salamanca los suficientes días después del congreso para poder almorzar con Basilio y con sus padres, para visitar todas las ruinas y figones de antaño, y para que llegara Agosto, y con él la presencia en la ciudad de María Jesús y su *amigo* Cyril, con el

cual se casaría uno año después. Nos vimos, claro que nos vimos, porque tenía que apurar ese trago amargo hasta las heces. Muy civilizadamente compartimos unas buenas tapas y unos cuantos vinos. La puntilla la metió, sin querer, Basilio. En una confidencia que pretendía llenar un silencio embarazoso, en alguno de aquellos encuentros con el francés, me dijo con una media sonrisa: «La verdad es que los amigos de mi hermana sois todos muy majos».

El epílogo de lo que pretendía contarles tampoco es muy largo: nunca regresé a Salamanca y poco a poco empecé a desvincularme de la universidad y a meterme en el mundo de la farándula, gracias a un compañero de los talleres literarios que frecuentaba durante el pregrado. También él se dejó de poesía y altruismos académicos, y se puso a producir guiones para la televisión. Sobreviví en ese medio, más aún, hice fortuna, e incluso encontré una gata de noche en mi telenovela favorita con la que me casé, aunque eso, como ya dije antes, no duró para siempre. No podría decir que me arrepiento de los rumbos que tomé y las cosas que hice, porque capaz de que si pudiera volver al pasado y tomar otras decisiones, me hubiera ido peor. Me encantaría rematar estas líneas, a la manera de uno de mis héroes favoritos, con una reflexión final antológica: «si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo». Sin embargo, mentiría si me apropiara de esa frase, pues si bien me aquejan las carencias citadas, no es exacto que nací sin nada, y tampoco es cierto que hoy en día lo tenga todo, de eso no le debe quedar ninguna duda a quien haya seguido leyendo hasta aquí. Mi propósito inicial, de dotar de cierto orden y sentido al hecho de que varias novias de mi pasado ya han muerto, creo que lo he alcanzado a medias. Orden lo hay, al menos un hilván subjetivo de eventos correlacionados en el tiempo. Que haya sentido es debatible, a menudo todo está conectado, pero nada parece obedecer a un designio global lógico. Claro, ustedes que desde afuera me leen no tienen por qué compartir ese criterio. Incluso, llegando a este final, es posible que mis garrapateos les parezcan desechables, no digo yo en un nivel cósmico, sino en la escala de la cotidianidad más pedestre. Quizás opten por la interpretación obvia: me estoy volviendo irreversiblemente viejo. Razón para que las novias pretéritas de uno se mueran, ¿correcto? A mí eso no me parece suficiente. Miren, yo sé leer las curvas actuariales, esa especie de zetas con un techo inicial alargado, y me consta cómo durante las primeras cuatro, casi cinco, décadas de una generación, más del noventa por ciento de tal generación estará todavía viva al cabo de esos cuarenta y cinco, cincuenta años de existencia unos al lado de los otros. De manera que mis tres amores muertos, si se quiere, son accidentes raros, ocurrencias de un exiguo azar sobre el cual no disertaré, pero que me tocó sufrir en carne propia. Sé que las cosas se ven bien distintas cuando los miembros de esa generación

hipotética a la que pertenezco se adentran en la sexta, y luego en la séptima década, y empiezan a ver cómo a su alrededor tan sólo va quedando un veinte y luego un diez por ciento de sus contemporáneos, y así siguiendo, en un descenso progresivamente más acelerado. Como posible conclusión: planeo ser uno de esos individuos, cada vez más escasos, que van deslizándose lo más lentamente posible por la ominosa pendiente de la curva actuarial, con la esperanza de llegar al menos a rozar el otro segmento casi horizontal, abajo, de la letra del zorro. Mientras el momento llega, espero que me acompañen en ese viaje un buen número de lectores, con cierto moderado optimismo, incluso con entusiasmo. A lo largo del camino, me comprometo a seguir soñando con novias vivas y, sin descartar el uso de algún ansiolítico o de algún barbitúrico, a seguir escribiendo fantasías sobre mis ex novias muertas.

Del libro: **Invertebrados y otros relatos (Monte Ávila, 2008)**

Ovejón, de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl

16/ 10/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Y en las bocacalles, sobre el camino real, se aglomeraban grupos de curiosos, que, alarmados, Repetían:

—¡Ovejón! ¡Ovejón!...

Sin embargo, en la carretera no se distinguía nada, sino el sol aragüeño dorando la polvareda.

Nadie había visto, pero la gente armada que en su seguimiento venía desde Zuata, atropellando el sendero, así lo aseguraba. Ellos dieron la voz de alarma. Tal huésped no era para dormir con las puertas de par en par, según la vieja costumbre de los vecinos, quién sabe si obligados por el cultivo que constituía una de las fuentes de su prosperidad: el ajo, el ajo, que por cuentas de ristra, como blancas y nudosas crinejas colgaban en todas las ahumadas vigas de las cocinas, en las madrinas de los corredores, en las salas y aún en la misma sacristía de la vieja iglesia, por los grandes días de la cosecha, en aquel risueño poblado, el más alto orgullo de la feroz comarca.

Ovejón, como de costumbre, había desaparecido a la vista de sus perseguidores, en el momento trágico, cuando bien apuntado lo tenían y con sólo tirar del gatillo de las carabinas, hubiese rodado hecho un manare al ancho pecho. Pero el bandido extendió ante ellos como una niebla cegadora y escapó. Ovejón. Ovejón sabía muchas oraciones.

Los grupos de curiosos desperdigábanse, volvían a sus casas comentando lo ocurrido: aquello era lo de siempre, carreras y sustos, y Ovejón haciendo de las suyas. Aquellas horas, cuán lejos estaría de los alrededores...

...

Con una suave tonalidad de violetas, en el vasto cielo iniciábase el crepúsculo, un crepúsculo de seda. En las colinas desnudas de altos montes tendíase un verde como nuevo y lozano, un verde de primavera, y en las crestas montañosas, un oscuro verde intenso, como el perenne de los matapalos laureles. Casi blanca, cual una flor de urape, la estrella de los luengos atardeceres, en el Poniente, en apariencia fija y silenciosa, prestaba al ambiente una dulcedumbre pastoril. Todo en la campiña era grave y apacible; sobre la alta flecha de la iglesia se espolvoreaba una rubia mancha de luz. En el paso del río, en medio de

los cañamargales, el agua se deslizaba, clara, limpia, con un grato rumoreo, y en medio de las cañas y malezas brillaban destellos de sol azulosos y anaranjados.

Un mendigo, sucio y roto, abofallado el rostro, los labios gruesos y la piel cetrina, llena de nudos y pústulas, penosamente arrastraba un pie descomunal, hinchado, deforme, donde los dedos erectos semejaban pequeños cuernos bajo una piel agrietada y escamosa. Un destello de sol violáceo y fulgente envolvía al mendigo, quien hacía por esguazar el río saltando sobre las chatas piedras verdosas y lucientes por la babosidad del limo. A lo lejos un manchón de boras, cual una diminuta isla anclada en medio de la corriente, se mecía, y el nenúfar de los ríos criollos comenzaba a entreabrir sus anchos cálices sobre las aguas tibias. De cuando en cuando, desde una caña cimbreante, el martín—pescador se dejaba caer como una flor de oro al agua y alzaba de nuevo revoloteando, entre sus gritos secos.

El mendigo se apoyaba en una vara alta y su burda alforja limosnera le colgaba a un lado, escuálida, sin que en ella siquiera se dibujara el disco abultado y duro de una arepa aragüeña, dorada al rescoldo.

...

Avanzaba el mendigo y la luz fuerte y violácea hería sus ojos opacos, en tanto que tanteaba con la vara la firmeza de los pedruscos y alargaba con precaución su pie deforme. La babasa era traidora y la luz cegaba, y el mendigo cayó de bruces contra las piedras y la estacada, que cual una triple hilera de dientes enjuncados, resguardaba de los embates de las crecientes a aquellas pródigas tierras de labrantío, famosas ya, antes que el sabio germano las apellidara jardín.

A los ayes lastimeros del mendigo surgió un hombre apartando la maleza. Era de mediana estatura y sus ojos fulguraban. Su mirar era inquieto, pero en las líneas duras de su boca vagaba en veces una sonrisa bonachona y mansa.

El hombre se lanzó al río, como si el mendigo fuese un niño, lo tomó por debajo de los brazos y lo sacó con gran suavidad al talud. El mendigo era todo ayes y lamentos. Su carne podrida, magullada, no había cómo tocarla. El tobillo deforme sangraba. Un ñaragato con sus curvas y recias espinas rasgara profundamente aquellas carnes fofas. Gruesas lágrimas abotonábanse al borde de sus párpados hinchados.

El hombre levantó los ojos y miró alrededor. Su mirada fue larga y honda, como una requisitoria que llegara al fondo de los boscajes y las malezas. Y todo era calma y penumbra en la solemnidad del atardecer. Sólo el martín—pescador,

desde la caña cimbreante se dejaba caer como una flor de oro al agua y alzaba revoloteando, entre sus secos gritos.

El hombre se aproximó al mendigo, examinó la herida y con el agua del río comenzó a lavarla, como lo hiciera una madre a su tierno infante. La sangre no se detenía, no era violenta, pero sí continua. El hombre se alejó. Inclinado sobre la tierra buscaba entre los yerbajos. Se incorporó. Entre sus dedos fuertes tenía hecha una masa con unos tallos verdes. La aplicó a la herida y como el mendigo no tuviese un trapo propio para su vendaje desabrochó la amplia camisa de arriero, que le cubría del cuello a la pantorrilla, y sacó un pañuelo de seda, uno de esos vistosos pañuelos de pura seda, con que la gente que venía de Las Canarias gustaba regalarnos en su comercio de contrabando.

El mendigo veía hacer al hombre sin decir palabra y éste sólo atendía a la herida.

Cuando la sangre se menguó, el hombre aplicó el vendaje. Ni la más ligera sombra purpurada teñía la albura de la seda. Una sonrisa de satisfacción apuntó a los labios del hombre. El mendigo murmuraba:

—¡Gracias!... Estoy curado.

El hombre:

—No tengas miedo. El cosepellejos cerrará tu herida.

...

El mendigo hacía por levantarse. El hombre le tendió la mano cordialmente y le puso en pie. Sus ropas estaban empapadas, adheridas al cuerpo. El hombre se deshizo de su camisola de arriero y se la obsequió.

El mendigo le miraba admirado; bajo la burda camisa, el hombre llevaba encima un terno fino de blanco hilo. Y mientras éste le ayudaba a cubrir con la camisola, le examinaba atento. Un detalle se fijó en su mente: los ojos eran brillantes, muy brillantes, y el pelo, crespo y melcochado.

El hombre, al ponerle en sus manos la vara en que se apoyaba, recogió del suelo la alforja limosnera y viendo que ésta se hallaba vacía, desabrochó la ancha faja, de la que pendían un puñal y un revólver de grueso calibre y de ella extrajo, una tras otra, muchas bambas y, como en ellas viniera un venezolano de oro, lo miró un instante y echó todo en la alforja y dijo:

—Para ti debe ser, porque por su boca salió.

El mendigo quiso besarle las manos. Era aquello un tesoro con que no había soñado nunca. Dábale las gracias y le bendecía. Caminaba tras él con la boca rebosando gratitud. El hombre se volvió y dijo:

—Hoy por ti, mañana por mí.

El sol ya no ofuscaba los ojos del mendigo. El poblado no estaba distante. Aún brillaba una dulce claridad en aquel largo atardecer de otoño y echó a andar alegremente, sin cuidarse de su pie deforme. Venus ya no era una nítida flor de urape, sino un venezolano de oro en la gloria del crepúsculo.

Aún el farolero no se había entregado a su habitual tarea. Su escalera hallábase arrimada a la pared bajo el farol por el cual comenzaba siempre. Adentro, en la pulpería, en un vaciar de tragos, comentaba junto con otros la última hazaña de Ovejón. En Zuata robara a un hacendado y matara un hombre a puñaladas.

A la puerta de la pulpería asomó la faz abofallada, llena de nudos y pústulas, el mendigo. Ante su pie deforme, todos callaron, esperando oír su voz plañidera implorando la caridad, en tanto que su escuálida mano alargara el sombrero, sucio y deshilachado, para recoger la dádiva. Pero el mendigo se llegó hasta el mostrador y pidió un trago. Bajo la lengua camisola sentía la humedad de sus ropas y tenía hambre y frío. Bebió la caña vieja y paciente se dio a masticar el pan duro de la mendicidad.

Los otros, sin verle, prosiguieron su charla. Dijo el farolero:

—De que tiene oraciones, las tiene.

Un negro embarrador de caña en una hacienda vecina, pringoso y oliente a melaza, afirmó: —Lo que tiene es un escapulario ensalmado. Mientras lo lleve encima, nunca le pegará una bala.

El pulpero, descreído:

—Lo que tiene son alcahuetes; ¡a que si le espanto un tiro con mi morocha se le acaba la gracia!

Un mocetón aindiado:

—Yo quisiera conocer a Ovejón por ganarme los quinientos pesos. Quinientos pesos dan a quien lo coja vivo o muerto.

El negro pringoso:

—Es muy fácil. Es un catire, de buen tamaño, con los ojos como dos monedas y el pelo como una melcocha bien batida. Anda, ve a buscarlo al monte. Cuando lo traigas me brindarás el trago.

El farolero:

—Este trago ya me lo estoy bebiendo. No hay mejor aguardiente como el de los velorios.

El mendigo hacía por ablandar entre su boca el ribete de una torta de cazabe e interiormente pensaba: “El hombre del río, el hombre del río es Ovejón. Quinientos pesos a quien le entregue vivo o muerto. El brujo Ovejón, quien tiene el alma vendida. Si le entregara no perdería más. No me arrastraría por los caminos. Me curaría mi pierna. ¡Quinientos pesos!... Con dinero los médicos me sanarían.” El mendigo metió la mano en su alforja en busca de otro pedazo de cazabe y sus dedos tropezaron con las monedas. Allí estaba el venezolano de oro. Tornó a pensar: “Ovejón debe tener muchos como éste. No tiene grima en dar. Es un buen corazón, y ¿por qué robará? Es caritativo. Estos, los que aquí están, me tienen asco, no me hubieran lavado el pie. ¿Por qué inspiré lástima a ése, quien mata y roba en los caminos?” Y recordó sus ojos y sus cabellos melcochados. Su boca dura y su mansa sonrisa.

En la calle sintió el paso largo y acompasado de una cabalgadura. El mendigo se volvió para ver.

En un caballo moro iba un hombre de altas botas jacobinas, con una cobija de pellón en el pico de la silla. Al pasar frente a la pulpería marchaba a todo andar. El hombre del caballo volvió la faz y los ojos del mendigo se encontraron con los del jinete. La boca de aquél se abrió, alargada, pero se cerró en seguida.

El pulpero sacó la cabeza para ver. El del caballo iba lejos; el pulpero observó:

—Buena bestia.

El mendigo, interiormente: “Es él, Ovejón; le vi los ojos, lucían como dos monedas, como dos puñales.” El farolero:

—Voy a encender el farol.

Un negro pringoso, mechificando al indio:

—¿Por qué no te has ido en busca de Ovejón? Cuidado si esta noche lo tropiezas metido en tu chinchorro. Anda por el pueblo. Esta noche es de patrulla. Cuidado con Ovejón.

El mendigo, para sí: “Era él, era él. Va huyendo. Mató a uno. Robó a otro. ¿A quién mataría? ¿A quién robaría?”

Por el camino se acercaban cuatro hombres corriendo. Venían armados. Entraron en la pulpería de sopetón.

—¿No le han visto pasar?

El pulpero:

—¿A quién? ¿A quién?

—¡A Ovejón! ¡A Ovejón!...

Todos se vuelven asombrados:

—¡A Ovejón! ¡A Ovejón!

Los hombres:

—Se ha robado la yegua mora. ¡La montura y las botas del general!...

Los hombres:

—¿No le han visto pasar?

El Pulpero:

—Uno pasó.

Los hombres:

—¿En la Yegua mora?

El Pulpero, volviéndose al mendigo:

—Mira tú, que te pusiste a mirar. ¿Era una yegua mora?

El mendigo:

—No la vi.

El pulpero:

—Suelten la potranca. Ella buscará el rumbo de la madre.

El indio:

—Suelten la potranca y los quinientos pesos serán nuestros.

...

El mendigo se escurrió como una sombra. A lo largo de la calle se alejaba renqueando. El farolero encendía los mecheros. La gente, armada, soltaba la potranca y corría tras ella. El mendigo había dejado atrás la última casa del poblado y se perdía en la carretera. Se detuvo en un recodo. Era aquél un paso estrecho y peligroso. Se agazapó contra el talud.

Pronto sintió el correr menudo de la potranca. Era una potranca nuevecita. A lo lejos se oía el voceo de los hombres, quienes venían reclutando voluntarios. El trote se hizo más cercano. La potranca estaba allí, en el recodo. El mendigo alzó su palo con ambas manos y lo descargó con fuerza sobre la cabeza del animal. La potranca se detuvo, aturdida. Otro golpe la hizo precipitar al barranco.

El mendigo ganó los sombríos cafetales e interiormente murmuraba: “Hoy por ti, mañana por mí.”

Y Venus, en el ocaso, resplandecía como un venezolano de oro.

Del libro: **Relatos Venezolanos del Siglo XX (Biblioteca Ayacucho, 1989)**

Autorretrato, de Gabriel Jiménez Emán

10/ 04/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Con el pincel me dibujé un ojo en la frente; busqué colores y encontré tres esferas transparentes; logré dar con mi paleta de artista pero sólo para morderla y encontrar que era suave como un pedazo de gelatina. Traté de encontrarme el pelo para sostenerme bien la cabeza, para mantenerla firme mientras buscaba con mi otra mano un lugar donde colocarla, y poder así verla con suficiente precisión. Ni aquel espejo, ni aquella foto, ni siquiera el boceto de mi propio cuerpo me permitieron observarme. Ni toda mi obra. Ni la exposición donde había vendido todos los cuadros y el alma.

Nada. Nada me ayudaba a encontrar el lugar de mi cara donde dibujar el siguiente ojo, pues el primero dejaba salir de la frente un destello azulado que caía sobre las cosas haciéndoles perder el contorno, lo cual por demás me alegraba, pues ello me ayudaba a no verlas.

La tela se rasgó con el primer ademán que hice frente a ella, y fui a dar a una pared. Supuestamente la pared suplantaba la tela, pero poseía algo entre la ausencia de color y el blanco que no era ni lo uno ni lo otro. Con mis dos ojos naturales jamás había observado este fenómeno; con el ojo en la frente descubrí que podía atravesarla, pero no me decidía hasta no hacerme algunas preguntas acerca de ambas transformaciones: la de la pared y la mía: cabía la posibilidad de que ella me atravesara a mí y no yo a ella, y si esto sucedía yo quedaba atrapado sin poder realizar el retrato. La miré bien y vi que me reflejaba en ella (no a la manera de un espejo, sino a la superficie que conducía mis reflejos más lejanos y pequeños), y al final sólo veía al ojo en lo más profundo de la pared.

¿Y entonces con qué lo veía? Con mis dos ojos naturales, por supuesto (no quería de ningún modo parecer un cíclope o algún ser mitológico). Al cerciorarme de esto, el ojo dibujado desapareció, y no tuve que atravesar la pared, ni ella a mí. Y aunque al rato también me faltaban los dos ojos naturales, tampoco eso debía preocuparme, pues no tenía manos con qué tocármelos para comprobar si no existían o si sólo me había quedado ciego. Pero esto era lo de menos. Ya había realizado mi autorretrato.

Del libro: **Cuentos y microrrelatos (Monte Ávila, 2008)**

El verdugo lúcido, de Gabriel Jiménez Emán

20/ 10/ 2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

A Ricardo Domínguez

Vive solo en una cabaña junto al río. Duerme hasta tarde en la mañana, pues apenas si logra conciliar el sueño por la noche. Se levanta, no se mira nunca a un espejo, se despereza y va al río donde se da un buen chapuzón; se distrae en el bosque, observa los pájaros, los panales de avispas en los troncos de los árboles, las lagartijas que reptan junto a las piedras. Regresa y pone un sartén en la leña con huevos y tocino, que saborea lentamente. Después va a la casucha de su amigo el arriero a tomar un poco de café; se entera por éste de los recientes pormenores del pueblo, los escucha sin hacer ninguna pregunta ni emitir opinión. Después regresa por un camino solitario hasta su cabaña, acaricia al perro y juega con los bigotes del gato, mientras su mirada se pierde en la corriente del río.

Se dirige al ropero, toma la capucha, las botas y el grueso cinturón de cuero, y los introduce en una maleta. El hacha la afila en un amolador rústico, la guarda en un estuche, bien limpia y desinfectada con un chorro de aguardiente.

Antes de dirigirse a su trabajo en el patíbulo, va a visitar a una hermana mayor, que le sirve un buen tazón de café retinto, y a ella le comenta el acontecimiento acerca de un mínimo cambio en el estado del tiempo. Hay un incidente que le preocupa y a veces le perturba, pero no comenta nada. Termina su café, y en ese instante es asaltado por un rapto de lucidez: se da perfecta cuenta de todo cuanto ocurre en el pueblo, y dentro de si mismo. Revisa en su mente el dictamen del juez acerca del hombre que va a ser decapitado. Recuerda entonces a su madre, su mujer y su hijo muertos. Constata que existe una lamentable equivocación en el fallo que acaba de hacer la suprema corte. Se cerciora de que el dictamen de los jueces ha estado errado en otras ocasiones: la lucidez se mete en su cuerpo y recorre todos los intersticios de su cabeza; su mente se puebla de ideas que explotan en el interior de su cerebro como pequeñas bombas de agua, salpicando gotas en todas direcciones.

Va al cuarto de su hermana. Se quita la ropa y saca de la maleta las botas, el pantalón negro, la correa y la capucha, y se las coloca. Bebe un largo trago de aguardiente. Saca el hacha del estuche y se dirige al patíbulo. Su figura, recortada en la vastedad del campo contra el cielo índigo, cobra una fuerza poderosa.

Apura el paso y cruza el tumulto de gente que va a asistir al máximo evento. Entra a la parte inferior de la tarima del patíbulo a revisar los últimos detalles de la decapitación. Sube a la tarima y espera la orden del alcalde. El acusado está por llegar; lo están trayendo en este momento desde la prisión. El verdugo espera con paciencia; su pulso está perfecto.

Hay una hora de retardo, y el acusado no llega. La gente está alterada, exige a gritos que traigan al acusado. Los ánimos se van caldeando hasta que todo aquello se vuelve una turba histérica.

Entonces el verdugo lúcido sube a la tarima, levanta el hacha y la deja caer sobre el cuerpo del hombre que nunca llega. Se quita la capucha para que todos presencien la placentera sonrisa que se dibuja en su rostro.

Del libro: **Consuelo para moribundos y otros microrrelatos (Ediciones Rótulo, 2012)**

El pasajero Picasso, de Fernando Núñez Noda

14/ 11/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Una mañana luminosa de domingo y una consideración sobre la altura del césped son calmos placeres que Albert Banchank conoce y practica. Su casa es amplia, con dos pisos y ático.

La parte trasera tiene un largo jardín, tan grande que toma varios minutos alcanzar una cerca de madera al fondo. En el extremo oeste la piscina es perturbada por la brisa. Albert se sienta en el porche y mira la TV, o come alguna de las variadas cosas que su esposa Audrey coloca. Ayer llegó de Houston, hizo excelentes negocios.

A los cincuenta años su vida es bastante satisfactoria: un poco más arriba de la clase media y muy orgulloso de ello, por cierto, porque prueba que el trabajo duro, bien hecho, produce sus frutos.

Ejerce el libre comercio desde 1978. Su esposa es contadora y él es ingeniero químico, profesión que jamás ha ejercido. Vive con ellos su hija menor, de quince años.

Lauren, la segunda, está en la Universidad de Michigan. El mayor, de veintiocho años y graduado, ya se encarga parcialmente de la compañía (almacenes de mayoreo de herramientas) y su probable matrimonio con una chica de prestigiosa familia sureña, sería tópico de orgullo generacional para los Banchank.

Pero ese día la cavilación es corta. Audrey trae el teléfono, tapando con los dedos la bocina.

- Es Bill, tu viejo compañero de la compañía de taxis.

Albert toma el aparato.

- ¡Bill, qué sorpresa!

- Hola Albert, debo hablarte.

- Dime.

- Hace unos minutos salieron para tu casa dos agentes del FBI. Querían saber quién había manejado el taxi # 25, el 10 de febrero de 1973. De eso hacen veintidós años, tú sabes, por eso tuvimos que cavar en los archivos y entonces averiguamos que fuiste tú el chofer aquel día.

- ¿Y qué hay con eso?

- Parece ser tremendamente importante un pasajero que llevaste ese día. ¿Puedes recordar?

- ¿Recordar, Bill? Claro, la famosa tormenta, tuvimos nieve en New Orleans. Recuerdo esos días, pero hace tantos años...

- ¿Recuerdas algo en particular? ¿Un tal Herbert Avidson no hace sonar una campanilla?

- ¿Avidson? No, bueno, no sé, para esa fecha... yo estaba en Loyola y era sustituto ¿o ya era titular?

- Sustituto aún, creo.

- Bueno, llámame luego, para saber.

- Sí, – dijo separando las persianas con los dedos- deben ser esos.

En efecto, llegan los policías. Podría ser una pareja de detectives de cine, excepto que ambos son blancos. Toman café en la amplia cocina de los Banchank.

- ¿Estoy en problemas?, preguntó a secas Albert.

- No se preocupe Sr. Banchank, usted no ha hecho nada. Nos interesa un pasajero que tuvo hace veintidós años, cuando era taxista. Su nombre es Herbert Avidson.

- ¿Le dice algo ese nombre? -dice el otro, acercándose insidioso.

- No, en absoluto me dice nada ese nombre...

- Acompañenos, por favor.

Camino a la oficina del FBI, un insólito domingo en la mañana, Albert ya cree saber a quién se refieren los agentes, el pasajero que tuvo en aquel atípico invierno sureño.

El resto es silencio hasta que llegan. El edificio está vacío, excepto por una oficina de improvisado ajetreo. Surgen de repente asistentes y otros detectives. Están aquí por Albert, o por lo que Albert pueda recordar.

Los recibe un superior, de aspecto altivo pero de trato respetuoso. Ésta, obviamente, no es su oficina, dado que todo lo amontonó en una mesa lateral. El resto intacto.

- Sr. Banchank, tome asiento, lamentamos quitarle tiempo pero el gobierno está muy interesado en su colaboración.

- Cualquier cosa que pueda hacer...

- ¿No recuerda usted a este hombre?

Saca una fotografía tamaño carta, la ampliación de una foto-carnet, que muestra a un hombre como de 35 años, de rostro alargado, pelo muy liso con carrera del lado derecho, labios delgados, pómulos suaves y cejas tenues. Sólo se apreciaba un nudo de corbata grueso y un cuello de camisa blanco.

- ¿Es éste el tal Avidson?

- Sí. Él dice que estuvo en su auto el 10 de febrero de 1973, entre las 12:05 y las 4:00 am, según su diario. Queremos verificar, en principio, si esto es cierto.

- Me acuerdo, no soy mal fisonomista. Este hombre se parece... al de la (EN VOZ MUY BAJA): intldog astfh emation...

- ¡¿Cómo!?- preguntaron varios a la vez.

- ...el de la intoxicación estomacal, incluso vómitos...

- Sí, en efecto -dice el jefe- ése resulta el rasgo distintivo de la historia.

- Fue muy extraño, dimos muchas vueltas -murmuró Albert.

- ¿Cómo pudo recordar el episodio tan rápido?

- Imposible olvidarlo, nevó en New Orleans y el episodio con este Avidson (me entero de su nombre) fue tan cómico y tan trágico.

- ¿Cómico? ¿Podría contárnoslo?

- Bueno, puedo tratar. Aunque (parece despertar de un sueño)... ¿ustedes no saben qué pasó? ¿El hombre no les contó?

- Es muy importante escuchar su versión antes de contrastarla con la de él, Sr. Banchank.

- O sea que no se murió... ¡Ja! ¿Y qué pudo hacer ese pobre hombre esa noche? Estaba... acabado.

- Cuéntenos...

- Fue un... a ver...

- ...sábado en la madrugada -se apuró a decir Jackie, un asistente con buena perspectiva de jefe de zona.

- Recuerdo un frío insoportable, menos de 20 [Fahrenheit, alrededor de -6 grados centígrados]. Iba yo por la avenida Carrolton, la empresa de taxis se llama "Carrolton", que raro ¿no? Conocía a Bill, entonces pequeño accionista, quien me cedía taxis. Como era novato, debía atenerme a las horas más incómodas, casi siempre nocturnas.

Se recuesta de la silla, disfrutando el recuerdo:

- Esa noche creo que escuchaba una emisora de radio, mezclada con mi CB, que esputaba sin cesar órdenes y diálogos entre Bill y las decenas de taxistas que cruzábamos la ciudad. Franjas de hielo bordeaban las aceras y las mansiones exhibían decoraciones navideñas.

"Siempre lo mismo, usted sabe: los burdeles de la calle Decatur; la zona del Hyatt o el Lakefront. Algún "preppie" cerca de Tulane. El caso es que iba por ese túnel de árboles cuando me informaron que alguien solicitaba un taxi en Audubon Place, uno de los lugares más exclusivos de la ciudad.

" 'Propina' era la palabra mágica en esas llamadas. Al torcer el codo de sur a este, entré en la calle Saint Charles... seguí hasta cruzar hacia Audobon Place, cerca del parque del mismo nombre. El guardia me dejó pasar... anotó la placa.

"Audubon Place es lugar de gente rica. Me dirigí a la dirección y contemplé una enorme mansión de piedra que me gustaba ver desde las afueras de la urbanización. El hombre estaba allí, estático. Creo que fumaba. Se montó, con un paquete o algo similar.

"Me dio una dirección ¿un hotel de mala muerte o un bar? creo que fue un hotel. ¡Ah sí! De allí sacó sus cosas. El contraste me perturbó, pero decidí no hacerle caso. Me dijo que había comido algo que le cayó muy mal y pronto lo

empecé a ver decaído. Pobre hombre. Recuerdo su grito para que me detuviera. Abrió la puerta y vomitó.

- ¿Poco o mucho?

- Levemente, tosiendo repetidas veces... Acostumbrado a estos menesteres, le di agua de una cantimplora que llevaba en la guantera. La tomó con desesperación, temblando.

-le dije. Lo voy a llevar a un hospital...

Ríe profusamente:

- Siempre me he acordado de él, pero no sabía cómo se llamaba y que lo estaban buscando o algo por el estilo...

- ¿Usted ofreció llevarlo a un hospital?

- “No, no lo haga”, me dijo, “ya estoy bien, sólo necesitaba vomitar, ya estoy mejor...”

“Y me dio otra dirección. Me pidió que me bajara con él... era un callejón oscuro. Me compadecí y lo acompañé. Caminaba en ligero zigzag, como bajo una embriaguez controlada. Lo esperé frente a un caserón y, por un rato, pensé que se había escabullido. Al voltear estaba allí, casi desmayado en la acera, vomitando la bilis.

“Esta escena, tan prosaica, no ocurrió una sino varias veces. El hombre, sobrecogido por la vergüenza, quería adentrarse en los lugares más oscuros y solitarios para descargar su estómago. Claro que me pareció un poco loco, pero me dio lástima y lo acompañaba.”

- ¿Recuerda alguna situación específica?

- El Parque Audubon, a ver, sí, el bosque, tan tupido, esos montoncitos de nieve que quedan en los lugares donde una nevada es una fiesta. Era una noche clara, pero allí se veía más por las luces laterales y artificiales de los postes. El individuo salió disparado. Hablaba, más para sí, expulsando gruesos vahos de vapor; se pedía perdón, parecía no poder resistir esa situación de ridículo. Patinaba con el hielo disperso. Y le daba mucha pena conmigo, estaba terriblemente avergonzado. En ese lugar lloró, pero no entendí sus palabras. Devolvió y lo dejé solo. Le di la espalda.

“Sentí, no sé, que ese hombre estaba viviendo un tormento indescriptible, un amor roto, la muerte de alguien, lo sentí solo y desvalido, muy en el filo, usted sabe, habría tenido que tomar tanto...

“Se hizo un repentino silencio. Volteé y no estaba. El chasquido de las hojas lo revelaron, daba vueltas, concentrándose para recuperarse, caminando con paso marcial, recordándose una y otra vez que estaba bien y que el malestar era una especie de ilusión. Había mucho de una religión extraña en ese individuo.

“Yo cerré los ojos y me recosté del tallo de un árbol, estrujándome el entrecejo: ‘¿Por qué a mí? ¿Qué hago aquí congelándome el culo?’ Entonces decidí llevarlo, no a la fuerza, pero sí persuasivamente a un médico.

“Cuando giré para ubicarlo ya no estaba. Fui hacia el lugar de su incomprensible monólogo y no había rastros. Preparado para irme al carro y esperarlo allá, sentí unas manos que se posaron sobre mis hombros. Aquél pobre ser pedía auxilio. Se desplomó frente a mí. Su ímpetu, a pesar del colapso, era tal que parecía más bien querer cargarme a mí.

“Lo llevé en brazos al taxi, mejor dicho, empujado. Murmuré que quizá era mejor dejarlo directamente en la estación de bomberos o en la policía. Como no parecía mejorar, por un segundo pasó por mí el inquietante terror de que ese hombre se muriera en mi carro. ¿No era negligencia de mi parte?

“Pero cada vez que le hablaba de hospital o policía estallaba de ira, a regañadientes prometía mejorarse pero en realidad se ponía peor. Nos bajamos en muchos lugares y el hombre se perdía, para aparecer súbitamente frente a mí, surgido de las sombras. Fue una locura, algo absurdo. Para el momento ya yo estaba mareado y casi congelado... atontado por la calefacción del carro, por la modorra de esa madrugada sin sentido.

“En una de las paradas lo vi a lo lejos, en la oscuridad. Caminaba con extrema lentitud, pero se esforzaba en ir más rápido. Al acercarme me di cuenta que cargaba una barra de hierro muy pesada, la cual le hice soltar. Me pareció que el pobre estaba saliendo de sus cabales.

“Especulé, malévolamente, que este hombre huía de la ley o algo por el estilo, porque rehusaba los lugares muy iluminados o concurridos. O quizá flirteaba con el abismo, era un suicida y yo un guardián no invitado, que una y otra vez lo ayudaría a no morir. ¿Cómo me dijo que se llamaba?”

- Herbert Avidson.

Prosigue Banchank:

“Vaya periplo que hicimos: de Saint Charles a Decatur St., pasando por la Plaza Jackson. Nos dirigimos, también, al Lakefront pero -según él- estaba muy concurrido. Volvimos al Garden District, nos detuvimos en las veredas del Parque Audubon. Bajamos por Napoleon St. e hicimos una parada en Tipitina’s, donde esa noche estaba, nada más y nada menos, que Johnny Lee Hooker, un blusista de la calle. Lo que pasó allí fue desastroso con ese pasajero: se retorció, corría al baño, salía con un aspecto patético y mortecino.

“Terminamos en una vereda del río, a lo largo de Magazine St. Allí ocurrió lo terrible, por lo cual jamás olvidaré ese pobre ser, varias horas después de haberlo recogido. Me alejé del carro para orinar, había luna creciente. Al regresar aquel hombre tenía un cuchillo en la mano en franca actitud de quitarse la vida.

“Me lancé sobre él para detener tal acto, pero estaba tan débil que no hubiera podido hundirse la hoja en lugar alguno. Traté de someterlo, para llevarlo a un doctor a la fuerza, y entonces sacó una energía contenida, forcejeamos, logró derribarme al piso del auto, se escabulló y huyó para siempre.

“Recuerdo ese rostro feroz pero debilitado, poblado de pedacitos de vómito seco. Quiso pelear conmigo por escasos segundos, pero al constatar que era pérdida segura, haló con inesperada fuerzas su bolso, se fundió en la noche y no lo vi más.

“Dejó en el asiento, atado por una liga, suficiente dinero para pensar en una generosa propina. Aunque fue trágico no puedo dejar de reírme ante la imagen de un hombre vapuleado, que decía: ‘Estoy bien, estoy perfecto, ya me curé’ y ¡búa! vomitaba las entrañas por la ventana.”

- ¿Es todo?

- Una vez soñé con el *son of the gun*.

- ¿Sí? ¿Qué soñó?

- El hombre estaba vestido de gris y me decía, varias veces: “Algún día el sirviente será rey”. Por supuesto que jamás he tratado de explicarme estas palabras sin sentido. Pero, no sé porqué, me inquietaron.

- ¿Hablaron mucho?

- Supongo que sí, todo taxista tiene algo de sicólogo. En realidad no recuerdo esa conversa. ¿Usted cree que ése fue el único loco que me conseguí? Ahora dígame, porqué es tan importante este episodio que yo recuerdo con cariño pero que siento como una anécdota sin mayor importancia...

- ¿Ha oído usted hablar de “El Pasajero”?

- ¿El Pasajero? ¿Una serie de TV?

- Le refresco un poco la memoria.

Acto seguido activa un aparato de video que contiene un fragmento del noticiero CNN. Dice la narradora:

- La policía de San Diego se mantiene hermética ante la información extraoficial llegada hace unos minutos sobre la supuesta captura del célebre asesino en serie “El Pasajero”. Dan Frigger, jefe del FBI en California, informó que el sospechoso -cuyo nombre no ha sido revelado- es sometido a intensos interrogatorios y que un equipo especializado revisa su casa para recolectar evidencia. Como el Unabomber, que fue investigado y perseguido durante 19 años, el Pasajero ha frustrado a investigadores federales por más de 25 años y tiene el dudoso honor de estar en la Enciclopedia Guinness como el “Hombre más buscado por mayor período de tiempo continuo (12 años)”.

Corte de edición casera. Abrupto. Prosigue un clip reporteril, con diversas imágenes y voz en off del reportero:

[Mostrando la última versión del famoso retrato hablado]: Con un trabajo circunscrito al sur de los Estados Unidos, entre Florida y California, el asesino en serie “El Pasajero” ha desconcertado a las autoridades y también al gran público norteamericano por casi treinta años. Considerado como uno de los más sanguinarios asesinos, la policía ha logrado construir un perfil psicológico más preciso pero no ha podido ponerse sobre las pistas correctas. Otros, como el doctor Calvin Woodrow, jefe de la Unidad de Siquiatria del FBI, no son tan optimistas:

[Declaración]: “Excepto una inteligencia fuera de lo común y una especie de obsesión seudo religiosa, es poco lo que podemos decir de la mente de este individuo. Mi teoría es que sus cartas están llenas de trampas. Recuérdese lo que pasó en los setenta...”

Reportero: En los años setenta, el FBI y la prensa se apresuraron a etiquetar al Pasajero como un simple loco y a pronosticar su pronta captura. Diez

años después ya los especialistas estaban convencidos que el hombre había construido, deliberadamente, un falso perfil de sí mismo. Su locura era el disfraz de otra, no menos terrible, pero sí menos descifrable...

[Otro corte.]

Reportero: ¿Qué aspecto tiene el Pasajero?

M. J., detective: Es blanco, fornido, debe tener casi sesenta años actualmente. Hombre culto, de comportamiento social refinado. (RÍE). Bueno, ese nos deja con quince millones de individuos.

[Fotografía de víctimas; videos de cuerpos encontrados]: La ola de crímenes de este asesino comenzó en 1971 y se ha extendido hasta 1987, fecha de su último asesinato conocido. Desde siempre mantuvo una intensa correspondencia con la policía, mucha de la cual ha sido estudiada por los especialistas. Su carrera homicida se desarrolló en las interestatales, en las carreteras de campo, en las líneas de tren. Sus víctimas son preferentemente camioneros, taxistas, choferes y conductores en general. Se le atribuyen al menos 35 asesinatos, en los cuales desfiguraba salvajemente a sus víctimas, haciendo lo que él llamaba una “escultura humana”, un macabro arte corporal. Se sospecha, sin embargo, que la lista de víctimas desconocidas es mucho mayor.

Fin del video. Albert mira las fotos y las suelta instintivamente. Comienza a compararlas con el recuerdo. Está anonadado. Dice al agente:

- Estuve con El Pasajero aquella noche...

- Nada más y nada menos que con Herbert Avidson, el hombre más buscado del país, un hombre de una locura, de una crueldad y de una peligrosidad indecible, pero de inteligencia superior, sabe, para poder burlar a la policía por tanto tiempo. El caso es que, gracias a la casualidad más inesperada, se le descubre ahora, casi septuagenario, con un diario detallado de cada uno de sus crímenes.

- ¿Sí?

- Sí. La prensa sería capaz de matar por esta obra maestra del crimen. La seguridad que estamos aplicando es máxima. Queremos verificar todo lo dicho en ese diario antes de hacerlo público y, sobre todo, estudiarlo con equipos muy especializados de sicólogos y expertos en conducta humana.

- ¿Tanta importancia tiene?

- Sí, porque éste en particular expresa uno de los altos niveles de astucia que hemos encontrado. Pocas veces la policía se mantuvo tan ignorante acerca de unos asesinatos tan aparatosos. Además, hay una ola de admiración por estas lacras, que propicia imitaciones o emulaciones y queremos tratar ese asunto también. Como le dije, tenemos que verificar los hechos.

- ¿Tendré que identificarlo en persona?

- Realmente no... Herbert Avidson confesó ser El Pasajero, es más, nunca lo negó.

Abre, un tanto ritualmente, la gaveta de su escritorio. Saca un sobre que contiene fotocopias de la transcripción del diario, junto a algunos facsímiles del mismo.

- El hombre narra todos y cada uno de sus crímenes, con lujo de detalles y una prosa nada mala. Es usted, junto a Desiree Stanton en Lake Charles y un anciano, Malcom Balder en Phoenix, Arizona, el único que acepta que no pudo matar aunque lo quiso y lo intentó. Ambos testigos ya han muerto, uno de viejo y la otra de un infarto, no se asuste, usted es el único que nos puede arrojar luz sobre la validez de este relato para poder calibrar la confiabilidad de esta bitácora del infierno.

Acto seguido, exaltado por una curiosidad sobrehumana, Albert toma los papeles y los hojea aleatoria y nerviosamente.

- Póngase cómodo ¿café?

- Gracias.

Fija su vista, primero en los facsímiles del diario manuscrito. Aunque la imagen no es precisa, muestra claramente una letra consistente, cursiva, con pocos tachones pero sí algunas notas laterales. Albert saca los lentes y comienza a leer, borrada de su rostro la sonrisa inicial:

.....

“02/10/73

12:15 a 4:00 am.

Albert...

Taxis Carrollton, #25

Nueva Orleans, LA

El método había sido exitoso desde Panama City. Llamar de un público a la

empresa de taxis, en un lugar glamoroso pero oscuro, dar el teléfono del público y esperar. Fumaba entonces, de modo que consumí un cigarrillo mientras esperaba.

Audubon Place tiene esa extraña combinación de bulevar hollywoodense con aristocrática calle inglesa. Estaba nervioso porque demoraba. Cuando ví las luces y el pequeño letrero de taxi, me invadió la usual excitación sexual: una noche entera de faena, de acto creativo sumergido en la oscuridad.

Me preocupaba sobremanera el aliento. En realidad, mi afición al alcohol era reciente en el viaje nocturno. La sensación dionisiaca, el mareo impetuoso, la desinhibición mayor: todo invitaba a pensar que Baco sería mi secuaz de muerte. Pero el aliento a alcohol me asqueaba y avergonzaba.

Era yo, pues, un ángel de la noche, un vampiro-escultor sediento de sangre pero también del lienzo mismo, un consumidor de *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*. Cómo decirlo, una especie de diablillo seducido por la luz del arte, un escándalo en el cielo y en el infierno por igual.

Esa lucha ¡el horror! se reproducía en mi estómago desde hacía varios minutos. Mi espina era sacudida por corrientazos cada vez más continuos.

La comida y la bebida se entremezclaban en mí como lava sobre agua de mar. Retorcijones que anunciaban un posible sabotaje de mi fiesta. Después de hacer la llamada me sentí mejor, ya mi rescate venía en camino. Era vital que el nombre dado a la compañía de taxis fuese una recomposición del mío. Así manejaba mis seudónimos artísticos.

En vez de *nome de plumme*, yo tenía *nome de marteau*. En once veces que hice tal cosa, siempre mi nombre pudo haberse encontrado con un trabajo más malicioso de investigación. Cualquier detective televisivo lo habría resuelto en medio capítulo.

Pero volvamos al taxi que inundaba de luz el recinto de árboles y muros donde me hallaba. Tengo por costumbre dejarme ver bien por los beneficiarios de mi arte, de modo que me encantó ser iluminado, como si en una obra teatral apareciera de entre las sombras el personaje más misterioso: el pasajero Picasso.

En pleno proceso de mariposas en el estómago, boté el cigarrillo, porque jamás entro fumando a vehículo alguno. Abrí la puerta y se desató la primera señal de mi caída estomacal e intestinal.

Vestía sobretodo y una ropa de algodón, muy mal planchada, por cierto. Los días de mal vestir, para mí, son en compensación jornadas de orden y concierto.

Soy bastante inmune al frío, mi calor interno es tal que no puede lacerarme ni el más despiadado viento del norte. Pero en ese momento el temblor en el estómago me hizo momentáneamente vulnerable a la gélida brisa. De hecho, producía rayos de frío, exacerbados con el templado exterior.

Por eso deseé entrar en ese taxi, para compartir su calefacción. Así mi pesado maletín de médico y me puse en posición, no hubo llamada de confirmación. Al conductor le extrañó que estuviese afuera.

- ¿Mr. Daffy?

- Sí.

- Móntese.

Así hice, en el asiento trasero. A diferencia de Nueva York, donde las había visto, en New Orleans no habían esas rejillas de separación entre el chofer y su cliente. Mi cuerpo se sumergía en una marejada de escalofríos.

Al cerrar la puerta y arrancar, recuperé el bienestar. Miré los robles y abedules impregnados del perfume de la magnolia, las luces de navidad que alegraban las fachadas de casas y edificios. En invierno prevalecía un olor a leña ya hecha humo. El taxi llevaba calefacción, pero el aroma penetraba y se disfrutaba en toda su tibieza.

- ¿Qué le pasa, señor?

- Me siento mal, he abusado del Gumbo y de los mariscos y del bourbon. Pero estaré mejor...

- Espero...

- ¿Cómo se llama, amigo?

- Albert...

- Lléveme hacia el French Quarter.

“Sí -pensé- llévame hacia mi orgía nocturna de piel y sangre. Llévame a tu propio holocausto.”

Porque gustaba pensar que yo corregía con furia las deficiencias que la naturaleza añade -o le niega- a la gente. Quedó grabada en mí una frase de la película *El Mago* de Ingmar Bergman, donde un moribundo borracho dice que ama el cuchillo, “una hoja filosa para cortar las deficiencias”.

De modo que yo los lijaba, los recomponía como Picasso hasta lograr las formas que la desquiciada Natura perdía. Lejos de ese superficial mote (El Pasajero, *The Passenger*), debí haber sido llamado El Escultor o, más audazmente, el “Rehacedor” (*The Remaker*) o incluso *Picasso* o *NeoPicasso*, uno que hacía cubismo anatómico.

Lamento profundamente no haber enviado esa carta al Houston Chronicle en 1971, habría cimentado mi leyenda desde hace buen tiempo y dádome un nombre que sólo después de mucha hermenéutica la prensa especializada ha dibujado.

Mi última víctima antes del taxista sin nombre es un ejemplo perfecto de esta evolución que daba mi carrera: un gran deseo de ser leído en mi trabajo, un esfuerzo honesto por revelarme en mi inevitable destino de hombre escondido. Bernard Cox (extraño nombre), era un miserable.

Su vida estaba entregada a la más abyecta ruindad: en los bares, escapando un Vietnam que sus hermanos no eludieron, borracho con cerveza, como un niño. Jugaba mal pool ¡ay, no! había que destrozarlo. Un animal.

Quien crea que pretendo justificar mi acto se equivoca: yo sé quien soy. Lo sentenció y murió. Punto. Algún día la vida me sentenciará, pero igual será el mismo castigo que le otorga al más piadoso. Por eso sentenció a Bernie. Porque era un asno y no comprendía estas cosas.

Recuerdo la nota que envié a la policía (nunca fue publicada, al menos correctamente):

“Me bastó una hora para saber que era un malnacido. Si fuera ustedes me descubriría, en uno o dos meses. Yo debería ayudarlos con otros asesinos. Soy el más grande y no me simpatiza la competencia. Quiero el monopolio del anatema. Quiero posicionarme como *el artista del asesinato*.”

Le di, muy secamente, un leñazo en la parte posterior del cráneo. No murió; quedó agonizante en el asiento, embebiéndolo de sangre. Yo, temblando de la excitación, tomé mi alicate y un bisturí para formar la primera imagen cubista. Labios distribuidos, frentes surcadas, orejas en el centro de la cara.

Con los ojos no jugué sino mucho tiempo después, hacia principios de los ochenta, como doy fe. Mi obra es un perpetuo y, yo diría, enfermizo deseo de que la gente entienda qué quiero decir, aun cuando no sepan quién soy. He sido y soy, un mensaje sin emisor.

Ya de Bernie hablo profusamente en su capítulo respectivo. Lo traigo a colación porque sentí esa “sensación tipo Bernie” con este taxista miserable.

Mi sensibilidad era tan grande para entonces... que nadie me creería, jamás, la circunstancia insólita de que no soy malo. Mi discurso es riguroso para probar que no soy un loco, pero incluso eso se dudará cuando diga que mi problema es que he sido demasiado bondadoso. Amo demasiado.

La bondad de mis actos era un deseo de convivencia con la materia prima de mi trabajo. Los necesitaba vivos para poder inmortalizarlos. Eso intenté decirlo al Chronicle, pero nada, caso omiso. “Loco, insano, monstruo”. Volvamos al taxista.

No sé porqué, pero el Albert me irritó. Al principio su distancia me gustó, su porte lejano, pero cuando empezó a congeniar con esas estúpidas frases hechas, mi sangre empezó a hervir. Saqué la pequeña botella para absorber el escocés con frenesí, pero las náuseas me obligaron a esconderla en el bolsillo. Mi maletín pesaba cuatro kilos.

Mi intuición, para entonces, se había aguzado. Por eso me siento un vampiro, porque percibo cosas. Por ejemplo, capté claramente que aquel ingenuo me creía un desvalido y no sospechaba que al recuperar yo mis fuerzas lo suaría como insumo estético. La trayectoria de allí en adelante fue conflictiva: un penoso malestar creciente, una puntada muy aguda, como un sable que atravesaba mis intestinos, comenzaba a penetrar, soltando alrededor escalofríos que me hacían temblar. ¡Qué desastre!

Pensé que la brisa del Lago Pontchartrain me calmaría y que, en todo caso, su largo bulevar me ofrecería el sosiego para darle a mi cuerpo un estado neutro y luego desatar mi crescendo y para transformar a ese otro Bernie en un arreglo floral.

Pero frente a esa gran masa oscura de agua, frente al vaivén de una pupila lunar amplia y tétrica, mi cuerpo se estremeció. El mareo era insoportable, resultaba impensable salir y vomitar en público. Las parejas pasaban y yo, allí adentro, paralizado por el escalofrío.

Me preguntaba, no obstante, qué horrorosa justicia aplicaría a tan insigne John Doe que me conducía. A ratos ¿se podría decir? incluso lo sentía agradable, poco dado a hacer preguntas, práctico como todo hombre de esta nación... Su manejar era suave y eso más mi expectativa de trabajo hacían que me recuperara lentamente.

Puras ilusiones, sin embargo. A medida que nos desplazamos por esas galerías vegetales, el Gumbo en mi estómago hacía estragos. Detuve el auto dos veces para vomitar. Ese acto repulsivo de “devolver” al mundo lo que nos ha dado, de forma tan escatológica... me hacía vomitar más. Y mientras más devolvía, quedando por segundos asfixiado, tosiendo como un tísico, más deseaba volcar mi furia contra el chofer.

En el llamado Garden District le pedí detenernos en el amplio Parque Audubon, que se veía brillante bajo la luna. Allí decidí acabar con todo. Nos bajamos y comencé a deambular. Me hablaba, o trataba de hablarme, para recuperar la compostura, para saber que vivía y que mi misión requería fuerzas más allá de la falibilidad humana.

Desde entonces poco recuerdo, excepto el deseo punzante de matar. Sólo eso me estabilizaba ¡así sería el temblor... el temor y temblor de Kierkegaard, el que sintió Abraham al disponerse a sacrificar a Isaac! ¿Qué es Abraham, un héroe o un asesino? Yo respondo: uno como yo, pero ingenuo.

Entonces colapsé y aquel chofer llamado Albert me llevó cargado al taxi. Otra vez camino a ninguna parte, le ordené a mi conductor que se detuviera. Vi algunos claros en el camino, ideales para salir o minimizar mi infierno. Varias veces me resbalé en la escarcha sobre las calles. Sudaba frío, incluso llegué a temer por mi vida. Al detenernos salí aparentando normalidad, dejé el maletín. Me adentré en la oscuridad de un largo callejón, deseando que me siguiera para aplastarle alguna piedra en la cabeza, llenar su boca de trapos y buscar mi preciosa caja de herramientas estéticas.

Localicé una barra de hierro, oxidada, pero imponente. Lo esperé detrás de una vuelta de esquina, el infeliz sureño me buscaba con una generosidad que no comprendía. En ese momento pensé que la noche recobraría su gloria. Apreté la barra, sentí sus pasos y, al alzar mis brazos, una descarga eléctrica exaltó mis nervios y en mis adentros sentí la erupción de un volcán.

En ese momento sólo pude salir patéticamente con la barra en la mano, buscando fuerzas para activarla. Fue penoso. Me retorcí del dolor, el frío comenzó seriamente a entumecerme.

Al despertar de ese colapso estaba en el auto, otra vez. Mi mareo vomitivo flirteaba con la vigilia, o con el esfuerzo de la vigilia, ante el miedo extremo a que este hijo de vecino me llevara a un hospital o peor, a la policía. No tanto por mí sino, obviamente, por mi maletín. Pensé nebulosamente que podría simplemente bajarme pero en pocos minutos la orden “¡detén el vehículo!” era para una devolución... Estaba a merced de una gravedad infalible: el peso del cuerpo cuando se desploma ¿sería un mensaje, una metáfora para mi arte?

Al menos, fue la última vez que usé ése maletín y lo sustituí por herramientas que escondía en mi ropa y morral. Albert, un poco confuso él mismo, se detuvo frente a un local de jazz y, no sé por qué vesánica circunstancia, lo convidé a bajarnos.

El ambiente era ruidoso, humeante y el olor a cerveza y escocés barato terminaron por alborotar mis náuseas. Mi taxista, obstinado -supongo- me siguió, tomome por un brazo y quiso sacarme a la fuerza. Claro, el muy imbécil no notó que mi maletín yacía en el suelo y que lo dejábamos atrás.

Entonces me abalancé sobre él con la poca fuerza que tenía. Intenté impulsiva y divagatóriamente ahorcarlo. Logré, al menos, conectarle un buen golpe a la cara y derramar un vaso de maloliente cerveza que había comprado. El hombre, mil veces más fuerte que yo en ese instante, me sacudió contra la pared y me sacó de ese lugar con violencia, no sin antes arrastrar el maletín consigo. Yo pensé: “Sí, Jesús, carga tu propia cruz”.

En el carro:

- Ahora sí lo llevo a un hospital, usted está mal...

- No, esta vez, le prometo Albert, me recupero, sólo deme un paseo y disculpe por el golpe, estoy un poco abrumado y no sabía que era usted -eso lo dije fingiendo ser un humano cualquiera.

Luego, más humano aún:

- Tendrá la propina de su vida, pero por favor déjese de tonterías. Lléveme a un sitio cerca del río, permítame tomar aire y luego déjeme botado en una dirección que le daré. Perdone todas las molestias.

A esas alturas estaba impregnado de vómito, cansado pero con reservas... el maletín seguía allí, afortunadamente. Decidí dar el finiquito en la rivera del Mississippi. Incluso imaginé la obra final, no un cubo, sino un hipercubo carnal.

Llegamos una parte solitaria y marginal de la calle Magazine, con casas de madera cruzadas por vías férreas.

Nos detuvimos en un banco de césped que, al cruzarse, conducía a un trecho incólume del gran Mississippi. El hombre salió muy rápido, a orinar, supongo. Yo acumulaba fuerzas, me resultaba insoportable perder el tiempo de esa manera y sobre todo la última oportunidad real de divertirme aquella noche. Abrí mi maletín y saqué un puñal, muy efectivo en el pasado y participante en el festín de Bernie.

Lo empuñé y ya todo terminó. Tenía la puerta abierta y Albert se acercaba. Ese hombre ahora era un monstruo para mí. A todas estas nunca entendí cómo no se daba cuenta. Forcejeó para quitarme el cuchillo. Yo tomé una decisión, triste, pero ya incambiable.

Como artista he de aceptar el fracaso cuando se presenta. Éste era un bloque de mármol que rehusaba ser cincelado, un lienzo impintable. Mi único consuelo era el futuro, la oportunidad de volver y liquidarlo. Ya sabía dónde trabajaba, encontrarlo no sería difícil.

Le dije que me llevara a un hospital. Cuando giró para abordar el carro, abrí la puerta, así el maletín y emprendí una loca carrera hacia la oscuridad. Mi terror consistía en que me persiguiera, cosa que nunca supe si ocurrió. Mi miedo aumentaba, desbocado frenéticamente a través de las altas hierbas ribereñas... sentía que pronto sucumbiría y caería desmayado. ¿Qué pasa si me consigue y lleva al hospital? ¿O si me quita la vida? ¿Me deshago del maletín?

En efecto, me desboqué inconsciente a una vereda del río y allí dormí hasta el día siguiente, cuando me recuperé y pude llegar de alguna forma a la desvencijada habitación. No puedo negar que tuve terribles pesadillas: aquel taxista era, para mí, como yo he sido para mis víctimas.

Dejé a Albert para después, esa tarde me fui en un Greyhound hacia Missouri, donde resurgiría mi gloria con el caso de Bertha Lowenstein, la primera fémina que descosí. Registré mucho y nunca encontré un paquete de billetes que tenía en el bolsillo. Bueno, propina para engordar un bloque de mármol carnal...”

(Fin del texto).

.....

El escrito parece seguir, pero la copia fotostática llega hasta ahí. Albert cierra los folios.

- Aunque lo que pensó no lo sé, su recuento del viaje y sus peripecias es exacto.

Aunque al terminar de leer conversa mucho con los policías y éstos toman abundantes notas, el regreso a casa, en el asiento trasero del auto, es particularmente silencioso.

- Algún día el sirviente será rey... -piensa una y otra vez.

Mira a lo lejos surgir su casa entre los árboles. Comienza a despedirse de los policías, a intercambiar tarjetas. Está desesperado de llegar y contárselo todo a Audrey.

Eso le hará ver a ella que en la vida de Albert, alguna vez, por fin y verdaderamente, había pasado algo.

Del libro: Encuentros en el vórtice (Editorial Amarante, 2012)

El buen esposo, de Federico Vegas

26/ 08/ 2014 | Categorías: Destacado, Fragmentos de novelas

Sábado, 17 de enero.

Día de san Antonio. Vivió en Egipto y es el patrono de los animales domésticos, de los amputados, los tejedores de cestas, los carniceros y los enterradores, ermitaños y monjes, epilépticos y criadores de cerdos. A los veinte años vendió todas sus posesiones, entregó el dinero a los pobres y llevó una vida ascética en el desierto durmiendo en un sepulcro vacío.

¿Qué debería hacer el buen esposo, recuperado y siempre recuperable, cuando regresa a casa después de dejar a su mujer en el aeropuerto y enfrenta una cama con señales recientes de dos criaturas que no lograron amarse, ni dormir, ni pronunciar una palabra afable en toda la noche, mientras se daban la espalda aferrados a lejanas almohadas?

Ya debes estar en Atlanta esperando tu conexión, y eso de «cama con señales recientes» quizás te suene irrelevante, remoto. Prefiero hablarte de «lecho con las huellas de siempre». El lecho tiene un espectro tan amplio que para no confundirlo con el cauce de los ríos, los valles de los glaciares o el fondo del mar, algunos timoratos añaden el nebuloso «nupcial». Pero viene bien su carga de sinónimos para describir el sepulcro que hallé al entrar a nuestra habitación, ya saturada de luz mañanera. Allí estaban los estratos de sábanas y colchas en capas extendidas unas sobre otras, los aromas sedimentarios, los tristes surcos de nuestros rastros y asentamientos, revelando con sus vacíos los vastos recursos perdidos de nuestra última noche, cuando cada movimiento y cada roce con el algodón nos transmitía un tenue mensaje de imposibilidad, un agotador fondo musical al absurdo de nuestra estruendosa finitud. Apenas varía la composición de nuestro lecho, se altera la geografía del mundo.

¿Qué debo hacer entonces según la tradición oral, las costumbres solariegas, los manuales de autoayuda, el horóscopo, los mandamientos, mi peso y textura, las estadísticas matrimoniales, las reglas de condominio y el primer catecismo? ¿Ceder o resistir? Entreguemos al dolor lo que al dolor pertenece. Ya lo decía mi venerado Ovidio: «Ligera es la carga que bien se lleva. A los recios los acosa más fieramente que a quienes reconocen su esclavitud».

En esta mañana de enero todas las películas de amor que he visto se amontonan ante mí al punto de no poder caminar sin tropezar argumentos,

personajes y epílogos. Soy un héroe exhausto y ya condenado antes de la aventura. Mi derredor está lleno de armas gloriosas que aguardan nuevas batallas para compensar mi derrota, desde el teléfono, dado a escabullirse por lo inalámbrico, hasta la chaqueta de cuero reposando sobre el sofá como un mastín al acecho. ¡Estoy libre! ¡Estoy solo! ¿Qué hacer con esta magnífica e inútil libertad?

La primera gran decisión será bañarme a conciencia y borrar con alguno de tus jabones frutales la entumecida noche adherida a mi torso como una pijama de celofán. Entro en la ducha aún circundada por tus cremas y esponjas, cepillos grandes y pequeños. Al frente está un imponente pote de Lactacyd, jabón líquido tan íntimo que imprimen en grandes letras una advertencia para damas desbocadas: *Solo uso externo*; una frecuencia exigente: *Higiene diaria*; una recompensa a la perseverancia: *Proporciona comodidad y bienestar*; y un estremecedor procedimiento fácil de hacer universal: *Aplíquese una pequeña cantidad en la palma de la mano, frote la región genital externa hasta obtener abundante espuma y enseguida enjuague con agua templada*. En las letras pequeñas descubro que en esta lujuria cotidiana participan sustancias tan repulsivas como el tenebroso «cocodimonion» y un toque de «mea-14M».

Permíteme ser meticuloso y exhaustivo, única redención posible para los esposos penitentes. Mis peores recelos son contra los productos Schwarzkopf. Un mismo apellido no puede pertenecer a quien comandó las fuerzas de la coalición en la Guerra del Golfo, a la soprano que cantó las últimas cuatro canciones de Strauss y a un fabricante de cascadas de champú. Ya el subtítulo bajo el nombre en el pote, *Reparación total*, parece escrito por el rollizo general Norman Schwarzkopf. Y suena tan falsa esa promesa de *restablecer la elasticidad, el brillo y la fuerza*. ¿Qué otras tres cualidades pueden ser más esquivas a un matrimonio en picada?

Mientras el agua se lleva el sudor de la larga noche encuentro en la rejilla un nudo con tus cabellos. Lo recojo con la emoción de un arqueólogo y mi dedo queda coronado por la peluca azabache de una gitana cuyo rostro nacarado es mi uña. Su danza termina cuando la ducha despeina a la flaca bailarina y tus cabellos regresan hacia la oprobiosa ruta de las aguas servidas.

Culmino la larga ablución con tu colonia para después de la ducha. Pensaba gastar sin medida la única herencia que has dejado, pero fuiste poco generosa, Victoria, y, al apretar el pote de plástico con todas mis fuerzas, la flatulenta trompetilla suelta un resoplido más ronco que el último canto de un cisne. Apenas salen un par de gotas que froto entre mis manos

para reanimarme con una dosis homeopática de sensualidad, y trato de imitar, pues fue hace solo tres horas, tu hermoso ritual con sus lentos recorridos desde la punta del pie hasta un clínico masaje en los senos. No lo logro, estoy demasiado entumecido, rencoroso, y no soporto el perfume a vainilla y almendra. Me hace sentir comestible.

Vuelvo a la ducha a deshacerme de tu aroma. Dejo al chorro golpear mi frente y arranco con el himno de los futbolistas ignacianos. A la tercera estrofa me siento un poco mejor. Paso a la violencia del agua fría y la dejo entrar a borbotones en mi garganta. Se anegan las estrofas, pero se entiende lo fundamental de la arenga:

Comienza la lucha, con tren formidable, pero no se agotan pues son incansables.

Extiendo las notas y con las gárgaras de un tenor a punto de ahogarse llego a la fanfarria final:

Y si algún jugador flojea o decae, el capitán grita: «¡Viva Loyola! Y el ardor aumenta y vencen al fin. ¡Hip, hip, hip... Hurra!».

Estos asuntos del fanatismo y los impetuosos hipos nunca se me han dado bien. Soy poco convincente y vuelvo a colapsar mientras me pregunto si tu viaje se debe a mi flojera y decaimiento o a tu energía ardiente, incansable. Es hora de envolverme en toallas azules como un beduino que atraviesa sin sus obedientes camellos el ardiente desierto de este hogar.

Pronto desayunaré un manjar delicioso. El hambre aconseja mal, pero habla claro, y yo necesito para mi navegación de cabotaje una meta tan legible como la circular simetría de un huevo frito. La rotura del cascarón será el inicio de una nueva vida arrullada por la música del cuchillo raspando el pan tostado antes de recibir un suspiro de mantequilla. Me sentaré a la mesa con la decadente elegancia de un viejo sátiro: pelo mojado y bien peinado hacia atrás; vigorosa colonia Roger&Gallet esparcida con palmadas de timbalero en los cachetes y ambas nalgas, bata oscura de seda estampada con jirafas, talco en las axilas y entre los dedos de ambos pies.

Juro solemnemente tener modales sofisticados en cada uno de mis futuros desayunos y convocar siempre a nuestros mejores cubiertos. El plato yace sobre un individual de paja más individualista que nunca. Siguiendo la costumbre francesa, coloco el tenedor con los dientes hacia abajo para evitar que se enreden en sus puntas las mangas de encaje de las cortesanas. ¿Quieres mayor coquetería y sutileza? Tomaré dos tazas de café para estar alerta cuando logre dormir.

Nuestra primera discusión prematrimonial fue por culpa de estos mismos cubiertos. ¿Qué hacía yo metido en aquella tienda? ¿Reflejos, Caprichos, Iskia, Niní, Rififí, Pedigree? ¿Cómo se llamaba, Victoria, aquel templo capaz de despertar mi feminidad dormida y que, al apenas entrar, ya me hacía sentir como una Dama Antañona? Necesito esa superficialidad para deslizarme y no ahondar demasiado. Una manera de olvidar es aferrarse a lo más intrascendente.

Pero no todo en aquellos predios era banal. El lugar nos decía con la amplitud de sus delicadas ofertas: «¡Bienvenidos al templo de la fragilidad!». Hay tanto por destruir en un matrimonio, y la probabilidad de esas fracturas es lo que da sentido y suspenso a una mercancía que exhibe con esplendor su temor a los atropellos.

Para animarme a participar me preguntaste como a un niño:

—¿Qué te gustaría tener?

—Una mandarria —respondí, y querías ser tan cándida que lograste reír.

No he debido despreciar tus esfuerzos, tus meticulosas evaluaciones. ¡Qué bien supiste elegir! Observemos la dignidad con que esa reluciente cucharilla de postre ocupa su lugar en el perímetro norte del plato. Lo único, ahora me atrevo a decírtelo, es que nunca sé de cuál lado se encuentra el filo del cuchillo. Tu padre, Agostino Rossetti, mi contrincante mientras vivió y una útil referencia después de muerto, coincidía plenamente conmigo. Un próspero emigrante de Génova, fabricante de muebles de comedor, debía saber de qué estaba hablando al reclamar:

—¡Esta cubertería solo sirve para hacer dieta! ¡Cucharas que no cargan sopa, tenedores que no trinchan y cuchillos que desgarran en vez de cortar!

Había tanta sabiduría en sus discursos con la boca llena. Cuando nos reunimos para planificar la fiesta del matrimonio, propuso un almuerzo al aire libre. Yo estaba extasiado escuchando su bucólica descripción de una larga mesa bajo una parra, con garrafas de vino y bandejas desbordantes de caprese al pesto y *carpaccio* de pulpo. Se puso sentimental e incluyó escenas de su propia boda, una fiesta a lo Dafne y Cloe en una colina con vista al mar. Fueron tan felices en aquel paisaje ondulado de la Liguria que uno de los borrachos rodó cuesta abajo y cayó por un pastoral acantilado. Al final de su ensalzamiento, Agostino nos explicó que a la comida de Génova la llaman la «*cucina del ritorno dei naviganti a casa*», y se le pusieron los ojos aguados de los viejitos que sueñan con morir en su tierra. Mi madre lo aplaudió para consolarlo y le dijo con entusiasmo:

—Qué linda idea, es una excelente opción. ¡Vamos a incluirla!

«Linda» y «excelente», «idea» y «opción». Mamá lo alaba desde todos los flancos y mi suegro se ruboriza, pero aún no entiende cómo se va a «incluir» en la fiesta su venerada estampa. Debería esperar hasta el día de la boda, cuando encontraría en una de las esquinas de La Esmeralda el nostálgico episodio italiano.

Allí estaba, entre la estación de los *sushi* y la del salmón con alcaparras, un largo mesón tal como lo había descrito tu padre, con una enredadera de fondo y unos cuantos farolillos. Pero nadie se sentaba a comer con una gran servilleta amarrada en el cuello, solo merodeaba un enjambre silencioso, atiborrando sus diminutos platos con productos importados.

Al gran carpintero genovés, capaz de fabricar desde un taburete hasta una barca de vela, lo habían metido en un frac que convertía los giros de su cuello en sudorosos ejercicios de yoga. Así se cuadró frente a su propuesta, tratando de ordenar a la horda que se arremolinaba en la parcela que mi madre había adjudicado a su memoria y origen, esta vez sin colinas ni acantilados, ni padrinos que devoran por horas sin dejar de hablar y beber, levantándose de la mesa solo para orinar el Barolo tras un robusto muro de piedra. Y allí seguía el buen Agostino cuando ya nada quedaba del jamón San Daniele, y solo había una *bruschetta* mordisqueada y perdida en el mantel como un emblema de su exilio.

Mi suegro sufrió como un valiente la imposición de una fiesta que llegaría hasta el amanecer, requisito indispensable de los matrimonios exitosos. Lo vi tan ensimismado y entumecido que me senté a acompañarlo. Nos vimos a los ojos por un largo rato, en un mutuo silencio que se hacía más fantasmagórico al estar rodeados por una escandalosa muchedumbre luchando por enmascarar sus engreídos vacíos.

Pensé que Agostino expresaba con aquella mirada recia y frontal cuánto desconfiaba de su yerno, y encaré la serenidad de su consternación con educada compostura, una manera de expresarle que comprendía su rechazo. Quería hacerle muchas promesas, garantizarle que yo no era tan malo, mostrarle que mis manos también podían llegar a ser callosas con dos semanas manejando un martillo. Y, de paso, pedirle que revelara sus mejores secretos, desde «¿Cómo puedo llegar a tener una hija tan bella como Victoria?» hasta «¿Cuál es la mejor madera para un humidificador de tabacos?».

Paseé por todas estas alternativas por ser mi suegro el único que me prestaba atención, y terminé confesándole una historia que sucedió cuando yo tenía seis años. Era extraño narrar parte de mi infancia gritándole en el oído para vencer las agresiones de la música.

—Una tarde me fueron a buscar al colegio y me trasladaron a una gran casona donde había una fiesta con cien niños. Entré a una habitación y al rato apareció mi madre y me vistió de conejo. Tenía tanta prisa que le temblaba el pulso y no logró pintarme un escueto bigote de tres pelos por lado. Salió del cuarto encargándole a otra mujer: «Mejor le lava la cara». Me enjabonaron la boca como si hubiera dicho una mala palabra y fui enviado escaleras abajo. Atravesé la romería de cargadoras, madres y carajitos hasta llegar a la periferia de la piñata, donde se habían refugiado las posibles víctimas. Mientras aguardaba protegido por esa temerosa pasividad, le pregunté a uno disfrazado de campesino tirolés de quién era la fiesta, y me ofreció la única pista de dónde nos encontrábamos: un nombre y un apellido. ¡Era mi cumpleaños! Sentí los calorones de un reto y quise correr hacia el centro, tomar la batuta y hasta dar órdenes, pero, ¿qué puede hacer un pobre conejo flaco, cabezón y sin bigotes?

Esa última frase se la remaché a Agostino para estar seguro de que me había entendido:

—Era mi cumpleaños... Hoy es mi matrimonio y sigo igual de lampiño.

Mi recientísimo suegro se mantuvo observándome con la misma concentración absoluta, hierática, y pensé que quizás el pobre no sabía dónde estaban los baños y tendría horas conteniéndose. Justo después de darle un beso en la frente para sellar con dulzura la condenación de una hija casada con un desquiciado, y de agarrarlo por el codo para llevarlo a mear, descubrí que desde hacía un buen rato Agostino estaba profundamente dormido. Observar por años las quimeras caraqueñas lo había enseñado a dejar de ver sin bajar los párpados.

Sumando tus intentos por rebelarte contra el sabio pragmatismo de tu padre, y los míos para aguantar los delirios de mi madre, no lograríamos explicar el escándalo que se armó en el Palacio de los regalos quebradizos. Ahora que mi palabra adquiere el fehaciente honor de la soledad, puedo decir que la cristalería que rompí esa tarde fue por culpa de un mal giro de talón, quizás precipitado, pero con la gracia de un torero cuando da media vuelta y se dirige al burladero. No era mi intención iniciar aquel diluvio de fruterías que se abalanzaron desde un anaquel mal atornillado para estallarse contra el mármol y convertirse en polvo alado.

¿Por qué entonces el incidente sería registrado en los anales de la tienda como el gesto intencional de un desafortunado? Yo no podía quedar como un simple accidentado ante aquellas dependientes que dejaron de envolver jarras de plata mexicana en papeles de seda, y ante mi madre que huyó a otro extremo de la

tienda, y tu madre que hacía como si no me conociera, y tú que ya me conocías demasiado bien. Así que amplié el giro abriendo aún más los brazos y exclamé:

—¡Pongan todo a mi cuenta! ¡Nos casamos en cincuenta días!

Fue mi culpa que nadie entendiera el alegre homenaje a las islas del mar Egeo, pues acudí a la cita con un aire despectivo y sin ningún deseo de sintonización. Me faltaba humildad. Nunca sospeché la profundidad de los postulados que se manejan en el acto de elegir lencería, cubertería y vajilla.

En medio de aquellos estrellamientos empecé a asumir que hacer de marido sería mi nueva y compulsiva profesión. Al principio, antes del alud, nos sedujo cuánto sabía mi madre sobre marcas y diseñadores. Era un deleite escucharla discurrir mientras elegía los cubiertos para el pescado, el *soufflé* y la *mousse*, y unos pendencieros tenedores de dos puntas para arrancar de su concha a los caracoles. Yo callaba, como un varón que quiere dejar bien claro que solo ha venido por complacer a su futura esposa, pero comencé a entusiasarme cuando llegamos a los implementos de trinchar carne. Mi madre describió las propiedades de una cuchara para salsas «no emulsionadas», ideal para recoger la sangre del animal sacrificado. El ingenioso utensilio con forma de vulva ojerosa me sedujo por su refinada manera de ajustarse a los crímenes de los carnívoros.

Cuando pasamos a la cristalería, epicentro de nuestra primera catástrofe pública, pensé que iba a ser de mi exclusiva incumbencia escoger los vasos y las copas, y aún sostengo que el bar lo debe manejar el señor de la casa, pero las tres mujeres se pusieron de acuerdo para imponer unas pesadas botellas de un vidrio tallado con triángulos que imitaban diamantes y engalanadas con una cadena de plata similar a la de los perros San Bernardo, con los nombres de: «Scotch», «Gin», «Coñac», «Rum».

En ese preciso momento comenzó a perfilarse una futura empresa en la que debería controlar fuerzas tan adversas como envolventes y, alarmado ante los futuros embrollos y ridiculeces de mi nuevo oficio, me dio por alzar los brazos con uno de esos gestos que comienza siendo ampuloso y al final disimulamos peinándonos el cabello hacia atrás. Fue entonces cuando se dio el tropiezo que algunas damas confundieron con un insólito despliegue de malcriadez, cuando era solo la legítima perplejidad de un esposo novato y desbalanceado.

La primera y única compra enteramente de mi incumbencia sería un cuchillo marca Aitor comprado en plena luna de miel. Amo los cuchillos tanto

como me desagradan las navajas y las hachas. ¿Qué otro objeto puede ser útil en un hogar y, al mismo tiempo, evocar las atrevidas gestas de un explorador?

Al asomarme al inventario de la cuchillería en Toledo, se abrió un ámbito más amplio y sugerente que el de aquella tienda exquisita donde nos apertrecharon y jamás podré volver. Mis instintos se excitaron con la recia oferta de acero y muy poco pudor. Había modelos Sandokán y Escorpión, y hasta una versión licenciada con el nombre de «Fantasía de chica guerrera» que traía de bono un antifaz.

Se revelan tantas facetas de nuestra personalidad al hojear un grueso catálogo con fotos en colores. Mis emociones se iban tornando cada vez más infantiles y perversas, pues en todo cuchillo habita una promesa de aventuras, odios atávicos, cuentas por ajustar y altares donde expondrán el corazón de una virgen al cielo. Basta con tenerlo colgado en la cintura para sentir que estamos ungidos con las vestimentas de los ejércitos sanguinarios y siempre listos para extremas leyes de supervivencia.

Estuve a punto de caer en las poses de tu hermano Franco y comprar uno de submarinista, o de aceptar mi naturaleza violenta y elegir el modelo Sioux en la sección «cuchillos desolladores». Me transé por uno de barbacoas, el pacífico y estilizado Don Benito, con un mango que alguna vez fue el cacho de un venado enamorado. Por un tiempo fue mi compañero en las ceremonias pacíficas de un trinchador. Era un símbolo de paz, prosperidad y proteínas, pero tú insistías en irrespetar mi única exigencia:

—No lo metas en el lavaplatos eléctrico. El calor hará que se le afloje el mango.

Nunca pensé que sería un requerimiento tan difícil de entender y el pobre Don Benito terminó débil de cintura, la mayor ofensa que puede hacerse a un toledano respetable.

Siempre he querido ser un bufón. No como esos enanos y jorobados que son guasones de segunda; mi modelo es Le Glorieux, el elegante y valiente bufón de largos crespos, quien en la corte de Carlos el Temerario sabía encontrar motivos de alegría en los temores de los valientes y en las locuras de los sabios. A través de sus ingeniosos juegos de palabras, reseñados por Sir Walter Scott, comprendí que el verdadero bufón es quien trincha la carne recién asada mientras diserta sobre mil temas. Los invitados siempre tienen hambre y Le Glorieux era espléndido con las porciones, comedido con las especias y bien dispuesto a

reportar, lo que ningún noble se atrevía a balbucear mientras sostenía su afilado cuchillo de cacería en la mano.

Así de glorioso me sentía blandiendo mi Don Benito al trinchar un solomo uruguayo asado al carbón con sonrosada precisión de segundos, y demostrando a los averiados amigos de mis años más viles que la carne es el manjar con que se regalan los caudillos y siempre será mejor a cualquier droga. Esta idea, tan rehabilitadora cuando se suelta entre libaciones y el humo de la grasa, la acicalaba vertiendo con mi ovalada cuchara la sangre del animal sobre un arroz immaculado y bajo de sal.

Será al final de la tarde cuando preguntaré como un Hamlet doméstico con tiempo y dudas para regalar: «¿Salir, o no salir? ¿Embestir las frías ofrendas de la noche o frotarse los pies bajo las sábanas de siempre?».

Es hora de la merienda. Cualquier hora es buena cuando hay helado de macadamia. Avanzo y abro la nevera. Me perturba la sumisión con que el interior pasa de la oscuridad a la luz y luego de vuelta a su hermético silencio de ultratumba. En los estratos superiores aún aguardan las bandejas que pensabas ofrecer a lo largo de tu fiesta de despedida. La nevera ha perdido su usual prestancia de fría rutina matrimonial y ahora se desborda irreconocible.

Esta plenitud se debe a que durante la ceremonia de aquella lejana noche de anoche, la última que pasaste en esta casa, los invitados a tu cena de despedida comieron muy poco al no resistir el aquelarre de miradas, contraseñas y tensiones. La primera, la más explícita y turgente, la provocó la manera en que tus arrogantes y competitivos pezones se iban notando tras la seda a medida que la brisa se hacía más fresca y procaz.

Más de uno habrá sugerido que mi intención era quedarme con suficientes provisiones mientras estás de viaje. Y tienen razón, pues fue mi entera culpa que tus amigos, sometidos a la presión de mis intervenciones, partieran antes de tiempo. No puede decirse que huyeran en estampida, pero sí en pequeñas manadas y con una engorrosa aceleración. Utilizaron la excusa de que en las impías noches caraqueñas hasta los profesores con bajos sueldos son secuestrables, pero ellos sabían que el verdadero peligro moraba en esta casa.

¿Cómo podía permitirles tanta frialdad ante mi tristeza, tantos besitos en los vecindarios de tus orejas? Para impedirlo fui distribuyendo una mirada de domador de leones, algunas frases dichas como quien rechaza las injusticias de la vida, un par de codazos genéricos a los que agarraban los pasapalos de a dos, un empujón a los más melosos, y una clara amenaza de tormenta especialmente

dedicada a nuestro lúbrico director de la Escuela de Letras. Con ese arsenal logré acortar la reunión y solo llegaron a engullirse las primeras capas de tequeños y algunas minilumpias.

Sé cómo ser un incalable. He aprendido a ajustar mis insultos al perfil del contrincante, según se incline hacia la confirmación de la sombra paterna o hacia una juventud irrecuperable; soy capaz de destruir un argumento sin importar que se base en meras quimeras o en rigurosos hechos recién comprobados; puedo inmiscuirme en la vida de las parejas en franco deterioro o en adulterios que apenas comienzan. Todos se incomodaban cuando me acercaba con una pregunta que exudaba mi repelencia al nuevo pénsum; resentían mi constante violación del espacio personal, la manera de colocarles la mano en el hombro y dejarla allí por más tiempo del que permite la etiqueta de un encuentro entre colegas.

Mediante esta cruzada contra las eminencias del profesorado nuestro hogar ahora se encuentra listo para resistir cualquier asedio. En la última de mis guaridas han quedado bandejas de quesos plisados en amplios círculos, capas de embutidos que van desde el morado mortuorio de *labresaola* hasta el rosado mate de la mortadela, todas en la misma formación solapada y centrífuga con que salieron de La Alicantina. Debajo de estos estratos están los cajones de latón blanco donde retozan las promiscuas lechugas acosadas por fálicos pepinos, y otra cosa: ¿para qué tanto perejil? Son las compras que hiciste para dejar provisto a tu marido por dos meses, que seguro irás extendiendo a un semestre, para luego sacar un doctorado en un irreversible «Para siempre».

Durante sus correrías proselitistas por la fiesta, el director jamás logró engañarme ni escabullirse. Yo sabía a qué venía y lo tenía en la mira. Pensé en envenenarlo cuando llegáramos a los dulces árabes, pues intuyo que la cicuta debe saber a pistacho. Quería que fuera una agonía lenta, con diarreas espasmódicas y esporádicas, de las que cesan por dos días pero luego te exprimen por diez, y unos equívocos exámenes de laboratorio que arrojarían divertículos errantes entre larvas asiáticas, y una muerte putrefacta como la de Herodes, a quien le daba cosquilla todo lo que tocaba, hasta tomar agua, y emanaba hedores por la lengua que alejaban del lecho mortuorio a las más abnegadas enfermeras.

Vi cuando el sujeto te saludó con un beso de mamífero que dejaría en tu mejilla un halo de baba brillante, mientras utilizaba como arbotante una mano en la base de tu cuello para que aguantaras primero el empuje y luego la succión. También lo pillé volviendo a servirte vino en una copa que aún estaba por la mitad, sugiriendo que quería desbordarte, o llenar lo que ya ha llenado, o estar dentro de ti. Son tan sugerentes y espirituosas las metáforas que contengan

líquidos, sea el mar, las lágrimas, las crecidas, las mareas, los manantiales o unas gotas de rocío en la hoja de una bromelia. Y yo no hallaba dónde meter las manos que se arqueaban como si ya estuvieran alrededor de su garganta y luego en la tuya. Me avergüenza pensar que a la mañana siguiente toda esa iracunda pasión terminaría estrangulando un vacío pote de champú.

¿Qué tanto te costaba exhibir por una noche tu porte de señora honorable y revisar de cuando en cuando las miradas del mejor de los esposos, los estiramientos de mis cejas, las señales que mis dedos te hacían desde mis bolsillos? ¿Cómo te atreviste a aceptarle a mi rival medio tequeño? ¿Te costaba tanto tomarlo tú misma de la bandeja? ¿No entendiste que su intención era colocártelo directamente en la lengua? ¡Y tuvo la osadía de introducirlo! ¿Nunca le explicaste que tu marido es un agnóstico y no cree en la comunión? La otra mitad se la había tragado el omnívoro director y ya estaba hurgándose los dientes con la lengua.

Justo después de ese momento has podido rozarme por un instante, acercarte con un murmullo, ofrecer un guiño microscópico, un pensamiento involuntario, un gesto que al no tener el sombrío sello de tus resentimientos me permitiera murmurar: «¿Será conmigo? ¿Querrá confesar que aún me quiere?». Y yo podría haberle dado una dentellada a mi propio tequeño y exclamar en algún rincón de nuestro invadido hogar: «¿Hay como un sabor a esperanza en el fondo del queso blanco?».

Pero nunca habría de llegar la esquivo dicha de ese roce. ¡Cómo te repelía mi cuerpo con tan solo tropezarnos en el umbral de la cocina! ¡Qué denso puede ser el aire que respiramos cuando se acercan nuestros rostros! Ni siquiera viste cuando bebí de la copa de vino que tú dejaste sin terminar. La giré hasta encontrar el punto justo donde se derramó en tu boca, bebí hasta el fondo de los fondos y relamí una última gota que tenía el sabor de tus labios y de mis lágrimas más ocultas.

Luché por mantenerme adherido al reino de lo amable, lejos de toda rudeza social. Si logré algo de calma, es porque el amor agita los bríos, pero lo hace con tanta fuerza que desenfoca, aturde y, gracias a Dios, paraliza. Solo así pude representar con decoro el papel de un marido furioso pero contenido, y pude limitarme a unas cuantas embestidas erráticas, algunas incluso graciosas. Pero nunca calculé que mis agresiones podrían resultar tan radioactivas. Mi aspecto era tan lúgubre que todos advirtieron la presencia en la fiesta de un marido a punto de estallar y se marcharon haciendo más larga la noche que nos quedaba hasta la madrugada, cuando alcanzarías tu vuelo y comenzaría tu desaparición.

De: El buen esposo (Alfa, 2013)

Escritores famosos, de Alberto Barrera Tyszka

20/ 11/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Cuando Hugo Chávez ganó las elecciones, Arismendi nos citó a todos en la biblioteca. El martes en la noche en la biblioteca, dijeron que dijo. Arismendi dirigía el taller de narrativa en la Escuela de Letras de la Universidad Central. Era flaco y alto, no huesudo, que es lo que sigue cada vez que alguien describe a un flaco alto. Arismendi tampoco fumaba. Ni tenía éxito entre el alumnado. Ese semestre, en el taller, nos habíamos inscrito diez estudiantes y, ya para ese martes en la noche, sólo quedábamos seis.

—¿Ustedes quieren llegar a ser escritores famosos? —preguntó.

Nadie supo qué contestar. Nadie supo a qué venía la pregunta. Jorge y yo nos miramos, como desdoblado una duda. Creo que en el fondo estábamos intimidados. Eramos unos renacuajos de 18 años, sin demasiadas experiencias, un apenas que se estrenaba en la universidad. Y, sin embargo, Arismendi insistió: ¿quieren o no quieren ser escritores famosos? Dijimos que sí. Como niños a los que se les pregunta si saben qué es un coleóptero. No queríamos quedar mal.

Arismendi veía, en la nueva y peculiar circunstancia política del país, un pasaporte maravilloso, una ruta directa a nuestra probable gloria literaria. Según sus cálculos, más temprano que tarde, la revolución bolivariana obligaría al mundo a poner sus inestables pupilas en Venezuela. ¡Por fin nos había llegado una gran oportunidad! Debíamos comenzar a escribir, de inmediato, relatos de resistencia, dramáticos episodios de perseguidos latinoamericanos, narraciones cargadas de una difícil heroicidad en lucha permanente contra la amenaza totalitaria. Tenemos que recuperar la tensión entre la intimidad y la tragedia histórica. ¿Alguno de ustedes ha leído a Marina Tsvietáieva? Les voy a traer un libro de ella para que vean. Arismendi tenía un entusiasmo de acero inoxidable. Pensaba firmemente que debíamos seguir el ejemplo cubano. ¡No te digo yo un Cabrera Infante o un Reynaldo Arenas, pero la cantidad de escritores de quinta que a cuenta de Fidel están en Miami, en Berlín o en Barcelona! ¿No lo entienden? ¡Este es nuestro momento! ¡Un chance así sólo se presenta una vez en la vida!

Al principio, Jorge y yo pensamos que Arismendi se había vuelto loco. A Jorge lo conocí el primer día de clases. A los dos nos gustó Mariana, hasta que descubrimos que a Mariana le gustaba Angélica. A partir de ese tropiezo, de ese

agujero en el orgullo, comenzamos a hacernos amigos. Fue él quien me contó sobre Arismendi. Es un escritor sin mucha suerte, decía Jorge. No era un tipo demasiado conocido. Había ganado un premio de narrativa en 1986, un dudoso concurso de provincia, convocado por la Asociación Nacional de Ganaderos alrededor de un único tema: “Motivos Rurales”. Tenía una novela publicada que, por suerte, decía Jorge, había pasado por debajo de la mesa. Sin embargo, era frecuente verlo como jurado de diversos premios literarios. Jorge tenía su propia teoría para explicar el asunto. Arismendi, con notable frecuencia, llena todos sus textos con citas de los clásicos. Como si, más que contar algo, quisiera mostrar que quien escribe es un hombre muy culto. Eso decía Jorge. En cualquiera de sus narraciones, siempre aparecen referencias a autores y obras importantes de la literatura universal. Arismendi escribe frases así: “Y entonces, Cheo Camejo se sintió, de pronto, igual que Laurence Sterne al llegar a Calais”. De esa manera, poco a poco, comenzó a hacerse fama de ciudadano que ha leído mucho, dueño de una frondosa cultura, de persona ideal para el oficio de jurado de concursos.

Aquella noche, después de la propuesta de Arismendi, Jorge y yo nos fuimos a beber. Casi siempre íbamos a alguno de los bares de ficheras que quedan cerca del antiguo terminal de autobuses, en los bordes del centro de la ciudad. Ese tipo de locales deplorables le encantaban a Jorge. Es una cuestión de honestidad, decía; esto es lo que nos merecemos, repetía sonriendo, mientras pedía más cerveza y otra caja de cigarrillos, por favor. En aquellos días no se hablaba de otra cosa sino de política. El país completo estaba intoxicado. Para Jorge, Chávez era un farsante, un payaso. Yo, en cambio, había votado por él en las elecciones. Creía en su discurso en contra de la corrupción, en contra de los privilegios ¿Cómo un país tan rico puede tener más del 60 por ciento de su población en condiciones de pobreza? Es igualito a los otros, ya verás, decía Jorge. No seas pendejo, algo así respondía yo. La madrugada nos sorprendió, descuidando la discusión y mirando a dos de las mujeres que trabajan en el lugar. Estaban ebrias, sentadas alrededor del inodoro del baño, medio abrazadas. No se podía precisar qué hacían ahí. Quizás alguna de las dos acababa de vomitar. Ambas parecían mareadas. Tampoco podía saberse si reían o lloraban, si reían y lloraban, todo al mismo tiempo. Una era gordita y de poca estatura. Vestía unos shoes negros y unas botas baratas. La otra era morena pero yo la recuerdo muy pálida, quizás estaba enferma. Tenía el pelo ensortijado y una sonrisa melancólica. Un borracho, afuera, junto a la barra, las esperaba. Parecía furioso. Mostraba su impaciencia haciendo sonar una botella de cerveza sobre el mostrador. Les gritaba algo que ya no recuerdo. Pero las dos mujeres seguían igual, sin hacerle ningún caso. A veces se agarraban de las manos. Con las nalgas pegadas al piso, como dos morsas sin pasado, sin edad, vencidas por la luz del bombillo que guindaba desnudo del techo del baño.

Fue en un instante, cuando la gordita ladeó la cabeza y de pronto reparó en nosotros. La puerta del baño estaba entreabierta y, desde su posición, parecía que la mesa junto a la que Jorge y yo estábamos de repente se hubiera detenido frente a sus ojos. Con un gesto, casi risueño, nos preguntó si podíamos ofrecerle un cigarrillo. Ese ademán mínimo fue suficiente: el borracho rompió la botella contra el borde de la barra y se quedó con un trozo de vidrio en la mano. Yo me incorporé rápidamente, no sé muy bien para qué. En realidad no iba a pelearme con el borracho. Quizás me paré con la intención de salir huyendo, pero tampoco lo hice. Me quedé de pie, mirando las botellas de ron que estaban en el estante detrás de la barra, mientras el encargado del lugar y otro sujeto trataban de controlar al borracho, y las dos mujeres reían o lloraban, y se abrazaban de nuevo, apoyando los codos en la taza del excusado.

—¿Tú crees que así vas a llegar a ser un escritor famoso?, preguntó Jorge, en medio de una carcajada, cuando salimos del bar hacia la noche.

Una semana después, Arismendi ya estaba organizando nuestro futuro libro, una antología del novísimo cuento rebelde venezolano. Ahí, en esas páginas, estaríamos todos, es decir, los seis que formábamos parte del taller, y el mismísimo Arismendi, quien aseguraba estar trabajando ya en un par de cuentos.

Seguía vehemente, aunque nos pedía discreción: no vaya a ser que nos roben la idea, ¿ah? Arismendi llegaba a cada encuentro con enormes cantidades de material para nutrir nuestra inspiración. ¿Vieron lo que salió en la prensa? ¡Con la nueva constitución se alargó el período presidencial y se aprobó la reelección inmediata! ¿Alguno escuchó el discurso de anoche? ¡Cinco horas, carajo! ¡Estuvo cinco horas hablando! A mí me late que ése podría ser un buen tema: ya Chávez ha realizado tantos viajes al exterior que se calcula que, este año, le ha dado la vuelta al mundo tres veces. ¡Esto no es una revolución! ¡Es un lujo petrolero! No, no es algo que yo les quiera imponer, pero se me ocurre: cada vez que el Presidente dice que quien no está con él, está contra a él, recuerdo la gran tradición literaria latinoamericana de la narrativa del dictador. Sólo es una sugerencia.

Hasta que, una tarde, Jorge dijo que no, que él, más bien, sólo quería escribir un relato sobre su padre. A Arismendi se le arrugó el páncreas. Jorge ni se dio por enterado. Su padre era un pensionado del Seguro Social. Tenía casi ochenta, mala salud y peor humor. El cuento era, según Jorge, sencillo: con el paso de los años, su padre se había ido convirtiendo en un hombre desconfiado, con un gran temor ante lo que lo rodeaba. Ese miedo lo había ido llevando a tener una relación enfermiza con el dinero, con el escaso dinero que tenía. Obsesionado, caminaba todos los días hasta una agencia bancaria, cercana a su

casa, con la intención de constatar que sus ahorros seguían ahí: en la cuenta que le había dado el Seguro Social. No había manera de convencerlo de lo inútil y descabellada que era tal acción. Se ponía peor: empezaba a sospechar que por una oscura intención estaban intentando evitar que fuera al banco. Algunas veces llegó a hacer el mismo viaje y el mismo trámite dos veces: mañana y tarde. El desenlace de la historia tenía que ver con la mañana en que el padre de Jorge, saliendo del banco y en plan de regresar a su casa, se detiene frente a un espacio, una breve habitación rodeada de vidrios, donde hay cuatro cajeros automáticos. Mira el lugar como si lo mirara por primera vez. De repente, parece tocado por una iluminación. Como encandilado ante un hallazgo superior, observa cómo la gente consulta su saldo en pequeños papelitos que luego tira al suelo. Aprovecha, entonces, la salida de un cliente para introducirse en el recinto. Desde entonces, cada día, pasa varias horas ahí, recogiendo con algún disimulo los papeles del suelo y leyéndolos rápidamente. A veces sonríe. Otras, con cierta rabia, devuelve el papel al suelo. En ocasiones se guarda alguno en el bolsillo de su pantalón. Y eso es todo, dijo Jorge.

Nos quedamos por unos instantes en silencio. Yo le pregunté si la historia era real. Jorge tan sólo asintió. Arismendi, algo incómodo, le preguntó si su padre era chavista. Mi padre no sabe en qué país vive, contestó Jorge.

Cuando terminó el semestre casi nadie había terminado su cuento. Arismendi dejó la universidad, o tal vez lo corrieron, quién sabe. No lo volví a ver sino tres años después, en el entierro de Jorge. En todo ese tiempo, la situación en Venezuela había empeorado de manera catastrófica. Más que un país éramos un naufragio. Los setenta y cinco mil millones de dólares que, gracias a los altos precios del petróleo, recibió la revolución bolivariana, habían pasado a formar parte del eterno arte de las evaporaciones de nuestra historia nacional. El país estaba en quiebra. Teníamos casi dos millones de personas desempleadas. Los índices de pobreza no habían variado. Las denuncias de casos de corrupción se multiplicaban lujuriosamente. La única obra palpable del gobierno era un nuevo avión presidencial. Aun así, el discurso de Chávez continuaba siendo un grito de guerra. La sociedad estaba radicalmente dividida. Sólo se podía ser chavista o anti—chavista. La violencia era como una humedad que nos empapaba a todos, que nos envolvía, contenida pero en guardia, siempre a punto de. Se decía que desde el gobierno se organizaban brigadas armadas para enfrentar a cualquier disidente. Colgada en un lugar cercano al palacio de gobierno, firmada por las células bolivarianas, una pancarta decía: “No nos asusten con la muerte porque somos amantes del martirio”

El 11 de abril, una multitudinaria marcha, convocada por la sociedad civil, fue atacada por las balas de unos francotiradores. Murieron 18 personas. Una de ellas fue Jorge. Yo no estaba ahí, no fui a la movilización. Me enteré de todo a través del noticiero. Me enteré de Jorge porque un amigo me llamó. En esos momentos todo era confuso. Como si el país se nos hubiera perdido detrás de los párpados. El improvisado alzamiento, torpe y autoritario, no duró tres días. Cuando los militares le devolvieron el poder al Presidente, nadie entendía qué pasaba. Un video le mostró al mundo a algunos de los que dispararon desde un puente en contra de la muchedumbre. El Presidente aclaró que se trataba de un caso de defensa personal. Cuando estábamos en la morgue, esperando el cadáver de Jorge, un funcionario, algo apenado, nos dijo que todo había sido una lamentable casualidad. El disparo ha podido darle a cualquier. A ti, a mí, a cualquiera. Mala leche.

Pocos meses después vi la reseña en los periódicos. Arismendi presentaba un libro de relatos. Por fin aparecía una foto suya —flaco, alto, no huesudo— en la portada de las páginas culturales. No fue difícil deducir que había persistido en su objetivo: el libro se llamaba “Días de sangre”. El titular de la prensa anunciaba que eran “historias de un país en resistencia”. La presentación se realizaría el 11 de julio, en la noche y en una importante librería, como parte de los actos de conmemoración de la masacre del 11 de abril. Hernán Martínez, un dirigente de la sociedad civil opuesto al gobierno, tendría la responsabilidad de ejecutar las palabras de honor. Prohibido olvidar.

Llegué tarde a la librería. Había un grupo bastante grande de personas. Casi todos hablaban sobre el éxito de la marcha que se había realizado ese mismo día. También había vino. En una mesa, en una esquina del local, estaban dispuestos pequeños grupos de libros, alrededor de un cartel que repetía el titular de la prensa: “historias de un país en resistencia”. Tomé un ejemplar y lo hojé de manera rápida. Como pellizcando con la vista cada título, el inicio de cada relato. Hasta que llegué al séptimo cuento. Se llamaba “Saldo en Rojo”. Era la historia que había escrito Jorge, la historia de su padre yendo al banco, anclado en una pecera llena de cajeros automáticos, recogiendo papelitos. Arismendí había maquillado el relato, agregando, además, la propia experiencia de Jorge, inventando que el anciano era antichavista, un héroe asesinado en la marcha del 11 de abril. Casi se me cayó el libro al suelo. Como una piedra. Estaba paralizado. No sabía qué hacer. Alcé la cara y traté de buscar con la mirada a Arismendi. Nunca lo vi. Luego oí que alguien comentaba que una juez acababa de dejar en libertad a los francotiradores que hacía tres meses habían disparado, desde el puente, en contra de los manifestantes. Así le respondía el poder a la

oposición. Sentí la lengua llena de óxido. Salí. La noche sólo fue un aliento verde.

Tomé un taxi sin saber muy bien a dónde ir. Media hora más tarde me encontraba en ese bar de ficheras, cerca del antiguo terminal de autobuses, sentado en la misma mesa de aquella noche. El lugar estaba casi vacío. Ni siquiera había muchas mujeres. La puerta del baño estaba cerrada. No había ninguna gorda con shores y botas baratas. Tampoco una morena pálida. Ni un borracho impaciente. Pero eso era lo único que yo quería ver, lo que estaba buscando. Que ahí estuvieran, honestamente borrachas, con las nalgas pegadas al frío del suelo, casi abrazadas al altar del inodoro, vomitando, riendo o llorando, riendo y llorando, todo al mismo tiempo. Así me quedé, como esperando un instante, un movimiento sin sentido, el simple gesto de pedir un cigarrillo. Esperando oír los gritos de cualquier hombre perdido en una barra, la botella quebrada, una esquina de vidrio jugando a ser puñal, unas mujeres mareadas bajo la desnudez de un bombillo. Y yo de pie, mirando un estante lleno de botellas de ron. Y yo, sólo así, sin entender nada, sin saber qué hacer, si quedarme o huir, sin saber en qué país vivo.

Del libro: **Crímenes (Anagrama, 2009)**

04/ 03/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

El doctor W. H. Stokes, del Instituto Mount Hope para Dementes, afirma acerca de la locura moral: «Otra fuente fecunda de trastornos mentales de esta especie parece encontrarse en un indebido exceso en la lectura de los numerosos relatos novelísticos, que tanto han proliferado en la prensa en los últimos años, y que tanto se han multiplicado por todas partes, con el efecto de viciar el gusto y corromper la moral de los jóvenes. Los padres nunca serán demasiado cautelosos a la hora de preservar a sus jóvenes hijas de esta perniciosa costumbre».

De una noticia de 1849

Llamadme Don Juan. Porque ése es mi nombre.

Antes de comenzar mi relato, debo decir unas pocas palabras que justificarán los hechos que estoy a punto de narrar. He meditado profundamente cada una de las frases de mi historia, y a nadie extrañe si parece que hablo de memoria, como si mis palabras hubieran sido repetidas una y otra vez desde el principio de los tiempos, porque lo que he de contar forma parte de mí mismo y es como si describiera la forma de mi mano derecha mientras la observo. Llevo mi historia pegada a mí como otros llevan los ojos o la forma de la cara.

He defendido aquello en lo que creo y no he dado mi brazo a torcer a pesar de que la razón estuviera del otro lado. Si en una época pertencí —lo confieso— a esa especie del género humano capaz de engañar al más débil de los inocentes —una mujer enamorada— sin que ninguna parte de mi cuerpo y de mi alma sintiera el más leve escozor sino, al contrario, agregando gozo en el ensañamiento, que aumentaba en la medida en que *a)* la víctima fuera ingenua en grado superlativo absoluto y/o *b)* el engaño se extendiera por tiempo más que suficiente y mejor si retardado; también es cierto que, a pesar de mi malvado comportamiento, el mismo me llevó —por hastío o por conciencia, qué sé yo— a convertirme en lo que soy ahora: un santo. Y lo que a continuación leeréis no es sino el testimonio sincero de un hombre arrepentido y con justicia castigado. Prestad atención, pues, y si sois buenos cristianos y aún confiáis en la recuperación de los santos lugares, ahora en manos de los infieles, juzgad mis acciones con menos severidad de la que yo tuve en su momento para condenar a

todos cuantos se me acercaron cuando aún vagaba por el mundo sin la conciencia que da el dolor de la pérdida.

Soy don Juan, y creo merecer al menos el beneficio de vuestra atención, pues nadie antes —y espero que nunca nadie *después de mí*— ha tocado el cieno del fondo con tanta concupiscencia como yo. Ni nadie después de mí puede decir que ha visto el rostro de la muerte de tantas y tan variadas maneras, desde el éxtasis orgásmico de las novicias hasta la sonrisa agusanada de las calaveras. Consigno aquí esta historia (especie de diario de una época desquiciada, que pudo ser escrito por mí, por cualquiera, por ninguno) para conjurarla y evitar su inútil repetición, si acaso no es el tiempo un anillo cuyas caras se comunican por un misterioso azar, para mayor gloria del Altísimo y su madre de mil dulces rostros. Lo que ocurre aquí no debe repetirse porque ya lo hace dentro de mi cabeza noche tras noche.

Os dejo penetrar en mi vida, pues, y acallo mi lengua, ahora sólo autorizada para el canto de loas y maitines. Salud.

I

Esa mañana habíamos recogido el último cadáver y estaba particularmente hinchado. Tanto, que cuando el vigía lo detectó creyó que era un hatajo de ropa de los que dejan caer los gitanos vagabundos en muchas ocasiones. Cuando los ojos saltones del muerto nos miraron supimos que se trataba de otro ajusticiado. Uno de nuestros Hermanos, novato en estas lides, lloró de consternación al comprobar que sus manos, atadas a los pies, dejaban adivinar el forcejeo de aquél que despierta en medio del Gran Río, sereno y caudaloso. Nadie quiso tranquilizarlo porque es más fácil si se acostumbra por su cuenta a la idea de no ser el mismo después de presenciar esta pena de muerte. Tal vez las nuevas leyes deroguen esta absurda costumbre de dormir a los criminales antes de arrojarlos a las aguas. Al hermano novato todavía le falta la prueba (más terrible) del ahorcado, cuyos ojos se apagan con frenesí y su miembro endurecido es una herramienta sin fin. Si no fuera por nuestra Hermandad, el Gran Río sería un canal pestilente, un túnel hacia el Hades de la tristeza. Y un foco efervescente de epidemias. Hace unos años, la soberbia me tomó en sus brazos ordenándome suprimir La Hermandad que dirijo como venganza a los insultos de los ichbiliahni, que recordaban mis excesos del pasado sin piedad:

—¡Hipócrita! ¡Fariseo!, —me gritaban, sin saber que mi trabajo los mantenía alejados del aire que ennegrece la sangre y carcome las pieles más sedosas, que sin mi trabajo la peste que asola otras ciudades menos afortunadas hace tiempo habría hecho estragos en la nuestra. Si me hubiera dejado arrebatarse por la soberbia, como antaño, hoy Ichbiliah sería la necrópolis más grande del planeta. Porque hay que recordar que una ciudad no la forman sus murallas ni sus casas ni siquiera sus monumentos y sus iglesias, sino el número de brazos dispuestos a protegerla, y eso no sería posible en una ciudad llena de enfermos y apestados.

Creo, por el contrario, que nunca he sido hipócrita. Mucho menos ahora, cuando mis fuerzas están dirigidas a hacer de nuestra Hermandad la encargada de dar los últimos pasos al lado de los condenados y los suicidas. Así como mi cuerpo vagó tantas noches por las estrechas calles de Ichbiliah en busca del regazo aún no usado de las doncellas para hollarlo como el pájaro holla la fruta madura; y a causa de la búsqueda de esa virgen que la celestina de turno tuviera amansada con las más inverosímiles zalemas (“el néctar que probarás, hija mía, borrará de tu mente todo árido pensar, y ninguna lectura, por fantasiosa que sea, logrará hacerte subir tan alto y sentir tan hondo”, inventaba la vieja ladina); a causa de esto, repito, mis piernas anduvieron calzada tras calzada prestas a trepar, sin alma y sin miedo, buscando la inocencia de la novicia y el almizcle de un sexo sin usar; asimismo mi espíritu recorre ahora la ribera del río, los ojos muy abiertos, escudriñando el paradero de algún desdichado harto de vivir como el toro de la plaza sin saber cuándo, ni cómo, ni dónde.

Mi trabajo es ingrato, lo sé; pero satisfactorio. Porque sólo uno que haya visto tan de cerca el amor y la muerte, puede acceder a la visión de un alma condenada ascendiendo al cielo, recibido por ángeles y Tronos poderosos que mantienen la mirada fija en el Señor. Lucho, no obstante, contra mi vanidad para evitar sentirme el elegido para ir a lo más hondo del Infierno y luego mantener trato con los querubines. Es la humildad lo que permitía mi transformación. De todas las cosas emanaba un olor a santidad que me indicaba que iba por el camino correcto, que mis desvelos a la orilla del Gran Río tendrían su recompensa en el Paraíso que nos ha sido prometido. Y por ello yo soportaba los rigores de mi trabajo con la alegría de quien cuida de un rosal. Todo iba según lo acordado hasta esa noche. Esa noche en que recorría la orilla en solitario, sin más compañía que el sonido de mis pasos sobre la calzada y mis pensamientos cuyo redoble me sumía en una ceñuda meditación. Dejaba que mi cara sintiera el frescor que suelen los ríos proporcionar a los hombres en las regiones particularmente cálidas. El verano era mucho más prieto sobre todo a la luz láctea de la luna, que flotaba sobre la superficie del agua con la misma

inmoralidad como se derramaba sobre mi sombrero, mi capa y mi bastón. A cada paso mío, mi sombra se adelantaba durante un mínimo instante sólo para calzar perfectamente con la forma de mi bota. La orilla del río chocaba con las defensas y los horcones de madera que delimitaban el cauce fluvial. Eso solamente, y nada más.

Cortada por el brillo del astro, una figura toda blanca apareció delante de mí y me sacó bruscamente de mis cavilaciones. Se balanceaba con suavidad, como si formara parte del viento. Mil pensamientos pasaron por mi cabeza, el primero de los cuales fue decididamente religioso: aquella figura era la Virgen de La Macarena que, para premiarme, se me aparecía ofreciéndome su protección. Por un instante creí lavados todos mis pecados; incluso creo que llegué a gritar,

—¡Guapa, guapa, guapa!,

antes de percibir que, a juzgar por el atuendo, sería un alma en pena, un ser venido de los más profundo del horco, quizás alguna de esas pobres diablas que tuvieron la mala suerte de conocerme cuando aún mi cuerpo vagaba ávido como vampiro, zorro en la cueva.

Temblé.

Una especie de rayo estremeció mi piel y, rápidamente, mientras me iba acercando, agucé la vista, no fuera a ser que su rostro me recordara a alguien y, gritando su nombre, obtuviera de este espíritu penitente un poco de clemencia.

—¡Te exijo que me digas quién eres, espectro!,

aullido inútil porque muy luego reflexioné que bien podría tratarse de uno de esos elfos o espíritus de los ríos que, enojado por mi empeño en rescatar los cuerpos exánimes de las aguas, venía hacia mí con la intención de que lo acompañara al lecho fluvial para siempre. Mis piernas se dirigieron con paso firme hacia la figura, a pesar de que tiritaba a causa de mis pensamientos.

Que me tenían muy ocupado, pues no fue sino hasta ese momento cuando me percaté de la pérdida del farol que me alumbraba. La claridad se debía solamente al brillo intenso de la Luna. De lo cual concluí que me enfrentaba a un espejismo lunar, tan parecidos a los que el sediento experimenta en el desierto por los efectos de los rayos solares. Convencido de ello, una melodía marinera llegó hasta mis labios, más rápido que a mi mente:

—*Cuelga el cuello de la horca
como cuelgan las banderas,*

*llora huerco el marinero
cuando ya no ve fronteras...*

Apenas pude recitar los primeros versos, porque al punto unas campanitas tintinearón, con lo cual deseché la idea del espejismo. Alguien vestido de blanco se balanceaba a la orilla del río y tañía campanitas. ¿Era el fantasma de alguno de mis muertos que regresaba para atormentarme?

Al volver en mí, calculé que ella estaría lo menos a cien codos de distancia, porque tantas cosas no se pueden pensar en tan corto espacio. Muy cerca de ella, un acontecimiento me paralizó por completo: la mujer, sin dejar de balancearse, giró la cabeza, o me miró con sus ojos brillantes, amarillos como de conejo enfurecido, y esbozó un principio de sonrisa antes de dejarse caer en el río. Tarde comprendí que esa mujer se suicidaba, aunque a mí me pareció que regresaba a su lugar de origen, cual si fuera una sirena. Esperé un instante verla nadar hacia la oscuridad, pero tardé demasiado en darme cuenta de que pedía auxilio ante la proximidad de la muerte.

Solté el bastón, dejé caer mi capa —mi fina capa de paño verde— y me lancé al agua. Tras un forcejeo, logré salvarla de las corrientes internas del río, ese asesino recatado. Al colocarla sobre el suelo aún estaba inconciente así que, para protegerla del castigo que implica el suicidio (por este intento un juez la condenaría a vivir en un convento el resto de sus días), la cargué en mis brazos y la llevé en mi carruaje al Alto de meditación que preservo por los lados de la plaza de toros. La tela blanca de su túnica se pegaba a ella y parecía una escultura a la que le diera el aire. Aún en esas circunstancias mi lascivia no amainaba, y mientras la escondía disfruté de sus muslos firmes y de los pezones enormes que sobresalían por entre las telas mojadas. Tantas veces cargando con los pesados cuerpos de los ahogados me hicieron sentir que en vez de una mujer desmayada trasladaba a un pajarito que hubiera chocado contra una pared. Húmeda y todo, pude percibir que su aroma me hablaba de una mujer venida de muy lejos, lo que ya suponía, porque ninguna de nuestras muchachas sería tan tonta como para lanzarse al río en busca de la muerte sabiendo que, si sobrevive, el castigo es mil veces peor que perder la vida.

Al sentirla segura en mi lecho, envuelta en mantas y respirando apaciblemente al calor de la pequeña chimenea, pude detallar su rostro bello y extraño. Respiraba con poca dificultad, y entre sus labios abiertos pude observar unos dientes desalineados que en su cara no lo parecían. Eran alucinantemente feos. De inmediato comprendí que éste era uno de esos rostros cuyo mérito radica en la frágil y milimétrica posición de unos cuantos elementos sin gracia al lado de enormes trazos de belleza en estado puro. No en balde en mi vida de

truhán fui considerado un maestro en la descripción exacta de cada mujer, bella si se sabe degustar. El rostro de ésta, podría decirse, era perfecto en su imperfección, horriblemente hermoso. Por la concentración sentí vivos deseos de probar sus labios, pero el amargo recuerdo de mi pasado me sostenía con crueldad, a pesar de mi tendencia natural a aprovechar situaciones así. Su respiración invitaba a libar.

De pronto, tocaron la puerta.

La habitación donde estábamos se convirtió por obra de ese sonido en una jaula donde ella y yo estábamos atrapados, porque no había un lugar propicio dónde esconderla a ella, y si alguien había visto cómo se lanzó al agua y cómo yo fui detrás de ella para salvarla, estaríamos sin duda en grandes aprietos. ¿Quién tocaba la puerta? ¿Acaso a esa hora de la noche había ciudadanos merodeando por la ribera del río, tal como lo hacía yo buscando los despojos de la gente que no quiere vivir más? También podría tratarse de un compañero de la Hermandad, pero en ese caso tendría que dar otro tipo de explicaciones. O gastar algo de dinero comprando su silencio. La habitación donde estábamos se convirtió en una jaula de oscuros presagios.

Volví bruscamente a la realidad y el peligro que esta pobre mujer y yo correríamos si lo ocurrido se hacía público. Mi primer impulso fue apagar la vela al lado de la cama. Tal vez la oscuridad espantaría al visitante, pero deseché la idea porque seguramente ya habría visto la luz desde afuera. Así que me levanté asido a mi espada y pregunté,

—¿Quién es?,

sin abrir la puerta ni acercarme mucho. No había manera de esconder a la mujer que seguía dormida, porque mis mermados recursos sólo me permitían tener un Alto de una sola estancia, suficiente para mí cuando vengo a meditar pero demasiado inapropiado en este momento.

—Soy yo, don Juan. Soy Gerónimo. Vi luz y quise venir para saber si algo se le ofrecía. Ábrame.

Era mi criado. Medité un momento y abrí. La escena perturbó inmediatamente a Gerónimo, típica reacción de un natural de Marinadela; sus ojos casi se salen de sus órbitas al ver cómo subía y bajaba serenamente el pecho de la que dormía, pero de inmediato lo disimuló. Yo encendí otra vela para poder verle la cara. En eso, la mujer comenzó a despertar. O fue lo que supuse porque empezó a murmurar algo inentendible. Gerónimo se sentó con insolencia a

esperar una explicación. Un poco airado por la actitud desafiante del criado contesté:

—Sabes que eres el sirviente más antiguo que conservo, desde mi conversión. Mi agradecimiento hacia ti es infinito (te lo he dicho tantas veces ya) por ofrecerte a ayudarme en la Hermandad. Los grandes filósofos de que me has oído hablar se refieren a las personas de tu condición como los simples; tienes suerte de ser uno de ellos. No debe de ser algo sencillo, porque las cosas no siempre tienen una explicación fija. Es algo que nunca podré hacer. Entre tú y yo hay años de amistad que no ha sido razón suficiente para que me dejes de ver como tu amo y de sentirte mi siervo; eso tiene que mantenerse. Somos una especie extraña de hermanos, Gerónimo, y quiero que sepas que te tendré a mi lado. Hoy, sin embargo, ha sucedido algo que nos unirá por siempre. Esta mujer se lanzó al río y no lo debes repetir. Hay una cierta clase de piedad que sella nuestros labios, y por eso es muy importante que nadie se entere de lo que ocurrió esta noche. Si tienes algún respeto por el nombre de mi familia, mañana esto no existirá en tu mente.

Gerónimo partió en silencio y no sé si entendió algo de lo que le dije o se iba con el corazón ofendido: el buen nombre de mi familia estaba involucrado y eso era suficiente para él. A su manera, cree ser parte de mi linaje.

Ya a solas, volví a la muchacha que deliraba, hirviendo en fiebre. Puse algunas compresas en su frente y me senté a esperar. Al rato, escuché pasos de caballo y un carruaje: al asomarme vi a Gerónimo que me esperaba a la entrada del edificio. De él bajé con la mujer en brazos. La monté con cuidado y partimos. Mi sirviente no volvió a pronunciar palabra ni esa noche, ni muchas noches después, en lo que yo interpreté como una clara manifestación de protesta. Al parecer, también los sirvientes saben cavilar en la soledad de sus mentes.

Gerónimo condujo el carruaje hasta la olvidada casa de recreo que mi madre solía utilizar en Marinadela, apartado rincón de Ichbiliah donde había nacido mi criado. Desde la muerte de mamá ya casi nadie visitaba la casa, mi sirviente sabía que era el sitio perfecto para esconder un par de días a la muchacha. Gerónimo la cuidaría y yo podría regresar a la Hermandad. A recoger los cadáveres del río.

Cuando la muchacha volvió en sí, había un consomé esperando por ella en el caldero. Me miró y volví a ver los ojos brillantes que me paralizaron a la orilla del Gran Río. Le sonreí un poco, con la intención de despertar su confianza; mas esa noche no habló. Después de un forcejeo que no podía ser sino manifestaciones de un cuerpo debilitado y hambriento, accedió a quedarse hasta

el amanecer con Gerónimo y yo pude volver en el carruaje hacia la ciudad. La noche no había concluido, todavía podía haber un desdichado necesitado de ayuda, hinchado, flotando en la superficie del río como una nube que se deslizara por un cielo aceitoso y maligno.

Al día siguiente, la encontré en el portal, afanada con un rosal a punto de desaparecer. Levantó la cara sonriente empapada en sudor, y nada más. Gerónimo la miraba con desconfianza porque por esas tierras la superstición dice que quien se salva de un suicidio tiene relaciones con el Diablo. Sin embargo, no protestó cuando lo comisioné a quedarse a velar por su seguridad. Le di dinero y le expliqué que ya en Ichbiliah su familia la buscaba. Por lo que pude tratar con el padre, no se trata más que de un infiel de Bagdad cuyo único propósito es encontrarla para aplicarle lo que la Ley recomienda a las hijas fugadas: amputarles una mano y extirparles los ojos.

—Madurah—al—Lilaj la he llamado y es mi primera semilla, pero Alá es más grande, más fuerte y más poderoso, y debo obedecer las leyes de mi país, si la encuentro no debe contemplar nunca más la luz del sol, porque se ha convertido ya en una bruja y eso la vuelve peligrosa, —me dijo airado. Al parecer la chica no estuvo nunca de acuerdo con los preceptos del Profeta y había decidido —¿es posible tal aplomo en una infiel?— largarse a buscar la vida en el mundo cristiano. Pero a juzgar por su intento de suicidio las cosas no habían ido como esperaba.

La conseja popular reza que cuando un infiel muere en el regazo de un cristiano, muere cercado. Quizá ella quería morir alejada, libre del castigo de la ceguera y el estigma de la intolerancia. Cuadrillas de la Hermandad dragaron el Gran Río, porque yo insinué que podría yacer en su lecho. Esa treta nos hizo ganar tiempo. Sólo pudimos sacar al último criminal ajusticiado, que tenía las marcas típicas del que se despierta en el fondo de las aguas. Siempre parecen como si hubieran mantenido una agria pelea con los gatos del río, anfibios y de uñas afiladas. Pronto se cansaron de buscar a la muchacha y, desconsolado por desobedecer la Ley, el padre tuvo que regresar a la ciudad maravillosa. Madurah—al—Lilaj estaba a salvo de la severidad de su padre y la crueldad de mi gente.

A salvo y conmigo.

II

Me aficioné a ir por las tardes con víveres y dinero a mi casa de Marinadela, sin cruzar palabra con ninguno de los dos, ni Gerónimo enfadado ni Madurah—al—Lilaj de verbo gutural. Me conformaba con atender los secos y montunos reportes del sirviente, a seguir la melodía infantil que Madurah—al—Lilaj no cesaba de murmurar en su lengua misteriosa, conforme caía el sol, y a ver crecer cada vez más hermoso el antiguo rosal de mi madre, cuidado ahora por las expertas manos de la mujer mora. O contemplaba oculto a la muchacha revisando los libros femeninos que solían distraer a mi madre.

—¿Es que sabe leer?

A mi décima visita descubrí a Madurah—al—Lilaj recorriendo los pasillos de la casa. Se acercó y sacó uno de los libros de mi madre y dijo:

—Más libros.

—¿Por qué no habías dicho que sabías hablar castellano?

—Nadie me lo había preguntado, —contestó sin mirarme.

Al día siguiente llevé dos baúles llenos de historias, donde casi siempre había una maléfica hechicera hundida en los infiernos por el gallardo caballero, Amadís, Gandolín, quién sabe. A veces subía a una colina cercana a ver los sembradíos que se extendían por toda la comarca —y meditar.

Tenía mucha suerte si desde lejos, sentada en el pórtico, Madurah—al—Lilaj me vigilaba con el misterioso silencio que siempre guardó. Durante meses repartí mi tiempo entre Ichbiliah y mi casa campestre, que al poco tiempo se convirtió en el sitio de mi alegría. Regresaban a mi espíritu contenturas que creía perdidas. No me refiero a las pueriles alegrías que cosechaba cuando el amor daba sentido a mi vida, ni la emoción que sube hasta la cabeza cuando un adversario blande frente a nuestro rostro la espada que puede atravesarnos, no; ni me refiero a la viril satisfacción de enumerar los coños que se han rendido ante la fuerza de mis brazos y la potencia de mis nalgas, ni siquiera a la más vanidosa de todas las alegrías, la de saber que mi intelecto supera con creces las cortas ideas de mis contemporáneos. No. Las contenturas que volvieron a mi espíritu con las visitas a Marinadela eran de otra naturaleza, quizás más parecidas a la alegría del recién nacido ante la teta de la madre y la del niño que siente que la luz del sol en la mañana lo acompaña en forma de enanos que juegan con él y lo cuidan. Por momentos creí vislumbrar la pureza de un amor que nace sin ninguna atadura y con la sola esperanza de hacer feliz al prójimo, quienquiera que éste fuese. Después de tantos años vagando por los techos de las casas se había descubierto ante mí, con espontaneidad, que la auténtica razón de mi búsqueda era ésa, y que

el pobre ensayo que significaba trabajar en la Hermandad apenas era un pálido reflejo de lo que en verdad conformaba el sentido de mi vida. ¿Era la naturaleza? ¿La paz? ¿Hacer el bien a una desconocida lo que me ponía en este estado de ánimo? No quería reconocer lo obvio y entonces no supe dar un canal amplio a lo que se desarrollaba dentro de mí.

Para la chica era diferente. Aún no podía tener conciencia de lo que estaba por ocurrir. Ella se acercaba a mí paulatinamente, yo lo sabía —ciertas tretas no se olvidan, a pesar de mis años—. En algún momento pude detectar que se había establecido un nexo entre Gerónimo y ella. Era comprensible, ya que ellos vivían prácticamente solos. Sin embargo, ordené a Gerónimo buscar compañía femenina para Madurah—al—Lilaj, no me fiaba de él. A los días llegó Urquiza, joven y tersa como colibrí.

Al principio, no se gustaron. Madurah—al—Lilaj se encerró en su habitación y sólo salía a cuidar sus rosas. Esto preocupó a Gerónimo que también se cerró en su mutismo y dejaron a Urquiza aislada. Pero la niña era tan simpática y tan perseverante que varios días después escuché las risas de Madurah—al—Lilaj y Gerónimo en terna con la risa en staccato de Urquiza.

Mi acercamiento a Madurah—al—Lilaj aumentaba. Ella empezó a acompañarme a la colina, en silencio. Ocupaba el lugar desde donde divisaba toda la comarca, y ella se mantenía alejada, jugando con las margaritas, leyendo alguna loca historia. Intentando establecer conversación, le dije:

—De todas las flores, las rosas rojas son mis preferidas. Son los únicos labios que siempre están abiertos.

Me pareció una frase perfecta para engancharla en una conversación.

—En mi país hay flores que tienen sus labios abiertos todo el año, y flores que esconden los suyos en lo más íntimo de su tallo y otras que con sólo rozarlas se cierran y nunca más vuelven a abrir sus pétalos porque han perdido la confianza en el mundo y sus cosas.

—¿Tantas flores bellas hay en tu país?

—Más de las que pueda imaginar.

—Ya quisiera yo tener flores hermosas de tu país todos los días, flores como esas rosas rojas que nunca cierran sus labios.

Madurah—al—Lilaj esbozó una sonrisa diminuta y no contestó. Pero para mí fue suficiente prueba de que el camino que había emprendido llevaba a un

tesoro que ya conocía. A pesar de que ella no contestó inmediatamente, pronto vi transformarse el jardín de flores amarillas, blancas y rosadas en una colección uniforme e inmensa de rosas rojas, sembradas de tal manera que en verdad parecían un huerto de labios. Desde entonces, cada vez que iba a Marinadela, encontraba sobre mi escritorio una rosa roja, que de inmediato colocaba en un ojal de mi capa, como ósculo de Madurah—al—Lilaj. Estos paseos eran los únicos que me ayudaban a transmutar tantos ojos inyectados por la asfixia y el dolor, tantos ahogados tragados por el Gran Río, tantos recuerdos que roían mis pensamientos. Ya no quería ser truhán ni quería ser santo.

Urrequilla y Gerónimo trataban de no darse por enterados, aunque ya había oído rumores en el mercado —siempre a mis espaldas—. Se decía que el pío señor de Marinadela tenía un serrallo con el que se solazaba y practicaba aquelarres al calor de las hogueras de la noche. ¿Qué podía importarme lo que pensarán esos villanos? Se abrió, por una vez en mi vida, un territorio distinto al gélido aliento de la muerte o el desmayado suspiro de la seducción: llamaba al cielo y, sin merecerlo, recibía respuesta en cada rosa roja que pendía de mi capa. Y nada más, nada más me importaba.

En el pueblo hallé algo que compré para ella: un labrado cofre de madera con un crucifijo, una pluma, tinta y un libro para escribir dentro.

—Con esto no te aburrirás.

Lo miró con sensatez y dijo:

—Creo que no. Gracias.

Mientras Gerónimo contaba algún suceso del pueblo a Urrequilla, Madurah—al—Lilaj abrió su libro y empezaba a escribir, primero en sus trazos árabes y luego en alfabeto nuestro; ¿qué anotaba? A veces tomaba uno de los libros que leía y transcribía algunos párrafos.

—¿Para qué los copias, si ya están en el libro?, —le preguntaba. Y ella respondía que le gustaba que ciertos pasajes la acompañaran, así podría leerlos sin necesidad de ir cargada de libros.

—¿Y si los memorizas?, —le sugerí, y me miró con la misma indulgencia con que yo miraba a los ahogados en el río.

Otra tarde la descubrí pegando en el libro pétalos circulares de rosas rojas. Los círculos eran muy similares a las figuras geométricas que cubren las mezquitas que he conocido, y que sustituyen los lugares donde, si fuera una

catedral, brillarían las figuras adorables de la Virgen y de Cristo. Madurah—al—Lilaj, sonrojada, quiso ocultar lo que hacía y mi sonrisa sólo fue superada por la dicha que sentí al saberla pendiente de mis actos.

Esto me infundió valentía y, una noche, decidí pernoctar. No dormí nada, porque la idea de ir hasta su cuarto me abrasaba. Pero preferí ceñirme a mi almohada y pecar con ella. Y debo confesar, toda la verdad sea dicha, que a pesar de que habían transcurrido muchos años desde mi conversión aún supe manejarme con destreza en la adoración rítmica y martirizante del poderoso Onán. El dios de los solitarios respondió a mis ruegos y muy pronto permitió que la figura desnuda de Madurah—al—Lilaj apareciera en mi mente para ofrecerse junto a mí a las convulsiones que Onán produce en los solipsistas. Después de desahogarme, cuando ya el pecado me cubría, pude dormir a pierna suelta, livianito, livianito —y desfogado—. Pensando en Madurah—al—Lilaj, soñando con Madurah—al—Lilaj, abrazado a Madurah—al—Lilaj, siendo Madurah—al—Lilaj.

Mis estadías en Marinadela se hicieron cada vez más largas; y paulatinamente me mudé allí. La única que hablaba libremente (y en abundancia) era Urraquilla, que también se encargaba de buscar los víveres y mantener relación con la gente del pueblo. Madurah—al—Lilaj se convirtió en mi obsesión. Se me pasaban las noches temblando de claro en claro y los días delirando de turbio en turbio; creí enloquecer. Había ignorado, tal vez por la falta de práctica, los preceptos de todo engañador: nunca mirar a los ojos a la víctima, asestar el golpe contundente como rayo que cae y jamás, bajo ninguna circunstancia, sentir compasión por ella. Ninguno de esos preceptos condujeron mi conducta y quizás por ello Gerónimo me miraba con cierto desdén, porque estaba acostumbrado a verme actuar con mi antigua personalidad.

Una noche de luna redonda, algo sucedió.

Había tomado la costumbre de dormir mirando hacia la pared, para obligarme a conciliar el sueño que iba y venía a su antojo. Me aburría permaneciendo en el letargo, sin dormir, sin pensar, sin estar allí. De pronto sentí una mano que me acariciaba levemente una oreja. Entonces creí que se trataba de otra alucinación, producto de las pocas horas en las que podía conciliar algo de sueño. Pero no estaba dormido, y preferí disimular, a pesar de que mi corazón saltó tanto que se escuchaba. Un cuerpo se recostó a mi lado y me abrazó tiernamente. Sin dejar de acariciarme, susurró:

—Todos los labios quieren besar siempre.

Me sentí violento por un instante, porque tantos años yaciendo solo en mi cama me habían arrebatado la costumbre de compartir mi lecho, la primera de las virtudes de una persona piadosa. Madurah—al—Lilaj estaba a mi lado y yo me sentía como una de esas rosas que tanto cuida en el portal. Asombrado de temblar, a pesar de haber sido un verdugo, me volteé y empecé a besar aquel cuerpo tantas veces imaginado; sus senos se me ofrecían como fresas maduras, su vientre estaba tensado por lonchas de guanábana, sus hombros eran la semilla del aguacate y su sexo era un níspero del nuevo mundo.

La del alba sería cuando se levantó sigilosamente y regresó a su cuarto. Yo no dormía y no lo volví a hacer. La luna de esa noche fue generosa conmigo y no se ocultó ni siquiera cuando ya el sol entregaba sus primeros rayos y los gallos empezaban a cantar. Me acompañó fielmente hasta que —sin poder resistir más— me venció el cansancio y me prolongué en la cama toda la mañana, risueño como un bebé.

Madurah—al—Lilaj actuó como si nada hubiera ocurrido y a mí el comportamiento me pareció apropiado, no era bueno que los sirvientes supieran tanto sobre los señores. Estaba fascinado ante el descubrimiento de su cuerpo incandescente. Sólo en ocasiones en que andaba particularmente excitado, me figuraba que lo que estaba sucediendo sólo se desarrollaba en mi cabeza, y que mi imaginación estaba jugándome una pesada broma. Pero al comprobar el aroma de la piel de la muchacha sobre mi propio cuerpo cada noche, al recoger el almizcle de su sexo de entre los pliegues del mío, no cabía más duda, y volvía a ser feliz. Esto se mantuvo así durante un tiempo imprecisable. Me volví más silencioso, pero Urraqilla y Madurah—al—Lilaj cogieron nuevos bríos; trabajaban y conversaban todo el día. A veces eran atormentantes tanta alegría y tranquilidad juntas, cuando al mismo tiempo mi cuerpo se templaba de sólo saberla cerca. No tuve cabeza sino para pensar en la caída de la noche.

La caída de la noche era el comienzo de otro mundo distinto, el inicio de mi cabalgata por la suave pradera que era la espalda de Madurah—al—Lilaj, la sorpresa ante la curvatura de sus nalgas y el divertimento de verla morder la almohada para no gritar. Y luego, los momentos de modorra, abrazados, enlazados como trinitarias; la voz susurrante de Madurah—al—Lilaj que me hablaba en árabe y me decía —yo lo entendía, no sé cómo— todo lo que me amaba, voces ocultas, dulces confesiones. Cada noche era para mí el verdadero mundo, lo que había esperado encontrar durante años y que me había ganado —lo sabía entonces— expurgando mis pecados. Cada noche venía Madurah—al—Lilaj y, con ella, la felicidad.

También sus lecturas se intensificaron, se inclinó con más ahínco sobre sus anotaciones. Aunque aún no sé explicar por qué, esta lujuriosa relación con los libros y sus propias palabras me encelaban mucho más que las conversaciones y las risas con Urraquilla. Tal vez porque esas noches en mi cama también eran una combinación obscena de sexo y palabras, palabras en una lengua que no entendía pero que me explicaban las cosas del mundo que nunca pude comprender. Cuando Madurah—al—Lilaj dejaba de leer alguno de los libros que continuamente le traía, yo caía sobre él, buscando una señal, alguna explicación extra; buscaba lo que esas páginas le daban a mi amante y que no encontraba entre mis sábanas. ¿Por qué con Urraquilla no ocurrió eso? Tal vez porque la niña —dicharachera hasta extremos inconcebibles— no escondía nada detrás de su perorata, porque era cristalina y joven como sólo un inocente lo puede ser. En cambio los libros —y sus anotaciones, sus malditas anotaciones— escondían en sus páginas blancas palabras que creaban símbolos más fuertes que nuestros propios cuerpos engranados. El rostro y la concentración de ella cuando leía o escribía semejaba, en mi delirante cansancio, un gesto de éxtasis mucho mayor al que la embargaba cada noche cabalgando sobre mis muslos. Maldita la hora en que la dejé leer con tanto ahínco. Incluso me pareció que a medida que pasaban los días su fogosidad disminuía y mi desespero crecía cuando la veía experimentar placeres delante de los libros que no había observado en otras circunstancias más normales.

—Te vas a volver loca de tanto leer, —le dije una tarde, tratando de contener mi desesperación.

—No son las horas del día las que me volverán loca, —me contestó mirándome con sus ojos brillantes y amarillos como de conejo enfurecido, pero con una lascivia que templó mi cuerpo hasta que en la noche ella misma se encargó de destemplanarlo con su lengua.

Ay, la lengua de Madurah—al—Lilaj, su lengua tibia y resbalosa. Por su culpa de nuevo se me pasaban las noches temblando de claro en claro y los días tiritando de turbio en turbio; creí que ya había enloquecido.

Una de esas noches en que estaba más excitado que nunca, ella no vino a mi lecho. Y así la siguiente noche tampoco, aunque traté de entender que ella debía descansar. En la siguiente me quedé insomne como una estatua que estuviera sin acabar.

Y en la otra la pasé con fiebre y delirios.

Y la otra en que lloré a mares.

Y otra más sin ella.

Y otra semejante.

Y así pasó.

Siempre.

Igual.

III

Desesperado, bajé hasta la habitación de ellas y las hallé, muy juntas durmiendo abrazadas. Allí estaban, Madurah—al—Lilaj y Urraqulla, tendidas como dos crías recién nacidas, durmiendo como si estuvieran muertas. Me acurruqué en un rincón y me quedé mirándolas, sin hacer nada, sin pensar, sin sentir. De pronto, una mano se movió debajo de la sábana y se perdió en una oquedad que yo no podía ver. Hacía un calor pegajoso, quizás las lluvias del otoño ya estuvieran acercándose. Pero esa circunstancia del clima fue mi perdición porque ellas no tardaron en deshacerse de la sábana y dejar sus cuerpos desnudos bajo la luz de la luna, que volvía a estar llena. Era como si ella estuviera empeñada en presenciar todos los acontecimientos entre Madurah—al—Lilaj y yo, y ahora que recuerdo me pareció que durante esos días, esos meses, la luna nunca dejó de brillar, como si hubiéramos caído en un rizo temporal que nos hacía ir del día a la noche, pero siempre en el mismo día y la misma noche. ¿Acaso fueron las divinidades del Gran Río las que nos hicieron experimentar este fenómeno? Lo cierto es que la luz lunar se regaba por el torso de Urraqulla de la misma manera pastosa como lo hacía por Madurah—al—Lilaj.

Ambas parecían tener una destreza especial en el juego de la cama, porque cambiaban de posición casi sin producir ruido ni entorpecer las extremidades de la otra, como si se tratara de un animal de ocho extremidades que estuviera aseándose los lugares más íntimos y ello le produjera sumo placer. La lengua de Madurah—al—Lilaj encontraba su perfecta correspondencia en la de Urraqulla,

que producía un delicioso sonido como de chupón que agregaba carnalidad a los lengüetazos. Tuve que aguzar mucho el oído para poder escuchar los gemidos de ambas, porque eran pequeños ronquidos que sólo estaban dirigidos a la otra y a nadie más. ¿Cómo ignorar que tantas risas, tantos secretos entre dos mujeres de esta clase debía significar lo que ahora presenciaba? A pesar del dolor que me producía la escena no pude dejar de excitarme, y allí mismo invoqué al dios Onán que nunca abandona a los solitarios. Entonces, en mi delirio, vi al Ángel de la Espada de Fuego que me consumía; vi grifos que bajaban conmigo hasta el Infierno; dos pequeños demonios me cargaban como en danza de la muerte; Madurah—al—Lilaj y Urraqulla residían en el séptimo círculo entre besos y caricias de níspero contra níspero. El animal en que se habían convertido Urraqulla y Madurah—al—Lilaj terminaba de asearse los orificios posteriores cuando de mi miembro explotó un alarido que me puso en evidencia. Ellas hicieron una breve pausa y con un grito de escándalo se separaron. Al dolor de la escena se le sumaba la vergüenza de mi vicio, porque mi mano se había llenado de resina inútil. Esto enardeció aún más mi dolor.

Ella se levantó con lágrimas. Por una de esas ideas que aparecen en los momentos menos oportunos, pensé que el libro donde ella escribía no estaba por ningún lado y eso me pareció la prueba definitiva de su traición. Le pedí, no sé si a gritos, algún tipo de explicación, que me contara dónde había estado todo este tiempo si no era conmigo en la cama, qué era eso de Urraqulla, por qué yo estaba tan solo, cómo me había hechizado y ella se echó a llorar. Habló no sé qué de un diario enterrado en aquella esquina y un secreto y una cantidad atropellada de frases árabes que me irritaron. Habló de que la vida debe ser como en los libros, que el mundo está partido en muchos trozos y que ella y yo sólo podríamos coincidir en algunos de ellos. Como en los libros, todo debe encajar perfectamente y la última página sólo la palabra fin deja encerrados a los personajes que somos nosotros, dando vueltas en una historia que debe repetirse una y otra vez en la medida en que los ojos del mundo la leen. Y otra vez se lanzó con frases en árabe que a la vez sonaban como un salmo y una canción de cuna. La tomé por los hombros, la sacudí y ella atinó a gritar:

—¡Tuyas son las noches, mías las palabras, déjame en paz!, —suficiente para que mi ansiedad tornara en ciega cólera. Había olvidado que, además de haber sido un miserable seductor de ingenuas mujeres, también era famoso por mi destreza con la espada y la facilidad con que perdía los estribos. Había olvidado que en cuanto caía iracundo la sangre fluía hasta mis manos y sólo pensaba en cómo deshacerme de tanta furia concentrada en mis dedos. Había olvidado que podía llenar un cementerio con los cadáveres de los infelices que en algún momento, por un quítame de allí esas pajas, se habían atravesado en mi

camino cuando mi furia era dueña de mi ser. Había olvidado todo eso justo hasta el momento en que mis manos se alzaron y tomaron el cuello de Madurah—al—Lilaj. Urraquilla se me echó encima echa una furia pero no tuve dificultad para deshacerme de ella. La tiré contra la pared y allí quedó, muerta o inconsciente. Con el escándalo, Gerónimo entró a la habitación y trató a su vez de separarme de mi víctima, pero también a él lo repelí con violencia, y creo que el borde de la cama acabó con su nuca.

El frágil cuello blanco de Madurah—al—Lilaj quedó a mi merced, y ella me miraba con ojos suplicantes, como si supiera lo que ocurriría después de que consumara mi venganza. Mis manos, que ya no me pertenecían sino que eran las extremidades de un demonio de firme voluntad, torcieron el cuello de Madurah—al—Lilaj en forma de L, sin ninguna dificultad ni contemplación. Ella se estremeció tres veces antes de colgar inerte delante de mí. Al instante supe lo que había hecho, porque cuando hubo muerto, el demonio que controlaba mis manos desapareció soltando agudas carcajadas que aún puedo escuchar. Corrí al rosal y lo destruí aún más iracundo, impotente con las nubes sobre mí; subí a la colina donde solía meditar y en un alarde histriónico levanté los brazos llenos de arena y antes de dejarme caer colina abajo, intentando suicidarme, vociferé sin garganta:

—¡Llamé al cielo y no me oyó, y pues sus puertas me cierra, de mis pasos en la tierra responda él, y no yo!

Rodé sin mayor peligro para mí y regresé a la casa. Madurah—al—Lilaj yacía muerta, desencajada. Exasperado, escarbé con los dedos el rincón y hallé el cofre que le regalara. En él, el detallado diario. Allí mismo leí, como en trance, toda nuestra historia, cada uno de los detalles que nos ocurrieron y las escenas más felices o lascivas. En ese diario estábamos ella y yo abrazados, la lengua inquieta de Urraquilla echando cuentos o lamiendo pieles, la cara adusta de Gerónimo, las murmuraciones de la gente, los cuerpos inertes de los ahogados y el semen último de los ahorcados; los delirios de mis noches. Allí Madurah—al—Lilaj contaba toda mi vida anterior, cómo engañé, timé y robé virgos en conventos, tabernas y palacios, cómo atravesé con mi espada el corazón ofendido de padres, hermanos y primos, sedientos de venganza una vez que yo me burlara de sus hembras; allí se contaba de cómo fui rey en un pueblo de la India —todas las vírgenes fueron mías—, pordiosero en la frontera de Pakistán y cerdo favorito de un emperador chino; a cada palabra, que quemaba mis ojos como una vez la lengua de Madurah—al—Lilaj quemó mi piel, un nuevo tipo de delirio se escapaba de mi cerebro expulsado por las puntas de mis cabellos y era como una alucinación de los cuentos orientales; era como si en cada página en vez de

palabras hubiera láminas animadas contando mi historia, nuestra historia. Y comprendí que los pétalos circulares no eran adornos de una mente infantil, sino los puntos de separación entre una anécdota y otra, los muros de contención que mantenían cada imagen móvil dentro de sus límites; y todo eso me pareció producto de una forma oscura de magia. ¿Es que ya venía el diablo a llevarme para hacerme pagar con fuego toda la maldad que he sembrado en el mundo?

Pero no sólo el pasado estaba consignado en ese diario. También hechos que ocurrirían dentro de muchos años y sucesos de inminente manifestación y que me concernían se combinaban sin un orden preciso, como si ella los hubiera ido escribiendo a medida que se aparecían en su cabeza, el futuro, el presente y el pasado haciendo una trenza de palabras en ese diario que parecía por momentos tener vida propia: mi bondad, ella agarrada de la mano de ese muchacho y él rogándole que se fueran a un lugar más solitario, y tú con ganas de decir que sí, pero tu mamá, y tus tías, y todas tus amigas, y la vecina, y las monjas y los hombres pululando a tu alrededor, la boda y los hijos y todo lo demás y el carmín en una camisa, el asesinato de Kennedy, la explosión del Challenger, ¿los quinientos años del descubrimiento de América?, la risa de Urraquilla, las rosas rojas, la nacionalización del petróleo, la guerra de los siete, treinta o cien días, quién sabe, los ahogados en el Gran Río y las obras de beneficencia; el cura clandestino para el matrimonio mío con Madurah—al—Lilaj, la complicidad de Gerónimo, nuestro amor, los malestares prolongados después de cada noche nuestra, y la confirmación del embarazo, mi desaparición y mi vuelta, la esperanza de entregar en mis brazos una hija, una niña de labios rojos como las rosas y ojos verdes como mi capa.

El diario, finalmente, hablaba de mi furia y mis celos, de mi incapacidad para contener la violencia que llevo dentro de mí. Luego de esa vorágine de figuras pululando dentro del diario, nada. Las páginas vacías y torcidas, en forma de L, como el cuello de Madurah—al—Lilaj.

IV

Ichbiliah duerme.

El Alto de la plaza de toros da hacia el Gran Río. Hay una luna redonda y clara. Un hombre pasa frente a mi ventana, se detiene, sigue su camino. Procuro que no haya nadie cerca. Calzaré mis botas verdes, ceñiré mi espada y tomaré mi bastón. Me embozaré en mi capa esmeralda, de ella penderá una rosa roja, marchita. Alguien vestido de blanco se balanceará a la orilla del río, cantará una melodía misteriosa y tañerá campanitas. Cubriré el cuerpo de Madurah—al—

Lilaj con un manto bordado. La tomaré en mis brazos y descenderé con ella hasta un lugar donde no haya gente, donde el mundo no se divida tantas veces. Llevaré conmigo su diario, en el que anoto estas últimas palabras, que acompañan cada comentario, cada dibujo, cada detalle adherido, trastornando el sentido de cada frase.

El libro Madurah—al—Lilaj ha enloquecido con la fúnebre oración que he dejado en la última página, la oración que ya no reza por mí nadie, ni Gerónimo, ni la cara asustada de Urraquilla. Dirán en Marinadela que el diablo me vino a buscar, y guardarán silencio. Nadie hará preguntas, no habrá curiosos. Dirán muchas cosas que serán mentira antes de que descubran esta historia que has conocido, oh, tú que lees mis palabras. Te habla Don Juan, y eso debería ser suficiente para que comprendas que cada frase está escrita con mi sangre, como si hubiera sido arrancada a pedazos de mi piel. Ahora dejaré que el agua del río cubra mi capa y se lleve mis rosas hasta que el sol rompa la hegemonía de la redonda luna, hasta que los gallos silencien a los búhos que dicen tujú, tujú, hasta que la próxima noche esta historia se repita como lo ha hecho desde el principio de los tiempos

Del libro: **Homero haciendo zapping (Universidad de Oriente, 2003)**

Mamá soñó que morías, de Arnoldo Rosas

05/08/2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

Mamá, siempre agorera, con sus mariposas negras, sus espectros desandando los pasos, sus ánimas benditas del purgatorio, su Corazón de Jesús; amanece diciendo que anoche soñó que morías.

Una muerte azul, acuática, olorosa a musgos y salitre.

Te veo, como a diario, en el viejo muelle de madera: tablas traidoras, crujientes, resbaladizas. Quizá un mal paso, pienso. Pero tú nadas como un pez, que para eso bien vale la pena haber sido niño en el puerto.

El café aroma la casa y, en la cocina, mamá con su tristeza: Que pobrecito. Que tan bueno. Que tan joven. Que con tanto por hacer... Pero la vida es así.

Sus ojos se van tras los recuerdos y, como siempre que te nombra, el ciclón aparece.

Llueve y todo está oscuro. Los truenos retumban y los relámpagos encandilan. El viento estremece los árboles, las tejas, las puertas, todo.

Las mujeres rezando padrenuestros, avemarías, glorias...

Los hombres tensos, preparados para cualquier cosa...

Y la noche que no termina. Y la lluvia que no escampa. Y el viento que no cesa. Y el terror...

Saltas de la silla enfurecido y maldices para que todo concluya.

Y concluye.

El viento amaina. Apenas garúa. Amanece...

Al día siguiente te vas: No quieres estar aquí cuando el viento se lleve a este pueblo.

Habrá quien te recuerde con el traje de dril blanco caminando entre los escombros, entre las algas marrones de la playa, sobre las maderas jóvenes del muelle.

Habrá quien te habrá visto conversando con el capitán de la “Firma de Dios”.

Habrá alguno que te dio la despedida y te encomendó al Cristo del Buen Viaje.

En la lejanía no sabes de la desmemoria del abuelo, de cómo fue desconociendo hasta que olvidó el habla, cómo se camina, cuando ir al baño, respirar...

No supiste de los amigos que se fueron a buscar perlas al medio-oriente, ni de la soledad de sus familias, ni del trabajo que pasaron.

No tuviste noticias de tantas lágrimas, de tantas penas y velorios...

Y, en todas, mamá que siente al fantasma del Tirano galopando por la casa, que sueña con sus muertos que le avisan, que ve pájaros negros entrando a los cuartos...

De ti, a veces se supo.

Elías llegó ayer y dice que te vio una noche en un bar, con una corbata florida, un sombrero azul marino, y una mujer de esas... Que no lo saludaste, dice.

Una foto tuya, en un periódico de la capital, rodeado de las grandes figuras del espectáculo y de las letras, ninguna leyenda aclaratoria.

Jesús Alberto que escuchó tu nombre en los créditos de una radionovela...

Tan sólo eso, en quince años...

Y tu regreso.

Engarrotado, tullido, como una momia de Paracas.

Mamá gime, lavando los platos y tazas del desayuno: Ahora se nos volverá a ir, para siempre, entre limos y algas, tal vez...

Un mal extraño, dijeron.

Un montón de inyecciones de colores diversos a cada hora para paliar el dolor.

Ejercicios complejos, entre poleas y mecates, para desatrofiar músculos y reaprender movimientos...

Y, después, más adelante, casi al año, la playa, que no hay como nadar para tonificar el cuerpo y el espíritu.

Del pasado, ni palabra: Lo que fue, fue.

Mamá barre la casa y reza. Sabe que es en vano. Sus sueños son inequívocos, exactos, determinantes, insoslayables...

Sano otra vez, vital y voluntarioso, medalaganario como siempre, sorprendiste a todos quedándote a cuidar sobrinos...

Y se agradece...

Un paseo diario, madrugador, por el viejo muelle, para ver llegar la pesca y respirar, sabroso, los aromas del mar...

Un libro, después de una ducha y un café, te transporta hasta el almuerzo, con nuestra llegada de la escuela, llenos de tareas para consultarte, que nadie sabe dónde aprendiste tanto de tantas cosas...

Una silla de lona por las tardes en la acera, bajo el alero de la casa, huyéndole al calor, contándonos cuentos colorados y burlándote de los que pasan...

Y la noche, por fin la noche, con nuestro círculo de lectura con Salgari, Dumas, Verne como contertulios...

Y, un hasta mañana, que queremos quedarnos pero hay que dormir...

Mamá tiende las camas y ordena los cuartos angustiada, que no ha regresado y ya debería estar aquí, y San Judas Tadeo, Abogado de lo Imposible, que llegue, y Virgen del Valle, protéjelo, y Santa María siempre virgen...

Apareces, regresando de la playa, de tu paseo diario por el muelle, y un suspiro de alivio se nos escapa.

Mamá no espera para contarte su sueño.

Escuchas con paciencia.

Siempre habrá un mar en mi memoria, dices. Un mar de azules múltiples e infinitos. Un mar de sentimientos indescifrables, con gestos nobles y traicioneros. Un mar para el trabajo, la alegría, el miedo. Un mar...

Me alegra terminar allí, concluyes. Y te sirves un café en la cocina antes de ir a bañarte.

Nos harás falta.

Los domingos, con mamá, llevaremos flores al cementerio y, quizá, de vez en cuando, rocíe tu tumba con gotas de mar...

Por ahora, en la ducha, el agua corre, corre, corre...

Del libro: **Sembré los muertos (Suburbano Ediciones, 2013)**

¿Todavía te acuerdas de nosotros..?, de Humberto Mata

11/04/2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

La mañana estaba despejada. El hombre, entrado en años, navegaba sobre aguas inmóviles, simplemente navegaba y entonces lo vio. En una parte poco visitada del estanque, en un lugar lleno de formas inéditas y acaso arbitrarias, en un sitio donde el agua está, si eso es posible, menos turbia que en otros y en donde nadie puede pasar por alto la aterradora hondura del lugar ni dejar de presumir el fondo pantanoso, allí sucedió algo extraordinario, allí lo vio: un pez asomó a la superficie de las aguas su lomo plateado y luminoso, sus negros y enormes ojos, su boca puntiaguda, sus aletas violáceas. Era alargado y brillante, medía cuando menos veinte centímetros, era flexible, ágil. Qué asombro ante aquella visión inexplicable, qué alegría... o temor. Existía, estaba allí, era un hermoso y brillante pez, un pez en el estanque, a pesar de que aquellas aguas estaban consideradas como muertas desde hacía muchos años.

El estanque es una extensa superficie de aguas descompuestas que la luz del sol no logra iluminar por completo, ya que una niebla perpetua está posada sobre ellas acentuando la monotonía del lugar. Una sensación arcaica de algo pastoso, producida por lo que pareciera ser una gelatina en vías de modificar de estado, se adhiere a las aguas del estanque como viscosas sanguijuelas.

¿Recuerdas Rebeca, recuerdas aquellos momentos de intenso amor?

Volvió a la casa corriendo y le contó a su mujer lo ocurrido. Le dijo que saldría de pesca, le dijo que iba a pescar lo que tal vez sería el último pez del estanque.

Rebeca era poco tímida y no escatimaba momentos para hacerle saber la ridiculez de sus propósitos imposibles. El la seguía amando, sin embargo; o acaso también por eso ella lo seguía amando. Le dijo:

—Sigues perdiendo el tiempo, otra vez buscando lo que no existe... como siempre. El estanque está muerto, cuando nacimos ya estaba muerto, cuando nacieron nuestros abuelos ya estaba muerto. Bien sabes que es así.

—Pero yo lo vi, mujer, lo vi de cerca, estaba allí donde el estanque parece más hondo, yo vi sus ojos y sus aletas...

Si ella fuera más comprensiva, pensó el hombre, si ella lo acompañara más en sus andanzas tal vez olvidaría o cuando menos... Pero él tampoco puede olvidar, y si siguen juntos es porque son viejos y a esas alturas de la vida ya ciertas cosas no se pueden olvidar... El vio ese pez, de eso está seguro.

Estuvo a punto de decirle a Rebeca que fueran juntos al estanque, que lo acompañara durante la pesca, que recordaran aquellos años en que comenzaron a quererse y se veían en el estanque, pero el silencio o algo que tiene que ver con éste se lo impidió. Decirle eso sería peor, de todas maneras, sería descongestionar ciertos conductos que si bien nunca habían estado del todo obstruidos por lo menos permanecían (o ellos los seguían manteniendo) en un estado de acuciante deseo de negación y posibilidad. Tomó una caña de pescar, salió de la casa y se dirigió al estanque.

Desde el estanque el pueblo se ve diminuto, pareciera estar oculto o rehuir de las miradas. Allí, en el pueblo, vivieron sus antepasados y los de su mujer, y allí viven él y Rebeca. Están muy solos, eso es verdad, nunca tuvieron hijos. Por momentos él piensa que ella no quiso tenerlos, pero sabe que esto no es cierto; ella quiso tenerlos tanto como él, pero no pudieron. A veces las parejas no tienen hijos porque la mezcla no funciona, él recuerda muchos ejemplos de uniones que se destruyeron por infertilidad y al poco tiempo tanto la mujer como el hombre tuvieron hijos con otras parejas. A veces la mezcla no funciona, piensa el hombre mientras observa la caña y el sedal que corta el agua y se hunde en la espesura del estanque. Rebeca era una mujer muy bella, aun sigue siendo bella, muy bella, sí señor. ¿Recuerdas cómo nos queríamos, recuerdas los abrazos y los besos, todavía te acuerdas de nosotros querida Rebeca?

Ese día no tuvo suerte con la pesca. Mañana insistiría. ¿Qué otra cosa podía hacer si no...? Ya el pueblo era un sitio poco agradable para vivir, con tanta soledad era menos agradable cada día. Algunas veces se le ocurría algo malo, se le ocurría que todo el lugar estaba cubierto por una niebla que impedía el paso del sol; o también imaginaba algo peor, imaginaba que aun si esa niebla no existiera igual el sol no podría alumbrar ni tibiarse las calles ni las casas del pueblo, tal y como no alumbraba ni tibiaba ya los corazones de sus habitantes. Todo estaba tan viejo y tan derruido. Los sitios, los paisajes mueren con las personas. El pueblo seguía muriendo lentamente con ellos. Era un lugar cansado, sin risas, sin esperanzas, tanto por él mismo —y acaso en especial por eso— como porque toda la gente joven lo dejó alguna vez y se alejó del lugar gota a gota pero con paso decidido, con jolgorio, con risas, como quien logra al fin marcharse de una región colmada de pestes. ¿Por qué se alejaron, por qué tomaron la ruta del estanque y desaparecieron, uno a uno, sin piedad? Si ustedes

llegaran a saber lo que ya entonces era el pueblo lo comprenderían. Ya ese pueblo estaba dejando de existir cuando ellos se marcharon, ya era el recuerdo borroso de un pasado que pudo haber sido menos infeliz, un relieve desgastado por el frote y la duplicación de imágenes, un repetido palimpsesto, ya era una nada cuando los muchachos lo dejaron, sin piedad, uno a uno. El recuerda (¿y tú también Rebeca?) que cuando los muchachos se iban hacia el estanque —y desde allí quién sabe hacia dónde, quién sabe hacia qué— ellos no podían dejar de sentir cierta tristeza; y no porque los muchachos se marcharan (total, tenían que irse de esa muerte) sino porque entre los viajeros ninguno era un familiar, un sobrino, un hijo de quien hablar y estar orgullosos, así como tampoco podían dejar de experimentar cierta alegría debido a esa misma circunstancia, ya que no estando entre los viajeros ningún familiar entonces a nadie tendrían que esperar y por ende por nadie tendrían que ilusionarse ni experimentar una urticante dosis de angustia y de nostalgia. ¿Pero esa posición (¿tan cómoda?) no implicaba hacerle un guiño a la muerte, no era la muerte misma, no conllevaba suponer que cualquier despedida es para siempre? —se preguntó el hombre mientras colocaba la caña en un rincón de la casa y se ponía a pensar en el registro que produce en la frase una interrogación dentro de otra.

Dicen que el hombre siguió yendo día tras día al estanque a pescar; dicen que lanzaba el sedal en el agua, en el mismo lugar siempre —la zona en donde tiempo atrás vio saltar al pez—, y que de inmediato se dedicaba, más que a vigilar la caña y la pesca, a pensar y pensar. Pensaba en los años que habían pasado juntos él y Rebeca, en todo el tiempo que habían consumido quizá para nada; pensaba en que el final de sus vidas estaba próximo y que él ni siquiera sabía quién de los dos iba a morir primero; en que si allá el pueblo se estaba muriendo, acá el estanque, muerto en apariencia desde siempre, o desde que ellos y los abuelos y los bisabuelos de ellos tenían memoria, ahora con su descubrimiento —si éste culminaba exitoso, e inclusive si finalizaba en el fracaso: y todo dependía de lo que fueran considerados éstos—, acá el estanque cobraría vida e importancia y acaso ayudaría con ello a cambiar las cosas, aun cuando él no sabía muy bien qué cosas debían cambiar ni si algo debía cambiar; y mientras así pensaba y descuidaba la caña de pescar; y mientras ya cercana la tarde eso hacía, allá a lo lejos se veía cómo el sol estaba cayendo, cómo las colinas, la vegetación, las casas del pueblo iban siendo bañadas poco a poco con esa lluvia pictórica típica de los crepúsculos y que combina rojos, azules, grises, amarillos o naranjas y marrón, colores que acá más cerca, sobre las aguas del estanque, eran a veces reflejos de un negro ondulante como el humo o de un rojo amarillento entre sol y ladrillo y por momentos de un magenta; y aquel laberinto de tonalidades en el cielo se exhibía sobre un fondo blanquecino que se iba haciendo gris yeso y ocre con el paso del tiempo. Entonces el camino al pueblo

mudaba en marrón, dorado y plomo, las piedras daban claroscuros y las ramas de los árboles, cimbreadas por el viento, eran como esculturas con retículas que dejaban colar los últimos rayos del sol. Y cualquiera que hubiera estado pendiente de aquello que pasaba tal vez habría llegado a pensar que tanta perfección merecía estar a cargo de una especular pintura de hace siglos... Y todo era muy triste.

Ese era el momento en que el hombre regresaba a casa por el camino que parecía del color de una espiga en verano y también de una bala, ese era el momento en que preparaba las palabras que le diría a Rebeca, ese era el momento más difícil del día. Llegar, guardar la caña en un rincón, decirle a la mujer que hoy no había tenido suerte con la pesca, verle su cara de satisfacción porque él había fracasado otra vez, porque ella había tenido razón cuando le dijo hace tanto tiempo que el estanque estaba muerto, contarle (pero para sí mismo, no para ella) lo bueno que sería si mañana iban juntos al estanque, qué bien lo iban a pasar él y Rebeca si iban juntos, decirle todo eso pero en silencio, como se le dice te amo a esa mujer que uno tanto quiere y desea pero a la que no nos atrevemos a decirle nada.

Y así pasaron los días y los meses y los años —dicen—, y el hombre siguió constante en su rutina y en su proximidad a una muerte que no acababa de llegar. Y así el pueblo siguió muriendo y el estanque ennegreciendo cada vez más, hasta que un buen día mientras pescaba, el hombre, ya doblada su espalda, ya cansadas sus piernas e inflamados sus pies, tuvo una exacta luz. En ese momento decidió que la época de pesca había terminado, que algo muy poderoso e inescrutable, acaso un dios, había sido el responsable de que no hubiera podido pescar en todo ese tiempo aquel pez brillante que hacía tantos años había visto; decidió que esa pesca en verdad era imposible o en todo caso inútil o dañina porque allí, en ese estanque para muchos putrefacto, allí justamente y no en otra parte, en el pueblo no definitivamente, allí estaba escondido algo que era necesario preservar, en la profundidad de aquel estanque algo escondido pero latente y lleno de vigor. Y esa tarde se preparó para volver a casa y no tuvo necesidad de meditar en lo que le iba a decir a Rebeca, porque ya él sabía todo y ella acaso también. ¿Verdad que tú me entiendes, querida Rebeca, verdad que sabes que no puedo hacerlo, verdad que eso te hace feliz en realidad, verdad que nunca tuvimos un hijo, verdad...? El estanque, se dijo, aun sin vida contenía la vida; y el pueblo, aun con vida parecía la muerte.

Se sintió un chapoteo, algo movió las aguas, algo flexible, brillante y con ojos muy oscuros dio un salto, curvó su cuerpo y desapareció raudo en las

profundas aguas del viejo estanque. El hombre no hizo caso. Definitivamente no lo iba a pescar. Y ya camino a casa una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Del libro: **Boquerón y otros relatos (Monte Ávila, 2007)**

Cabezas cortadas, de Denzil Romero

22/ 03/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Comenta Collin de Plancy en su Diccionario Infernal, (París 1839), citando a M. Salgués y a Plegón, que un soldado—poeta llamado Gublio, muerto en la batalla dada por Antioco a los romanos, degollado, con la cabeza en la mano, se levantó de repente entre el ejército victorioso, y prorrumpió con voz de ultratumba:

*Cesa de despojar así, romano
A los que los inviernos descendieron...*

Añadiendo, siempre en versos, el inminente fin del Imperio, porque un pueblo salido de Asia iría a desolar a Europa, con lo que tal vez quería denotar la posible irrupción de los turcos en la tierra de los vencedores. Agrega el propio de Plancy que la versión luce incierta. O mienten los que la refieren, o mintió el muerto, puesto que no se cumplieron sus predicciones. Ciertamente, no fueron los pueblos de Asia, sino los del Norte, los que luego derribaron a Roma.

Aristóteles, por su parte, atestigua que un sacerdote de Júpiter fue decapitado y que separada ya del cuerpo su cabeza señaló al asesino, que fue preso, juzgado y condenado por ese testimonio.

Más cerca de nosotros, Norman Mailer, el novelista norteamericano, escritor de unos cuantos cuentos a pesar de haber manifestado muchas veces su desprecio por el género, pergeñó uno brevísimo. Se titula *Eso* y refiere al caso de unos soldados en el frente de guerra. Atravesaban las alambradas de púas cuando una ametralladora rompió el fuego. Uno de ellos siguió caminando hasta que vio su cabeza en el suelo. Dios, estoy muerto, dijo la cabeza. Y su cuerpo se derrumbó.

Que yo sepa, tales historias sombrías no eran conocidas por mi madre cuando me narró la que dijo haber presenciado, muchos años atrás, en La Margarita del Llano. Un campesino celoso mató a su mujer. La descabezó de un solo machetazo. Pero, truncada y todo, la cabeza seguía aduciendo alegaciones sobre su fidelidad y protestaba su próxima sepultura. El marido, atormentado, cogió el monte, tierra adentro, y nunca más se supo de él. Fueron tantos los trenos y protestaciones de la difunta que ninguno de los vecinos se atrevió a cumplir la caridad de sepultarla. Los zamuros al fin dieron cuenta del cuerpo

despojado. Pero, la cabeza insepulta terminó necrosándose junto a la troje del patio donde cayó a la hora del voleo. Al cabo de los años, permanecía aún con los ojos vivos y abiertos. Cada vez, parecía proponer nuevas probanzas sobre su agraviada inocencia.

Así me lo contó mi madre, hace mucho tiempo; como Norman Mailer, y Aristóteles, y M. Sargués, y Collín de Plancy.

Del libro: **El invencionero (Monte Ávila, 1982)**

Una mujer por siempre jamás, de Ángel Gustavo Infante

10/ 02/ 2014 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

El dueño de *la cueva* era un gay de estatura y elegancia pobres. Semejaba un colibrí cuando debía cumplir algún encargo: volaba nervioso sobre apuntes y bocetos, saltaba grabando retazos de parlamentos: decorar interiores y rellenar escenarios de telenovelas en calidad de extra eran sus oficios. De eso, y de mi puntualidad en las mensualidades, vivía.

Vine a dar con él después de varios meses de andar buscando habitación cerca de la universidad.

La cueva, como bauticé de inmediato a aquel dormitorio, tenía baño y entrada independientes. Las paredes permanecían ocultas bajo un papel de nubecitas blancas sobre fondo rosado. Las listas, colocadas con prisa o desgano, acababan anárquicas alterando la simetría del techo donde el ímpetu gestual del decorador había rematado la obra con pelotas de engrudo.

No había espacio para un clóset. En su lugar, un tubo cruzaba la habitación de pared a pared supliendo las funciones aéreas. Del lado derecho, donde el tubo destrozaba varias nubecitas, se hallaba un termo que al tiempo de suministrar agua caliente a todo el apartamento, brindaba una insufrible gotera que se empozaba en el granito del rincón.

Un *box spring* matrimonial y una mesita de noche constituían el mobiliario de la pieza. Después de vencer cierta repulsión comencé a divertirme con las diversas manchas que se extendían en el colchón. Sentado sobre la mesita y armado con la paciencia de un espeleólogo, me ocupaba en traducir aquellas figuras producidas por los fluidos del cuerpo: dragones de orín, mariposas de semen, cabezas de bestias asomadas a la ventana de una nube invernal, se resumían en un archipiélago grabado por criaturas nocturnas al centro de un atlas secreto, compuesto, quizás, por las amistades de mi casero en noches como las que conocería muy pronto.

Un breve pasillo conducía al baño donde no había nada especial, salvo la edad reflejada en las manchas del espejo, en el modelo de las llaves del lavamanos y la ducha, en la austeridad de la porcelana. A través de una rejilla de madera se apreciaba la efervescencia de Bello Monte, en especial el movimiento

de la avenida Miguel Ángel, y se colaba el rumor de un automercado ubicado en la planta baja del edificio.

El primer fin de semana me di a la tarea de transformar aquel ambiente con la ayuda de Lorena, con quien llevaba algunos meses en una relación intermitente, compartida con sus amigas Ana y Beatrice, quienes, por cierto, jamás aparecían en los momentos necesarios.

Concluimos hacia la noche del domingo bañados en pintura blanca. En aquellos días redactaba mi tesis de maestría, basada en una investigación sobre el referente urbano en la novelística de los años cuarenta, y extraje del bolsillo una ficha que había seleccionado de mi archivo para colocarla en el corcho, junto a las fotografías, como epígrafe a mi nueva vida:

Habitar, para el individuo o para el grupo, es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio. Habitar es apropiarse un espacio.

Me consolaba un poco esta cita de Lefebvre. Procedía, entonces, de una separación aparatosa. Había caído de las alturas, como Altazor. Fui expulsado del paraíso. Mis alas aún estaban golpeadas. Emergía en aquel mísero espacio y como el itabirano enmarcaba en una fotografía la dicha pasada.

El insomnio fue cediendo entre las atenciones de Lorena, los tragos y la lectura de ciertas novelas somníferas. Logré retomar mi horario habitual: me levantaba a las cinco de la mañana, montaba el café en una cocinilla eléctrica que había adquirido para los efectos y ya en el baño, mientras terminaba de despertar, celebraba la aparición del primer «San Ruperto», un autobús que adelantándose al sol lo imitaba en su puntualidad.

Trabajaba en la tesis hasta las nueve. Luego iba a la universidad. A veces almorzaba en casa de mis padres, después me internaba en la biblioteca hasta la extinción del día cuando salía a rellenar el crucigrama de la noche por las calles de Sabana Grande, tomaba el metro hasta la cinemateca o conversaba con el abuelo de Lorena, un anciano de ojos eslavos donde se reflejaba un jardín de Trieste: la acuarela pintada en su juventud antes de refugiarse en América, mucho antes de que la artritis cancelara sus manos.

Regresaba a *la cueva* hacia las diez. Lorena a veces venía a brindar un sosiego transitorio. Había sido mi amante durante los últimos días de matrimonio y era el papel que mejor representaba. Decidí no exigirle nada. No estaba en capacidad de dar más. Repetía como suyas las frases del poeta: «Que el amor sea eterno mientras dure». Así lo comprendimos y bailamos el bossa triste de

Vinicius. Ya no debía importarme que la eternidad le estuviera reservada a Beatrice y Ana.

Esa era mi rutina.

Hasta el día en que Elio, mi casero, decidió retomar la suya: todo iba muy bien hasta el jueves, el viernes comenzaba la fiesta. La primera vez me sorprendió la mañana del sábado con un cúmulo de voces, risas y canciones que se fue disolviendo con la luz.

Me resultaba difícil imaginar a ese sujeto frágil y asustadizo en parrandas de tal magnitud. Aunque también es cierto que fuera del apartamento tenía otra apariencia: esa misma semana habíamos coincidido en el automercado y me dio la impresión de estar ante otra persona: imprimía un tono viril a la voz y a los gestos en la transacción con la cajera quien, por cierto, parecía ser su amiga.

Mantuvo esa actitud hasta salir del automercado. En la medida en que nos acercábamos al cuarto piso e íbamos quedando solos en el ascensor, Elio se iba transformando: desafío y poder a través de la mirada incongruente con la textura de la voz, acudían a identificarlo.

¿La impostura había quedado abajo entre la charcutería y las hortalizas o se abría con la reja de su apartamento? El analista que predominaba en mí elaboró una respuesta acorde con las teorías que entonces manejaba. El hombre triste que también iba siendo sintió deseos de seguirlo y entrar a ese universo paradójico que, en medio de la repulsión, lograba atraerlo.

En todo caso era un problema menor y, sobre todo, su problema. Me respondí acostado sobre el archipiélago. Además, ¿a quién podría interesarle? El mundo está lleno de homosexuales y bisexuales desde la antigüedad. Eso ya no alarma a nadie.

Yo sólo debía ocuparme del trabajo de grado, de las amenazas de mi ex mujer, de preparar las clases, de la mensualidad de *la cueva*, de Lorena. Pero no, algo en mí (¿un mecanismo de defensa?) gustaba de las digresiones indiscretas.

La noche de ese mismo sábado regresé temprano con la aspiración de recuperar el sueño. Lorena estaba en el cine con sus amigas. Me recibió un silencio inusual. Sentí nostalgia por las tardes del sábado en el barrio: las rondas de anís, las cornetas atronadoras de Henry en un concierto ecléctico, los reclamos de mamá por el volumen, el olor de la marihuana disimulado entre ventiladores e incienso.

Sentí frío. Terminé de entrar. Eché una cobija sobre mis hombros. Boté los zapatos y apoyé la frente sobre la rejilla de la ventana. Tomé un trago de brandy directo de la botella que calmaba mi insomnio. Vi a John Travolta bajo las luces en *Saturday Night Fever*. Tomé otro, largo como un aullido, y acudió la voz de Lorena: «No me imagino un sábado inactivo, sin fiesta, sin restaurant, sin cine, sin algo fuera de lo común».

Abajo, una pareja parecía discutir. Varias personas hacían fila frente a los telecajeros. Un «San Ruperto» vacío y con las luces encendidas cumplía otra vuelta.

Desperté.

Una brigada asaltó la medianoche: Elio y varios amigos dando traspiés. *Una manada de váquiros destruía mis libros*. Volví a despertar. *Juan Gabriel estaba con los muchachos vestido de mariachi rosa lamiendo el micrófono*. Definitivamente desperté: en efecto, el último CD de Juan Gabriel, su voz quebrada por el choque de copas, las risas y el resumen de la ronda.

Otros sueños interfirieron. Un acetato apenas permitía seguir «Luna que se quiebra sobre la tiniebla de mi soledad...» y el crepitar de la aguja envolvía en llamas la cicatriz de Agustín Lara. Hubo una historia demorada por la ebriedad. Sucedió en una barra esa misma noche. El personaje parecía ser muy joven. Les habría ofrecido ser de ellos. De los tres o cuatro que estaban allí incluyendo a Elio. A cambio de varios gramos de «perico». Uno de ellos le ofreció una «piedra». Cocaína pura vía Medellín. El muchacho propuso un adelanto de ambas partes. Entraron al baño.

Rocío Dúrcal suspendió el desenlace con aquella canción bellísima dedicada a su hija muerta. El dolor del coro tenía otros motivos. Un dolor destemplado, sin ensayos e imposturas se repitió hasta el amanecer.

A mediodía entré por segunda vez al apartamento de Elio. Todo estaba en orden. En el rostro de mi casero apenas se insinuaba el trasnocho. Dudé. Quise devolverme. Antes había estado allí, en el sofá que lucía impecable, firmando el contrato de arrendamiento. Ahora venía a quejarme.

Colibrí voló a la cocina. Regresó con una taza de café. Enrolló algunos pliegos extendidos sobre su mesa de trabajo. Sacó unas matas al balcón. Enderezó un cuadro. Voló hasta mi café intacto y dijo con voz aflautada:

—¡Qué aburridos son los domingos!, ¿no?

—Sobre todo si te impiden dormir la noche anterior. Respondí automáticamente.

—¡No me digas que estabas en tu habitación! Haberlo sabido. Vinieron algunos amigos a tomar unos traguitos. En tu lugar me hubiese incorporado a la reunión. Pero no te preocupes que estoy preparando un consomé de gallina riquí-si-mo. Después caerás rendido hasta mañana si es que no te despierta tu novia.

Hablaba planeando sobre la sala. Voló a la cocina. De regreso trajo una bandeja con dos platos de consomé y varias rebanadas de pan integral. Organizó el almuerzo en la mesa central del recibo de donde había desaparecido, como por arte de magia, la colección de piedras mexicanas, los ceniceros, algunas piezas de cerámica y mi café a medio probar.

Me obligó a repetir el consomé. Luego sirvió ensalada de frutas y continuó revoloteando. Se conducía con tanta naturalidad que logró darle un vuelco a la situación: a través de aquel agasajo imprevisto convirtió en fiesta lo que pudo derivar en discusión.

Se detuvo. Me propuso compartir una siesta. Acepté con la condición de que cada quien la hiciera en su habitación. Lo tomó como un chiste cruel: ya había preparado el sofá. Me despedí agradeciendo sus atenciones y caminando de espaldas llegué a la puerta.

Lorena pasó por mí a las tres. Fuimos al Museo de Bellas Artes. En el trayecto me contó la película completa. No tuvo la amabilidad de una sinopsis. Guardé silencio sin poder explicar el castigo: ella siempre estuvo al tanto de mi aversión hacia ese tipo de historias, además, contaba muy mal. Quizás sentía el deber de divertirme o la necesidad de rellenar con palabras el abismo que ambos evadíamos.

En el museo me descubrí pensando en Elio. Lo percibía allí revoloteando entre transparencias y veladuras. Lorena había recorrido la exposición como quien revisa un álbum de fotografías sabiendo de antemano que no hallaría su imagen. Más tarde, instalados en el café del ateneo, agradecí su discreción: por fortuna no se dedicó a identificar figuras en la abstracción, prefirió olvidar las pinturas y hablar del tiempo.

Volví a amarla. Aún no entiendo por qué.

Accedió a dormir conmigo. Nos abastecimos de pizza y vino. Adoraba hundir sus pezones en la copa y lamer la eclosión de pecas sobre los senos

hinchados, bajar probando las periferias de su cuerpo, desplegar mi lengua y allanar la vagina urgido por encontrar las razones de mi amor. Para retrasarnos la muerte, como pedía la canción, bebimos vino y seguimos las melodías que logramos sintonizar en la radio.

A la noche siguiente, cuando una novela insufrible caía de mis manos, Elio llamó a mi puerta con el pretexto de revisar la decoración y cambiar los horrores heredados del antiguo inquilino. Estaba más nervioso que nunca. Algo andaba mal. Aprobó los cambios sin sorpresa. No se detuvo en las fotografías ni en el par de óleos que había salvado de las garras de mi ex mujer. Le expliqué que me disponía a dormir. No logró justificar su permanencia. Se derramó en llanto sobre el archipiélago. Me senté a su lado. Colibrí encajó la cara entre las almohadas y emitió un gemido interminable. Reaccioné: lo tomé por los hombros, lo sacudí sin violencia, lo traje hacia mí. Por un momento quedó a la deriva, desaliñado como un muñeco de trapo. Luego dejó caer la cabeza sobre mis piernas y con una mirada me suplicó no censurarlo.

Había recibido varias llamadas telefónicas: alguien quería matarlo. Al principio dijo ignorar quién podría estar detrás de todo y el móvil que lo inspiraba. Seguro de que nadie nos veía le acaricié la frente. El cuadro era ridículo. Se relajó. Traté de persuadirlo: ese tipo de llamadas abundaba en la ciudad, generalmente las realizaban jóvenes desocupados, sólo por bromear. Entonces relató parte de la verdad: era la venganza del muchacho de la otra noche, el de la barra.

Volvió el desasosiego. Le serví un brandy doble y decidí esperar la confesión *in vino veritas*. Alterada quizás por la cercanía de nuestros cuerpos y el desconocimiento mutuo, su versión rendía en proporción inversa al licor. A la cuarta copa concluyó entre hipérboles dignas de una borrachera en cierne.

Durante todo ese tiempo permanecí en silencio, mi atención no se desvió ni en el momento de servir los tragos. El temor de Colibrí no era infundado. Habían exagerado con el muchacho: después del baño, donde uno de ellos le mostró el premio que nunca obtendría, tomaron la Cota Mil en el Nova de Roberto, a quien yo apenas conocía de vista. Las pocas parejas que apreciaban la ciudad desde el mirador no advirtieron la presencia de cinco hombres en el carro blanco que se detuvo al final del paseo, en el lugar más oscuro. Allí continuaron inhalando «perico» y bebiendo ron directo de la botella. El muchacho quería el intercambio y regresar temprano a la barra. Entre Roberto y los otros dos se estableció un acuerdo tácito. Elio, según su versión, de haberse enterado previamente jamás habría aprobado esos métodos: cuando el muchacho estuvo a punto de eyacular en la boca de Roberto, los otros lo amordazaron y maniataron.

Él se dejó hacer guiado por las fantasías relatadas, el juego, el mareo. Lo extendieron boca abajo en el asiento trasero. Él quiso oponer resistencia. Roberto le metió la cabeza en una bolsa plástica para amedrentarlo. Los otros dos le abrieron las piernas y con pulso exacto le hundieron el pico de la botella en el ano.

Después, entre un ataque de risa y tos, me dijo que lo habían abandonado allí, semiinconsciente.

Ahora Colibrí estaba aterrado y con ganas de seguir bebiendo. En medio del impacto que me produjo la historia pude entender que había ascendido a la categoría de confidente y, en consecuencia, podría ser castigado por encubridor. Aunque sabía de antemano que la policía no se enteraría del asunto. Colibrí, aprovechando la situación, intentó besarme. Me levanté de la cama. Ahora el desconcierto era mío. Le pedí que saliera del cuarto. Retomó sus llantos. Imploró protección abrazado a mis rodillas. Se lo prometí. No sé si actuaba bien o mal. Quizás era mi deber. Se lo prometí. Sí. Y al final no lo hice.

Estaba confinado en *la cueva*. Debía entregar la tesis para finales de año y ya terminaba octubre. Suspendí mis paseos nocturnos. De Lorena y su abuelo sólo sabría los domingos. Cumplía un horario mínimo en la universidad. Me asomaba a la biblioteca sólo para verificar algún dato. Aceleré el ritmo de la redacción. Durante el día oía el repicar del teléfono y, a veces, los gritos ahogados de Elio. Me esforzaba por no cruzarme con él: nada debía distraerme. Sin embargo, las imágenes del relato se imponían involuntariamente. Temía por Colibrí. Temía por mí. Debía concluir el trabajo antes de quedar de nuevo en la calle.

El sábado en la tarde entré por tercera y última vez al apartamento. Elio llevaba un kimono rojo. Había encargado comida japonesa. Yo no estaba en condiciones de rechazar la invitación. El volumen del teléfono era mínimo: el asedio continuaba. Evadimos el tema y brindamos con vino de arroz. La onda oriental calmaba los nervios de mi casero. Sin más preámbulos y con la seguridad de rendir una lección muy bien aprendida me dijo que estaba enamorado de mí, que mi presencia le daba paz y seguridad, que era capaz de todo por tenerme y que estaba dispuesto a brindarme las satisfacciones que una mujer por siempre jamás me daría.

Lo último despertó mi curiosidad. Lo primero, pese a la gravedad en la dicción, pudo ahorrárselo. Le dije que se dejara de mariqueras conmigo, que le tenía afecto, que había prometido protegerlo, que estaba pendiente de él, pero hasta ahí. Mis palabras rebotaron contra los versos irrefutables de Jayyam:

*Disfruta tus horas. El aliento te dejará en tu día.
Te perderás bajo el misterio de la nada
Bebe: No sabes de dónde has venido.
Bebe: No sabes a dónde irás.*

Necio. Me sentí como un necio por subestimarlo. ¿Acaso algo le impedía conocer los antiguos *Rubaiyyat*? Impresionado por el nuevo recurso acepté el escocés que vino a suplantar al sake. Bebimos en silencio y la figura de Elio creció hasta envolverme en los mantos de satén. El tiempo dejó de importarme. Sólo unos minutos íntimos rodearon mi repentina erección y las destrezas felativas de Elio, y se acoplaron al sofá cuando tomé su trasero rasurado para penetrarlo lenta, temerosa, asquerosamente bien.

Lorena, puntual e impecable, pasó el domingo a las tres. Fuimos a merendar a El Hatillo. Esta vez fui yo quien sintió la necesidad imperiosa de rellenar el trayecto. Contra sus mal disimulados bostezos le expuse solamente el marco teórico y la metodología aplicada en la tesis. Mi soliloquio quiso prolongarse más allá del postre y ella, con semblante de santa patrona de los mártires, me rogó un poco de silencio.

Así anduvimos hasta regresar a *la cueva*. Estrenaba un *body* negro. De su breve equipaje extrajo algunos cassettes, un frasco de encurtidos y un paquete de galletas de soda. Dispuso todo con propiedad mientras yo cambiaba la sábana al archipiélago. De pronto comenzamos a escuchar un sollozo lento, despegando de una vieja canción de Aznavour. Recordé un almuerzo de despedida frente al mar. Lorena recordó cepillarse los dientes. Elio de seguro recordaba y quizás repetía en silencio, pegado a la pared, los versos aprendidos. Después vino Javier Solís, la Dúrcal, Juan Gabriel. Y ya no quise oír las cintas de Ana. Nos dormimos en paz sobre los lamentos y el despecho contiguo.

Cuando desperté, Lorena, aterrada, se tapaba la boca con ambas manos sentada en el borde de la cama. La abracé. Entendí que había llegado la hora. El muchacho había logrado entrar y destrozaba todo a su paso. Juraba matarlo. Elio, al parecer, estaba encerrado en alguna de las habitaciones. Los cristales se estrellaban contra las rejas del balcón. El muchacho trataba de derribar la puerta. Elio bramaba como una bestia acorralada. El muchacho bajó la voz para describir en detalle cómo lo apuñalaría. Ana no hacía más que imitarme. Nos vestimos sin prender la luz. El muchacho arremetió con más fuerza. Abrió la puerta.

Al salir, descalzos y sin aliento, en la alta madrugada Elio pronunció mi nombre.

Del libro: Una mujer por siempre jamás (Monte Ávila, 2007)

La I latina, de José Rafael Pocaterra

06/ 01/ 2013 | Categorías: Cuentos

¡No, no era posible! andando ya en siete años y burrito, burrito, sin conocer la o por lo redondo y dando más que hacer que una ardilla.

—¡Nada! ¡Nada!— dijo mi abuelita—. A ponerlo en la escuela...

Y desde ese día, con aquella eficacia activa en el milagro de sus setenta años, se dio a buscarme una maestra. Mi madre no quería; protestó que estaba todavía pequeño, pero ella insistió resueltamente. Y una tarde al entrar de la calle, deshizo unos envoltorios que le trajeron y sacando un bulto, una pizarra con su esponja, un libro de tipo gordo y muchas figuras y un atadito de lápices, me dijo poniendo en mí aquella grave dulzura de sus ojos azules: —¡Mañana, hijito, casa de la señorita que es muy buena y te va a enseñar muchas cosas...!

Yo me abracé a su cuello, corrí por toda la casa, mostré a los sirvientes mi bulto nuevo, mi pizarra flamante, mi libro, todo marcado con mi nombre en la magnífica letra de mi madre, un libro que se me antojaba un cofrecillo sorprendente, lleno de maravillas! Y la tarde esa y la noche sin quererme dormir, pensé cuántas cosas podría leer y saber en aquellos grandes librotos forrados de piel que dejó mi tío el que fue abogado y que yo hojeaba para admirar las viñetas y las rojas mayúsculas y los montoncitos de caracteres manuscritos que llenaban el margen amarillento.

Algo definitivo decíame por dentro que yo era ya una persona capaz de ir a la escuela.

II

¡Hace cuántos años, Dios mío! Y todavía veo la casita humilde, el largo corredor, el patiecillo con tiestos, al extremo una cancela de lona que hacía el comedor, la pequeña sala donde estaba una mesa negra con una lámpara de petróleo en cuyo tubo bailaba una horquilla. En la pared había un mapa desteñido y en el cielo raso otro formado por las goteras. Había también dos mecedoras desfondadas, sillas; un pequeño aparador con dos perros de yeso y la mantequera de vidrio que fingía una clueca echada en su nido; pero todo tan limpio y tan viejo que dijérase surgido así mismo, en los mismo sitios desde el comienzo de los siglos.

Al otro extremo del corredor, cerca de donde me pusieron la silla enviada de casa desde el día antes, estaba un tinajero pintado de verde con una vasija rajada; allí un agua cristalina en gotas musicales, largas y pausadas, iba cantando la marcha de las horas. Y no sé por qué aquella piedra de filtrar llena de yerbajos, con su moho y su olor a tierras húmedas, me evocaba ribazos del río o rocas avanzadas sobre las olas del mar...

Pero esa mañana no estaba yo para imaginaciones, y cuando se marchó mi abuelita, sintiéndome sólo e infeliz entre aquellos niños extraños, que me observaban con el rabillo del ojo, señalándome; ante la fisonomía delgadísima de labios descoloridos y nariz cuyo lóbulo era casi transparente, de la Señorita, me eché a llorar. Vino a consolarme, y mi desesperación fue mayor al sentir en la mejilla un beso helado como una rana.

Aquella mañana de “niño nuevo” me mostró el reverso de cuanto había sido ilusorias visiones de sapiencia... así que en la tarde, al volver para la escuela, a rastras casi de la criada, llevaba los párpados enrojecidos de llorar, dos soberbias nalgadas de mi tía y el bulto en banderola con la pizarra y los lápices y el virginal Mandevil tamborileando dentro de un modo acompasado y burlón.

III

Luego tomé amor a mi escuela y a mis condiscípulos: tres chiquillas feucas, de pelito azafranado y medias listadas, un gordinflón que se hurgaba la nariz y nos punzaba con el agudo lápiz de pizarra; otro niño flaco, triste, ojerudo, con un pañuelo y unas hojas siempre al cuello y oliendo a aceite; y martica, la hija del herrero de enfrente que era alemán. Siete u ocho a lo sumo: las tres hermanas se llamaban las Rizar, el gordinflón José Antonio, Totón, y el niño flaco que murió a poco, ya no recuerdo cómo se llamaba. Sé que murió porque una tarde dejó de ir, y dos semanas después no hubo escuela.

La Señorita tenía un hermano hombre, un hermano con el cual nos amenazaba cuando dábamos mucho qué hacer o estallaba una de esas extrañas rebeldías infantiles que delatan a la eterna fiera.

—¡Sigue! ¡Sigue rompiendo la pizarra, malcriado, que ya viene por ahí Ramón María!

Nos quedábamos suspensos, acobardados, pensando en aquel terrible Ramón María que podía llegar de un momento a otro... Ese día, con más angustia que nunca, veíamosle entrar tambaleante como siempre, oloroso a reverbero, los ojos aguados, la nariz de tomate y un paltó dril verdegay.

Sentíamos miedo y admiración hacia aquel hombre cuya evocación sola calmaba las tormentas escolares y al que la Señorita, toda tímida y confusa, llevaba del brazo hasta su cuarto, tratando de acallar unas palabrotas que nosotros aprendíamos y nos las endosábamos unos a otros por debajo del Mandevil.

—¡Los voy a acusar con la Señorita! —protestaba casi con un chillido Marta, la más resuelta de las hembras.

—La Señorita y tú... —y la interjección fea, inconsciente y graciosísima, saltaba de aquí para allá como una pelota, hasta dar en los propios oídos de la Señorita.

Ese era día de estar alguno en la sala, de rodillas sobre el enladrillado, el libro en las manos, y las orejas como dos zanahorias.

—Niño, ¿por qué dice eso tan horrible? —me reprendía afectando una severidad que desmentía la dulzura gris de su mirada.

—¡Porque soy hombre como el señor Ramón María!

Y contestaba, confusa, a mi atrevimiento:

—Eso lo dice él cuando está “enfermo”

IV

A pesar de todo, llegué a ser el predilecto. Era en vano que a cada instante se alzase una vocecilla:

—¡Señorita, aquí el “niño nuevo” me echó tinta en un ojo!

—Señorita, que el “niño nuevo” me está buscando pleito.

A veces era un chillido estridente seguido de tres o cuatro mojicones:

—¡Aquí...! Venía la reprimenda, el castigo; y luego más suave que nunca, aquella mano larga, pálida, casi transparente de la solterona me iba enseñando con una santa paciencia a conocer las letras que yo distinguía por un método especial: la A, el hombre con las piernas abiertas —y evocaba mentalmente al señor Ramón María cuando entraba “enfermo” de la calle—; la O, al señor gordo —pensaba en el papá de Totón—; la Y griega una horqueta —como la de la china que tenía oculta—; la I latina, la mujer flaca —y se me ocurría de un modo irremediable la figura alta y desmirriada de la Señorita... Así conocí la Ñ, un tren con su penacho de humo; la P, el hombre con el fardo; y la & el tullido que mendigaba los domingos a la puerta de la iglesia.

Comuniqué a los otros mis mejoras al método de saber las letras, y Marta —¡como siempre!— me denunció:

—¡Señorita, el “niño nuevo” dice que usted es la I latina!

Me miró gravemente y dijo sin ira, sin reproche siquiera, con una amargura temblorosa en la voz, queriendo hacer sonrisa la mueca en sus labios descoloridos:

—¡Si la I latina es la más desgraciada de las letras... puede ser!

Yo estaba avergonzado; tenía ganas de llorar. Desde ese día cada vez que pasaba el puntero sobre aquella letra, sin saber por qué, me invadía un oscuro remordimiento.

V

Una tarde a las dos, el señor Ramón María entró más “enfermo” que de costumbre, con el saco sucio de la cal de las paredes. Cuando ella fue a tomarle del brazo, recibió un empujón yendo a golpear con la frente un ángulo del tinajero. Echamos a reír; y ella, sin hacernos caso, siguió detrás con la mano en la cabeza... Todavía reíamos, cuando una de las niñas, que se había inclinado a palpar una mancha oscura en los ladrillos, alzó el dedito teñido de rojo:

—Miren, miren: ¡le sacó sangre!

Quedamos de pronto serios, muy pálidos, con los ojos muy abiertos.

Yo lo referí en casa y me prohibieron, severamente, que lo repitiese. Pero días después, visitando la escuela el señor inspector, un viejecito pulcro, vestido de negro, le preguntó delante de nosotros al verle la sien vendada:

—¿Cómo que sufrió algún golpe, hija?

Vivamente, con un rubor débil como la llama de una vela, repuso azorada:

—No señor, que me tropecé...

—Mentira, señor inspector, mentira —protesté rebelándome de un modo brusco, instintivo, ante aquel angustioso disimulo— fue su hermano, el señor Ramón María que la empujó, así... contra la pared... —y expresivamente le pegué un empujón formidable al anciano.

—Sí, niño, sí ya sé... —masculló trastumbándose.

Dijo luego algo más entre dientes; estuvo unos instantes y se marchó.

Ella me llevó entonces consigo hasta su cuarto; creí que iba a castigarme, pero me sentó en sus piernas y me cubrió de besos; de besos fríos y tenaces, de caricias maternas que parecían haber dormido mucho tiempo en la red de sus nervios, mientras que yo, cohibido, sentía que al par de la frialdad de sus besos y del helado acariciar de sus manos, gotas de llanto, cálidas, pesadas, me caían sobre el cuello. Alcé el rostro y nunca podré olvidar aquella expresión dolorosa que alargaba los grises ojos llenos de lágrimas y formaba en la enflaquecida garganta un nudo angustioso.

VI

Pasaron dos semanas, y el señor Ramón María no volvió a la casa. Otras veces estas ausencias eran breves, cuando él estaba “en chirona”, según nos informaba Tomasa, única criada de la Señorita que cuando ésta salía a gestionar que le soltasen, quedábase dando la escuela y echándonos cuentos maravillosos del pájaro de los siete colores, de la princesa Blanca—flor o las tretas siempre renovadas y frescas que le jugaba tío conejo a tío tigre.

Pero esta vez la Señorita no salió; una grave preocupación distraía en mitad de las lecciones. Luego estuvo fuera dos o tres veces; la criada nos dijo que había ido a casa de un abogado porque el señor Ramón María se había propuesto vender la casa.

Al regreso, pálida, fatigada, quejábase la Señorita de dolor de cabeza; suspendía las lecciones, permaneciendo absorta largos espacios, con la mirada perdida en una niebla de lágrimas... Después hacía un gesto brusco, abría el libro en sus rodillas y comenzaba a señalar la lectura con una voz donde parecían gemir todas las resignaciones de este mundo:

—Vamos, niño: “Jorge tenía un hacha...”

VII

Hace quince días que no hay escuela. La Señorita está muy enferma. De casa han estado allá dos o tres veces. Ayer tarde oí decir a mi abuela que no le gustaba nada esa tos...

—No sé de quién hablaban.

VIII

La Señorita murió esta mañana a las seis...

IX

Me han vestido de negro y mi abuelita me ha llevado a la casa mortuoria. Apenas la reconozco: En la repisa no están ni la gallina ni los perros de yeso; el mapa de la pared tiene atravesada una cinta negra; hay muchas sillas y mucha gente de duelo que rezonga y fuma. La sala llena de vecinas rezando. En un rincón estamos todos los discípulos, sin cuchichear, muy serios, con esa inocente tristeza que tienen los niños enlutados. Desde allí vemos, en el centro de la salita, una urna estrecha, blanca y larguísima que es como la Señorita y donde ella está metida. Yo me la figuro con terror: el Mandevil abierto, enseñándome con el dedo amarillo, la I, la I latina precisamente.

A ratos, el señor Ramón María que recibe los pésames al extremo del corredor y que en vez del saco dril verdegay luce una chupa de un negro azufroso, va a su encuentro y vuelve. Se sienta suspirando con el bigote lleno de gotitas. Sin duda ha llorado mucho porque tiene los ojos más lacrimosos que nunca y la nariz encendida, amoratada.

De tiempo en tiempo se suena y dice en alta voz:

—¡Está como dormida!

X

Después del entierro, esa noche, he tenido miedo. No he querido irme a dormir. La abuelita ha tratado de distraerme contando lindas historietas de su juventud. Pero la idea de la muerte está clavada, tenazmente, en mi cerebro. De pronto la interrumpo para preguntarle:

—¿Sufrirá también ahora?

—No —responde, comprendiendo de quién le hablo— ¡la Señorita no sufre ahora!

Y poniendo en mí aquellos ojos de paloma, aquel dulce mirar inolvidable, añade:

—¡Bienaventurados los mansos y humildes de corazón porque ellos verán a Dios!...

Del libro: **Cuentos grotescos (Monte Ávila)**

Nunca llegaron rosas para el amor de ayer, de José Pulido

21/02/2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

Su padre boqueó y murió cuando el sol estaba saliendo y en la calle se escuchaban algunos portazos. Se intuía el avance de un autobús escolar.

Habían pasado la noche acompañándolo en la clínica años cincuenta, ventiladores y aire acondicionado, paredes mantecado, fluorescentes redonditos como aureolas de ángeles, pasos yendo, pasos viniendo y tacones detenidos de improvisado; olores a desinfectante de pino, alcohol, mercurocromo, yodo, perfumes de enfermeras; voces de pasillo, la muerte a punto de brotar como una flor invisible y fétida.

Las primeras horas que estuvieron juntos al lado de la cama las aprovecharon para reencontrarse, de una manera tan contagiosa que en algunas ocasiones el anciano intervenía para hacer una que otra acotación o aclaratoria. Se dedicaron a conversar sobre sus vidas, y el viejo abría los ojos, los cerraba, se debatía suavemente bajo los guadañazos de la muerte que se balanceaba haciendo su número de trapequista en las sondas del suero. La muerte lo pescaba y él coleteaba agonizante ensartado con náilon. Enrique miraba orgulloso a su hermano Camilo y éste lo contemplaba de igual manera a él.

¿Quién se va a comer esa manzana? El viejo no puede tragar nada sólido. Se interrumpían y se escuchaban. Se sentían como extraños recién presentados porque no se veían desde hacía diez años, por lo menos. Enrique vivía haciendo su trabajo de ingeniero metalúrgico en Guayana y de allí no salía nunca. Camilo era publicista y había hecho su rutina existencial en Miami. Sus vidas eran ahora unos currículums de papel que pronto dejarían la materialización pulposa y viajarían por computadora. Así de modernos y desarraigados estaban. En navidades se llamaban y se saludaban pero hablaban a ráfagas y durante unos pocos minutos.

-Yo pensé que tantos tubos de plástico metidos en la nariz y en la boca era cosa de películas pero a papá lo tenían atravesado con esas vainas- comentó Enrique unas horas después. Esa mosca maldita metiéndose en el vaso. Esa mosca se va a parar encima del sánduche que se exhibe en el mostrador.

No hallaban nada sustancioso qué decir estando sentados en el cafetín, bebiendo café mañanero, esperando el certificado de defunción y los otros papeles de la clínica. Ya a Enrique se le estaba pasando el gusto de escuchar el mal castellano que ahora hablaba Camilo, aunque de repente se sentía tentado a decir como él: *sorring*. A un cuarto para la seis de la mañana su padre los observó con detenimiento y les hizo señas con una mano para que se acercaran. Antes de decir cualquier otra cosa comentó para sí, como si acabasen de entrar a la habitación: vinieron, por fin vinieron.

La cara parecía reducida pero más larga, como una calavera de animal. La piel estaba virtualmente despegada de los huesos, como a punto de caerse hacia un lado. Cual edredón que se rueda. Igual que los forros de los muebles cuando se aflojan –Sí, aquí estamos, papá- respondió Camilo por los dos y el viejo les habló de la madre verdadera, una esposa que se aburría de verlo meterse debajo de un carro como un ordeñador de aceite, y después hizo comentarios sobre Alida y pareció pedir perdón o por lo menos insistió, en medio de una tormenta de asma, que había sido un hombre muy individualista y encerrado en sí mismo. De repente les confesaba tengo miedo y ellos sabían que estaba muriéndose y que temblaba ante lo que iba a sentir por última vez. Esperaba un fuerte dolor, un dolor más grande que todo lo experimentado, algo revuelto con oscuridad y desesperación. Ellos le decían “no te preocupes que todo va a salir bien” como cuando él los llevaba al dentista y les explicaba que eso no era nada. Ya viene, ya viene: es muy difícil, se quejaba y ellos repetían no te preocupes que estamos contigo.

-Llama al médico, llama a la enfermera- decía Enrique y no se movía de la orilla de la cama que había hecho suya. Del otro lado estaba Camilo, buscando el timbre para llamar al personal de guardia. Lo encontró y lo hundió varias veces. La habitación se llenaba de luz natural y se escuchaba el tronco de los ventiladores pidiendo grasa. El hombre abrió los ojos hasta desorbitarlos y luego los cerró llevándose un trozo de techo blanquecino, unas aspas lentas y un aleteo de persianas para el más allá.

Camilo piensa en la boca de Betty y aspira su aliento de cereza. El más allá es un eufemismo para definir el momento en que se abandona para siempre el más acá. Le repetirá esa idea a Betty. ¿Qué haces a esta hora en Miami Florida, mi amor? ¿me añoras, me llamas? Estará preparándose para sus clases de aerobics. Hace señas de que le traigan otro café y le dice a Enrique, ambos insuflados por una libertad de adultos auténticos recién graduados, que pueden pedir lo que quieran en el cafetín de la clínica:

-¿Por qué no vamos hoy mismo a la casa de la montaña?

Y Enrique asiente preguntando ¿por qué no? Hace poquísimos vieron morir al padre y éste ni siquiera tembló o gritó: se quedó quieto después de un ronquido y ya está, tanto caminar, tanto hablar, tanto comer, tanto bañarse y limpiarse: tieso como un palo. Pero antes les había contado todo lo de Alida y ellos se quedaron abismados mirándolo. La cama estaba convertida en una lancha mortuoria que cruzaba hacia la otra playa. La sentían avanzando para aquel lado y su padre se empequeñecía de veras. La carita, las cuenquitas, los huesitos. Un fardo tirado.

Es muy poco lo que recuerdan respecto a ella: sólo vaguedades como la vez que bajó hacia la autopista y se fue caminando por la orilla mientras a su lado pasaban carros de todos los colores, unos recortando la velocidad, otros apresurándose. El humo de un cigarrillo fluía hacia su espalda y luego se perdía en el espacio.

Fumaba de noche en el porche; era alta, con una cabellera teñida de rubio casi blanco. Le gustaba llevar camisas o franelas muy cortas. Siempre estaba presente su ombligo, como el ojo de Polifemo, mirando la mitad de la vida desde una piel tensa reseca saturada de vellos, que parecían espinitas de sol.

A veces se transformaba en una persona de carácter muy fuerte y no salía de la cocina donde leía recetas de libros y preparaba unas comidas pastosas que su padre engullía fascinado y ellos tragaban a duras penas, pero generalmente era una mujer melancólica y solitaria que llamaba a las estaciones de radio para pedir canciones. Tenían perfecta conciencia de que Alida se había cansado de la vida tan abrumadoramente apacible y engordadora que capitaneaba su padre. El era un hombre de poquísimas palabras que trabajaba fuera de la casa cinco días a la semana y los dos días que estaba en el hogar los pasaba divirtiéndose a solas con sus herramientas y su carro.

Hubo un tiempo en que su padre comenzó a prestarle más atención al hogar, sobre todo a partir del día que Alida desapareció de la casa y estuvo una semana ausente. Una mañana se detuvo un taxi desvencijado en el hombrillo de la autopista como si se hubiese descompuesto y ella bajó lentamente. No traía regalos ni nada. Descendió del carro carcomido y repintado y subió la cuesta poco a poco. Se detuvo, arrancó unas hojas, pareció dudar y luego abrió la puerta del corral de la casa y entró.

-Los dos se encerraron en su cuarto y hablaron mucho...papá gritó una sola vez ¿tienes memoria de eso, Camilo? Nosotros decíamos la va a coñacear y no sabíamos de parte de quién nos debíamos poner, aunque en el fondo le dábamos la razón a ella.

-Claro que me acuerdo. Después de ese samplegorio la normalidad parecía una patilla a punto de caerse de un camión. Esa vez escuchamos cuando papá le dijo tengo que hablar con Enrique y Camilo y nosotros nos cagamos porque pensamos que nos iban a mandar para un internado, porque cuando papá se arrechaba lo que decía era eso: los voy a meter en un internado y uno se imaginaba que un internado era como una cárcel para niños.

Su padre y ella vivían temporadas armoniosas en que los llevaban a pasear a la playa, a comer pollo en brasas o a un centro comercial. Donas, el cine, cotufas. Se veían tranquilos y muy amables el uno con el otro. Hasta que llegó el desesperante y caluroso mes en que ella bajó hacia la autopista sin decir una palabra y no regresó más. Su padre se enfermó esperándola y cuando se dio cuenta de que nunca más volvería se dedicó a beber cerveza y jugar dominó quién sabe adónde. Lo dejaba solos y ellos aprovechaban para no ir a la escuela. Hasta la pantalla del televisor se cubrió de polvo. Después la abuela llegó para poner orden y se los llevó. Así fueron creciendo hasta que se graduaron y se separaron cada uno por su lado. Hasta estos días en que les avisaron que su padre estaba grave y ellos retornaron para verlo morir y aprovecharon para ir a visitar la casa de la montaña y ver qué iban a hacer con ella.

-Nos volvíamos locos por los chicharrones de pollo que nos preparaba Alida- murmura Enrique mirando la distancia y buscando con los ojos el pino donde colocaban el cartón de tiro al blanco.

-Sí. Y por el quesillo aquel. Ella nos dejaba comer bastante quesillo y nunca nos fastidió ni nos regañó. Era tan rara. Las otras mamás de por ahí gritaban no coman dulce, hagan la tarea y apaguen ese televisor. En cambio Alida nos preguntaba si queríamos jugar bingo o si queríamos ir al cine con ella.

-A veces la escucho, escucho aquella voz hablando de veleros y catamaranes, de barcos y muelles y de las camisas floreadas que le gustaban tanto cuando veíamos aquel programa de televisión que mostraba a Hawai. ¿No estaba medio loca por las cosas marinas?- responde Camilo.

-Lo absurdo- vuelve Enrique- fue cuando se apareció la policía con aquellos señores y conocimos a la mamá de mamá diciendo que nos iba a salvar de papá.

-Primera noticia de que teníamos una abuela. Tú la veías escondido detrás de las persianas y me decías: parece uno de los malos de la lucha libre. La abuela nos llevó de ahí y después de eso fue que supimos que la mamá de nosotros era otra mujer que también había dejado a papá cuando estábamos más chiquitos y

que se había muerto en un aborto, que tú preguntaste qué era un aborto y yo le grité que Alida era nuestra mamá y la abuela me rompió la boca de un manotón.

-La abuela Gregoria nada más nos decía que papá se había vuelto muy irresponsable pero nunca quiso hablar de Alida. Le preguntábamos y ella nos mandaba a lavar las manos o a pelar papas. No hablen de eso aquí en mi casa, vagabundos, los voy a enseñar a ser cristianos gritaba ¿te acuerdas, Camilo?

-¿Qué habrá sido de Alida? Ojalá que esté bien. Ojalá que esté viviendo en una isla, en una playa. ¿Sabes? Más que ese gorgoteo que se le vino a papá desde el pecho como si se le estuviera enredando en baba el corazón, me impresionó lo de Alida y cuando dijo que la había querido con mucha rabia porque no podía llevar amigos a la casa.

-Yo todavía no puedo creer que Alida...

-Yo tampoco...sus labios sonreían con dulzura y sufría aquella soledad tan femenina que la atosigaba. Actuaba como una mujer. Enlazaba las manos y colocaba la barbilla encima. Cruzaba las piernas. Así, con ese matiz...tan...frágil.

La autopista se congestiona. Los vehículos comienzan a avanzar lentamente hasta que se forman largas colas y aparecen manos agitándose por las ventanillas. Mariposas diminutas intentando escapar de los escarabajos gigantes, de los ácaros envenenados. Cerca de ahí, en un árbol que está como sembrado en sus columnas vertebrales, irrumpe el aleteo espantoso de un pájaro demasiado grande; lejos aúllan una o dos sirenas. ¿Guayabas? ¿son guayabas maduras? Allá en el manchón verde, junto al barranco.

Enrique y Camilo se callan. Van y vienen. Palpan la cerca, miran la vieja y rechoncha mata de ciruelas desde abajo como si tuviera faldas. En el tronco, ahorcado por un alambre de púas, ha desaparecido el corazón que ellos dibujaron a manera de sorpresa con el nombre de Alida en el centro.

-Ella se emocionó yo sé que se emocionó ¿no recuerdas que nos abrazó largo rato? A mi me llamó hijito y a ti te dijo ay hijito. Era tierna cuando le tocaba y caminaba como Marilyn Monroe-comenta Camilo.

-Alida me parecía muy femenina- agrega Enrique pero no pueden seguir hablando porque ahora sí es verdad que se les ha reventado el llanto y cada uno vuelve la cabeza para un lado distinto intentando llorar sin aspavientos ni moqueaderas y por eso se quedan estáticos mientras el paisaje de la infancia se

derrite y ambos piensan sin querer, así de pasadita, en el plateado y chulo aeropuerto.

Del libro: **Los héroes son villanos tímidos (Otero Ediciones, 2013)**

La valla, de Eduardo Liendo

19/ 01/ 2013 | Categorías: Cuentos

Desde la tarde que me suspendieron la incomunicación y salí del calabozo para recibir en el patio un poco de sol y de brisa salobre, la valla adquirió su dimensión de reto. Cuando regresé al calabozo ya me había penetrado la obsesión de la fuga. Mi corazón no estaba resignado a soportar la servidumbre del tiempo detenido. Por eso, el reto de la vida tenía la forma de esa cerca metálica, de no más de cinco metros de altura, enclavada en el patio de la prisión. Del otro lado se encontraba la continuidad del tiempo y la promesa de una libertad azarosa y mezquina. Era mi deber intentarlo. Cada vez que salía al patio durante esa hora vespertina, mi intención se fijaba en tratar de precisar cuál podía ser el punto más vulnerable de la valla, según la colocación del guardia (el puma) y el momento más propicio para saltarla. Era una jugada que requería de tres elementos para ser perfecta: ingenio, velocidad y testículos. Para no considerar la acción descabellada, debía descartar también la mala suerte. Por ese motivo escogí, para intentarla, el día más beneficioso de mi calendario: el 17.

Entre mi proposito de fugarme (y seguramente el de otros compañeros que caminaban pensativos por el patio) y su feliz consumación, se interponía la dura y atenta mirada del puma que siempre mantenía la submetralladora sin asegurador. Era un hombre en el que fácilmente se podían apreciar la fiereza y la rapidez de decisión. Por su aspecto físico resultaba un llamativo híbrido racial: una piel parda, curtida por el mucho sol, ojos grises de brillo metálico y el pelo marrón ensortijado.

La única ocasión que me aproximé con temeridad hasta la línea límite, marcada a unos dos metros antes de la valla, se escuchó un seco y amenazador grito del puma: ¡alto! (Supe por otros prisioneros más antiguos, que alguien al intentar saltarla, recibió una ráfaga en las piernas). Después del incidente hice algunos esfuerzos por cordializar con el guardián, tratando, de este modo, de ablandar su atención, pero el puma no permitía el dialogo ni siquiera a distancia. Estaba hecho para ese oficio, sin remordimientos. Lo máximo que obtuve de él, fue que en un día de navidad me lanzara un cigarrillo a los pies desde su puesto.

Durante cinco años, mi plan de fuga se quedó en la audacia de lo imaginado. Por mi buena conducta fui transferido del calabozo a una celda colectiva, hasta que el almanaque puso fin a la espera y obtuve la costosa libertad

de forma legal y burocrática. Regresé así a la normalidad calumniada que tanto despreciamos.

De nuevo el tiempo había recuperado su perdido sentido y mis reflejos comenzaron a adaptarse nuevamente a la prisa de la ciudad. La memoria de los días inmóviles se fue desdibujando. Pero una noche, durante un sueño intranquilo, reapareció la valla con su reto. Al principio logré asimilarlo como uno de esos indeseables recuerdos que con mucho empeño logramos finalmente desgrabar. Pero la misma visión comenzó a repetirse cada vez más intensa, hasta transformarse en un signo alarmante que surgía en cualquier situación. Eso me hizo detestar mi suerte: la libertad no era más que una simulación, porque yo había quedado prisionero de la valla y del miedo a saltarla.

Una mañana decidí visitar la prisión y solicité hablar con el puma (Plutarco Contreras, era su nombre). Me recibió cordialmente y hasta mostró agrado cuando le dije que tenía buena readaptación a la nueva vida, que me desempeñaba como vendedor de enciclopedias y estaba a punto de casarme. También a mí me sorprendió favorablemente no encontrar en sus ojos la antigua dureza. Volví a verlo en varias ocasiones y se estableció entre nosotros un relación amistosa. Una vez lo esperé hasta que terminó sus obligaciones, conversamos un rato y yo le ofrecí como regalo un llavero de plata con la cara de un puma. Antes de irme, con recelo le pedí un favor, él estuvo de acuerdo y comprensivo con mi solicitud.

Cuando entramos al patio, su mano descansaba con afecto en mi hombro. Después él se colocó en su sitio habitual de vigilancia, mientras yo (exactamente como lo había pensado durante años) me trepé por la valla metálica y salte hacia el otro lado del tiempo. Al caer, sentí una súbita liberación. Me di vuelta para despedirme, y apenas tuve tiempo de ver la terrible mirada del puma que me apuntaba con el arma.

—Lo siento —dijo antes de disparar— yo también esperé mucho tiempo esta oportunidad.

Del libro: **El cocodrilo rojo (Monte Ávila)**

Como si el loco fuera yo, de Fedosy Santaella

23/ 06/ 2013 | Categorías: Cuentos, Destacado

Hoy en la mañana, una voz amable y correcta se me acercó bajo la lluvia.

—Hola, buenos días. Caballero, por favor, me presta su paraguas un momento, ya se lo devuelvo.

El hombre que hablaba venía con un periódico sobre la cabeza. Tendría unos cincuenta años, usaba bigotes gruesos y lentes, y también portaba una buena porción de canas. Tenía aspecto de persona seria. Pero por lo que acababa de decir, parecía no serlo. También cabía la posibilidad de que fuese un loco, de los tantos que sobran en la ciudad. Me quedé con esta última idea, y le respondí:

—Espérame ahí mismo que ya vengo.

Orgulloso de mi sagaz respuesta seguí mi camino. Por lo general, ante este tipo de situaciones, no encuentro qué decir o digo cualquier cosa y hago el ridículo. Pero esta vez yo iba con la frente en alto, y sentí que caminaba como caminaría Batman luego de propinarle una buena paliza a cinco villanos.

Media hora más tarde había terminado mi diligencia. Aún llovía afuera. Con el paraguas desplegado, regresé a la calle donde había estacionado. Era la misma calle donde el loco me había abordado. Y donde aún seguía, bajo la lluvia, muy mojado y con el periódico hecho papilla sobre su cabeza. Se hallaba en el sitio exacto donde le había dicho que esperara. Entre molesto, apenado y asustado, apresuré la caminata y me mantuve a distancia. Aun así el hombre me reconoció.

—¡Ya está de vuelta! ¡Muchas gracias! —me dijo con el gesto iluminado de beatífico agradecimiento—. ¿Ahora sí me presta el paraguas? De verdad, ya se lo devuelvo.

No le respondí, eché a correr hasta el carro, recogí el paraguas y me monté. Retrocedí, maniobré y pasé junto al hombre. Él me miraba asombrado, confundido, como si no pudiera creer lo que estaba pasando, como si el loco fuera yo.

Del libro: **De Instrucciones para leer este libro (Bid & Co. Editor, 2011)**

La muerte viaja a caballo, de Ednodio Quintero

07/02/2013 | Categorías: [Cuentos](#), [Destacado](#)

Al atardecer, sentado en la silla de cuero de becerro, el abuelo creyó ver una extraña figura, oscura, frágil y alada volando en dirección al sol. Aquel presagio le hizo recordar su propia muerte. Se levantó con calma y entró en la sala. Y con gesto firme, en el que se adivinaba, sin embargo, cierta resignación, descolgó la escopeta.

A horcajadas en un caballo negro, por el estrecho camino paralelo al río, avanzaba la muerte en un frenético y casi ciego galopar. El abuelo, desde su mirador, reconoció la silueta del enemigo. Se atrincheró detrás de la ventana, aprontó el arma y clavó la mirada en el corazón de piedra del verdugo. Bestia y jinete cruzaron la línea imaginaria del patio. Y el abuelo, que había aguardado desde siempre ese momento, disparó. El caballo se paró en seco, y el jinete, con el pecho agujereado, abrió los brazos, se dobló sobre sí mismo y cayó a tierra mordiendo el polvo acumulado en los ladrillos.

La detonación interrumpió nuestras tareas cotidianas, resonó en el viento cubriendo de zozobra nuestros corazones. Salimos al patio y, como si hubiéramos establecido un acuerdo previo, en semicírculo rodeamos al caído. Mi tío se desprendió del grupo, se despojó del sombrero, e inclinado sobre el cuerpo aún caliente de aquel desconocido, lo volteó de cara al cielo. Entonces vimos, alumbrado por los reflejos ceniza del atardecer, el rostro sereno y sin vida del abuelo.

Del libro: **La muerte viaja a caballo (La daga y el dragón)**

Melodía desencadenada, de Héctor Torres

14/ 08/ 2014 | Categorías: Cuentos, Destacado

A voice inside me compelling to satisfy me

Iron Maiden

Arrecharse con la vida es como arrecharse con la lluvia. O con la quebrada que se desborda y se lleva todo en su carrera. Y no es que esté mal, sino que es inútil; es imposible hacerla entrar en razón. Tego estaba consciente de eso, pero no podía evitar vivir arrecho con la vida. Y ella, rencorosa y vengativa, nunca le obsequiaba una sonrisa, ni un leve gesto amable.

Estaba, por ejemplo, lo de la cauchera. Había que haber llegado al límite de la insolvencia para aceptar trabajar ahí. La idea no le gustaba en lo absoluto. Claro, si le hubieran dado a escoger, tampoco hubiese preferido trabajar en ninguna parte. En realidad a Tego no le gustaba la idea de tener que trabajar. ¿Por qué debía hacerlo?, se preguntaba a menudo. ¿No bastaba con tener que haber salido del campo para, de paso, tener que descubrir que no sabía hacer nada?

Luego estaba Maribel. Que no era una cuaima, era un perro rabioso con una incansable capacidad para el insulto. Y Tego había hecho de todo en esta vida, menos pegarle a una mujer.

Y ese *hecho de todo* no era un decir. Sobre todo en el renglón *destruirse la vida*. Tirar por la poceta una carrera ascendente en la división Triple A de *Milwaukee Brewers*, ya sería suficiente mérito para ostentar esa expresión con todo derecho. No es fácil manejar la vida cuando se mueve tan rápido.[1]

La cauchera quedaba en plena avenida. Durante el día, y como hasta las ocho de la noche, era bastante transitada. En adelante se tornaba silenciosa, arisca y enigmática. En sus buenos tiempos, la estación de servicio tenía una tienda 24 horas y surtía a varias líneas de taxis. Con el tiempo el letrero giratorio que se veía desde tres cuadras de distancia, se apagó como un claro símbolo del deterioro en que se sumiría el negocio. Del servicio 24 horas apenas quedó el letrero luminoso con sus lámparas quemadas y la cauchera, con sus gatos

hidráulicos dormidos como perros viejos, en espera de esos escasos clientes noctámbulos.

Pasadas las diez de la noche, la estación de servicio quedaba en total oscuridad. Tego y el gochito pasaban el resto de la noche y toda la madrugada alumbrados por la triste luz del bombillo del techo y la de los postes de la avenida, y por las luces de los anuncios de los negocios cerrados que estaban en la acera del frente. A lo poco que vivía dentro del círculo que esas luces hacían se limitaba el paisaje que los acompañaba hasta que comenzaba a clarear y les tocaba entregar el turno a la mañana siguiente.

La estación de gasolina la estaban remodelando. Pero el portugués que era el dueño de la cauchera no veía motivos para cerrar el negocio por eso.

Maribel se veía tan sabrosa con esos monos cuando salía del gimnasio. Pero se veía más sabrosa cuando le sonreía, al pasar. Y cuando le mostró, un par de meses después, la carpeta que llevaba con los recortes de prensa de sus hazañas deportivas. Tego supo ese día lo que era tener una *fan*.

Dos años bastaron para que se sincerara. Dos años y una condena de por vida. O de unos quince años, por lo bajito. Los monos, las cotas ajustadas, la sonrisita eran las armas con las que salió a la vida a buscar *sponsor*. El prospecto del equipo gringo, el negrito alto y simpático llenó en su momento todos los recaudos para ganarse a esa morena con una sabia proporción de carne y huesos, todo exactamente donde debía.

Pero la vida con Maribel fue un batazo descomunal después de haber tenido al bateador en tres *strikes*. Es decir, no la vio venir.

Y no había bar en el que Tego intentara esconderse, que Maribel no lo encontrara para ofrecer su número, conocido como “el pote de leche de la niña”. A Tego no le gustaba ningún trabajo, pero ese de la cauchera era mejor que soportar a Maribel, que usaba a la carajita como escudo para esconder su lanzadora de misiles. O como arma de filo cortante. O como la última excusa que tenía a la mano para joderle la vida.

El portugués ni le habló de la paga cuando le dijo que empezaba al día siguiente. Ese día supo que a los nuevos les tocaba el turno de la noche. Y que cuando se fuese uno de los viejos, podía aspirar a suplantarle en su turno. Pero los que estaban ahora tenían una cara de estabilidad laboral que era mejor ni pensar en eso. Aunque, en honor a la verdad, no podía quejarse del exceso de trabajo.

Era un trabajo más parecido al de guachimán, porque la avenida era la avenida. Ahí, si algo no faltaba, eran cosas que ver. Por eso siempre tenía a la mano un machete con el cual espantaba de vez en cuando a lateros y piedreros. Del resto, siempre había tiempo para una larga siesta a golpe de una de la madrugada. Lo único malo era que, de jueves en adelante, en el mejor momento del sueño lo despertaban los faros de un carro, y la música a todo volumen. Y los tipos que se bajaban del carro para que las carajitas que se quedaban adentro vieran cómo se negocia con un cauchero. “Vaya pana, revisa ese caucho ahí”. “Mamagüevo”, murmuraba Tego con desprecio, pero tan bajito que sólo él se escuchaba, y se paraba todavía medio dormido a revisar el caucho. Los tipos le extendían un billete que Tego agarraba sin verles la cara ni decirles nada.

A veces, cuando echaba un ojo hacia la ventana del acompañante, veía a la carajita sentada, con los tacones en el piso del carro, las piernas enrolladas debajo de las nalgas y el trago en la mano, viéndolo con cara de que ahí no había nadie. A veces el escote regalaba un picón.

Claro que esa imagen le provocaba. Pero Maribel tenía de cuaima lo que tenía de mujer. Desde que salió preñada se convirtió en una mapanare arrebatada. Con la barriga desaparecieron los *papito*, los *negro*, los *mi vida*. Y no es que el portugués le había ofrecido a Tego resolverle la vida, pero eso no importaba con tal de quitarse a la demonio esa de encima. Por lo menos para tranquilizarla cada viernes, que se retrataba, dejándole el dinero en casa de la mamá, aunque sólo le durara hasta el lunes.

La cauchera quedaba en una avenida que era la entrada a una zona industrial, oscura y con aceras llenas de grasa. Pero era la vía más rápida para llegar a los miradores que se habían puesto de moda. Por eso es que la calle solía ser más movida a partir del jueves. No había día, de jueves a sábado, en que no tuviera que soportar las impertinencias de los borrachos y los periqueros.

Pero lo de hoy era el colmo. Y eso que Tego llegó a pensar que bastaba con no tener que verle la cara a Maribel para pasar un día tranquilo.

¡Martes! Y estos eran los segundos que llegaban echando vaina. A los primeros, que abrieron el capó de un viejo Dart, les pidió que, “panita, por favor”, tuvieran cuidado de no derramar aceite en la zona de la cauchera. Lo que pagaba el portugués no daba como para tener que entregar el turno con la manguera en una mano y el cepillo en la otra, echándole bolas. ¿Y qué fue precisamente lo que dejaron en el piso cuando se fueron? Y ahora estaba este par. Decidieron tomarse las cervezas que les quedaban en la cava, exactamente frente

a la cauchera, en el justo momento en que Tego estaba intentando dormir un poco.

El que Tego haya tenido que soportar a Maribel, debería hacerlo merecedor de la compasión de todos los hombres del mundo. Un busto, quizá. Y el que le trabaje al portugués debería hacerlo digno de la consideración de todos los trabajadores del mundo. Una estatua ecuestre. Y más Tego, a quien no le gustaban ni las cuaimas ni el trabajo. Pero estos tipos, los segundos, no sabían de compasión ni de consideración. Lo único que sabían era de echar vaina. Sin ver a los dos carajos que estaban durmiendo en la cauchera, se bajaron de la camioneta que parecía tener música para una fiesta *rave* gigante, abrieron la puerta de atrás y, como si estuviesen en el patio de su casa, se dedicaron a tomar cervezas y a resolver un viejo conflicto.

A Tego de verdad no le gustan los peos. Si ha sobrevivido en la vida no ha sido por ganar las peleas. Pero todo tiene un límite. Suspiró, se incorporó y, dando un par de pasos para hacerse escuchar sobre la música, le dijo a los tipos, simplemente:

Panita, por favor, ¿podrían bajarle un pelo el volumen a la vaina?

Uno de los dos tipos debió haber entendido algo así como *el mismísimo coñuetumadre*. O podría ser que ese *perico* estaba demasiado feroz, porque entre decirle *panita por favor* y que el tipo se pusiera a pegar gritos no cabía un pelo. Ni una duda. Ni la más ligera sospecha. ¡Cómo se hace! Hay personas susceptibles e intolerantes, y poco razonables.

Una cosa es que a Tego no le gustaran los peos, ni fuera tipo de furias desbocadas, y otra muy distinta era que no supiese darse su puesto. Sorprendido con la andanada de insultos, pensó que quien se expresa con ese alarde de seguridad no carece de apoyo para la batalla; sin embargo, retrocediendo dejó sentado, tan firme como pudo, que no ofendía a nadie con su razonable petición.

No seas guevón, chico, le soltó parcamente. Si estás endemoniado coge pista.

Como el tipo seguía insultándolo, y como Tego tenía el sueño pesado, consideró prudente dejar la cama de tripas de caucho y sentarse en la silla *wepplast* de la vigilia, insuflándole ánimos al gochito, al cual se le veía bastante minimizado con la situación. Con la mirada fija, y la mano extendida por debajo, como señas de catcher, le dijo algo así como *no te quiebres, que este es pura bulla*.

Y aunque en realidad lo creía así, echó un ojo al oscuro machete que nunca había pasado de un par de blandidas, para asegurarse que tendría algo de apoyo si la cosa pasaba a mayores. Siquiera como táctica disuasiva.

No respondía Tego a ninguna de las provocaciones del endemoniado. Claro, cómo iba a saber aquel que Tego convivió con Maribel dos años. Por eso, convencido sin saberlo de que la fuerza del carácter está en la serenidad, se sumió en una actitud contemplativa con la cual no delataba intención alguna, ni amago de acción. Eso, al parecer, confundía más a la encarnación masculina de Maribel, y lo incitaba más al increíble despliegue de violencia verbal.

¡Porque eso sí que era un demonio! Nunca podrá olvidar la vez que Maribel empezó a gritar (aun viviendo juntos) y él, para evitar caer en confrontaciones, se puso a escuchar música. Sin advertir lo que iba a hacer, Maribel agarró el discman y lo tiró contra el piso. Luego de haber estado a punto de soltar el gatillo de montarle la mano en la cara por primera vez, y que ella le lanzara una botella que afortunadamente esquivó, decidió que con un demonio de esos no podrá más nunca dormir relajado.

Y se alejó para siempre del menú ofrecido: cárcel, hospital, cementerio...

O los tipos de la camioneta no estaban armados, o el que estaba callado no lo sabía, o quizá era tal la serenidad de Tego que al callado le pasó por la mente que, al contrario de cualquier evidencia, los que corrían peligro eran ellos y no los dos caucheros de bragas color grasa que permanecían sentados en sus sillas *wepplast* viendo sin ver hacia la pared del edificio de enfrente.

Tego sabía de mujeres cuaimas, pero estaba convencido de que Maribel entraba en otra categoría. El silencio de los caucheros tenía al tipo aterrorizado. Por eso no dejaba de gritar. Y de consumir ese rito del que huye hacia delante: cinco pasos hacia adelante, ocho hacia atrás. Nueve pasos hacia adelante, doce hacia atrás. Tres pasos... Estaba atrapado en la paranoia y se defendía disuadiendo a Tego de que se levantara, que mostrara de una vez lo que tenía o que abandonara esa parquedad que lo tenía electrizado. Esa era la única explicación a tanto desenfreno verbal. La otra la comentó Tego en voz baja y el tipo lo escuchó. Luego la cosa empeoró:

Ese perico está arrecho, dijo sin levantar la vista, escupiendo al piso.

El tipo, ya fuera de control, pisó el terreno de la amenaza, diciéndole que ya le había visto la cara y que lo iba a joder, “cauchero mamagüevo”. Pero eso a él no le inquietaba, pues en ese momento, aunque alerta, estaba absorto pensando que, aunque salvó su vida, haberse separado de Maribel no había sido suficiente para librarse de ella, y pensó de pronto que la única posibilidad de hacerlo era que ella se muriera. “Sí, verdad ¿Por qué Maribel no se muere?”, disertaba en silencio.

“Coño, de pana, ¿por qué no se morirá de una vez ese maldito perro rabioso?”, se preguntó en voz baja, y el gochito presumió que ese rostro contraído y esa expresión obedecían a una reacción al peligro que estaba a menos de treinta pasos.

El endemoniado siguió en su ritual, aguijoneado por el silencio que lo invitaba. El otro, asustado ante la impasibilidad de los caucheros, que se mantenían imperturbables en sus puestos, se incorporó para atajarlo y conducirlo hacia las puertas delanteras de la camioneta y montarlo en el puesto del copiloto. El tipo ofreció poca resistencia y se dejó llevar sin detenerse ni un instante en sus insultos.

Viendo de reojo a los caucheros, que no movían ni una pestaña, luego de haber montado al monstruo en su puesto, el otro caminó apresurado hacia el puesto del conductor y se subió a la camioneta. El endemoniado bajó el vidrio y, con el ánimo belicoso intacto, les lanzó todavía un par de insultos más mientras la camioneta se perdía de vista, acelerando.

Tego estaba pensando en ese momento que la carajita no les había salido fea, pero que era una lástima que la estuviera criando Maribel. Estaba convencido de que, cuando creciera, había que auxiliar más bien a los tipos que se le acercaran, tomando en cuenta la escuela que iba a tener.

El gochito lo miraba de reojo, confundido, tratando de entender si lo que mantenía a Tego sumido en ese silencio era un miedo paralizante o si se trataba de algo más trascendental. Su raro silencio no lo tranquilizaba.

¿El portugués te dijo algo de los bonos nocturnos?, le preguntó Tego, al fin, viendo al piso, como si hubiesen estado hablando de eso.

No, que después nos arreglábamos, le contestó el gochito, preguntándose a qué vendría el tema.

Se la tira de jodedor, el portugués, ¿no?, comentó Tego.

Sí, bueno, pero como uno necesita la chamba...

Tenían poco tiempo de conocerse, aunque trabajaban juntos toda la noche, hablaban poco. Ese Tego era un tipo reservado, extraño. Cada vez que podía, echaba un sueño largo. A veces el gochito lo imitaba. Otras, sin ponerse de acuerdo, se turnaban, porque Tego hablaba poco.

Se quedaron callados un par de minutos. En el silencio de Tego, el gochito sintió una rendija para intentar una conversación. De otra manera, Tego se hubiera echado a dormir. Cuando estaba a punto de decirle que se sintió aliviado de que los tipos se hubiesen terminado de ir, vio unos faros acercarse a toda velocidad por la solitaria vía. Sin saber por qué, consultó el reloj: las tres y veinte.

Cuando vio que se trataba de la misma camioneta negra, entró en pánico y buscó de inmediato con la mirada a Tego. Supuso que ninguno de los dos saldría bien librado del asunto. “Por algo volvieron”, se dijo. Mentó madre para sus adentros con el fervor del que está rezando y comenzó a sentir un temblor en el estómago y un frío que venía de adentro. Esos son muy difíciles de controlar.

Tego también se percató de la llegada de los tipos, y el gochito vio dibujarse en el rostro de su compañero una expresión sombría, como de alguien que sabe que se va a morir y no piensa hacer nada para evitarlo. Vio en su rostro la magnitud del pensamiento, pero ni una sola línea que tuviera que ver con la palabra miedo. Tego pensó que el perro rabioso de Maribel lo que había hecho era darle malos recuerdos en esta puta vida.

Ni buena cama era la mierda esa, concluyó en voz alta.

El gochito lo vio, extrañado, como si hubiera perdido la razón. La camioneta frenó bruscamente a unos cinco metros de donde estaban sentados los caucheros. Tego seguía mirándose la punta de un zapato.

Los tipos se bajaron del carro. El endemoniado lo hizo primero desde el puesto del conductor. Tenía un tubo en la mano. El otro, tan conciliador antes, parecía dispuesto a secundarlo en lo que fuese, aunque se quedó un poco rezagado. Cuando comenzaron a caminar, Tego echó un ojo hacia donde estaba el machete y calculó qué tanto tendría que moverse para cuando los tipos estuviesen demasiado cerca, y cuándo debía ir en su búsqueda. Luego devolvió la mirada hacia la punta de su zapato.

Concluyó que el límite que les daría sería exactamente el charco de aceite que habían dejado los pendejos del primer peo, el cual tendría que limpiar

cuando terminara el turno, porque después de Maribel, era el portugués la persona más desagradable que él conocía. Por eso evitaba cualquier discusión con él.

En general, a Tego no le gustaban los peos.

El gochito estaba tenso, llevando la vista de Tego a los tipos que se acercaban con actitud decidida, como siguiendo una partida de ping-pong. Supuso que iba a ser un *dos pa'dos* y escogió mentalmente al tranquilo. “Después de todo —razonó sin palabras— el peo es entre el Tego y el bocón”.

En medio del terror que sentía, trató de recordar cuál fue la última vez que tuvo una pelea. “En segundo año —recordó—. Y me dieron una pasada de coñazos”. Y sin poder evitarlo, pero sin que se notara, el temblor del estómago comenzó a coger camino dentro de su cuerpo en todas direcciones.

El tipo acababa de pisar la mancha de aceite e iba derecho hacia donde estaba Tego, que permanecía sentado. Razonó entonces Tego que, si hacía un movimiento preciso en el justo momento en que el tipo estuviera en medio del charco espeso, tendría ventaja porque el carajo, apostó, en una reacción involuntaria de frenarse, iba a terminar en el piso. A eso jugaría.

“Pelota Caribe”, dijo entre dientes. Y sonrió imperceptiblemente.

“Un paso más. Otro. Okey”, se dijo. Se puso en pie de un salto, y en dos pasos, rápidos, exactos, agarró el machete como parte del giro completo que hizo con su cuerpo para blandirlo de forma notoria.

El tipo, en efecto, cuando vio al cauchero materializar en su mano un machete inexistente unos segundos atrás, se frenó, e intentando maniobrar, terminó con una rodilla clavada en la mancha de aceite. Como si se hubieran puesto de acuerdo, el gochito se puso en pie de un salto y agarró una cabilla que estaba cerca. El otro tipo abrió los ojos y se paró en seco. Cuando vio al tipo en el piso, el gochito pensó que ya la batalla estaba terminada y dio al contrincante por vencido sin pelear. “Esos se van ahora, asustados”, calculó.

“*Esa maldita mujer sí jode*”, pensó Tego y en un solo movimiento, acertado, limpio, con impulso, dejó caer el machete en el hombro del tipo. Con la fuerza de una recta por todo el centro. El sonido fue sordo pero ligeramente mojado. Como cuando se lanza al piso una bolsa de hielo.

El tipo vio con terror el machete clavado en su hombro y abrió la boca sin alcanzar a producir sonido alguno. Lo primero que sintió fue un corrientazo. De

inmediato un ardor quemante y, enseguida, un dolor intolerable en la columna vertebral, desde la nuca hasta las caderas. Tego puso tanto impulso en el golpe que tuvo que hacer un par de movimientos rápidos con la muñeca para sacar el machete de la clavícula. La camisa del tipo se puso roja en segundos. Como una copa con vino rojo rodando por un mantel.

El tipo veía la maniobra y no podía creer que eso le estaba pasando a él. Cuando Tego descargó el segundo golpe, ya había perdido su característica mirada silenciosa. Ahora sus ojos gritaban altaneros y salvajes, como cuando bastaban tres tiros para despachar a un bateador de poder.

Cuando el tipo cayó en cuenta de que la crónica que veía la protagonizaba él mismo, comenzó a llorar y, entre alaridos y chillidos, a pedir perdón. Se veía ridículo. Ahora también tenía un codo enterrado en el charco de aceite y la cabeza se le iba de lado, como si de pronto pesara diez veces más. Tego iba a dar un tercer golpe cuando se percató de la cara del otro, que estaba como a dos metros, con el pantalón mojado a la altura del muslo izquierdo. El tipo, que hasta entonces había estado paralizado, iba a retroceder, cuando Tego le dijo al gochito:

¡Páramelo ahí!

El gochito obedeció, aterrado. No sabía si lo que estaba viviendo era una pesadilla, pero prefirió acatar la seca instrucción. Subió enérgicamente los dos brazos sosteniendo la cabilla, mientras la apuntaba a la cabeza del tipo, como si estuviese listo para hacer *swing* con un bate. Cuando se vio amenazado, tirando el tubo al piso, el tipo callado comenzó a decir “*no pana, por favor*”, pero el gochito, más por pánico que por solidaridad, fue eficiente con la orden:

“Tírese al piso, pajúo”, gritó, ampliando la torsión de los brazos.

En lo que el hombre se arrodilló, Tego dio dos callados pasos hacia él y volvió a levantar el machete. Se veía tan dueño de la situación que fascinaba. Casi se podría decir que se pavoneaba. Aunque no se atrevió a abrir la boca, el gochito estaba convencido de que las cosas llegaron a un terreno que no tiene camino de regreso. Esta vez dio en un costado del cuello. Y sin pausas de ningún tipo, vino el otro. De Tego siempre se dijo que aprendía rápido. Al menos, así decían los *scouts*.

El gochito nunca había visto tanta sangre. De hecho, nunca había visto que mataran a un hombre a dos pasos de él. Ahora todo le temblaba. Tampoco había visto a Tego nunca así. Sólo aquella vez que le preguntó por la mujer. Por la cara que le puso, prefirió nunca más volver a tocar el tema. De pronto entendió que la

mirada que le había visto hacía pocos minutos a Tego era de muerte, pero recién ahora se enteraba de quién. El gochito tenía un frío que le venía del estómago, y le provocaba escalofríos incontrolables.

Los tipos, desconcertados, viendo desde el piso con la misma mirada de perro que tienen todos los moribundos, perdían sangre y ganas de resistir sin entender por qué el cauchero los insultaba en femenino: malparía, perra, sucia. Se veía feliz. O satisfecho. Respiraba pesado mientras los veía en el piso y los pateaba.

El gochito no podía quitar la vista de la sangre, del charco de aceite, de los tipos que se convulsionaban y lloraban y se seguían meando en los pantalones, ya sin importarles nada. Del machete mojado. Del brazo de Tego, que apretaba el mango con fuerza. Tego reparó en su silenciosa contemplación. Se sentía glorioso por primera vez en mucho tiempo, como cuando salía a la lomita. El gochito temblaba fuera de control, con violentas convulsiones.

Al fondo, en el radiecito que tenían en la cauchera, sonaba una canción vieja. En medio del terror que sentía, se le vino a la mente la absurda necesidad de recordar el nombre de la canción. Era un nombre raro pero que siempre le había gustado.

Dándole la espalda a los tipos, el gran Teodoro González se paró frente a su compañero. Estaba tan radiante que escuchó claramente el rugir de las gradas. “¿Melodía desencadenada?”, sonó una voz en la mente del gochito. Una voz que no supo reconocer. Desde la mirada maligna y feliz que adoptaba el instante previo a iniciar los movimientos, sólo tres palabras dijo Tego:

¿Y tú qué?

[1] Nacido en Capaya, una población ubicada en Barlovento, Teodoro González era el nombre del beisbolista venezolano conocido por la fanática y la prensa deportiva con el apelativo de “El Gran Tego”, debido a su estatura e imponente aspecto. Pitcher cerrador de gran potencia, vistió el uniforme de los Tigres de Aragua en la Liga Profesional Venezolana durante las temporadas 2000-2001, 2001-2002, 2002-2003 y 2003-2004, jugando bajo el número 39, junto a peloteros de la talla de Alberto Infante Rodríguez, Eduardo Marcano, Salvador Pradilla y Lucas Blanco entre otros. En 2002, y debido a su sorprendente actuación en la pelota venezolana, fue llamado a sumarse a la división Triple A de los Cerveceros de Milwaukee, donde estuvo por apenas dos temporadas. Su temperamento violento fue el causante de varios incidentes de

cierta gravedad, siendo el más severo uno en el que fue sancionado por lesionar a un árbitro, lo cual produjo la suspensión de su contrato. A su regreso a Venezuela, incidentes de igual naturaleza provocaron su salida de la pelota rentada.

Del libro: El regalo de Pandora (FB Libros, 2011)

Índice

Según pasan los años, de Israel Centeno	1
Carta de una viuda de la guerra civil, Milagros Mata Gil	12
Una vieja foto, de Alberto Hernández	19
El pequeño Nazareno, de Julio Garmendia	21
Hombre que viene de lejos, de Orlando Chirinos.....	23
Secuestro, de Luis Barrera Linares	26
La bicicleta de Bruno, de Juan Carlos Méndez Guédez.....	34
Antier se pudrió Felipe Franco, de Régulo Guerra Salcedo.....	41
Uno, de Adriano González León	50
Una mujer me mira y me incomoda, de Miriam Mireles	56
Ovejón, de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl	79
Autorretrato, de Gabriel Jiménez Emán	86
El verdugo lúcido, de Gabriel Jiménez Emán	87
El pasajero Picasso, de Fernando Núñez Noda	89
El buen esposo, de Federico Vegas	107
Escritores famosos, de Alberto Barrera Tyzska	119
Ichbiliah, de Juan Carlos Chirinos.....	125
Mamá soñó que morías, de Arnoldo Rosas	144
¿Todavía te acuerdas de nosotros..?, de Humberto Mata.....	148
Cabezas cortadas, de Denzil Romero	153
Una mujer por siempre jamás, de Ángel Gustavo Infante	155
La I latina, de José Rafael Pocaterra	164
Nunca llegaron rosas para el amor de ayer, de José Pulido	170
La valla, de Eduardo Liendo	176
Como si el loco fuera yo, de Fedosy Santaella.....	178
La muerte viaja a caballo, de Ednodio Quintero	179
Melodía desencadenada, de Héctor Torres	180